

ISSN: 1852-0723



Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología

de Cuba y el Caribe



Año III, núm. 2, julio-diciembre, 2010
www.cubaarqueologica.org

Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología de Cuba y el Caribe

Año III, núm. 2, julio-diciembre, 2010

Coordinador

Odlanyer Hernández de Lara
Cuba Arqueológica

Corrección de textos

MSc. Natalia Calvo Torel
Lic. Alina Iglesias Regueyra

Comité Editorial

MSc. Silvia T. Hernández Godoy
Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de
Cultura de Matanzas

MSc. Daniel Torres Etayo
Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología

Lic. Iosvany Hernández Mora
Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey

MSc. Jorge F. Garcell Domínguez
Centro Provincial de Patrimonio Cultural La Habana

Consejo Asesor

Dr. Roberto Rodríguez Suárez
Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana

Dr. Carlos Arredondo Antúnez
Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana

Dr. Jaime Pagán Jiménez
EK, Consultores en Arqueología, Puerto Rico

MSc. Divaldo Gutiérrez Calvache
Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre

MSc. Alfredo Rankin Santander

MSc. Jorge Ulloa Hung
Museo del Hombre Dominicano

Diseño

Odlanyer Hernández de Lara

Traducción

Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes
MA. Alfredo E. Figueredo

Colaboradores

Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes
Lic. Santiago F. Silva García

Contacto

Av. Córdoba 2404. 1ro B. Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.
Calle 135 No. 29808 e/ 298 y 300. Pueblo
Nuevo, Matanzas, Cuba.
revista@cubaarqueologica.org
www.cubaarqueologica.org

Portada

Vista de los trabajos arqueológicos realiza-
dos en el antiguo Convento de Santa Clara de
Asís, La Habana Vieja, actualmente Centro
Nacional de Conservación, Restauración y
Museología. Fuente: Arduengo y Cruz, en
este volumen.

Los artículos publicados expresan únicamen-
te la opinión de sus autores.

Evaluadores de este número: Esp. Lisette
Roura Álvarez, MA. Alfredo E. Figueredo.

*Cuba Arqueológica. Revista digital de
Arqueología de Cuba y el Caribe* es una
publicación de frecuencia bianual, surgida
en el año 2008. Su objetivo primordial es la
divulgación científica de la arqueología, la
antropología y el patrimonio.

Editorial	5
------------------	----------

ARQUEOLOGÍA

Cuba. Intercambios socioculturales en el periodo aborigen con el Caribe. / Alfredo Pérez Carratalá y Gerardo Izquierdo Díaz.	6
--	---

Opiyelguobirán y Maquetaurie Guayaba. Nueva propuesta de interpretación. / Racso Fernández Ortega y Juan Cuza Huart.	17
--	----

Los procedimientos de recuperación y documentación gráfica en el arte rupestre cubano. Panorama histórico. / Divaldo Gutiérrez Calvache y José B. González Tendero.	26
---	----

Naturaleza y subsistencia humana en Guanahacabibes. / Enrique M. Alonso Alonso.	42
---	----

Reporte inicial de las investigaciones arqueológicas en el tercer claustro del antiguo convento de Santa Clara de Asís. / Darwin A. Arduengo García y Alejandro Cruz Pérez.	50
---	----

José Álvarez Conde: un arqueólogo naturalista, en el centenario de su natalicio. / Odlanyer Hernández de Lara	58
---	----

HOMENAJE a José María Cruxent

Cruxent, el maestro humanista, el arqueólogo amigo. / Jacqueline Clarac de Briceño.	64
---	----

Arqueología cronológica de Venezuela: un legado espiritual. / Camilo Morón.	68
---	----

José María Cruxent y el alma de los objetos. Un acercamiento a la arqueología de la Cuenca Tacarigüense. / Leonardo Páez.	81
---	----

Semblanza de J. M. Cruxent. / Marcel Roche.	90
---	----

DESENTERRANDO el pasado

Culturas aborígenes de Cuba. / José Álvarez Conde.	92
--	----

NOVEDADES arqueológicas

Exploraciones en Cienfuegos permiten la localización de sitios arqueológicos aborígenes. / Marcos E. Rodríguez Matamoros y Léster D. Puntonet Toledo.	100
---	-----

II Taller de Arqueología Aborigen y Colonial: Museo de Sitio Asentamiento Fundacional de la Villa de Sancti Spíritus. Principales resultados. / Orlando Álvarez de la Paz, Luís Olmo Jas, Roger Arrazcaeta Delgado y Alfredo Rankin Santander.	103
--	-----

Ordenar y nombrar el pasado aborigen en páginas de la Revista Catauro. / Ulises M. González Herrera.	108
--	-----

RESEÑA de libros

Reseña del libro El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno. / Eduard G. Alexandrenkov. **111**

Consumación de sueños, derecho de soñar. Reseña del libro Arqueología en Bacuranao I. / Pedro Luis Hernández Pérez. **115**

La Habana bajo el reinado de los Austria. / Fernando Padilla González. **118**

DE LOS autores **122**

NORMAS editoriales **123**

Año III, núm. 2, julio-diciembre, 2010

SUMARIO

Editorial

Ha sido el 2010 un año de arduo trabajo que culmina con otra entrega de la revista *Cuba Arqueológica*, en su afán de llegar a la sistematicidad que jerarquiza el esfuerzo que esta obra conlleva.

Entre tantas cosas por hacer, uno de los objetivos que hemos privilegiado es lo concerniente a la nueva versión del sitio web, que comienza a funcionar a partir del nuevo año. Esta tarea ha implicado mucho tiempo de trabajo y la colaboración de varios amigos para llegar a buen puerto, o al menos eso esperamos. La nueva versión del sitio facilitará la búsqueda de información y permitirá además que la comunidad interesada en esta temática pueda interactuar con mayor fluidez, ya sea participando en el foro de discusión que se ha creado, dejando comentarios a las noticias o a los artículos que se agregan, o bien subiendo notas, fotos y vídeos.

No obstante, la gran densidad de información que ya contiene la versión anterior del sitio web implica que esta tenga que ser migrada hacia el nuevo sitio, por lo que esto será un proceso paulatino pero sistemático, a la par de las nuevas informaciones que se seguirán sumando. Por ello, provisionalmente, se mantendrán ambas versiones en línea, hasta que la información haya sido migrada por completo.

No hemos querido pasar por alto algunas fechas importantes que es necesario recordar. El reconocimiento de quienes nos precedieron es una acción noble, es valorar los aportes que lograron impulsar el desarrollo de la ciencia arqueológica hasta la actualidad. En ese sentido, este número de la revista *Cuba Arqueológica* está dedicado al arqueólogo y naturalista Dr. José Álvarez Conde, investigador incansable de la campiña cubana con una vasta obra literaria que historió gran parte de nuestra ciencia. El pasado 23 de octubre se cumplió el centenario de su natalicio y en consecuencia, recordando a este ilustre investigador de extensa trayectoria en la década del cuarenta y cincuenta del siglo XX, decidimos incluir un capítulo de uno de sus libros y un pequeño artículo sobre su vida y obra.

Pero además, dedicamos un espacio especial al destacado arqueólogo catalán, querido como venezolano, José María Cruxent, en ocasión también del centenario de su natalicio que se cumple en el 2011. Sus aportes al conocimiento de la arqueología americana, especialmente en Venezuela y el área de las Antillas son invaluableles. Varios artículos de investigadores venezolanos rescatan parte de su vida y su importante obra para homenajear así a uno de los pilares de la arqueología.

Con una variedad temática que va desde diversos aspectos de la arqueología precolombina, pasando por interpretaciones del arte rupestre y mitología antillana, hasta intervenciones en contextos históricos y algunas reseñas de libros recientes, presentamos este nuevo número de *Cuba Arqueológica* con la expectativa que aporte un grano más de arena en la construcción del conocimiento de nuestro pasado.

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA
Coordinador

Cuba. Intercambios socioculturales en el periodo aborigen con el Caribe

Alfredo PÉREZ CARRATALA* y Gerardo IZQUIERDO DÍAZ**

*Universidad Central de Las Villas. **Instituto Cubano de Antropología, Cuba.

Resumen

Se expresa la importancia que ha tenido el Caribe, no solo como componente físico-geográfico, sino también como área de intercambio de la biota, incluyendo los seres humanos. La ubicación geográfica del archipiélago cubano propició que fuera lugar de obligado paso o estancia de las comunidades aborígenes que habitaron el circumcaribe, en todos los períodos de desarrollo de los procesos migratorios en el área. En cuanto al intercambio sociocultural se entiende en sentido amplio del tema, es decir, lo tradicionalmente cultural, incluyendo las formas vivenciales de la cultura de los pueblos, donde lo cultural se convierte en vía y clave de realización de la intervención, donde los aspectos socioeconómicos en última instancia tienen un papel preponderante, por lo que comporta mucho más que la simple transferencia de materia prima y objetos.

Palabras clave: intercambios, área circumcaribe, sociocultural.

Abstract

Herein is set forth the importance of the Caribbean, not only as a physical-geographic component, but also as an area of biota exchange, including human beings. The geographical location of the Cuban Archipelago made it a place of forced passage or stay of aboriginal communities that lived in the Circum-Caribbean, in all the periods of development of migratory processes in the area. With regard to socio-cultural exchange, this is understood in a wide sense; that is to say, the traditionally cultural, including the lifeways of the culture of the peoples, where cultural traits become the way and key of intervention, where socio-economic aspects as a last instance have a predominant role, so that it means much more than the simple transfer of raw materials and objects.

Key words: exchange, Circum-Caribbean Area, socio-cultural.

Introducción

El mar Caribe, desde su formación ha tenido una gran importancia en cuanto a la circulación de las aguas, influyendo en el clima del planeta, y facilitando el intercambio biótico entre las tierras próximas, incluyendo la distribución e intercambio de los seres humanos. El proceso de formación y evolución de este mar se puede considerar en dos etapas: Triásico tardío—Jurásico y Cretácico— Eoceno Superior; con la facturación de *Pangea* hace unos 205 millones de años, propi-

ció la formación de una red de grandes valles. En el Jurásico, continua este proceso y se formaron dos continentes hermanos: *Laurasia* (los continentes del norte) y *Gondwana* (los continentes del sur). Esto permitió que el mar del *Tethys* se extendiera hacia el oeste, hasta que se formó un canal oceánico que separaba ambos continentes y unió el *Tethys* con el Pacífico.

Durante el resto del Jurásico el mar Caribe siguió ensanchándose. En el inicio del Cretácico y hasta el final del Eoceno, entre 135 y 35 Millones de años proceso tectónicos y volcánicos, provocan que el Caribe aumente su ampli-

tud, junto a la apertura y expansión del Atlántico sur. En general continúa el flujo de la corriente *CircumTropical* hacia el oeste.

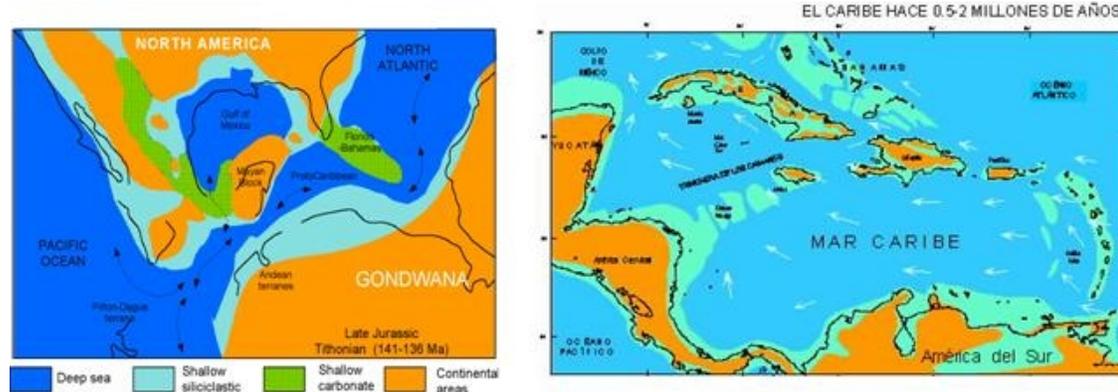


FIG. 1. Mapas de la evolución del Caribe en dos momentos, de su primera etapa (Triásico tardío-Jurásico) y su segunda etapa (Cretácico-Eoceno Superior) (Iturralde-Vinent 2002)

Los núcleos más antiguos de las actuales islas surgieron del fondo del mar hace unos 40 millones de años, y mediante sucesivos cambios del nivel del mar y los movimientos del terreno (tanto horizontales como verticales), se alcanzó la configuración actual. Un momento importante de este proceso tuvo lugar entre 35 y 33 millones de años, cuando se estableció una comunicación terrestre entre América del Sur y las Antillas primitivas. Dicha península se ha denominado *GAARlandia* (Iturralde-Vinent 2002).

Otro aspecto de gran interés en cuanto al poblamiento y el intercambio en el mar Caribe lo constituye la dirección e intensidad de las corrientes marinas, en el área. Es conocido que uno de los medios de transportación de los organismos vivos, que potencialmente les permite trasladarse y cruzar una barrera marina, son las corrientes marinas superficiales.

Las trayectorias principales de las corrientes marinas del Caribe actual y cómo eran en el pasado, son importantes a la hora de valorar las posibilidades potencias de intercambio de la biota y del tránsito humano.

La evolución de las corrientes marinas del Caribe tuvo una estrecha relación con los cambios de la paleogeografía (Iturralde-Vinent 2003). Las direcciones preferentes del flujo marino han cambiado con el tiempo, y que el patrón actual de flujo tiene apenas 2.5 millones de años (Itu-

rralde-Vinent 2004) por lo que cualquier influencia en el movimiento humano, este es el patrón que debemos considerar.

Muchos autores le conceden a este aspecto una importancia capital, pero es sin dudas el factor decisivo la capacidad y el dominio de las técnicas de navegación por las comunidades aborígenes que habitaron el marco del área circuncaribe. Thor Heyerdahl, famoso nave-

gante y antropólogo noruego, sostenía que el mar no separaba, sino que unía, porque servía de vía de comunicación, el criterio de que solo se podía navegar a favor de las corrientes, sostenido por muchos colegas, nos parece inexacto, toda vez que existen técnicas ancestrales que permiten navegar contra la corriente —en zigzag— o de forma tangencial, no sin gran esfuerzo pero sí con efectividad.

Un caso a tener en consideración de dominio de alguna técnica de navegación muy temprana lo constituye el poblamiento australiano. La primera especie biológica en cruzar la llamada “Línea de Wallace”, en el estrecho de Lombok, entre Indonesia y Australia, fue el hombre. Han sido halladas herramientas fechadas entre los 60 000 y 75 000 años AP, en Australia. Por las características de este paso, solo pudo atravesarse con algún medio de navegación (Gore 2000).

Durante la última glaciación —Wisconsin— el nivel del mar fluctuó, en dependencia de los diferentes estadios interglaciales, desde 100 metros por debajo del nivel actual hacia los 18, 000 años A.P, hasta alcanzar el nivel actual hace unos 1000 años, solo teniendo una leve variación del orden de los 0,50 m (Ortega y Arcia 1982).

Es una constante en la discusión de la comunidad científica, atribuir un papel determinante a las fluctuaciones glacioeústicas, en cuanto al poblamiento del continente

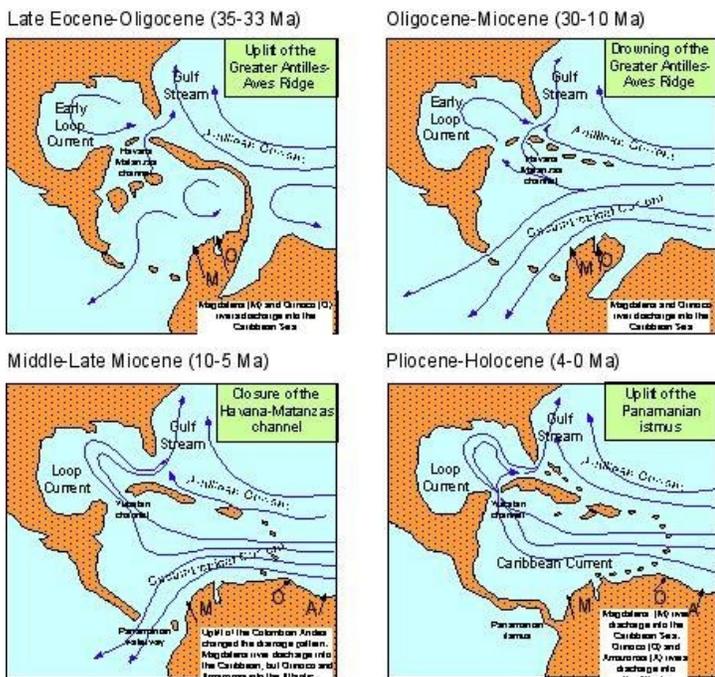


FIG. 2. Evolución de la dirección principal de las corrientes marinas durante la formación del mar Caribe (Iturralde-Vinent 2004)

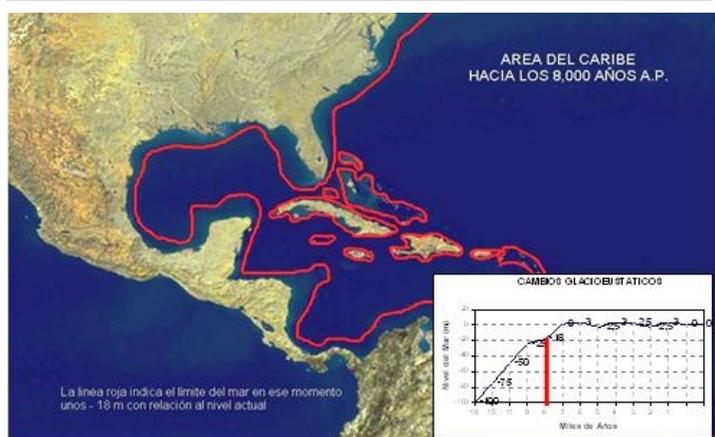


FIG. 3. Mapa del área circumcaribe durante el holoceno temprano —hacia los 8,000 años AP— el nivel medio del mar se encontraba 18-20 m por debajo del nivel actual, obsérvese que habían aún, amplias extensiones de terreno emergidas. (Pérez y Brito 2001)

americano y del área del Caribe en particular, con independencia de que al bajar el nivel del mar y dejar considerables extensiones de tierra, pudo facilitar los procesos migratorios y de intercambio, es sin dudas que el factor decisivo lo constituye también al igual que el caso de las corrientes marinas, la capacidad y dominio de la navegación, para la ocupación y el intercambio humano en las islas caribeñas.

Otro aspecto a considerar es el concepto de intercambio sociocultural. El término sociocultural toma vigencia en los estudios sociales especialmente como consecuencia

del devenir y la profundización de los estudios antropológicos. Desde el punto de vista contextual se hace necesario reflexionar sobre lo que pudiéramos considerar, por tanto, contenido dentro de “lo sociocultural”.

Sin dudas se entiende como sociocultural lo “cultural” en sentido amplio del tema, es decir, lo tradicionalmente cultural, incluyendo las formas populares y vivenciales de la cultura de los pueblos y todos los aspectos considerados comúnmente como culturales (artes, lenguaje y oralidad, complejo musical-danzario, tradiciones alimentarias, de vivienda, útiles y herramientas, vestuario, creencias y ritualidades, fiestas, ceremonias, costumbres y comportamientos colectivos). Es de hecho parte de lo sociocultural el saber integrado que no se limita por las fronteras obsoletas que un día se impusieron a las ciencias sociales, especialmente en cuanto estos conocimientos van dirigidos a promover y proyectar acciones interventivas no reducibles a las intervenciones individuales o a las macrosociales y donde lo cultural se convierte en vía y clave de realización de la intervención.

Por lo tanto el intercambio en el sentido amplio de la palabra, comporta la transferencia, en el marco de la intervención, de todos los elementos considerados culturales, donde los aspectos socioeconómicos en última instancia tienen un papel preponderante, por lo que comporta mucho más que la simple transferencia de materia prima y objetos, consideraciones enarboladas tradicionalmente.

Además es necesario tener en consideración el concepto de espacio, con que operaremos en este trabajo:

Entendemos como estructura y dinámica de las interrelaciones en el espacio geográfico, como la posibilidad de “identificar la naturaleza del espacio y encontrar las categorías de análisis que permitan estudiarlo... supone encontrar aquellos conceptos, asociaciones y aplicaciones que puedan operar sobre la dinámica social” (Santos 2000).

La ocupación del espacio y la formación de territorios, en el marco de la formación social del paisaje, se atribuye a una cadencia de 25 km por generación, según el modelo de avance en oleadas (Artehistoria 2008). Cada comuni-

dad delimitaba su territorio, entendido como dimensión de poder, aún con límites difusos o imprecisos. Para las comunidades aborígenes, que intercambiaron en el área, con independencia de la apropiación de su territorio en específico, el Caribe, fue su espacio.

Por otra parte, asumiremos como elemento de parangón, las etapas de desarrollo de las fuerzas productivas de dichas comunidades aborígenes, correspondientes a la propuesta de clasificación propuesta recientemente por el Instituto Cubano de Antropología (González, *et al.* 2006).

Opinamos que estas aclaraciones son necesarias para poder valorar metodológicamente y de forma contrastable, toda la información que poseemos.

Etapas de la economía de apropiación. Formación económica social de los Apropiadores pretribales del período temprano

Ha sido extensamente discutida la hipótesis del arribo a nuestro archipiélago de los primeros hombres, en cuanto a temporalidad y lugar de procedencia, estas hipótesis asociadas siempre a las fluctuaciones glacioeustáticas, sitúan en Norteamérica el lugar de procedencia de estas comunidades y muchos autores los asocian con la denominada Western Lithic co-tradition, en asociación con la similitud de rasgos similares entre esa industria de la piedra tallada y la presente en los sitios cubanos (Kozlowski y Guinter 1975).

Los investigadores polacos, asocia el mismo ciclo industrial al que llaman Seboruco-Mordán, a esta industria de macroláminas y lascas, con alto índice de arcaísmo y muy masivas (Febles 1987).

El fechado más temprano para estos hombres, se encuentra en Levisa I, Mayarí, Holguín, con 5140 ± 170 años AP (ajustado por dendrocronología a 6000 años AP), en el sitio Mordán, Barreras, Azúa, República Dominicana, se han obtenidos fechados del orden de los 4580 ± 80 años AP, para una industria similar (Tabío 1988).

En los últimos 15 años, han sido encontrados varios sitios, con similares características en Cuba Central, principalmente en el norte de Villa Clara y norte de Matanzas, también se han reportado sitios con un componente cultural asignable a esta industria, en la sureña provincia de Cienfuegos y en Fomento, Sancti Spíritus (Rodríguez Matamoros, comunicación personal, 2008).

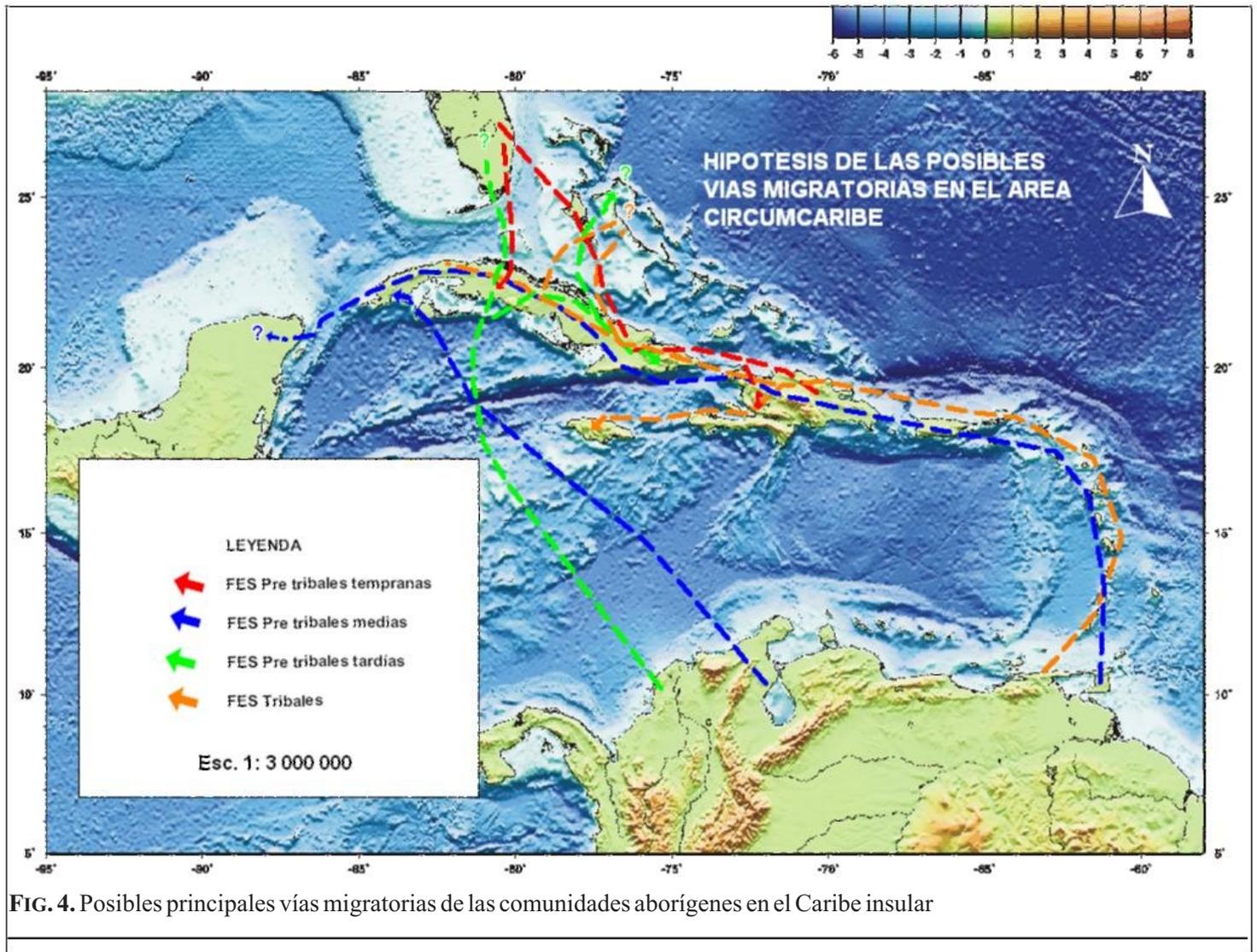
El sitio más temprano reportado en el área circun-caribe es Banwari Trace, en Trinidad y Tobago, con 7180 ± 80 años AP; pero el ajuar allí descrito corresponde a piedra en volumen, para nada similar a los anteriores. Al parecer la hipótesis de poblamiento temprano a Las Antillas, desde el sur de La Florida, parece la más probable, en una fecha inmediatamente próxima a los 8 000-10 000 años AP, cuando el nivel del mar se encontraba unos 18 metros por debajo del actual y estaban al descubierto, extensas porciones de tierra en el área circum caribeña, lo que indudablemente facilitaba el tránsito.

Es significativo que casi todos los sitios reportados, en Cuba, correspondan a paraderos y talleres en áreas despejadas fundamentalmente, esto nos hace inferir que la llegada a Cuba ocurrió cuando ya el clima en nuestro país era tropical húmedo de sabana, facilitándole la estancia al aire libre y no obligándolos a habitar en cuevas.

Estas comunidades no muy numerosas, en el contacto con el nuevo medio a explotar, fueron cambiando sus estrategias subsistenciales, a los ecosistemas más productivos —como es el bosque de manglar— y reduciendo considerablemente las dimensiones de su ajuar, a la vez que experimentaron con otros tipos de materia prima.

Formación económica social de los Apropiadores pretribales del período medio

Los sitios más tempranos correspondientes a este período, los encontramos en Cuba en Cueva Funche, Pinar del Río con 4000 ± 150 años AP, Victoria I, Camagüey con fechado de 2255 ± 80 AP y Vega del Palmar, Cienfuegos con 960 ± 60 años AP (Tabío 1988).



Recientemente, el análisis de ADN mitocondrial en restos humanos pertenecientes a tres sitios del occidente de Cuba, asignables a este período, con fechados que van desde 4000 a 1600 años AP, donde se obtuvo una muestra de 47 individuos, arrojó que las altas frecuencias de los halogrupos C y D (60% y 33.3% respectivamente) sugiere que el lugar de origen de estos hombres puede situarse en América del Sur (Martínez, *et al.* 2003).

Resulta curioso, que en la costa de la península de Yucatán, México, existan conchales con similares herramientas y modo de extraer el molusco para su consumo que los encontrados en Cuba, especialmente en la cercana provincia de Pinar del Río (Roberto Rodríguez, comunicación personal, 2007).

Si observamos que la distancia entre ambos lugares no excede los 210 km. Es muy posible que los sitios mencio-

nados de aquí y allá, correspondan a los mismos hombres. Si tenemos en cuenta la limitante de las corrientes marinas que dificulta el tránsito desde Yucatán a Pinar del Río (fig. 2), bien pudiera haber sido al contrario y los conchales yucatecos, sean el producto de la actividad económica en función de la subsistencia de grupos de este período, llegados desde Cuba. Sería necesario que se estudiaran bien estos conchales en el hermano país de México, para poder validar nuestra hipótesis.

No obstante, los investigadores Julian Granberry y Gary Vascelius, han formulado una hipótesis del modelo de poblamiento de las Antillas, basados en datos arqueológicos y lingüísticos, en la cual sostienen, que existió en algún momento anterior a los 3000 años a.n.e, una emigración de grupos de habla tolana a Las Antillas, provenientes de la región costera de Belice-Honduras, extendiéndose por Cuba, La

Española y Puerto Rico, con una posible presencia además en las islas de sotavento del grupo norte de las Antillas Menores (Granberry y Vascelius 2004).

Formación económica social de los Apropiadores pre-tribales del período tardío:

En este período en Cuba se conocen sitios en casi todas las provincias del país, aunque hay una mayor profusión de los mismos en la región oriental y Cuba Central, hasta Matanzas. Desde la década de 1940 en Cuba se han descubriendo sitios arqueológicos que presentan un contexto asignable a los apropiadores del período medio (arcaicos) y muestran la presencia de una cerámica tosca muy simple y sin decorar, destacándose la ausencia de burenes, característica típica de las comunidades productoras ceramistas de procedencia Aruaca.

En 1972 Janusz K. Kozłowski, basado solamente en el estudio de la industria de la piedra tallada de estos sitios, les presupone un origen continental sudamericano asegurando que los elementos presentes en Cuba llegaron como difusión desde la cultura Momil en el Caribe colombiano. Esta aseveración —aun sin confirmar— ha sido aceptada y repetida por casi todos los autores que han incursionado hasta hoy en el tema.

El investigador cubano Ernesto Tabío Palma, en su proyecto de nueva periodización para las culturas aborígenes de Cuba, incluye los sitios con las características descritas en la etapa protoagrícola, aduciendo la asociación de causa-efecto, presuponiendo que el surgimiento de la agricultura tiene generalmente como respuesta la producción de tiestos de cerámica con la finalidad de cocer los productos vegetales (Tabío 1988).

Recientemente, durante las investigaciones que se realizan en el sitio Canímar Abajo, Matanzas, en una capa antropogénica fechada *ca.* 3000 años AP, se aislaron gránulos de almidón en herramientas molederas, que corresponden a maní, maíz y boniato, lo que demuestra que los hombres que habitaron el lugar, conocían al menos los

rudimentos de la agricultura (Roberto Rodríguez, comunicación personal, 2007).

Situación similar se reporta en República Dominicana, con sitios como, Musiepedro, El Caimito y Honduras del Este, el primero arrojó un fechado absoluto de 2255 ± 80 AP (Tabío 1988). En Puerto Rico se reportan similares contextos, en los sitios El Pulguero y cueva de la Tembladera (Rodríguez Ramos, *et al.* 2008).

Teniendo en cuenta la dirección de las principales corrientes marinas entre el Caribe colombiano y el centro sur de Cuba, no se puede descartar la posibilidad de una influencia directa con Cuba, toda vez que los sitios más tempranos fechados en el Caribe corresponden a Cayo Jorajuría y Playitas, ambos en Matanzas, Cuba, con fechados anteriores al 2 000 a.n.e. (Jouravleva 2002).

Por otra parte, el sitio arqueológico Dorado I, muy próximo a la desembocadura del río Sagua la Grande, al norte de Villa Clara, Cuba; presenta una industria de la piedra tallada microlítica, similar a Playitas, Canímar y Aguas Verdes, considerada como complejo Canímar-Aguas Verdes (Kozłowski 1975) y patrón de reducción bipolar (Jeske 1992), siendo una curiosa característica que no aparece asociada a cerámica, contextos similares se aprecian en la provincia de Pinar del Río (Enrique Alonso, comunicación personal, 2006).

Por lo que es muy probable que el momento inicial del comienzo de la Revolución Neolítica, pueda estar representado en el registro factual, primero por la industria microlítica, asociada a la creciente elaboración de alimentos de origen vegetal.

Esta situación no es nueva en la dinámica de los grupos humanos del llamado “período formativo temprano” en nuestro continente, donde al parecer, la reducción de las herramientas de la piedra tallada hacia formas microlíticas, respondía a la necesidad de formar útiles complejos para enfrentar la nueva actividad económica —la agricultura— siendo la producción de vasijas de cerámica una actividad posterior, muy tardía en algunos casos (Lumbreras 2006).

En el área circuncaribe, además de lo ya mencionado, se reportan sitios con un contexto similar, en el sur de Estados Unidos y Bahamas.

El sitio Poverty Point, en los Estados Unidos, probablemente sea una influencia proveniente de Cuba norcentral (Jorge Febles, comunicación personal, 1995) y en el caso de Las Bahamas, sitios como Three Dog Site, son considerados como resultado de un proceso de colonización-expansión desde el nororiente cubano ocurrido hacia el 700-800 a.n.e. (Keegan 1992; Berman 1993).

La materia prima utilizada por estas comunidades aborígenes en Las Bahamas ha sido identificada como proveniente de formaciones geológicas del norte de las provincias orientales cubanas y Camagüey (Berman 1993), por lo que es factible suponer un intercambio frecuente entre ambas áreas caribeñas.

Formación económica social de los productores tribales

Durante esta etapa, el sitio más temprano conocido es Damajayabo, en la costa sur de la región oriental, con 1120 años AP (Tabío 1988).

Es bien conocido, que la producción de casabe a partir de la yuca (*Manihot* sp.) y la tradición cerámica, parte de la selva amazónica, en fechas tan tempranas como 5 000 años AP, que luego se fue trasladando gradualmente a través del arco de las Antillas.

Este movimiento demográfico —de tribus de origen aruaco— al parecer se produjo por oleadas sucesivas y graduales, separadas más o menos en el tiempo, pero que con independencia del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que fueron alcanzando las mismas, no perdieron totalmente los vínculos entre sí, eso lo demuestra las menciones que hace Colón y otros cronistas de contacto, entre comunidades de diferentes islas. Un caso significativo lo constituye, la actitud del cacique de Quisqueya Hatuey, al venir a Cuba a luchar contra el invasor español, en la época de la conquista.

Durante los años 1987-1988, la expedición multinacional “En canoas del Amazonas al Caribe”, liderada por

el científico cubano Antonio Núñez Jiménez, demostró la factibilidad del uso de la canoa monóxila, en la transportación por el área caribeña.

Un experimento anterior, realizado por otro grupo de investigadores cubanos, había demostrado las condiciones marineras de estas rústicas embarcaciones, al navegar con éxito desde Batabanó —al sur de las provincias habaneras— hasta la Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud).



FIG. 5. Punta foliácea bifacial de Guaní, Caibarién, Cuba. (Pérez Carratalá 2003)

Casos curiosos

En nuestro país las comunidades aborígenes desarrollaron industrias de la piedra tallada, teniendo como característica tecnotipológica la talla de puntas de proyectil unifacial, es decir por una sola cara, fundamentalmente la cara dorsal.

Artefactos con talla bifacial y planta foliácea, han sido reportados en otros lugares del Caribe. Una punta en el sitio Krum Bay, en la isla de Saint Thomas, en un contexto

precerámico (Figueredo 1980) y dos cuchillos enmangables con talla bifacial y también de configuración foliácea, uno en el noroeste de Saint Croix y el otro encontrado en Morovis, Puerto Rico (Figueredo 1974).

En Cuba, no obstante han sido reportadas cuatro puntas foliáceas con talla bifacial. Una en la zona de Yaguajay cerca de Banes, Holguín, otra en Nibujón, también en la región oriental y otra que, se encuentra en la colección del Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana, sin que se haya podido precisar la localidad de procedencia.

De estas piezas, ha dicho Kozlowski, que las puntas aparecidas en Yaguajay y Nibujón, muestran una influencia mesoamericana, posiblemente de México, que data del primer milenio de n.e o de los últimos siglos a.n.e. (Kozlowski 1975).

Por otra parte, la punta bifacial, triangular de base rectilínea depositada en la colección del Museo Antropológico Montané posee una similitud con las puntas del tipo Belle Glade y denota una influencia en nuestro país desde la Florida; en tiempos inmediatamente anteriores a la conquista española (Kozlowski 1975).

La cuarta punta Foliácea, con talla bifacial que se reporta en Cuba, fue hallada en 1967 en la zona de Guaní, Caibarién, Villa Clara y hoy forma parte de la colección del Museo de la ciudad de Remedios, en esa provincia cubana.

La punta, fabricada en una preforma de lámina, presenta una elaboración bifacial con retoques superficiales en la totalidad de las caras, sus lados son curvos y convergentes, en un extremo distal puntiagudo, que aunque no muestra una simetría perfecta denota una planta aproximadamente lanceolada. La base es recta, aunque algo oblicua, el talón es sencillo, preparado y con una inclinación de 90º, no hay presencia de espiga (Pérez Carratalá 2003).

El hallazgo de cuatro puntas foliáceas bifaciales, en Cuba, nos hace pensar en contactos prehispánicos con otras áreas caribeñas donde esa tecnología lítica fue desarrollada, siendo los lugares de mayor probabilidad de

procedencia, el sur de Norteamérica y América Central (Kozlowski 1975).

Otra situación curiosa se relaciona con la tribu calusa, del extremo sur de Florida, la cual huía de los ataques de las tribus aliadas a los ingleses de Carolina del Sur entre 1704 y 1760. Los más beligerantes eran los yamasee y los creek. Fueron armados por los británicos para capturar a otros aborígenes, a fin de desarrollar el comercio de esclavos que los europeos establecieron desde 1659 en Virginia (Tamayo León 2004).

El doctor John Worth, quien ha estudiado las tribus aborígenes del sur de la Florida, considera, que la mayoría de los sobrevivientes calusas emigraron a Cuba durante el siglo XVIII.

Hay referencia de su asentamiento en los alrededores de Guanabacoa, La Habana, fue durante una época breve y con muy pocos individuos, (unos 500) es poco probable que dejaran una influencia visible, sin embargo, su sangre aún puede correr por las venas de algunos guanabacoenses (Tamayo León 2004).

Un caso que pudiera tener relación con este proceso migratorio de una comunidad aborígen en la época colonial, se refiere la existencia de un petroglifo, en una pequeña gruta al sur de Cayo Ensenachos, conocida como la “Cueva del Muñeco”.

Esta manifestación parietal en cuestión está realizada con una técnica y un estilo, para nada similar a los empleados por los grupos aborígenes cubanos y presenta un asombroso parecido con las caretas calusas, confeccionadas en madera.

Por otra parte se ha podido conocer que en 1703 aún vivían allí, comunidades aborígenes que se dedicaban al comercio de trueque de mariscos con los habitantes de la Villa de San Juan de los Remedios sirviendo además de vigías ante la presencia de barcos enemigos y merodeadores, estos grupos que habitaban la cayería norte de Villa Clara, en época tan tardía, eran protegidos por las autoridades de la villa, tal como lo refiere una carta enviada por el alcalde mayor remediano, a las máximas autoridades

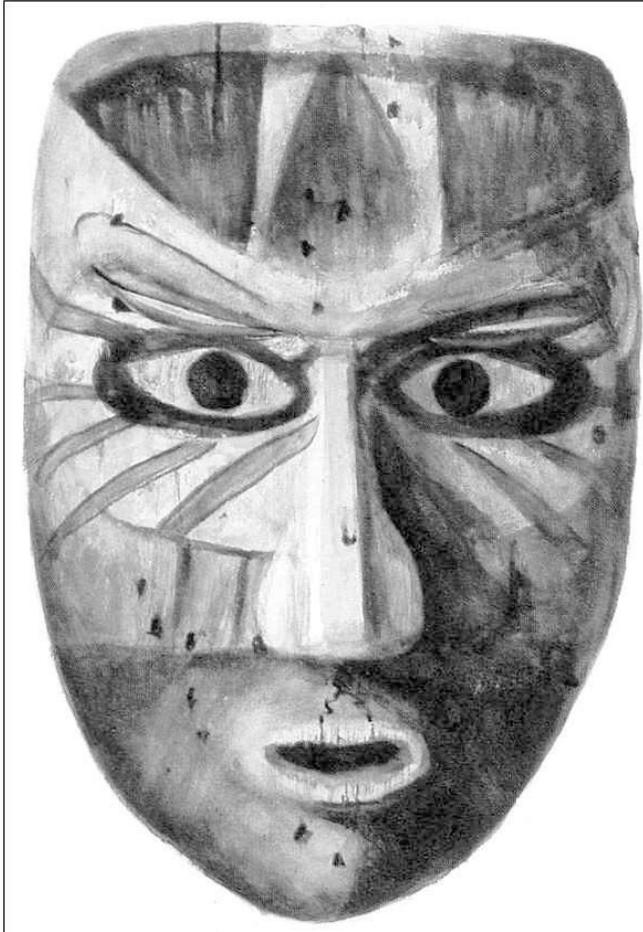


FIG. 6. Careta calusa, elaborada en madera. (Tomado de Taimayo León 2004)

españolas en Cuba, pidiéndole que interviniera para, evitar que un vecino de allí continuara molestando a los “indios cayos”, que eran pacíficos (Martínez-Fortún 1963).

Conclusiones

La ubicación geográfica del archipiélago cubano, propició que fuera lugar de obligado paso o estancia, de las comunidades aborígenes, que habitaron el Caribe, en todos los períodos de desarrollo de los procesos migratorios en el área.

Teniendo en cuenta la evolución paleogeográfica del Caribe y las dataciones más tempranas de ocupación humana, cualquier tránsito desde o hacia Cuba, tuvo que hacerse mediante el empleo de medios de navegación, aunque fueran elementales y rústicos.

Frecuentemente se aprecia a nuestro archipiélago como un “agujero negro”, en cuanto a los procesos migratorios e



FIG. 7. Petroglifo de la cueva del muñeco. Cayo Ensenachos, Caibarién, Cuba. Foto del autor

intercambios humanos. Erróneamente se piensa que una vez llegados a Cuba, los grupos humanos aborígenes, no salieron más del territorio. Existen evidencias contrastables —en el registro arqueológico— que demuestran que los intercambios socioculturales., durante la época prehispánica, entre las tierras aledañas caribeñas y nuestro país, ocurrió de forma multidireccional, es decir hacia Cuba y desde Cuba.

Al menos durante la etapa de apogeo de la Formación Económica Social de los productores tribales, el intercambio sociocultural, entre Cuba y las tierras aledañas, fue un hecho frecuente, documentado por los cronistas hispanos, durante el descubrimiento y la conquista.

Bibliografía

ANTEHISTORIA (2008), “Hipótesis de la neolitización”, <http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/obras/8260.htm> (consultado 12 marzo 2006).

- BERMAN, M. J. (1993), *A chert microlithic assemblage from an early Lucayan site on San Salvador, Bahamas*, Edited by Miguel Rodríguez, San Juan, Puerto Rico.
- CALVERA, J y R. FUNES (1991), “Método para asignar pictografías a un grupo cultural”, *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Editorial Academia, La Habana.
- FIGUEREDO, A. E. (1974), “Ancient West Indian arrowheads”, *Indian Notes*, Museum of the American Indian, vol. X, no. 2, Nueva York, [En línea:] <http://www.cubaarqueologica.org/document/aef42.pdf>
- FIGUEREDO, A. E. (1980), “A chert point from Krum Bay, St. Thomas”, *The newspaper of the Virgin's Islands the Society of Archeological*, no. 9, Frederiksted, V. I. [En línea:] <http://www.cubaarqueologica.org/document/aef12.pdf>
- FEBLES DUEÑAS, J. (1988), *Las industrias de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba*, Ed. Academia. La Habana.
- GRANBERRY, J. y G. VASCELIUS (2004), *Lenguages of the Pre-columbian Antilles*, The Alabama University press, Tuscaloosa.
- GUARCH DELMONTE, J. M. (1987), *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana.
- GORE, R. (2000), “Mundos en expansión”, *National Geographic Magazine*, Edición especial. Washington DC.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, F. (1991), “Hipótesis sobre el poblamiento temprano de Cuba a partir de estudios paleoclimáticos del cuaternario”, *Estudios arqueológicos 1989*, Ed. Academia, La Habana.
- GUERASIMOV, I. (1987), *El hombre, la sociedad y el medio ambiente*, Ed. Progreso, Moscú.
- GONZÁLEZ HERRERA, U.; M. PINO RODRÍGUEZ, G. IZQUIERDO DÍAZ y E. ALONSO ALONSO (2006), *Nueva propuesta de periodización y nomenclatura para las formaciones sociales aborígenes de Cuba*, Instituto Cubano de Antropología. CD, La Habana.
- ITURRALDE-VINENT, M. (2002), *La paleogeografía del Caribe y sus implicaciones para la biogeografía histórica*, Museo Nacional de Historia Natural, CD, La Habana.
- ITURRALDE-VINENT, M. (2004), *Las corrientes marinas del Caribe y sus implicaciones biogeográficas*, CD, La Habana.
- JOURAVLEVA, I. (2002), “Origen de la alfarería de las comunidades protoagroalfareras en la región central de Cuba”, *El Caribe arqueológico* No. 6. Santiago de Cuba.
- KOZLOWSKI, J. K. (1975), “Las Industrias de la Piedra Tallada de Cuba, en el Contexto del Caribe”, *Serie Arqueológica* No. 5, Ed. Academia. La Habana.
- KOZLOWSKI, J. K. y B. GINTER (1975), *Técnica de la talla y tipología de los instrumentos líticos*, Ed. Pueblo y Educación, La Habana.
- KEEGAN, W. F. (1992), *The peoples who discovered Columbus: The prehistory of the Bahamas*. The Ripley P. Bullen series. Florida Museum of Natural History. University Florida, Gainesville.
- MARTÍNEZ-FORTÚN, A. (1956), *Anales y efemérides de la Villa de San Juan de los Remedios*, La Habana.
- MARTÍNEZ FUENTES, A.; C. LALUETA, T. P. GILBERT, A. LAZO, F. CALAFELL y J. BERTRANPETIT (2003), “El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis de ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba”, *Revista Catauro*, año 5 No. 8, La Habana.
- NÚÑEZ, A. (1986), “El arte rupestre cubano”, *I Simposium Mundial de Arte Rupestre* (UNESCO), La Habana.
- ORTEGA, F. (1983), “Una hipótesis sobre el clima de Cuba durante la glaciación Wisconsin”, *Ciencias de la tierra y el espacio* 7:57-68.
- ORTEGA SASTRIQUES, F. y M. ARCIA (1982), “Determinación de las lluvias en Cuba durante la glaciación Wisconsin, mediante relíctos edáficos”, *Revista de ciencias de la tierra y el espacio*, Ed. Academia, La Habana.
- PÉREZ CARRATALÁ, A. (2003), “Una punta foliácea bifacial en Baní, Caibarién Villa Clara. Cuba”, *Revista Catauro*, año 5 No. 8, La Habana.
- PÉREZ CARRATALÁ, A. e I. BRITO (2001), *Paleoreconstrucción geobiológica ideal, del Holoceno en Villa*

- Clara, en función de la arqueología*, Informe Científico, Archivo Delegación CITMA Villa Clara, Santa Clara.
- PURDY, B. A. (1981), *Florida's Prehistoric Stone Technology*, University Presses of Florida. Gainesville.
- SANTOS, M. (2000), *La naturaleza del espacio*, Ed. Ariel, Madrid.
- TABÍO PALMA, E. (1988), *Introducción a la arqueología de las Antillas*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana.
- TAMAYO LEÓN, R. “¿Murió en Cuba el último de los calusas?” <http://secretoscuba.cultureforum.net/t2938-murio-en-cuba-el-ultimo-de-los-calusas-2004> (consultado 15 diciembre 2010).
- ULLOA, J. (2000), “Migraciones en el Caribe precolombino”, *El Caribe Arqueológico*, No. 4. Casa del Caribe. Santiago de Cuba.

Recibido: 7 de septiembre de 2010.

Aprobado: 4 de octubre de 2010.

Opiyelguobirán y Maquetaurie Guayaba. Nueva propuesta de interpretación*

Racso FERNÁNDEZ ORTEGA* y Juan CUZA HUART (†)**

*Instituto Cubano de Antropología. ** Investigador independiente, Cuba.

Resumen:

Se aborda la histórica problemática en torno a la valía de utilizar el texto *Relación acerca de las antigüedades de los indios* de Ramón Pané. A partir del análisis lingüístico del nombre de estos dos personajes míticos del pueblo aruaco insular, pretendemos arriesgar una hipótesis que rompe con la interpretación tradicional. La propuesta, en síntesis, permite una nueva mirada a la función y la responsabilidad asignada a cada una de estas deidades de los grupos agricultores que poblaron el Caribe insular.

Palabras clave: Mitología antillana, deidad, numen, Opiyelguobirán y Maquetaurie Guayaba.

Abstract:

This paper deals with the historical problematic about the value of utilizing the text of Ramón Pané's *Narration regarding the antiquities of the Indians*. Stemming from the linguistic analysis of these two mythical personalities of the Arawakan insular people, we may risk a hypothesis that breaks with the traditional interpretation. Our proposal, briefly put, allows a new look at the role and the responsibility assigned to each of these deities of the agricultural groups that populated the insular Caribbean

Key words: Antillean mythology, deity, numen, Opiyelguobirán and Maquetaurie Guayaba.

Introducción

De la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* escrita por Ramón Pané, fraile de la Orden de San Jerónimo, mucho se ha escrito y, en la medida en que transcurra el tiempo, aparecerán nuevas propuestas de interpretación, corrección y análisis de lo señalado en el texto.

Varios son los autores que utilizan la *Relación...* para intentar desentrañar los móviles de la conducta social que están reflejados en las acciones en las que se ven envueltos todos y cada uno de los personajes míticos y legendarios que en ella aparecen, pues son el resultado de la experien-

cia acumulada y la memoria colectiva de un grupo que aún cuando llegó a las tierras antillanas hacia el 750 a.n.e. —el fechado radiocarbónico calibrado más temprano corresponde a 2.700 años AP, reportado para el sitio Fond Brule en la Isla de Martinica (Chanlatte 1986)— sus orígenes ancestrales ya habían tomado cuerpo en el continente suramericano.

Entre estos especialistas se destaca el holguinero José Juan Arrom, que desde su posición de lingüista, intentó relacionar el significado etimológico de los nombres míticos con las piezas, artefactos y diseños de la cacharrería aborigen (Arrom 1975; Arrom 1990). Otros por su parte, motivados por los innegables aportes realizados por el

* El artículo que les presentamos es el resultado de las sesiones de trabajo con el colega y amigo Juan Cuza Huart en el año 2004, cuando preparábamos el artículo “El behiquismo de los aborígenes de Las Antillas Mayores” que fuera publicado entonces en el Boletín del Museo del Hombre Dominicano. Como sucede en no pocas ocasiones, las notas de las discusiones y las líneas que conformaría el artículo, habían quedado engavetadas por múltiples razones. Lamentablemente Juanito, hoy no se encuentra entre nosotros, motivo por el cual me entregué a la tarea de concluirlo, como homenaje a sus enseñanzas y siempre abierta disposición a la cooperación.

primero, se unieron como continuadores de su obra, relacionando directamente las imágenes y motivos de la iconografía aborígen con los pasajes mitológicos, para lo cual toman como punto de partida, las válidas consideraciones y reflexiones propuestas por J. J. Arrom para reconstruir las relaciones sociales, la cosmovisión y los fundamentos astronómicos que dominaba esta cultura marinera (Alegría 1986; Arrom y García 1988; Morbán 1988; García 1989; Robiou 1996; Oliver 1998); mientras que otros estudios, se apoyan en fragmentos de los pasajes para proponer hipótesis que en ocasiones presentan resultados más o menos parciales, o que se articulan bajo presupuestos inferidos *a priori* por los autores (Guarch y Querejeta 1992).

Tampoco resultan pocos los que segmentan sin desenfado la información aparecida en la *Relación...*, y la utilizan para apoyar o fundamentar las comparaciones que les permita dar una explicación lógica a los fenómenos que nos plantea el registro arqueológico; mientras que por otra parte toman una posición a ultranza, en la que ese mismo ejercicio no puede ser empleado por otros investigadores, ya que asumen que la información recogida por Pané, es el reflejo de la realidad de un grupo muy particular de la isla de Quisqueya, y no de la sociedad en su conjunto (Torres 2006 y Curé, comunicación personal 28 noviembre de 2008).

En otro grupo se encuentran, los que argumentan la necesidad de manejar con suma cautela la información brindada por el texto en cuestión (González 2009), asistidos por los numerosos etnónimos referidos por los conquistadores, olvidando la reconocida unidad lingüística existente en el período precolombino en las islas antillanas (Brinton 1871; Taylor 1957; Valdés 1991, 2003), aún cuando se apreciaban variaciones en el hablar de algunos grupos (Colón 1960; Las Casas 1929; Pané en Arrom 1990), posiblemente como resultando de la dispersión a la deriva, provocada por las múltiples oleadas migratorias producidas por centurias desde el continente. Al mismo tiempo que pretenden, so pretexto de ser acuciosos y someter a estricta crítica a las crónicas de Indias, olvidar el registro arqueológico diseminado por todas las islas —dujos, espátulas vó-

micas, maracas, bandejas e ídolos-bandejas para realizar la cohoba— indicativo de una unidad religiosa, que de seguro no fue rígida, como pretenden verla.

De la misma forma menosprecian los estudios que demuestran las coincidencias existentes en las tramas y los personajes de los relatos míticos de los grupos humanos que poblaban el Arco antillano y la Amazonía continental (López-Baralt 1976, 1985; Alegría 1986; Godo y Celaya 1989; Fernández y González 2003); vínculos culturales que se modifican y reconstruyen en el tiempo con los procesos de reconocimiento, asimilación y adaptación a los nuevos espacios geográficos, pero que mantienen la huella indeleble de su origen.

Asumiendo este criterio, en más de una ocasión hemos intentado reconstruir el orden social de este conglomerado humano empleando como fundamento para el razonamiento, el tantas veces vilipendiado texto de Ramón Pané (Fernández y González 2001a; Fernández y González 2001b; Fernández y González 2003), por lo que se nos ha criticado esgrimiendo el argumento de que el fraile solo había convivido con el grupo ciguayo-macorix que ocuparon el área comprendida desde Samaná hasta el norte de la cordillera septentrional y central.

Sin embargo, es importante considerar lo que señalara el Dr. Marció Veloz Maggiolo (1977) en *Medio Ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*, uno de esos libros convertido en clásico de la arqueología antillana, no solo por romper los esquemas anquilosados, sino por mantener su vigencia y actualidad:

“Pero el arte antillano aparte de ser una expresión importante como elemento de valor estético, permite a los estudiosos conocer detalles de la vida intelectual y religiosa de los grupos que integraban cada vez más un sistema de vida económico y político, llegando casi a la *unificación religiosa y cultural*” (Veloz 1977) [enfaticado de los autores].

Más recientemente el investigador Jorge Ulloa, realiza un análisis muy detallado del panorama del Caribe pre-

colombino, centrando su atención en los procesos migratorios que se operaron en ese espacio geográfico, las causas que lo promovieron y los resultados que los mismos provocaron en la vida, cultura y modos de producción de los pueblos que convivieron en el arco antillano (Ulloa 2005).

Según la opinión de este estudioso, con la cual coincidimos plenamente, el examen de las evidencias arqueológicas y su contrastación con lo relatado en las crónicas de Indias nos permite suponer, con un alto grado de certeza que:

“El hecho de que los vínculos interisleños se mantuvieran de manera estable hasta períodos avanzados, como el siglo XVI, puede señalar la existencia de vínculos parentales y políticos entre los territorios que ayudaban a perfilar una visión general y universal de las culturas precolombinas al momento del contacto. Es de suponer que esta misma integración es la señal de una redefinición de las culturas primarias para el surgimiento de una cultura propiamente antillana cuya expresión más señalada es la llamada cultura Taína” (Ulloa 2005).

De esta manera, como en otras oportunidades (Fernández, González y Cuza 2004; Fernández 2005; Fernández, González y Gutiérrez 2009a y Fernández, Gutiérrez y González 2009b), trataremos de reconstruir las reglas con las cuales se mantuvo el control social de este grupo humano marcado por las restricciones o tabúes, estableciendo los posibles vínculos entre el símbolo —expresado en el relato mítico— y los personajes mitológicos representados, testigos inigualables de las reglas y las normas que dieron forma a la estructura de la sociedad que les dio origen.

El cemí Opiyelguobirán dicen que tiene cuatro pies, como de perro

De la misma manera en que hemos procedido en las ocasiones anteriores, y como método aceptado en las investigaciones vinculadas al análisis de la mitología nos

apoyaremos en la etimología de los nombres de los personajes míticos que mencionaremos, intentando desenrañar los mensajes que subyacen en los relatos a ellos asociados, así como la posible relación establecida entre estos y los mundos de lo ignoto y el desorden (la noche) y el de la cultura y el orden establecido (el día), para junto con el análisis acercar una propuesta que permita una nueva mirada reflexiva sobre la naturaleza y las funciones de cada personaje.

Gracias a las notas que nos legara Ramón Pané, conocemos el testimonio de lo que escuchó en La Española, sobre la existencia de varios númenes venerados por los aborígenes que la habitaban, cada uno de los cuales cumplía una función social muy específica, en correspondencia con la ideología animatista que profesaban los grupos con los que trabó contacto el Almirante de la Mar Océana a su llegada al mal llamado “Nuevo Mundo”. En el universo de las comunidades del tronco lingüístico aruaco, cada cosa y cada ser tienen un lugar y una función social ideológica que cumplimentar como refiere la cita del fraile ermitaño:

“...tienen muchos cemíes... los cuales están hechos de piedra o madera. Y de ambas clases tienen muchos; algunos que hablan, y otros que hacen nacer las cosas que comen, y otros que hacen llover, y otros que hacen soplar los vientos” (Arrom 1975).

Es bien conocido por los estudiosos el pasaje mitológico narrado por Pané en el capítulo XXII, sobre una deidad indígena que poseía cuatro pies, como de perro, que la tenía un principal; como la cita será motivo de nuestras próximas reflexiones creemos oportuno reproducirla:

“El cual cemí Opiyelguobirán dicen que tiene cuatro pies, como de perro, y es de madera, y que muchas veces por la noche salía de casa y se iba a las selvas. Allí iban a buscarlo, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas; pero él se volvía a las selvas” (Arrom 1990).

Si analizamos con detenimiento este pasaje mitológico referente a la conducta asumida por *Opiyelguobirán*, el mismo caracteriza su condición de ente irreverente e insubordinado a las normas culturales establecidas, por lo que aprovecha la oscuridad como el espacio ideal para transgredir lo normado, y regresar a su lugar de origen —la selva—, donde nada le es ajeno y, por demás, todo le es permitido, sin la presencia civilizatoria —la casa del señor principal—, que le impone una conducta fundada por normas inviolables —los tabúes—, alejada de su condición de animal de origen salvaje, aún cuando durante el día permanece fiel junto a su amo por ser un animal domesticado.



FIG. 1. Imagen reconocida como Opiyelguobirán (Arrom 1990)

De esta forma queda evidenciada la conducta asumida por *Opiyelguobirán* —de salir de noche e irse a la selva— que, como sabemos, también tiene mucha relación con el comportamiento de los opías, los que durante las horas nocturnas se trasladan desde Coaybay —región de los muertos— para frecuentar los espacios destinados a los vivos, participar en fiestas eróticas y disfrutar abusivamente del fruto de la guayaba.

“Dicen que durante el día están reclusos, y por la noche salen a pasearse, y que comen de un cierto fruto, que se llama guannaba... y por la noche... hacen fiesta y van junto a los vivos” (Arrom, 1990).

Analizando el proceder del numen *Opiyelguobirán* el investigador José Oliver (1998) ha señalado muy oportunamente que:

“Tiene [Opiyelguobirán] la obligación de mantener a los seres vivos y no vivos, en el mundo que le es apropiado. Controlando —por así decirlo— lo que entra y lo que sale de un dominio al otro. Este es un personaje mediador que marca la separación y, a la vez, mantiene el balance entre ambos mundos al regular el tránsito de espíritus en el tiempo (día vs. noche) adecuado” (Oliver, 1998).

Esta forma de proceder de *Opiyel* —se aleja de los vivos en la noche a la inversa de los opías— a pesar de su relación con el mundo de los muertos, está vinculada directamente con su condición de ente mediador, como ya habíamos apuntado, entre los mundos de la cultura y el de lo salvaje o primitivo.

Tomando estos elementos como base, y considerando que en la generalidad de las lenguas originarias existe un vínculo directo entre los nombres de los personajes legendarios, los númenes y las funciones sociales que éstos tenían predestinadas en el grupo cultural que les creó, inicialmente intentaremos un acercamiento a la etimología del nombre de la deidad, para luego trazar las hipótesis que nos permitan acercarnos a descifrar aquellas acciones

que quedaron implícitas, pero no explícitas, en los pasajes mitológicos asociados al régimen de control de la conducta social de los aruacos insulares.

Al realizar el examen y la interpretación lingüística del nombre *Opiyelguobirán*, personaje asociado por numerosos autores a una figura caninomorfa, estaremos encaminando nuestros pasos hacia el entendimiento de la función social de esta importante deidad del panteón mitológico aruaco y su papel en el contexto de su cosmovisión regida fuertemente por el culto a los ancestros como lo indican los hallazgos arqueológicos realizados en la región.

El nombre del numen se compone por el morfema inicial *Opiyel* que, como sabiamente indicara José Juan Arrom, parece estar relacionado con el Caribe insular *opoye-m*, o con el Taíno insular *opía*, que respectivamente significan “espíritu de los muertos”; propuesta para la interpretación de la primera partícula con la que coincidimos plenamente.

Sin embargo, para el sufijo *el*, Arrom propone la traducción como “el hijo de”, y lo interpreta como “el hijo del espíritu de los muertos” (Arrom 1990), aún cuando la terminación compuesta por la partícula *yel* —*ii-el*—, puede también asumirse como indicadora o ejecutora de una acción y en particular relacionada con el verbo “llorar” (al igual que sucede con la deidad de la lluvia *Boina-yel*, donde la partícula es asumida como “el llorador de lluvias o el llora lluvias” y no como “el hijo de”); de tal suerte que *Opiyelguobirán* podría ser el “espíritu llorón o lloroso”, alusión directa al sufrimiento y desamparo a que son sometidos los que pierden a un ser cercano ypreciado, y en este caso, muy relacionado con el culto a los ancestros.

Por otra parte, aun cuando la partícula *guobirán* ha permanecido sin traducción hasta nuestros días, nos permitimos proponer un acercamiento a su interpretación, asumiéndola como la unión de las partículas *wa* —*gua*—, reconocida como “nuestro”, y *biram*, que creemos proviene del verbo del aruaco genérico —*ibiran*— “burlar, jugar” (Herrnhunter 1883; De Goeje 1928), verbo que caracteriza con precisión la forma de actuar y proceder de

los opías, que con frecuencia engañan y hacen múltiples travesuras a los seres con vida, como se puede apreciar en la siguiente cita:

“Y así quedan engañados algunas veces, que no reparan en esto, y yacen con alguna mujer de las de Coaybay —*los opías*— y cuando piensan tenerlas en los brazos, no tienen nada, porque desaparecen en un instante... y que se les aparecen en forma de padre, madre, hermanos o parientes, y en otras formas” (Arrom, 1990) [enfaticado de los autores].

Es así que nuestro personaje ejecuta esta tarea —lloroso—, por la angustia que provoca la pérdida constante de los miembros de la comunidad y el tener que conducir a los recién fallecidos, a la región de Coaybay en las noches; pero sin perder su condición de personaje irreverente y burlón como el resto de los opías, por lo que huye a la selva salvaje e ignota, en alusión directa a la región de los ausentes, de los muertos. Así las cosas, consideramos oportuno proponer que el nombre de la deidad *Opiyelguobirán* podría traducirse como “nuestro lloroso espíritu burlón”.



FIG. 2. Imagen reconocida como Maquetaurie Guayaba (Arrom y García 1988)

Estos dos elementos que caracterizan la personalidad de la deidad, de hecho lo asocian directamente al proceder de los habitantes de los dos mundos concebidos por los aruacos en sus concepciones ideológicas, como hemos apuntado, el llanto —a los humanos— y la burla —a los opías o espíritus—.

La descripción que proponemos de la interpretación lingüística del nombre, no está en contradicción, por el contrario, guarda una estrecha relación con el hecho de que este personaje se mantenga en el área fronteriza y establezca la relación y el contacto entre el mundo de los vivos —nueva generación— y el de los muertos —antepasado—, como

han apuntado otros autores, lo que nos puede estar indicando que la hipótesis es válida para reevaluar los estudios realizados hasta la fecha.

El señor de Coaybay se llama Maquetaurie Guayaba

En este orden, también quisiéramos llamar la atención sobre la etimología del nombre de otro destacado numen del mismo panteón mitológico, que consideramos es susceptible de análisis, por lo que a continuación pasaremos a exponer nuestra propuesta.

Para analizar el significado del nombre del primer señor que vivió en el área de Coaybay, *Maquetaurie Guayaba*, volveremos a apoyarnos en la interesante propuesta realizada por Arrom hace más de dos décadas.

Sobre el particular J. J. Arrom apunta que éste, puede estar relacionado con el aruaco *kokke, kakü*: “vivir, vida”, que precedido de la partícula privativa *Ma* equivaldría a “sin vida”, y lo asocia dentro de las mitologías americanas con Mictlatecuhtli, “señor de Mictlan, la morada de los desaparecidos” (Arrom 1990); sin embargo, siguiendo esta forma de pensar, su lectura literal sería “el señor sin vida aurie Guayaba”.

Esta interpretación hasta nuestros días ha sido aceptada por la generalidad de los investigadores del tema, pero evidentemente la interpretación del nombre no refleja la magnitud e importancia del personaje al que hace alusión —el señor de Coaybay—, además de que en ella quedan segmentos libres, sin explicación —como es el caso de la partícula *aurie* y la palabra *Guayaba*—, que permiten augurar la posibilidad de que sea otro su significado.

En este sentido, opinamos que el término acepta también otra interpretación la que puede desglosarse de la manera siguiente:

Makutún-aurie Guayaba donde:

Makutún, Makoto: podría estar relacionado con el verbo aruaco que significa “ayunante, abstinente” (Herrhunter 1883; De Goeje 1928).

Aurie: puede vincularse con *auri* que indica “perro” en Achagua, Maipure, Piapoco, Paraujano, y es muy similar al *anli* y al *aon* del Caribe y Taíno insular, manera en que lo recogen los estudiosos Emiliano Tejera (1951) y Coll y Toste (1972). Como también se podrá apreciar en la Tabla 1, sobre la forma en que se dice “perro” en varias de las lenguas de la Amazonía continental e insular pertenecientes al tronco lingüístico Arauco, que hemos elaborado con la valiosa información proporcionada por De Goeje (1928), por lo que nos parece oportuno reproducirla:

LENGUA	PERRO	ÁREA GEOGRÁFICA
Aruaco	ualiro	Guyana
Piapoco	aouri	Guyana
Goajiro	er, guariz	Venezuela, Colombia
Paraujano	ieri	Venezuela, Colombia
Achagua	auri	Venezuela, Colombia
Maipure	auri	Venezuela, Colombia
Caribe insular	anli	Antillas Menores
Taíno	aon	Antillas Mayores

TABLA 1. Forma en que se expresa la palabra “perro” en las lenguas del tronco lingüístico Arauco de la Amazonía continental e insular (De Goeje, 1928)

Guayaba: fruta tropical muy parecida al membrillo en su forma, textura y sabor.

De esta manera, el señor de Coaybay en la mítica región de Soraya podría ser el “perro ayunante, abstinente de guayabas” que además, como es conocido, son el fruto predilecto de los opías.

“El primero que estuvo en Coaybay dicen que fue uno que se llamaba Maquetaurie Guayaba, que era el señor del dicho Coaybay, casa y habitación de los muertos” (Arrom, 1990).

Asumiendo este significado para el nombre, de “perro ayunante, abstinente de guayabas”, entonces no tendría ninguna incongruencia el hecho de que fuese *Maquetaurie Guayaba* el primer habitante de la región donde abunda el alimento predilecto de los opías, las guayabas, pues

como buen protector y señor de Coaybay, en su nombre —que le da toda la autoridad en la región bajo su dominio— queda explícita la prohibición de su consumo¹.

De esta manera queda establecida la relación entre estos dos personajes *Opiyelguobirán* y *Maquetaurie Guayaba*, los que en la selva nocturna disfrutaban de plena libertad y mantienen un vínculo directo con la relación establecida entre el mundo de los muertos y el de los vivos; el primero como intermediario o mediador, y el segundo como señor de la región de los ancestros.

- *Opiyelguobirán*, “nuestro burlón espíritu lloroso”. Que aun después de amarrado huye en las noches a la selva. Es el que controla todo lo que acontece, como mediador, en el límite del espacio fronterizo entre el mundo de los vivos y el de los muertos.
- *Maquetaurie Guayaba*, “perro ayunante, abstigente de guayabas”. El Señor de Coaybay y por ende encargado de la guardia y vigilia del espacio donde descansan los ausentes. De esta manera se mantendría por siempre la antítesis establecida entre el día (orden) mundo de los vivos y noche (desorden) mundo de los ancestros.

Históricamente este personaje se ha relacionado con el señor de la noche, “el murciélago”, por estar vinculado a los opías que duermen de día en forma de frutas y salen de paseo en las noches a comer guayaba, cuestión que ahora debemos analizar con otra perspectiva.

Es muy probable que por el importante rol que ocupaban los ancestros en la cosmogonía aruaca, encargados del respeto al orden y las tradiciones vigentes, ambos personajes míticos, relacionados con la muerte y la desaparición física, fuesen los responsables de la protección y el cuidado de Coaybay en la región de Soraya —lugar donde se reúnen los no vivos— y del espacio limítrofe, lugar a partir del cual se establece la ruptura con las reglas que norman la conducta social —entre el mundo de los vivos y el de los muertos—.

De la misma manera en la noche, mientras los opías —espíritus que al igual que *Opiyelguobirán* son “burlo-nes” y “juguetones”, faceta que generalmente asociamos con la bulla y el escándalo— disfrutaban del engaño de los vivos, *Opiyelguobirán* huía de la tribu hacia la selva, para cumplir con su importante tarea de trasladar las almas de los fallecidos hasta Coaybay, teniendo obligatoriamente que guardar silencio, como símbolo de profun-

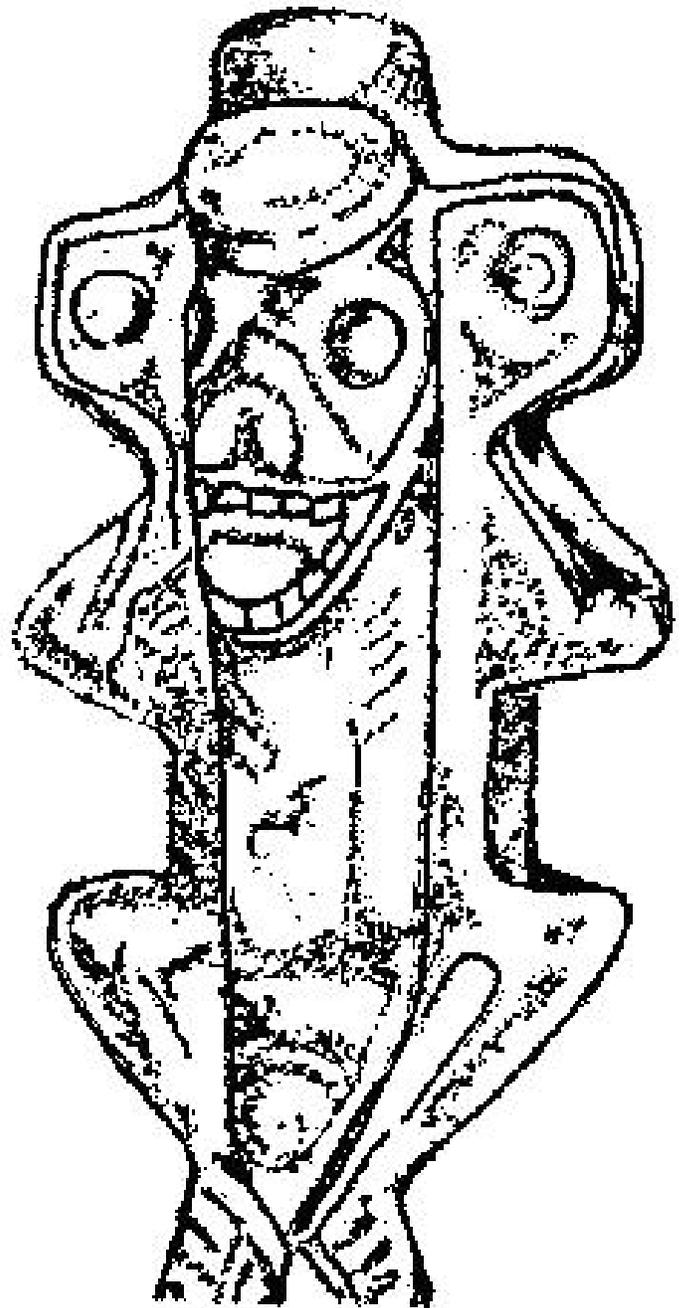


FIG. 1. Idolillo de cuarcita reconocido como *Opiyelguobirán* o *Maquetaurie Guayaba* (Martínez et al. 1993:79)

do respeto a los antepasados, representantes directos de la primera generación del grupo aruaco, la que propició el dominio y conocimiento de los adelantos culturales que le permitieron el desarrollo social alcanzado.

Todos los elementos hasta aquí explicados nos permiten establecer otra mirada al mundo mítico de los aborígenes insulares, buscando un acercamiento a su ideología y a las normas que regularon su conducta social.

Lo que pretendemos con estas nuevas propuestas es que sean consideradas como sugerencias válidas, para abrir nuevos horizontes en el entendimiento de la cosmovisión de nuestros pobladores tempranos. Somos del criterio que cada proposición nos permitirá el acercamiento a una visión más objetiva del significado y la función de las deidades del panteón mitológico de los aruacos insulares.

Referencias

- ALEGRÍA R. (1986), *Apuntes entorno a la mitología de los indios taínos de las Antillas Mayores y sus orígenes suramericanos*, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, Museo del Hombre Dominicano, Barcelona.
- ARROM, J. J. (1975), *Mitología y Artes Prehispánicas de Las Antillas*, Siglo XXI, D. F., México.
- ARROM, J. J. (1990), *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Nueva versión con notas, mapas y apéndices, Ciencias Sociales. La Habana.
- ARROM, J. J. y M. GARCÍA (1988), *El murciélago y la lechuza en la cultura Taína*, Fundación García Arévalo. Santo Domingo.
- BRINTON, D. (1871), "The Arawak Language of Guiana and its Linguistic and Ethnographical Relations". *Transactions of the American Philosophical Society*, Vol. 14. Filadelfia.
- CHANLATTE, L. (1986), "Cultura Ostionide: Un desarrollo agroalfarero antillano". *Homines*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, San Juan.
- COLL Y TOSTE, C. (1972), *Diccionario Taíno. Vocabulario de voces indígenas del lenguaje aruaco de Las Antillas Mayores*. Clásicos de Puerto Rico, Segunda Edición. Ediciones Latinoamericanas, S. A., San José.
- COLÓN, C. (1961), *Diario de navegación*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. La Habana.
- DE GOEJE, C. H. (1928), *The Arawak language of Guiana*, Talug.
- FERNÁNDEZ, R. (2005), *El registro gráfico rupestre como fuente de información Arqueológico-antropológica. La Caverna de La Patana, Maisí, Guantánamo, Cuba*. Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología Sociocultural. Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de la Habana (inédito).
- FERNÁNDEZ, R. y J. B. GONZÁLEZ (2001a), *El enigma de los petroglifos aborígenes de Cuba y el Caribe Insular*, Editorial Juan Marinello, La Habana.
- FERNÁNDEZ, R. y J. B. GONZÁLEZ (2001b): "Dos personajes mitológicos en los petroglifos de la caverna de Patana, Maisí, Guantánamo, Cuba". *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 29, Año XXVIII. Santo Domingo.
- FERNÁNDEZ, R. y J. B. GONZÁLEZ (2003), "El mito del Sol y la Luna en el arte rupestre de Cuba". *El Caribe Arqueológico*, No. 3, Editorial Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- FERNÁNDEZ, R.; J. B. GONZÁLEZ y J. CUZA (2004): "El behiquismo de los aborígenes de Las Antillas Mayores", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Año XXXI, No. 37. Santo Domingo.
- FERNÁNDEZ, R.; J. B. GONZÁLEZ y D. GUTIÉRREZ (2009a), "El dibujo rupestre como clave semántica de la mitología aborígen en las cuevas de Cuba". *UNAY RUNA* No. 8, Revista de Ciencias Sociales. Instituto Cultural Runa, Lima.
- FERNÁNDEZ, R., D. GUTIÉRREZ y J. B. GONZÁLEZ (2009b), "Por la ruta del agua en la Punta de Maisí, Guantánamo, Cuba. Un estudio de funcionalidad en el arte rupestre". *Sociedades de Paisajes Áridos y Semiá-*

- ridos. Año I, Vol. I. Revista Científica del Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria de la Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto.
- GARCÍA, M. A. (1989), *El murciélago en la mitología y el arte Taíno*, Turner Libros S.A, Madrid.
- GODO, P. y M. CELAYA (1989), “Expresiones mitológicas en los burenes de Cuba”. *Anuario de Arqueología 1988*. Editorial Academia. La Habana.
- GONZÁLEZ, U. (2009), “Cultura e identidad en la sociedad tribal prehispánica de Cuba. El problema de los estudios de reconstrucción etnohistórica”. *Revista Catauro*, Año 10, No. 20, La Habana.
- GUARCH, J. M. y A. QUEREJETA (1992), *Mitología aborigen de Cuba, Deidades y Personajes* Ed. Publicigraf, La Habana.
- HERRNHUTER, BRUDER-UNITET (1883), *Diccionario Aruaco-Alemán*. Editores.
- JIMÉNEZ, A. (1985), “Nueva identificación de Opiyelguobirán en un duho taíno”. Suplemento *Listín Diario*, 20 de abril, p. 6, Santo Domingo.
- LAS CASAS, B. (1929), *Historia de las Indias*, Vol. I-III, Editorial M. Aguilar, Madrid.
- LÓPEZ-BARALT, M. (1976), *El mito taino: raíz y proyecciones en la amazonía continental*. Ediciones Huracán Inc. Río Piedras.
- LÓPEZ-BARALT, M. (1985), *El mito taino: Lévi-Strauss en las Antillas*. Ediciones Huracán Inc. Río Piedras.
- MARTÍNEZ, A., E. VENTO y C. ROQUE (1993), *Historia Aborigen de Matanzas*. Ediciones Matanzas. Matanzas.
- MORBÁN, F. (1988), “El murciélago: sus representaciones en el arte y la mitología precolombina”, *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Año XV, No. 21, Santo Domingo.
- OLIVER, J. R. (1998), *El Centro Ceremonial de Caguana, Puerto Rico. Simbolismo iconográfico, cosmovisión y poderío caciquil Taíno de Boriquen*. British Archaeological Reports International Series, Archaeopress, Oxford.
- ROBIOU, S. (1996), *Encuentro con la Mitología Taína*. Ed. Punto y Coma 3ra. Edición, San Juan.
- ULLOA, J. (2005), *Una mirada al Caribe precolombino*. Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Santo Domingo.
- TAYLOR, D. (1957), “On the affiliation of Island Carib”. *International Journal of American Linguist*. Vol. 23, No. 4. Baltimor.
- TEJERA, E. (1951), *Palabras indígenas de la Isla de Santo Domingo*, Editora del Caribe, Ciudad Trujillo.
- TORRES, D. (2006), *Táinos: mitos y realidades de un pueblo sin rostro*, Editorial Asesor Pedagógico, México, DF.
- VALDÉS, S. (1991), *Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*. T. I, Editorial Academia, La Habana.
- VALDÉS, S. (2003), “Visión lingüística del Caribe insular precolombino”, *Revista Catauro*, Año 5, No. 8, La Habana.
- VELOZ, M. (1977), *Medio Ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Tomo 2, editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Santo Domingo.

Recibido: 28 de septiembre de 2010.

Aceptado: 6 de octubre de 2010.

Los procedimientos de recuperación y documentación gráfica en el arte rupestre cubano. Panorama histórico

Divaldo A. GUTIÉRREZ CALVACHE y José B. GONZÁLEZ TENDERO
Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre, Cuba.

Resumen

Se presenta un breve recorrido histórico por los principales momentos del desarrollo y evolución de los procedimientos (observacionales) de recuperación y documentación gráfica del arte rupestre cubano. Quedando establecido que este concepto encierra en sí mismo un enfoque mucho más amplio que el de la simple reconstrucción morfológica, considerando entonces su dependencia directa para con las teorías observacionales y de sistema, las que de conjunto aseguran la composición de datos eficientes y eficaces en el tratamiento de las similitudes y diferencias presentes en cada contexto rupestrológico. Finalmente se concluye que aunque con avances es imprescindible seguir trabajando en el desarrollo de nuevos y más abarcadores procesos de observación para el arte rupestre cubano.

Palabras clave: arte rupestre, morfología, registro, recuperación.

Abstract

A brief historical sojourn is offered through the main moments in the development and evolution of the (observational) procedures of recovery and graphic documentation of Cuban rock art. It being established that this entails a much wider focus than that of a simple morphological reconstruction, considering its direct dependence on observational and systems theories, which together assure the composition of efficient and efficacious data in the treatment of similarities and differences present in each rock art context. Finally, it is concluded that even with advances it is necessary to continue working on the development of new and more encompassing procedures of observation for Cuban rock art.

Key words: rock art, morphology, registration, recovery.

Introducción

Hace apenas un año, durante el “Simposio Internacional Cultura, Ciencia y Naturaleza. Actualidad del pensamiento de Antonio Núñez Jiménez”, celebrado en La Habana entre los días 19 y 21 de enero de 2010, pudimos escuchar la conferencia titulada *Antonio Núñez Jiménez y el Arte Rupestre*, ofrecida por el Dr. Ercilio Vento Canosa. En esa oportunidad retumbó en nuestros oídos el criterio emitido por el conferencista en el cual calificaba los dibujos a mano alzada del arte ru-

pestre cubano, realizados durante muchos años por Núñez Jiménez, como verdaderas obras de artes, por la excepcional calidad y fidelidad de dichas copias con respecto a los originales, acto de creación que según el conferencista tuvo la oportunidad de presenciar en varias oportunidades.

Es nuestra opinión que nada podría ser más desafortunado como criterio crítico sobre la obra del pionero y padre de la rupestrología cubana. Los estudios en este campo emprendidos por Núñez Jiménez abarcaron casi todas las ramas del saber que pueden confluir en la rupestrolo-

logía, fueron realizados en la totalidad de nuestro territorio nacional, la calidad y seriedad de no poco de sus ensayos metodológicos fueron puestos a prueba con resultados exitosos en auténticos santuarios rupestres de la humanidad como Facatativa, en los Andes orientales de Colombia, Toro Muerto, en el Perú y Rapa Nui (Isla de Pascua), Chile; por poner solo algunos ejemplos. Sin embargo, si alguna crítica seria se puede dejar bien establecida e identificada en esa fecunda obra, es precisamente sobre los procedimientos de recuperación y documentación gráfica, los cuales no se ajustan a la calidad de otros resultados obtenidos por este rupestrólogo cubano.

Problemas en este sentido han sido numerosas veces identificados en la obra de este investigador, entre las que se pueden citar por ejemplo los estudios realizados en las estaciones conocidas como Cueva de Camila en Pinar del Río, Cueva de los Matojos y Cueva de los Muertos ambas en La Habana y la Cueva de Matías en Camagüey. Y es que Núñez Jiménez, al igual que no pocos investigadores de nuestro país, han subestimado el hecho de que cuando hacemos la copia de un diseño pictográfico o petroglífico, aquello que aceptamos como arte rupestre es en realidad aquello que como observadores percibimos, concebimos y describimos. Lo que significa que esta copia lleva implícita nuestros límites informacionales, biológicos, antropológicos éticos y culturales, en fin nuestros límites sociales, pues como sociedad estamos aplicando a una producción simbólica antigua criterios determinados por nuestra contemporaneidad cultural, esquemas, paradigmas, teorías y métodos cognitivos diseñados por nosotros para una obra de la cual desconocemos la mayoría de los esquemas de la sociedad que la ejecutó. Entonces, ninguno de estos problemas está separado del lápiz que, guiado por nuestra mano, intenta copiar a mano alzada una representación antigua a partir de una visión y apreciación determinadas por la actualidad y su carga ideológica de contemporaneidad.

Ante esta realidad es incuestionable que son los procedimientos de recuperación y documentación gráfica uno

de los temas más críticos de todos los modos y formas de investigar que aplicamos al arte rupestre. La relación entre el arte rupestre y el observador dependerá mucho del método de documentación, pero sobre todo determinará la intensidad en que apreciamos o inferimos su relación con los demás rasgos, objetos y contexto que lo rodean, y esta dependencia es absoluta, tanto en espacio como en tiempo.

De ahí que *desde la teoría de sistemas, el estado deseado de la observación, documentación y recuperación gráfica no puede conformarse con la reconstrucción morfológica, no, su deber es asegurar o al menos intentar asegurar la recuperación del sistema en todas las partes que lo integran, esclarecer y decodificar los niveles, relaciones, jerarquías, interacciones y retroacciones entre cada uno de los símbolos con la totalidad de los mismos y entre ellos y el entorno.*

Es entonces el proceso de crecimiento, actualización y maduración de los procedimientos de recuperación y documentación gráfica del arte rupestre cubano lo que intentaremos describir en las próximas líneas, presentándole al lector un resumen histórico de cómo llegamos, dónde estamos y hacia dónde vamos; consientes de que hemos cometidos muchos errores, pero estos nos han aportado la experiencia necesaria para madurar nuestros métodos de investigación.

La documentación y recuperación gráfica del arte rupestre como procedimiento observacional

El avance de numerosas herramientas y tecnologías de investigación en los últimos años, así como el desarrollo de la rupestrología como recurso arqueológico ha promovido en la actualidad una tendencia a la revisión general de la calidad y veracidad de la documentación gráfica y las observaciones del arte rupestre mundial, sobre las que se construyen los datos e inferencias científicas.

Esta tendencia en los estudios rupestrológicos contemporáneos es parte del problema arqueológico, conocido como “teorías observacionales”, el que como bien han se-

ñalado otros investigadores "...se ha revelado como un asunto clave, pues de él parten los principios para la construcción de datos confiables sobre los cuales se van a corroborar o variar nuestras teorías y explicaciones" (Torres 2004: 1).

Hasta hace muy poco la práctica "científica" en nuestro país aceptaba que para la interpretación, análisis funcional, sistemático, semántico o morfológico de un diseño rupestre era lícito y hasta conveniente "extraerlo" de su emplazamiento original y convertirlo en objeto independiente del análisis. En la actualidad, la mayoría de los rupestrologos cubanos consideran esta una práctica incorrecta, considerando que la herramienta idónea para lograr alguno o algunos de estos propósitos es la construcción de procedimientos observacionales eficientes en su diseño y estructura, que permitan en su práctica lograr objetividad y coherencia entre la observación del sistema o conjunto y su entorno por un lado y la explicación ideológica, psicológica, funcional y sociocultural del arte rupestre por la otra, de ahí la necesidad del acercamiento de la rupestrología a métodos que le permiten explicar los datos de observación en su correspondencia con la interpretación y los resultados inferidos, reduciendo al máximo los criterios por abstracción y empirismo.

Un buen ejemplo del postulado anterior son los resultados obtenidos en el sitio Cuz Cuz, IV Región, Chile, por el investigador Patricio Bustamante, donde los procedimientos observacionales permitieron identificar que: "Existe una relación intrínseca entre las obras rupestres (petroglifos, tacitas, pictografías) y el entorno en que estas fueron concebidas" (Bustamante 2005: 1). Este esquema teórico, elaborado sobre detallados procesos observacionales permitió a los investigadores definir un sistema de coordenadas culturales, bióticas, geográficas, climáticas y astronómicas de suma importancia para la comprensión del arte rupestre en esta región chilena. Entre los métodos observacionales utilizados para estos resultados están los SIGs, la modelación en 3D y las imágenes espaciales, términos que por sí solos muy pocas veces aparecen en los textos científicos sobre

arte rupestre. En Cuba, por ejemplo, con la sola excepción de los trabajos "Por la ruta del agua en la Punta de Maisí, Guantánamo, Cuba. Un estudio de funcionalidad en el arte rupestre" (Fernández, *et al.* 2009) y "Fundamentos teóricos y metodológicos para el mapa del arte rupestre cubano. Comentarios generales" (Gutiérrez, *et al.* 2010), estos recursos de investigación no aparecen mencionados en ninguna otra obra rupestrológica.

Al enfrentar toda esta problemática es necesario reconocer que los procesos observacionales en el arte rupestre son en esencia procedimientos de documentación y recuperación gráfica. Esta realidad evaluada en las condiciones de la rupestrología cubana nos presenta un cuadro donde, a pesar de que los métodos observacionales han evolucionado en la praxis, en el marco de los presupuestos filosóficos, el planteamiento de interrogantes complejas que no estén comprometidas con resultados conocidos ni aceptados como "bíblicos o infalibles" no es común. De ahí que muchas de las inferencias realizadas sobre estos procesos de observación sean de poco valor en la reconstrucción arqueo-histórica de nuestro pasado.

Lo anterior se presenta claro cuando nos acercamos a las escasas ocasiones donde el diseño de la investigación ha incluido la realización de interrogantes complejas a los resultados obtenidos. En estos casos se ha expuesto a los investigadores un volumen gigantesco de información, reconstrucción y teorización elaborada sobre la base de una documentación que obviamente no soporta el cuestionamiento complejo que se les plantea, pues este no acepta la auto evidencia como respuesta; por más que está formula, nos la hayan tratado de demostrar en el pasado.

En esencia se trata de interrogantes que cuestionen la calidad de los métodos de observación aplicados en la documentación y recuperación gráfica y con ello el cuestionamiento de los resultados obtenidos por dichos métodos, o la existencia o no de problemas metodológicos en las observaciones y sus resultados, los que de conjunto estamos utilizando para nuestras reconstrucciones.

¿Qué necesidad existe para estos nuevos planteamientos?, pues sin lugar a dudas la respuesta hay que buscarla en la no aceptación en la rupestrología contemporánea de "...una epistemología empiricista ingenua, en donde los datos son autoevidentes y no problemáticos" (Gándara 1987: 6).

Es entonces necesario cuestionarse hoy la observación de colas en los diseños rupestres de la Cueva de Matías en la sierra de Cubitas, Camagüey, elemento aceptado como absoluto en los últimos 35 años de rupestrología cubana, y que además inspiró a numerosos investigadores como modelo de ejemplo para argumentar otro fenómeno contemporáneo en nuestro país, *la mitologización indiscriminada del arte rupestre*.

De hecho, procedimientos de documentación gráfica realizados a partir de métodos modernos de digitalización y análisis factorial de imágenes, realizados hace solo unos años, demostraron el valor de este cuestionamiento al dejar establecido que: "...ninguno de los diseños antropomorfos de la Cueva de Matías presentan realmente ningún rasgo que pueda ser interpretado como 'cola'" (Fernández, *et al.* 2008:369).

En este orden es importante destacar el hecho de que procesos observacionales eficientes generan documentación eficiente, lo que reducen considerablemente los abusos de las lecturas que pretenden identificar aquello que se ha representado en el arte rupestre a partir de asociaciones empiricistas, abuso que está presente en los estudios del arte rupestre universal, como han demostrado otros investigadores (Clottes 1986:57). Por su puesto, a esto no escapó la rupestrología cubana, donde por ejemplo es común encontrar el reconocimiento de figuras antropomorfas a partir de motivos más que dudosos, la asignación de especies animales a imágenes incompletas o de difícil apreciación o la asignación de personajes mitológicos a partir de rasgos empíricos a figuras de todo tipo, incluso geométricas.

En conclusión la documentación y recuperación gráfica del arte rupestre es en la actualidad un concepto mucho

más amplio que la tradicional toma de una fotografía, es la recuperación de la mayor cantidad de atributos presentes en el diseño y su entorno inmediato, cercano y distante, los que de una forma u otra participaron en el proceso creativo que los motivó y son los que dieron al mismo su valor socio-funcional. De ahí que en la actualidad la elaboración de proyectos de investigación en el arte rupestre requiera del diseño de estrategias que aseguren la comparación de los diseños rupestres elaborados en diferentes condiciones y contextos de la vida cotidiana en las sociedades del pasado, de forma que puedan evaluarse sus similitudes y diferencias sustentadas en bases cladísticas, por medio de formulaciones estadísticas, basadas en datos confiables y abarcadores.

La documentación gráfica del arte rupestre cubano. Panorama histórico

Aunque en los últimos años ha comenzado a verse en el estudio del arte rupestre cubano la incorporación de procedimientos observacionales más abarcadores en método y resultado que los tradicionalmente utilizados para la documentación gráfica, lo cierto es que en nuestro país los procedimientos empiristas como método de análisis han sido desde los inicios hasta la actualidad, la esencia de los procesos y procedimientos vinculados a la recuperación y documentación del arte rupestre. Baste señalar que a pesar de los avances académicos obtenidos en esta dirección, algunos "especialistas" persisten en proponer ver en un complejo diseño geométrico, una extraña mariposa o una compleja maquinaria (García 2007).

El siglo XX. Los inicios

Se puede aceptar que los primeros intentos de documentación gráfica de diseños rupestres cubanos se corresponden con el año 1919, cuando una expedición de la Heye Foundation, dirigida por el arqueólogo estadounidense Mark R. Harrington, localiza en el extremo más

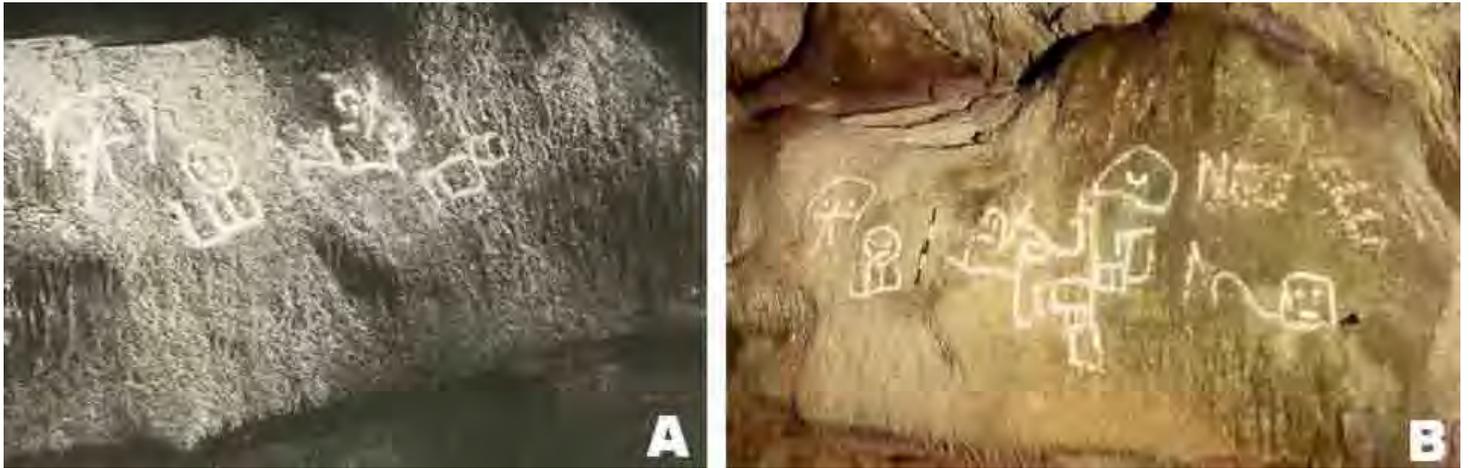


FIG. 1. Evidencia del tizado de petroglifos como medio de documentación en la Cueva de la Patana desde 1919 hasta la actualidad. (A) Fotografía tomada por Mark R. Harrington del mural petroglífico del salón del Gran Cemí en 1919 y (B) Fotografía tomada en la década de los 90 del siglo XX del mismo petroglifo. Fuente: Harrington 1921 y Archivos del GCIAR

oriental del país la Cueva de Patana o de los Bichos con numerosos petroglifos aborígenes, los que son dibujados y fotografiados para luego ser descritos en el libro *Cuba before Columbus*, publicado en 1921. En esta oportunidad, el investigador antes referido utiliza como método de resaltado para sus fotografías, el “tizado de los petroglifos” (fig. 1A). Esta técnica fue durante muchos años difundida por especialistas e investigadores como un método de documentación efectivo.

Sin embargo, en la actualidad el tizado es altamente cuestionado y, como ha explicado el reconocido rupes-trólogo australiano Robert G. Bednarik, este cuestionamiento está sostenido sobre todo en el hecho de que:

“...la misma agrede sensiblemente la composición microquímica de las pátinas que cubren los petroglifos, pues la tiza y sus similares contienen CaCO_3 , lo cual genera una sensible alteración de su catión de calcio y de hecho altera los resultados de calibración del contenido de radiocarbón en las pátina o barniz. De ahí que el argumento de que la tiza se lava o se borra mecánicamente después de su aplicación no tiene valor, porque ningún investigador está en posición de definir los procesos de unión molecular, electroquímicos, geoquímicos, bioquímicos y otras reacciones microquímicas que puedan ocurrir posteriores al tizado” (Bednarik 1990).

Desgraciadamente estos métodos arcaicos e invasivos siguen siendo utilizados en Cuba y en la actualidad algunas

personas continúan tizando los petroglifos de la Patana para que se puedan observar con “más nitidez” (fig. 1B).

Con posterioridad a los estudios de Harrington, es notable el registro fotográfico y mediante dibujos a mano alzada, realizados por don Fernando Ortiz, del arte rupes-tre de la Cueva No. 1 de Punta del Este; desgraciadamente este registro nunca fue publicado y no es hasta 1993 que son dadas a conocer algunas de sus fichas a mano alzada por el investigador José Ramón Alonso Lorea, trabajo que culminan magistralmente el Dr. Pedro Pablo Godo y el MSc. Ulises González con la publicación en el 2008 de los manuscritos, fotos y dibujos de don Fernando (Ortiz 2008).

A estos esfuerzos le siguen por su importancia la documentación morfológica realizada por el Dr. René Herrera Fritot, también en la Cueva No. 1 de Punta del Este, elementos de la cual se publicaron de forma sistemática durante los años 1938 y 1939 (Fritot 1938a, 1938b, 1938c, 1939).

Tanto la documentación de Ortiz como la de Fritot presentan rasgos propios que las confrontan, sin embargo ninguna acción es posible realizar hoy para conciliar datos y rasgos de este patrimonio debido a la controversial restauración realizada en los años sesenta del siglo pasado a la inmensa mayoría de los diseños de esta localidad. Tal es así que el famoso diseño laberíntico (fig. 2) descrito por Ortiz; nunca ha sido encontrado en la localidad; ¿nunca existió o fue mal interpretado y destruido antes o

durante la restauración?, interrogantes como estas son imposibles de esclarecer en la actualidad.

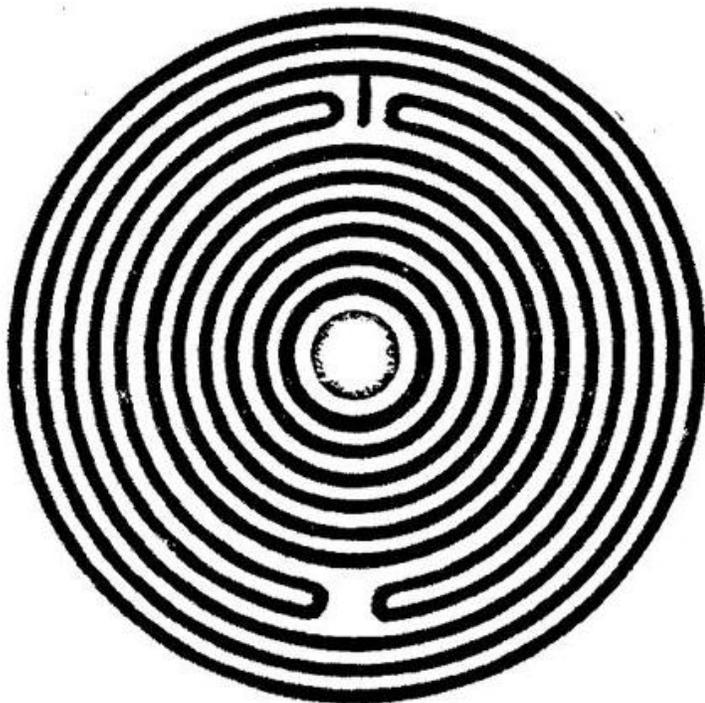


FIG. 2. Pictografía descrita por Ortiz para la Cueva No. 1 de Punta del Este, conocida en el argot arqueológico cubano como “el laberinto”, y la cual ha sido imposible localizar (Ortiz, 2008)

Con posterioridad a este trabajo de Herrera Fritot, se puede decir que es la labor documental del arte rupestre cubano realizada por la Sociedad Espeleológica de Cuba bajo la dirección del Dr. Antonio Núñez Jiménez durante toda la segunda mitad del siglo XX el aporte más importante a este tema que se realiza en Cuba. Dicho aporte se caracteriza por la documentación fotográfica y por el dibujo. La diferencia sustancial entre este trabajo y sus antecesores radica en que la fotografía es tomada con mayores criterios de tipo documental y en muchas ocasiones por fotógrafos profesionales¹, pero sobre todo porque el dibujo deja de ser un dibujo de copiado a mano alzada para aparecer el calco directo sobre las imágenes rupestres (fig. 3), donde se utilizaron generalmente el papel alba o los acetatos.

Este método de recuperación gráfica se arraigó tanto en nuestros investigadores que fue puesto en práctica en numerosos estudios y expediciones internacionales, como

en los casos de las investigaciones realizadas por el Dr. Antonio Núñez Jiménez y su equipo de trabajo en la Isla de Pascua y el Perú (fig. 4).

Es también significativo que en estos años aparecen las primeras referencias a la posible relación del arte rupestre cubano con el entorno que lo rodea, sobre todo referido al análisis del entorno cercano. Aparecen entonces datos que indican el posible papel de algunas pictografías como indicadores topográficos (Núñez 1975:168 y Gutiérrez y Crespo 1985:70, 1992:5). Estos trabajos sustentan sus conclusiones en detallados procesos de observación de la morfología, ubicación espacial, topografía y características específicas de las aéreas que rodean los diseños.

En 1986 se celebró en La Habana el Primer Simposio Mundial de Arte Rupestre, oportunidad en que visita nuestro país el destacado investigador uruguayo Prof. Mario Consens y en una de sus varias intervenciones durante las sesiones del evento, presenta a los delegados los resultados por él obtenidos en la documentación gráfica de diseños rupestres por medio de la toma fotográfica de imágenes estáticas con película diapositiva (*sliders*) donde cada exposición se toma con un filtro de color distinto seleccionados según las características de cada diseño rupestre. Con posterioridad, cada *sliders* es proyectado consecutivamente sobre una superficie de papel donde se va copiando la imagen obtenida con cada filtro, dando por resultado una figura compleja y detallada del diseño que en ocasiones no es ya perceptible al ojo humano.

Dicho método se conoció en nuestro país como el “Método Consens” y un grupo importante de investigadores lo utilizaron en sus trabajos de campo. Desgraciadamente pocos dejaron evidencia de su manejo, conociéndose solo dos casos donde fueron presentados los resultados obtenidos por este método: primero, un compendio de trabajos realizados por el Grupo Espeleológico Norbert Casteret publicados en el número tres del Boletín NC del año 1986 y el trabajo “Los petroglifos sobre ahumado. Contraposición de cuatro técnicas en el Sistema Cavernario de Constantino, Viñales, Pinar del Río”; (Gutiérrez, *et al.*



FIG. 3. El Dr. Antonio Núñez Jiménez en momentos de la labor de calco de diseños rupestres mediante el uso de papel alba o papel de plano. (A) Salón de la Rana, Cueva de García Robiou, Provincia Habana. (B) Cueva de Camila, provincia de Pinar del Río. Fuentes: Núñez 1975 y 1985²

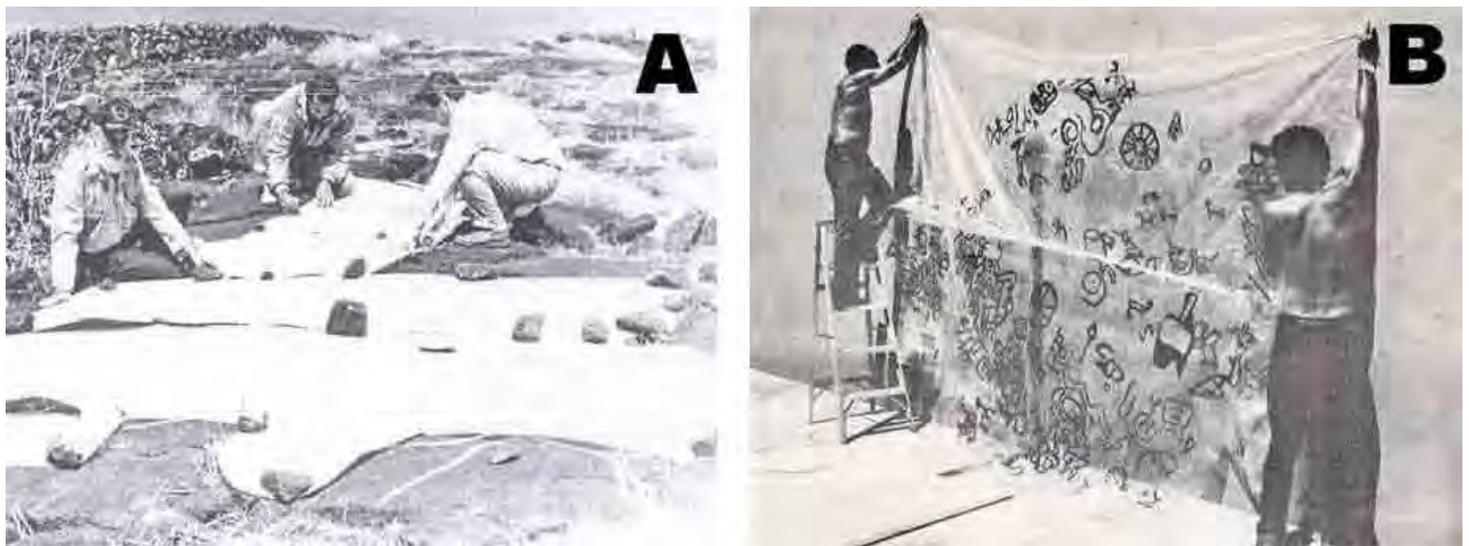


FIG. 4. Aplicación del método de calco directo sobre las imágenes rupestres utilizando papel alba y acetatos por investigadores cubanos en investigaciones internacionales. (A) Calco de petroglifos en Rapa Nui (Isla de Pascua) y (B) Calcos de los petroglifos de Colcapampa, Perú. Fuentes: Núñez 2009:264 y Núñez 1986:75

1995), presentado en el Congreso Internacional 55 Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

Hasta aquí los elementos o hitos más importantes en la documentación y recuperación gráfica del arte rupestre cubano durante el siglo XX. En general se puede decir que el mismo se caracterizó por el uso de la técnica del dibujo, primero a mano alzada y luego por medio del calco, y la fotografía, que en principio fue solo como testimonio gráfico y con posterioridad se convirtió en herramienta de registro. Por su parte, la selección de datos en el entorno se limitó en la mayoría de los casos a la determinación del sustrato de

realización, la altura sobre el piso y las distancias entre signos vecinos. Sin embargo no es hasta principios de los años ochenta de ese siglo, con la introducción del método Consens que la documentación del arte rupestre cubano se realiza a partir de criterios técnicos que permitan mejorar la calidad de la información visual que se obtiene.

La llegada del siglo XXI y su primera década

A principio de la década del noventa se realizaron en Cuba algunos estudios que aportaron una nueva visión en

la importancia de la documentación gráfica del arte rupestre. Dichos estudios fueron encabezados sin lugar a dudas por los resultados obtenidos en la comparación morfológica de diseños rupestres y decoraciones cerámicas en las condiciones geoarqueológicas de la sierra de Cubitas y su entorno (Calvera y Funes 1991).

Con ese antecedente como motor impulsor —de una visión mucho más abarcadora que la sostenida durante toda la centuria anterior— se produce la entrada de los años 2000, momento idóneo para que un grupo no despreciable de nóveles y no tan nóveles investigadores trabajen en la revisión de métodos, conceptos, procedimientos y esquemas teóricos de los estudios del arte rupestre cubano, generando un criterio o corriente teórica que considera entre otras líneas que el arte rupestre constituye una parte inseparable del registro arqueológico, por lo que forma parte de la base o evidencia material asociada, y considera así mismo que el simbolismo presente en nuestra gráfica rupestre es un elemento dependiente de la estructura de la sociedad que lo ejecutó, lo que nos asegura poder realizarnos preguntas relacionadas con la utilidad social del arte rupestre y su ejecución como actividad social (Fernández, *et al.* 2009:117).

Es sin duda la era digital el mayor impacto que ha tenido el desarrollo de procedimientos, métodos y técnicas de observación, documentación y recuperación gráfica del arte rupestre en la última década del siglo XX y la primera del XXI. La aparición de la fotografía digital y de sus posibilidades tecnológicas nos ha permitido ir mucho más allá y superar sustancialmente los exámenes visuales y la fotografía convencional del arte rupestre. De hecho, el manejo de estas imágenes ha permitido la lectura de códigos digitales, la realización de calcos electrónicos, la identificación de detalles que no son detectables visualmente, o elaborar cálculos algorítmicos que sobre lenguajes automatizados son capaces de reconocer los códigos digitales que ofrecen los diferentes tipos de colorantes y tonos empleados en un diseño rupestre y realizar, por ejemplo, evaluaciones de tonos, faces, superposi-

ciones, etc. Estos datos tienen grandes implicaciones en la recuperación de información gráfica o morfológica, dando importantes elementos para la reconstrucción arqueológica; pero sobre todo, al ser estos datos recuperados y analizados, permiten entre otros elementos, una correcta interpretación de los grados de afectación, niveles de conservación e inmediatez de las acciones de protección y conservación en los distintos yacimientos o estaciones.

Un ejemplo mundialmente famoso del desarrollo de los procesos de documentación gráfica, lo constituyó el resultado obtenido en la estación española Cueva de Maltravieso, donde la supuesta mutilación de las manos representadas en esta localidad —hipótesis aceptada históricamente— tuvo que ser desestimada al demostrarse que la referida mutilación no era más que el proceso de cubrir con pintura el espacio que habían ocupado en el dibujo original algunos de sus dedos (Sanchidrian-Torti 1988-89:127).

En general se puede establecer que los procedimientos observacionales de documentación y recuperación gráfica en el arte rupestre cubano comenzaron a insertarse en las tendencias contemporáneas a partir del procesamiento digital de las fotografías obtenidas en la década de los 60-70 del siglo XX, que fueron sometidas a un escaneo a alta resolución para luego ser filtradas bajo un criterio de texturizado mediante el programa Adobe Photoshop 7.0. Los primeros resultados en este sentido trataron sobre el arte rupestre de la Cueva de Matías, Sierra de Cubitas, Camagüey y fueron presentados en el Congreso de Antropología y Arqueología Fernando Luna Calderón, celebrado en la Ciudad de Santo Domingo, del 10 al 14 de Octubre del 2006 (Fernández, *et al.* 2008).

Este procedimiento pionero para Cuba aplicado en la Cueva de Matías, Cubitas, Camagüey, —donde según las reproducciones de Núñez (1975:412-421) y Guarch (1987: Lám. 11) existían varios diseños antropomorfos con colas que fueron interpretados por él y otros autores como el símbolo totémico de nuestros aborígenes, interpretación

que se repitió durante 30 años por todos los investigadores nacionales— permitió demostrar mediante el procesamiento digital de dichas imágenes que en el dibujo rupestre de la Cueva de Matías es imposible identificar la presencia de colas en ninguno de los diseños antropomorfos de esta localidad (Fernández, *et al.* 2008:364).

Más recientemente fue introducido en nuestro país el módulo o extensión de aplicación Decorrelación Stretch (DStretch) para el software ImageJ. Esta herramienta fue desarrollada y escrita por el Dr. John Harman para uso exclusivo sobre pinturas rupestres y la misma permite que se manejen imágenes de alta resolución con una fluidez de trabajo que opera cualquier archivo de imágenes como JPG, TIFF, PNG, RAW por medio de extensión GIF. Estas características hacen del software una herramienta muy conveniente para el usuario que además tiene

la particularidad de correr en cualquier sistema operativo: Linux, Windows, Mac OS X. Por otra parte, al estar ImageJ y su código en lenguaje Java disponibles de manera gratuita en Internet sin requerir de licencia para su uso, está garantizado el acceso de los investigadores a la herramienta base del sistema (Gutiérrez, *et al.* 2009:2).

El uso y manejo de esta herramienta ha permitido elevar considerablemente la calidad de la documentación gráfica en algunas estaciones rupestres del país a partir de sus cualidades que la hacen muy sensible a la información no apreciable por el ojo humano, por lo que capta detalles de los que apenas quedan rastros detectables visualmente. Esto nos permitirá, entre otros elementos, elevar considerablemente nuestra información y valoración en el difícil campo de la conservación de los yacimientos. Entre las estaciones con resultados importantes obtenidos

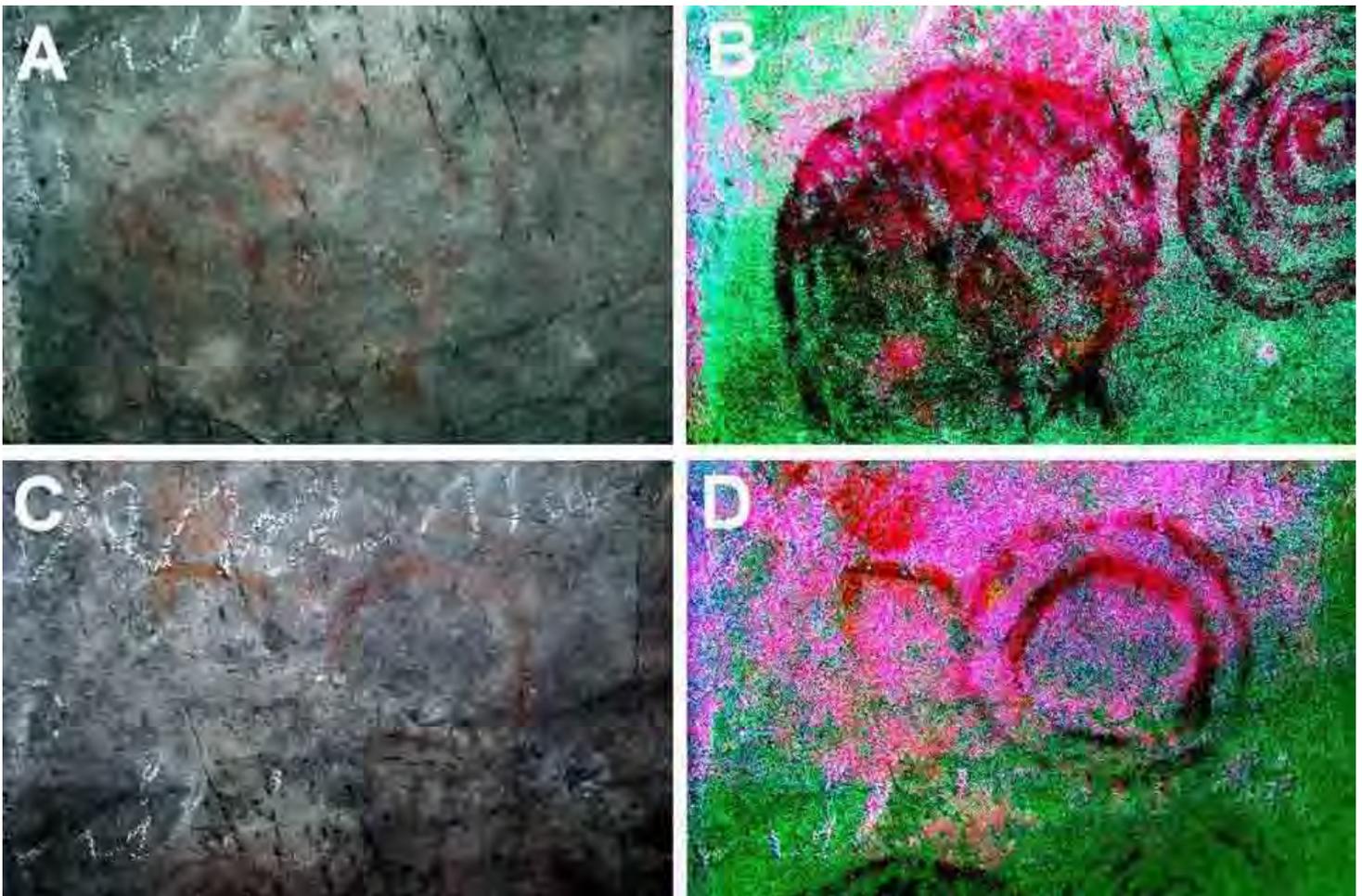


FIG. 5. Pictografías realizadas en rojo de la Solapa de la Vaquería, Pinar del Río. (A y B) Imagen original No. DSC 0451 de 400 dpi. y su procesamiento por medio de la extensión DStretch del software ImageJ. (C y D) Imagen original No. DSC 0453 de 300 dpi. y su procesamiento por el mismo sistema de las anteriores. En ambos casos se utilizaron el canal de color CRGB a una escala de 30 puntos, sin degradación de color y calculado bajo un algoritmo de Correlación. Fuente: elaboración propia

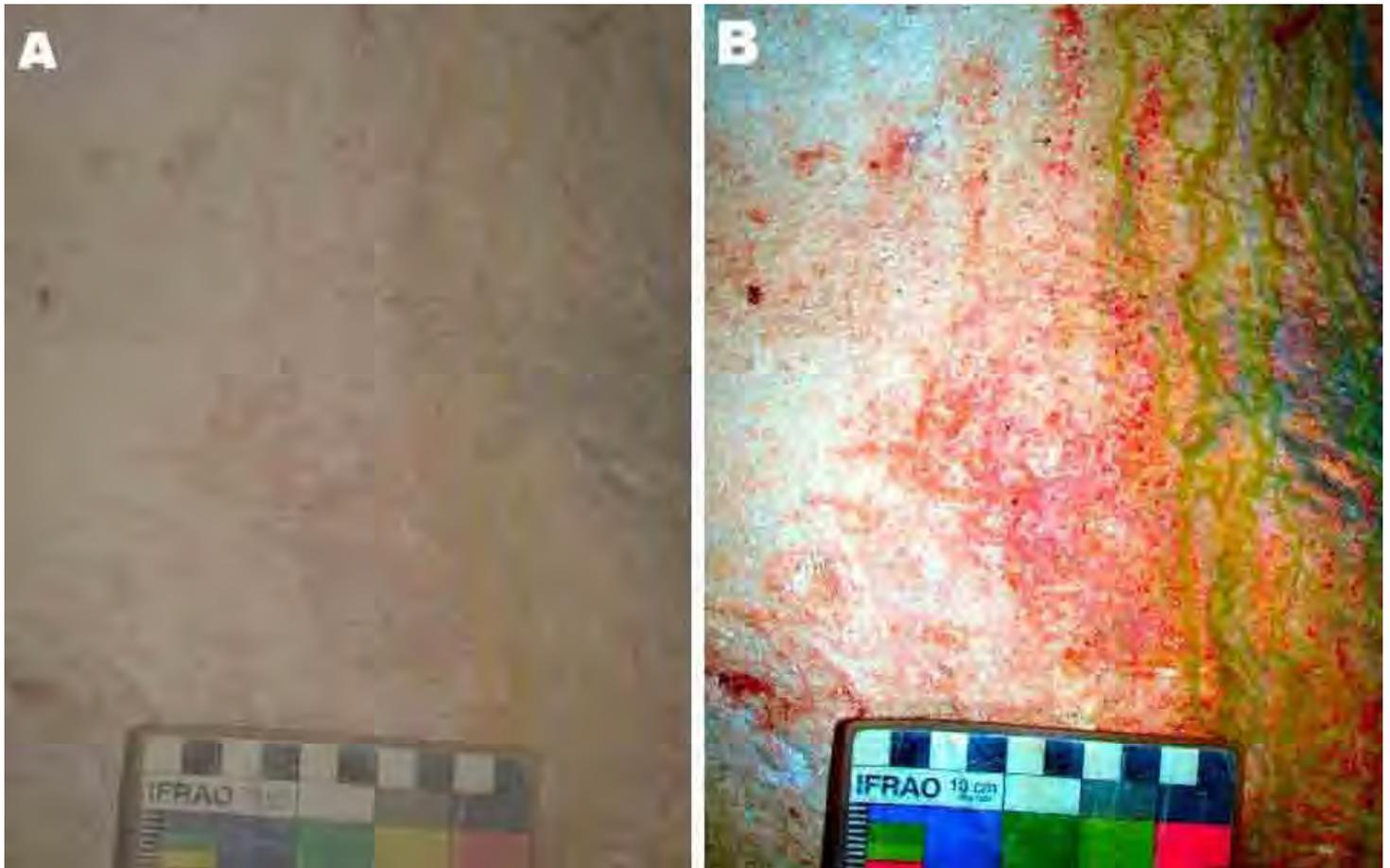


FIG. 6. Pictografía realizada en color rojo por la impresión positiva de una mano de la Galería de las Pictografías de la Cueva de la Pluma, Cumbre Alta, Matanzas. (A) Fotografía tomada con luz artificial y balance al blanco, cámara Nikon D-200. (B) La misma fotografía procesada por el software DStretch-ImageJ, bajo un canal de color LAB a una escala de 20 puntos, sin degradación de color y calculado bajo un algoritmo de Covarianza. Fuente: elaboración propia

por este método se pueden citar la Cueva de Camila, Pinar del Río (Gutiérrez, et al. 2009), Cueva Mural y Cueva de la Pluma, ambas en Matanzas y finalmente La Solapa de la Vaquería en Viñales, Pinar del Río (fig. 5).

Los trabajos realizados en la primera de estas estaciones para la recuperación gráfica de su arte rupestre bajo este método, demostraron su eficiencia y eficacia en las condiciones de Cuba al permitir identificar un importante número de irregularidades en los registros gráficos que existían de los diseños de esta localidad, trayendo por consecuencia su extensión a las otras localidades comentadas. Entre estas, son significativos los resultados de la Cueva de la Pluma en Matanzas, donde además se desarrolló todo un proyecto de recuperación por medio de la fotografía y su estructuración para el DStretch. Esto implicó la colaboración de un grupo importante de colegas de reconocido prestigio en fotonaturaleza con el propó-

sito de lograr la calibración de las tomas lo más cercanas a la iluminación natural, condición idónea para la aplicación del método, según recomendaciones del autor, que han sido comprobadas por nosotros en su aplicación. Los trabajos realizados han permitido entre otros resultados la identificación de dibujos de manos en color rojo, en su forma positiva (fig. 6), tema desconocido para esta estación y muy poco recurrente para el arte rupestre cubano (Gutiérrez, et al. 2010).

Pero lo más importante de los resultados obtenidos en el arte rupestre de la Cueva de la Pluma ha sido sin dudas el hecho de que el empleo de dicha herramienta ha exigido de nosotros que acomodemos los presupuestos teóricos que durante años se utilizaron para dar respuestas parciales al arte rupestre de esta localidad. La identificación de numerosos elementos nuevos en sus paneles pictográficos exige de nosotros nuevos análisis y reflexiones de forma

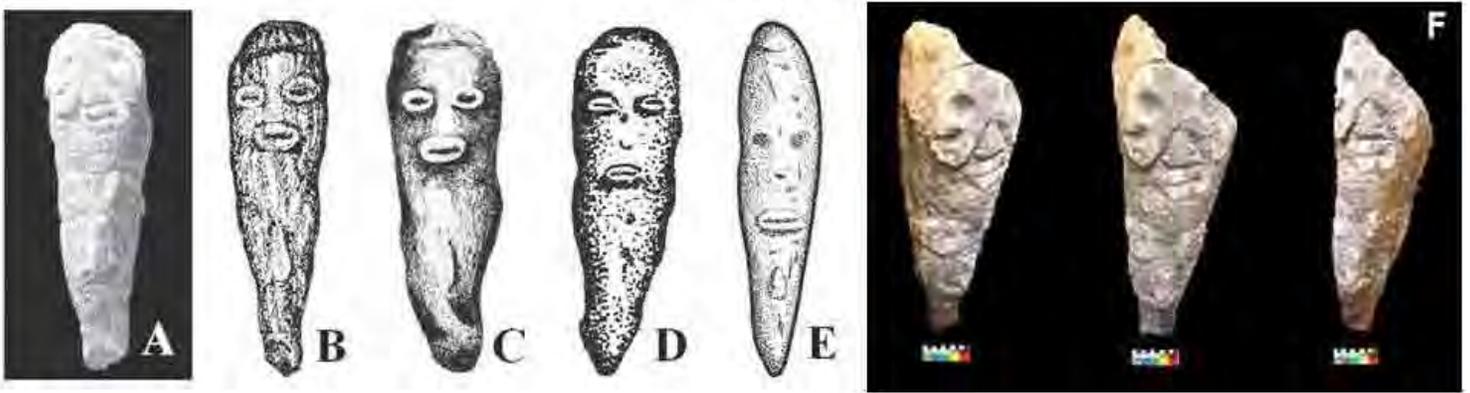


FIG. 7. Todas las imágenes publicadas hasta hoy del Petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba. (A) García (1941: 21) y Rouse (1942: 91); (B) Núñez (1975: 303); (C) Guarch y Querejeta (1992: 16); (D) Guarch y Pérez (1994: 25); (E) Guarch, y Guarch (1999: 100); (F) Fotografía actual tomada con balance de sombras, vistas lateral derecha e izquierda y frontal (Fernández, *et al.* 2010:128)

que estos permitan insertar sin exclusión los nuevos resultados en nuestra reconstrucción ideológica de los ejecutores del arte rupestre de esta maravillosa localidad del arte rupestre cubano (Gutiérrez, *et al.* 2010).

Dentro de todo este proceso de desarrollo el año 2009 jugó un papel importante en la revisión de procedimientos anteriores mediante el uso de tecnologías de avanzada. Un caso singular es en este sentido son los resultados obtenidos por investigadores del Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre (GCIAR) en la definición correcta de la morfología del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Holguín, los que han sido publicados recientemente por sus autores (Fernández, *et al.* 2010). Este diseño del arte rupestre cubano había sido reproducido gráficamente en seis oportunidades, cuatro de las cuales no se ajustaban en absoluto a la morfología original de la pieza (fig. 7), llegando en ocasiones hasta asignarle rasgos totalmente ausentes (ojos grano de café), pero con una importante implicación estilística y cultural.

Ahora bien, los procesos de observación y rectificación en este caso no se limitaron a la morfología del diseño. Uno de los temas de importancia para la reconstrucción funcional y psico-social de este petroglifo radicaba en lograr determinar si el mismo había sido elaborado sobre una estalactita o una estalagmita, información que se perdió con el de cursar de los años y que presentaba una franca contradicción entre los diferentes investigadores que se habían acercado al tema. Entonces, solo quedaba la

elaboración de un procedimiento observacional que no implicara agresión a la pieza, o sea, un método no invasivo. En este sentido fue de indudable eficacia la aplicación del software para imágenes de alta resolución CCDOPS de Maxim DL 4.0, lo cual permitió asegurar que el petroglifo de Waldo Mesa fue ejecutado sobre una formación secundaria del techo de las cavernas, estalactita, elemento ahora disponible para el mundo académico con certeza científica de su determinación.

Finalmente, se puede decir que el último intento de desarrollar procedimientos observacionales de documentación y recuperación gráfica abarcadores tanto en la praxis como en la teoría para el arte rupestre cubano es el trabajo “Por la ruta del agua en la Punta de Maisí, Guantánamo, Cuba. Un estudio de funcionalidad en el arte rupestre” (Fernández, *et al.* 2009). Esta investigación logró cohesionar e interactuar resultados disímiles obtenidos por documentación fotográfica, fotointerpretación aérea, sistemas de información geográfica (SIGs), sistema de posicionamiento cartográfico digital, cálculos algorítmicos de mapas y modelo de fisiología humana en ambientes extremos. Todos estos resultados llevados al plano de la observación e interacción con la morfología de los diseños y los datos del conjunto permitieron a sus autores exponer que el arte rupestre en Punta de Maisí surgió como una respuesta a problemas sociales objetivos sin respuestas en el axis mundo de las comunidades que lo ejecutaron como vía para luchar contra las adversidades naturales que el entorno im-

ponía y así asegurar mejores condiciones climáticas, garantizando la lluvia y la abundancia de agua como recurso natural indispensable, asegurando también el desplazamiento entre aquellos lugares que ofrecían fuentes de agua relativamente permanentes en el tiempo (fig. 8) o formaron parte de un proceso mágico que garantizara la protección de estas estaciones (Fernández, *et al.* 2009: 136).

Hasta aquí los más importantes pasos del desarrollo y evolución en los criterios de documentación y recuperación gráfica del arte rupestre cubano, los que sin lugar a dudas ilustran nuestra inmadurez en el tema y la necesidad real de que nuestros investigadores incorporen a los estudios rupestrológicos modelos de investigación basados en el manejo de tecnologías de avanzada y ciencias

auxiliares, dándole a la rupestrología nacional un enfoque sistémico que nos asegure el abandono de la herencia empírica que recibimos.

Una conclusión necesaria

En general el discurso hasta aquí desarrollado permite interpretar que en arte rupestre, para lograr una buena documentación gráfica o recuperación morfológica es imprescindible el uso y manejo de eficientes modelos y procedimientos observacionales abarcadores, realidad que estamos muy distantes de alcanzar.

Sin embargo, de ahí a considerar a estos procedimientos como imprescindibles para todos y cada uno de los procesos analíticos o teóricos que puede desarrollar un

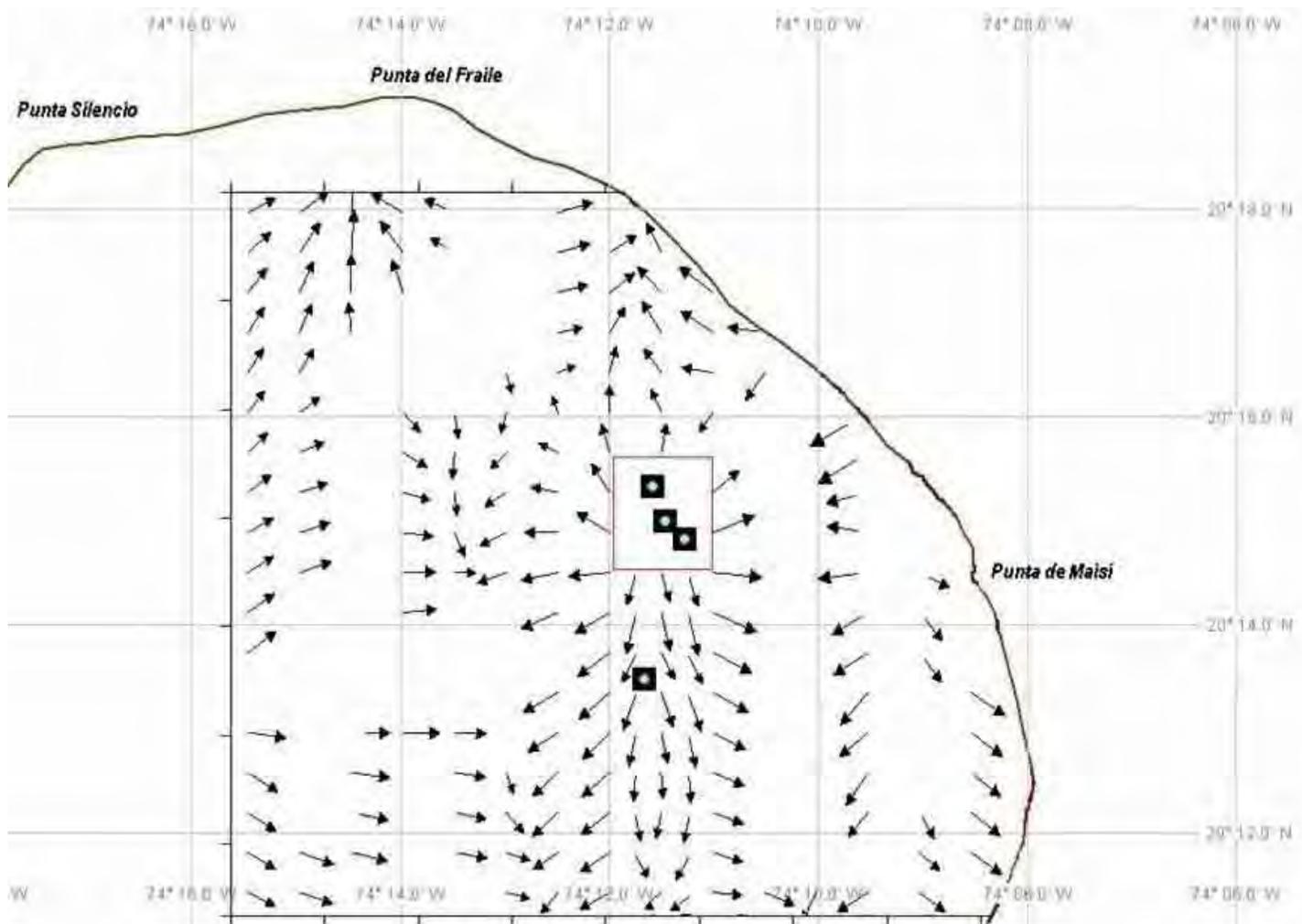


FIG. 8. Gráfica de viabilidad elaborada para el agrupamiento conformado por las estaciones Solapa de Pozo Azul, Solapa de El Baga y Solapa de la Rana (dentro del recuadro), a partir del Sistema Cartográfico Digital Diddger 3.0. Fuente: Fernández, *et al.*, 2009.

proyecto de investigación, es una posición muy alejada de los criterios teórico-metodológicos de la rupestrología contemporánea.

Por solo poner un ejemplo, baste señalar que no pocos estudios enfocados en la elaboración de bases de datos de la arqueología del paisaje y su observación detallada han permitido mantener a la recuperación morfológica en un segundo plano dentro de la reconstrucción teórica y funcional. Este procedimiento ha permitido en muchos casos la construcción de verdaderos esquemas teóricos basados en los principios de la hierofanía y pareidolia; de ahí que cada día es más claro en rupestrología que la interpretación morfológica no es, ni fue nunca, la llave milagrosa por la que llegar a certeras reconstrucciones del pasado.

Decimos lo anterior considerando que no puede seguir siendo el análisis y la recuperación morfológica el fin en sí mismo de la interpretación y la reconstrucción en arte rupestre, por más que nos lo hayan repetido en el pasado. Pongamos un ejemplo: en un trabajo relativamente reciente del colega Daniel Torres Etayo se cuestiona la validez de la propuesta estilística elaborada para el arte rupestre de la región de Maisí, Guantánamo, Cuba; considerando que:

“En el mismo se propone el establecimiento de un estilo de arte rupestre, utilizando, entre otros parámetros, los rasgos formales fundamentales de los petroglifos de la zona de Maisí, mayormente, los que se ubican en la Caverna de La Patana.

En nuestra opinión, un rasgo tan importante y básico para el establecimiento de un estilo artístico, como la forma misma de la representación, merece mayor detenimiento” (Torres, 2004: 5)

En este planteamiento se asume la recuperación morfológica como elemento básico en la formación y propuesta de un estilo como unidad de síntesis cultural. Este y otros errores conceptuales que se pueden apreciar en el discurso crítico del trabajo citado, ignoran que dicha pro-

puesta estilística está conformada sobre el análisis y observación de la mayoría de los atributos medibles del 100% de los diseños del arte rupestre que se conocían en Maisí hasta el momento de su elaboración (Gutiérrez, *et al.* 2003, 2007). Y no de: “...los rasgos formales fundamentales de los petroglifos de la zona de Maisí, mayormente, los que se ubican en la Caverna de La Patana” (Torres 2004: 5).

Sin embargo, lo más importante del párrafo que analizamos es la supuesta necesidad —según Torres Etayo— de prestar mayor atención a la “forma misma de la representación para el establecimiento de un estilo artístico” (Torres 2004: 5). Es distinguible un deformado laberinto teórico, en la frase anterior, pues para nada fue nuestra intención establecer un “estilo artístico”, nada más distante de nuestro propósito que considerar la ejecución y estructura ideológica que determina la ejecución del arte rupestre como un proceso artístico.

Es nuestra opinión que una de las grandes limitaciones que han presentado las propuestas estilísticas elaboradas en el arte rupestre cubano es precisamente la dependencia que de la “forma” han tenido estas contracciones teóricas. Así, propuestas como “estilo naturalista”, “estilo inconexo”, “estilo caótico” o “estilo figurativo”, etc. carecen de la mas mínima solidez teórica, pues como ya hemos dicho con anterioridad, para nosotros estilo mide variabilidad, aceptando que la variabilidad no es morfológica, pues un mismo signo puede poseer más de una categoría funcional o semántica en diferentes grupos o estadios. Dicha modificación no está reflejada morfológicamente, es ideológica y no se simboliza icónicamente.

De lo anterior se puede entender que la expresión simbólica no es propiedad del signo, de ahí nuestra oposición a las lecturas lineales o por medio del empirismo perspectivo, pues para nosotros la expresión simbólica es un sistema conformado por varios subsistemas y no dependen de la morfología de los símbolos (Gutiérrez y Fernández 2005:91). Por supuesto que tales posiciones de dependencia morfológica tienen en nuestro país centena-

res de años de arraigo, pero no hay que discutir mucho para darnos cuenta que al menos para la elaboración de propuestas estilísticas, la recuperación morfológica es una herramienta de trabajo y no un "...un rasgo tan importante y básico para el establecimiento de un estilo artístico" pues aquellos estilos que así lo han considerado, no han logrado avanzar en esta problemática, manteniendo la indefinición funcional del concepto de estilo. Pongamos un sencillo ejemplo:

Aceptemos que se nos está informando que un determinado grupo de expresiones rupestres pertenecen al "Estilo Figurativo".

Entonces, al recibirla nos preguntamos ¿que nos aporta esta información sobre las características de dicho conjunto de grafías?, si ni siquiera nos permite ubicarlas geográfica ni cronológicamente, solo nos indica el hecho de que los diseños deben figurar objetos con descripción contemporánea. El problema está dado en que grafías figurativas existen en todos los continentes y en todas las épocas por las que ha transitado el hombre, por lo que dicha estructura no nos ilustra nada de las costumbres de la sociedad ejecutora.

Sin lugar a dudas, las bases morfológicas, aunque portadoras de información, no pueden ser consideradas como soluciones divinas para esta problemática, de ahí nuestra inconformidad con los argumentos de Torres (2004), sobre todo si aceptamos que este autor pretende ver en la primera fotografía publicada de los petroglifos de Maisí y tomada en 1919 por el arqueólogo estadounidense Mark Raymond Harrington "...una fotografía que impresiona por su excelente resolución" (Torres 2004:6). En realidad estamos frente a una fotografía tomada con una película de grano grueso que limita sustancialmente la resolución, impresa en su versión de 1921 en papel cromado que falsifica los brillos originales y, lo más importante, tomada sobre figuras que habían recibido la ya criticada práctica de tizar, que además de dar un falso contraste al conjunto (fig. 1A) generó una imagen que no es más que el reflejo de lo que creyó Harrington que formaba el petroglifo,

pues como bien han señalado otros autores "...el marcado de petroglifos con tizado es un método subjetivo donde se tiende a obliterar el significado del diseño, ya que solamente sobrepone la interpretación del investigador" (Bednarik 1990:30).

De todo lo anterior se puede concluir que será siempre más importante para la formulación de estilos en arte rupestre diseñar los procesos y procedimientos de observación dirigidos hacia los subsistemas ideológicos, que hacia la morfología. Pues es en estos subsistemas (modo, forma, asignación de espacios, sustrato de realización, signos vecinos, distribución de las estructuras, materiales de ejecución, categoría, dinámica, técnicas de ejecución, función, uso, etc.) donde quedan reflejadas y pueden ser interpretadas las costumbres particulares referentes a la producción de arte rupestre poseídas por el pueblo o grupo aborígen que habitó una región determinada durante un período de su historia.

En definitiva y para no extendernos más en este problema, pensamos que la durabilidad, adaptabilidad y abarcabilidad de una propuesta estilística son indicadores ideales para medir la eficacia y eficiencia de la misma en el campo de la rupestrología, lo que en el caso que nos ocupa, que es el estilo Patana (Gutiérrez, *et al.* 2003, 2007), este ha sido capaz —desde su aparición hasta hoy— de asimilar sin dificultad tanto los nuevos diseños y estaciones que aparecen en el área geográfica por donde se distribuye el estilo (Chinique, *et al.* 2008; Fernández, *et al.* 2009) como los nuevos estudios de funcionalidad que se han realizado para el arte rupestre de Maisí (Fernández, *et al.* 2009).

Bibliografía

ALONSO LOREA, J. R. (1993), "Ortiz y la Cueva del Templo o el informe de Don Fernando". Conferencia Científica Internacional La Ilustración: Luces y sombras en la historia de América. 1793-1993 Bicentenario de la Sociedad Económica de Amigos del País. Instituto de Literatura y Lingüística. Ciudad de La Habana. *Revista del*

- Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe*, N° 18, San Juan.
- ALONSO LOREA, J. R. (2001), “Ortiz y la Cueva del Templo o el inédito informe de Don Fernando”, *Boletín del Gabinete de Arqueología* (1):45-55, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana.
- BEDNARIK, R. G. (1990), “Sobre la práctica de tizar y resaltar petroglifos”. *Bol. SIARB*. No. 4, junio de 1990. Consultado en: Rupestre/web, <http://rupestreweb.tripod.com/tizado.html> (2001).
- BUSTAMANTE, P. (2005), “Relevamiento de Sitio Arqueológico de Cuz Cuz, IV Región, Chile. Aproximaciones a una Metodología para la Interpretación de las Obras Rupestres en su Relación con el Entorno”, *Rupestreweb*, <http://rupestreweb2.tripod.com/busta2.html>
- BUSTAMANTE, P. (2006), “Hierofanía y pareidolia como propuestas de explicación parcial, a la sacralización de ciertos sitios, por algunas culturas precolombinas de Chile”, *Rupestreweb*, <http://rupestreweb2.tripod.com/hierofania.html>
- CALVERA, J. y R. FUNES (1991), “Métodos para asignar pictografías a un grupo cultural”, *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*: 79-93 Ed. Academia, La Habana.
- CHINIQUE, Y.; U. M. GONZÁLEZ, D. TORRES y L. M. VIERA (2008), “Reporte sobre descubrimiento de petroglifos en una solapa cársica de Maisí”. *Simposio Internacional de Arte Rupestre*, CD. Antropología 2008, La Habana.
- CLOTES, J. (1987), “La determinación de las representaciones humanas y animales en el arte paleolítico europeo. Bajo Aragón”, *Prehistoria VII-VIII*: 41-68.
- CLOTES, J. (1989), “The identification of human and animal figures in European Palaeolithic art”, *Animals into art*, (H. Morphy, ed.): 21-56. Unwin Hyman/One World Archaeology, Londres.
- FERNÁNDEZ R.; D. GUTIÉRREZ y J. B. GONZÁLEZ (2008), “La problemática del dibujo rupestre de la Cueva de Matías, Sierra de Cubitas, Camagüey, Cuba. ¿De factura indocubana o del hombre moderno?”, *Boletín del Hombre Dominicano*, Año XXXV, No. 42: 357-373 Santo Domingo.
- FERNÁNDEZ, R.; D. GUTIÉRREZ y J. B. GONZÁLEZ (2010), “Por la ruta del agua en la Punta de Maisí, Guantánamo, Cuba. Un estudio de funcionalidad en el arte rupestre”, *Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-Áridos*. 1 (1): 115-146. Río Cuarto, Argentina.
- FERNÁNDEZ, R.; D. GUTIÉRREZ y V. CUE (2010), “El petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Holguín, Cuba. Reconstrucción histórica-documental”. *Boletín Gabinete de Arqueología*, 8 (8): 124-134. Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana.
- GÁNDARA, M. (1987), “Hacia una teoría de la observación en arqueología”, *Boletín de Antropología Americana*, No. 15: 5-13.
- GÁNDARA, M. (1992), “El análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social”, *Boletín de Antropología Americana*, No. 25: 93-104.
- GARCÍA, C. A. (2007), *Viaje a las cuevas de Cubitas* (Documental). Proyecto Arcano Aborigen, S.O.S. Arte Rupestre, Televisión Educativa, Universidad Pedagógica Enrique José Varona, La Habana.
- GUARCH, J. M. (1987), *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*, Editorial Ciencias Sociales, Santiago de Cuba.
- GUTIÉRREZ, D. y H. CRESPO (1985), “Nuevos pictogramas en la Cueva de la Pluma, Cumbre Alta, Matanzas”. *Simposium XLV Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Programa y Resúmenes*: 70. La Habana.
- GUTIÉRREZ, D. y H. CRESPO (1992), “El arte rupestre en la Cueva de la Pluma, Matanzas, Cuba”. *II Congreso Espeleológico de América Latina y el Caribe, Programa y Resúmenes*: 5. Viñales, Pinar del Río.
- GUTIÉRREZ, D. y R. FERNÁNDEZ (2005), “Estilos pictográficos en Cuba. Dificultades y problemas teórico-metodológicos”, *Boletín Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad, Año 5, (5): 86-96.
- GUTIÉRREZ, D.; R. FERNÁNDEZ y J. B. GONZÁLEZ (2003), “Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideo-

- gráfico en el extremo más oriental de Cuba”, *Catauro*, 5 (8): 91-111.
- GUTIÉRREZ, D.; R FERNÁNDEZ y J. B. GONZÁLEZ (2007), “Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba”, *Kacike* <http://www.kacike.org/Calvache.html>
- GUTIÉRREZ, D.; E. JAIMEZ y J. B. GONZÁLEZ (2010), “Fundamentos teóricos y metodológicos para el mapa del arte rupestre cubano. Comentarios generales”, *Cuba Arqueológica* III (1):14-29, <http://www.cubaarqueologica.org>
- GUTIÉRREZ, D.; E. JAIMEZ y R. DELGADO (1995), “Los petroglifos sobre ahumado, contraposición de cuatro técnicas en el Sistema Cavernario de Constantino, Viñales, Pinar del Río”. *Congreso Internacional LV Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Programa y Resúmenes:75*. La Habana.
- GUTIÉRREZ, D.; J. B. GONZÁLEZ, H. CRESPO y S. T. HERNÁNDEZ (2010, en preparación), “Los pictogramas rojos de la cueva de la pluma, Matanzas, Cuba”.
- GUTIÉRREZ, D.; J. B. GONZÁLEZ y R. FERNÁNDEZ (2009), “Primera aplicación de DStretch-ImajeJ. Mejora automatizada de imagen digital en el arte rupestre cubano”, *Rupestreweb*, <http://www.rupestreweb.info/dstretch-cuba.html>. No. 25 julio-agosto.
- HARRINGTON, M. R. (1921), *Cuba before Columbus*, Indian Notes and Monographs, Museum of the American Indian, New York.
- HERRERA FRITOT, R. (1938a), “Informe sobre una exploración arqueológica a Punta del Este, Isla de Pinos, realizada por el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana. Localización y estudio de una cueva con pictografías y restos de un ajuar aborígen”, *Universidad de La Habana*, 3 (20-21): 25-59. La Habana.
- HERRERA FRITOT, R. (1938b), “Las pinturas rupestres y el ajuar ciboney en Punta del Este, Isla de Pinos”, *Revista de Arqueología*, 1 (2): 50-61. La Habana.
- HERRERA FRITOT, R. (1938c), “Comunicación sobre la Cueva de Punta del Este, Isla de Pinos, sus pictografías y los hallazgos de un ajuar siboney”, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, 2 (4): 105-108, México, D. F.
- HERRERA FRITOT, R. (1939), “Discusión sobre el posible origen de las pictografías de Punta del Este, Isla de Pinos”, *Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey*, Memorias, XIII, (5): 307-314, La Habana.
- IBAÑEZ, J. (1994). *El regreso del sujeto*. Siglo XXI, Madrid.
- NÚÑEZ, A. (1975), *Cuba: Dibujos Rupestres*. Ed. Conjunta Cien. Soc. La Habana e Ind. Gráfica S.A. Lima.
- NÚÑEZ, A. (1985), *Arte rupestre de Cuba*. Ed. Jaca Book, Torino.
- NÚÑEZ, A. (1986), *Petroglifos del Perú. Panorama mundial del arte rupestre*. 2 Tomos. Ed. Ciencia y Técnica, La Habana.
- NÚÑEZ, A. (2009), *Isla de Pascua*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana.
- ORTIZ, F. (2008), *La Cueva del Templo, Isla de Pinos. Los descubrimientos arqueológicos*, Fundación Fernando Ortiz, Comp. y prologo de Pedro Pablo Godo y Ulises González, La Habana.
- SANCHIDRIÁN-TORTI, J.L. (1988-89), “Perspectiva actual del arte paleolítico de la Cueva de Maltravieso (Cáceres)”, *Ars Prehistórica* 7-8: 123-130.
- TORRES, D. (2004), “Apuntes críticos sobre los procedimientos de observación en la arqueología cubana”. *VII Conferencia Internacional Antropología 2004*, Noviembre 24 al 26 del 2004.
- VENTO, E. (2010), “Antonio Núñez Jiménez y el arte rupestre”, *Simposio Internacional Cultura, Ciencia y Naturaleza. Actualidad del pensamiento de Antonio Núñez Jiménez*, Convento San Francisco de Asís, La Habana.

Recibido:17 de octubre de 2010.

Aceptado: 5 de noviembre de 2010.

Naturaleza y subsistencia humana en Guanahacabibes

Enrique M. ALONSO ALONSO
Instituto Cubano de Antropología, Cuba.

Resumen

Se presenta aquí un nuevo procedimiento que permite encontrar “modelos subsistenciales” y, por esta vía, “sistemas de asentamiento” utilizados por comunidades aborígenes Mesolíticas o Arcaicas en el extremo occidental de Cuba prehispanica.

Palabras clave: subsistencia, aborígen, Cuba.

Abstract

A new procedure able to find “subsistence models” is presented here and, in this way, the “settlement systems” used by Mesolithic or Archaic communities at the western end of prehispanic Cuba.

Key words: subsistence, aboriginal, Cuba.

Introducción

Nunca como hoy el mundo ha visto una mayor y más generalizada tendencia a reconocer la necesidad de mantener un equilibrio entre Sociedad y Naturaleza.

Sin embargo, cuando se profundiza en el conocimiento del pasado más remoto se descubre que, de no haberse puesto entonces en práctica fórmulas para conseguir esa armonía, la Humanidad se hubiera extinguido hace milenios... ¿Significará esto que en tiempos de la Comunidad Primitiva el Hombre era más sabio que en la actualidad?...

En realidad, lo único que se puede afirmar al respecto es que la Ciencia viene demostrando, cada vez más claramente, que mientras su ignorancia de muchas cosas lo limitó a sentirse *parte de la Naturaleza y no su dueño*, el Hombre pudo crecer y multiplicarse sin necesidad de depredarla, lo que sí alcanzó a saber que sería equivalente a su propia destrucción.

Pero no pretenden estos apuntes abordar el tema de la historia de la “ruptura” entre Sociedad y Naturaleza, sino simplemente presentar algunas modestas pruebas ilustrativas de cómo, hace unas decenas de siglos, comunidades con nivel de desarrollo Mesolítico se las arreglaron, en el

extremo occidental de Cuba, para subsistir y reproducirse consumiendo exclusivamente productos que la Naturaleza les daba ya hechos.

La Reserva de la Biosfera Península de Guanahacabibes se enclava, precisamente, en la región más occidental de Cuba y de las Antillas; abarcando la mayor parte de esa Península, incluidos sus ecosistemas marinos litorales.

Pues bien, para descubrir cómo subsistían allí las comunidades mesolíticas o arcaicas —con economía de apropiación— que la poblaron entre 3 500 y 400 años atrás, fue necesario tomar como marco de referencia lo ocurrido en ese orden en toda la Península, y también en el Distrito Físico Geográfico “Pinar del Río” del que forma parte, para poder detectar entonces regularidades y particularidades por comparación. Para ello, se empleó el procedimiento “Correlación de Valores de Consumo” creado y perfeccionado por el autor de estas líneas y su Colectivo de Investigación durante las últimas dos décadas, el que será presentado, aplicado a una muestra y explicado a continuación, de tal manera que el lector pueda conocer características clave del modo de subsistencia de algunos de los más primitivos habitantes del extremo occidental de Cuba, impuestas por la necesidad de adaptar el comportamiento humano a las oportunidades y amenazas que les ofrecía la Naturaleza circundante.

Desarrollo

Actividades subsistenciales y sistemas de asentamiento

Con el objetivo de encontrar evidencia material que contribuyera a identificar esas variantes en la relación sociedad-naturaleza que hemos decidido denominar “sistemas de asentamiento”, hubimos de acudir, hace ya un par de décadas, a la colecta y análisis de restos arqueológicos de alimentos, aplicando una metódica creada al efecto.

La selección de tales testigos de la actividad humana para esos fines resultaba novedosa, debido a que, a pesar de que es una realidad indiscutible que los recursos alimentarios que ofrece la Naturaleza en cualquier región del Globo tienen muy particulares patrones de distribución en el espacio y en los ciclos estacionales anuales, al parecer, no se había tenido esto en cuenta a los efectos de interpretar la incidencia de esos fenómenos en las formas de distribución territorial y movimientos de todos los pueblos primitivos.

Por otra parte, el término “patrones de asentamiento”, acuñado desde hace mucho tiempo en la terminología científica, es empleado más bien para definir regularidades observadas en la utilización del espacio en lugares de campamento, de modo que estaba faltando un nombre para designar las regularidades observables en los conjuntos de lugares de campamento diseminados —en apariencia arbitrariamente— en grandes espacios geográficos.

No es nueva la afirmación de que la selección de los lugares de campamento obedece a su ubicación en la cercanía de la mayor cantidad de recursos subsistenciales, pero lo que al parecer no se había tenido suficientemente en cuenta es que, para la mayor parte de esos recursos, existen períodos estacionales de abundancia y escasez. Esto obligaba con frecuencia a la práctica de movimientos de los grupos y comunidades dentro de cada ciclo anual, fenómeno que queda probado para las comunidades apropiadoras (pescadoras-cazadoras-recolectoras o arcaicas) de Cuba mediante la aplicación de la metódica

que a continuación será expuesta y aplicada como instrumento de probatura de la hipótesis que sostiene la práctica de varios sistemas de asentamiento por aquellas comunidades. Todo ello, correctamente interpretado en términos etnohistóricos y tomando en cuenta las características fisiográficas y la posición relativa de los espacios que habitaron, permite comprender cómo muchas particularidades de su modo de vida obedecían a que la necesidad les había enseñado que sólo podrían subsistir en armonía con la Naturaleza.

Correlación de valores de consumo

Objeto

Bases económicas del modo de vida de comunidades antillanas arcaicas o mesoindias.

Problema

¿Eran esas comunidades sedentarias o nómadas?

Hipótesis

Estas comunidades practicaban la migración estacional y/o la rotación de territorios.

Objetivos

Encontrar e interpretar modelos subsistenciales practicados en distintos medios y momentos, identificando así mecanismos de adaptación sociocultural activa al medio geográfico.

Materiales

Restos arqueológicos de alimentos (restos de fauna consumida).

Métodos

Establecer la correlación de valores de consumo de productos de seis actividades subsistenciales en una muestra representativa de sitios de habitación aborigen en el 10 % del territorio de Cuba (actual provincia de Pinar del Río).

Procedimiento

1) Selección de seis sitios en Guanahacabibes; cuatro en la Llanura Norte; tres en la Cordillera y dos en la Llanura Sur. Total 15 sitios.

- 2) Corte de 20 calas de 1 X 1 metro por capas de 0,10 metros de espesor (0,1 m³) en los 15 sitios, con un total de 154 capas o unidades mínimas de volumen.
- 3) Cernido de los materiales de cada capa por criba de 0,005 X 0,005 metros.
- 4) Colecta de todos los restos de fauna que no pasaron por la criba.
- 5) Lavado, secado y clasificación de los restos de cada capa en seis categorías: productos de la Caza (C), de la Pesca (P), de la Recolección de moluscos terrestres (R), de la Recolección de moluscos marinos (M), de la Captura de crustáceos (T) y de la Captura de Quelonios (Q).
- 6) Pesaje de los restos por categoría en cada capa, conservando su ubicación original.

Pesos totales por categoría

C = 45915 gramos M = 913352 gramos
 P = 10128 gramos T = 169050 gramos
 R = 125147 gramos Q = 7580 gramos
 Peso total de toda la muestra = 1271172 gramos (1.27 ton)

Pesos medios por categoría

(Peso total por categoría ÷ Total de capas [154] = Coeficiente por Categoría)

C = 298,149 M = 5930,857
 P = 65,766 T = 1097,727
 R = 812,643 Q = 49,221

- 7) Comparación de cada observación (categoría en unidad mínima de volumen) con coeficientes por categoría, para establecer Índices de Consumo:
 (Observación por categoría ÷ Coeficiente por categoría = Índice de Consumo)
- 8) Correlación de Índices de Consumo por categoría en cada unidad mínima de volumen, obteniendo los Modelos Subsistenciales correspondientes a las mismas

- 9) Realización de igual tratamiento para los conjuntos por cala y sitio, obteniendo Modelos Subsistenciales Típicos de los mismos.
- 10) Observación de regularidades y tendencias; interpretación.

Interpretación

Sin lugar a dudas, los crustáceos y moluscos terrestres son recursos de tiempo crítico, sólo obtenibles durante la temporada lluviosa de cada año. Esto, en unión de las magnitudes de los sitios, permite comprender la significación de los *Modelos Subsistenciales*, hallados mediante la aplicación de la *Correlación de Valores de Consumo*, en términos de *sistemas de asentamiento*, puesto que, aunque cada sitio presenta sus singularidades, se evidencian en la muestra tendencias con rango de regularidades.

De tal manera, se puede observar en Guanahacabibes la tendencia de los sitios de primera magnitud a presentar modelos subsistenciales típicos que se pueden sintetizar en la fórmula TPCRMQ, mientras que los de magnitud menor tienden a la fórmula MCPQRT. Siendo así, los primeros fueron sin duda habitados en períodos que incluyen temporadas lluviosas y por grupos grandes; los segundos, por el contrario, parecen no haber sido habitados durante las temporadas lluviosas, dada la exigua o nula presencia de productos de la captura de crustáceos y moluscos terrestres (T y R) y su magnitud inclina a pensar en campamentos de pequeños grupos. De todo esto se infiere que los sitios de primera magnitud allí fueron *campamentos base de comunidad reunida* poblados durante todo el año, mientras que los de magnitudes menores, fueron poblados por *grupos por objetivos* desprendidos del campamento base, sólo durante la temporada seca de cada año.

Para la región de Guaniguanico (cordillera y llanuras costeras) los sitios de primera magnitud sólo se presentan en las llanuras, donde no se aprecian sitios de magnitudes menores, y con un modelo subsistencial típico MQCPRT,

todo lo que permite inferir que son *campamentos base de comunidad reunida*, habitados sólo en temporadas secas. En la cordillera, todos los sitios son de magnitudes menores, y con modelos subsistenciales típicos CTRQPM o CRTQPM, de donde se infiere que son campamentos de *grupos económicos* en los que se dividía cada comunidad durante la temporada lluviosa de cada año.

Todo parece indicar, pues, que en la región de Guanahacabibes predominó para el *Apropiador* un sistema de asentamiento que no contemplaba la *migración estacional* de cada comunidad, sustentado en la proximidad de los ecosistemas costeros con los boscosos, mientras que la separación de éstos en la región de Guaniguanico determinó que allí sí se practicaran esas migraciones. En ambos casos sí hay pruebas de que se practicó la *migración supra anual* o *rotación de territorios*, como medida para no agotar la *capacidad de sustentación* de los mismos, dadas por la evidencia de habitación prolongada por más de un milenio en algunos sitios, con consumo sostenido de recursos —como los moluscos terrestres y marinos litorales— que se hubieran agotado de no haberseles dado períodos de “descanso” o recuperación.

Discusión y conclusiones

Las más difundidas técnicas para el estudio arqueológico de restos faunísticos de alimentos se basan principalmente en la determinación del número de individuos de las especies presentes en las muestras analizadas.

Como los restos aparecen siempre muy dispersos, mezclados y fraccionados, lo más que se puede hacer es calcular “número mínimo de individuos” por especie o género, procedimiento que presupone un elevadísimo margen de error posible y, en adición, no permite correlacionar directamente —a los efectos de su impacto en el consumo— las cantidades de restos de las diferentes especies, por lo que consideramos que este procedimiento sería válido sólo para estudios de enfoque naturalista de la fauna.

Sin embargo, sobre esa base también se ha intentado establecer las cantidades de alimento que pudieron proporcionar los especímenes identificados, asignando determinada cantidad de “carne” por individuo de cada especie, con lo que sí se puede correlacionar los aportes de cada una a la dieta humana; pero si a los márgenes de error inherentes al conteo de individuos se le suman los relativos a la asignación de una cantidad media de partes comestibles por individuo —sin poder precisar qué partes comían o rechazaban aquellos consumidores, ni cuántos ejemplares eran adultos o juveniles— se concluye que este método tampoco es confiable.

El procedimiento *Correlación de Valores de Consumo*, como su nombre lo indica, sólo pretende establecer las *magnitudes relativas del consumo* de productos de seis actividades subsistenciales, aunque se parta de identificar los restos según su género o especie. Se toma el peso de los restos por cada una de las seis actividades en cada unidad mínima de volumen estudiada, en cada cala practicada, en cada sitio de la muestra y en el conjunto de ésta, para poder establecer un *coeficiente empírico* equivalente a los *valores medios de consumo* en toda la muestra y, al comparar matemáticamente cada observación en unidad mínima, cala o sitio con sus correspondientes coeficientes por categoría, poder correlacionar finalmente los valores de los consumos de productos de las seis actividades, o sea, las fórmulas o modelos subsistenciales practicados en cada ámbito espacio-temporal estudiado, con margen de error posible, únicamente si la muestra tomada como base para el cálculo de los coeficientes empíricos no resultara representativa, es decir, si en ella no estuvieran contenidas las cantidades máximas posibles de restos de cada categoría. Hasta el momento, todo parece indicar que en la muestra utilizada está presente ese requisito; no obstante, los coeficientes resultantes pueden ser considerados de “primera generación”, y podrán ser actualizados en la medida en que se amplíe la muestra.

De cualquier manera, lo que aquí se ha presentado puede considerarse como una primera aproximación a la solu-



FIG. 1. Sitios que componen la muestra utilizada para aplicar la Correlación de Valores de Consumo en primera generación

ción del problema planteado, la cual, mientras no sea superada, da una respuesta perfectamente aceptable y que explica, por primera vez, la existencia de “modelos subsistenciales” demostrativos de la práctica de “sistemas de asentamiento”, puesto que, en esencia, no hemos intentado más que derivar problemas menores —y por tanto dilucidables— de problemas mayores e introducir nuevos materiales empíricos en la investigación, en procura de conformar hipótesis de carácter sintético, fundadas y contrastables, según recomienda Bunge (1972) encontrar regularidades por comparación, de acuerdo con Lumberras (1984) para, final e inesperadamente, coincidir con Binford (1991) en uno de sus autorizados juicios: “los estudios de los restos de fauna, del uso organizado del espacio y de los sistemas ecológicos deben ser considerados los más provechosos para el desarrollo de una teoría explicativa de la Arqueología”.

Lo que la aplicación presentada muestra para Guanahacabibes en particular, se interpreta en esos términos teniendo en cuenta la distribución de las fuentes de agua

potable y la estrechez de la Península, equivalente a la proximidad de los ecosistemas boscosos de tierra adentro y los ecosistemas costeros, condiciones que no son las del resto del territorio de referencia, o sea, de la región de Guaniguanico, en la que, consecuentemente, se puso en práctica un sistema de asentamiento distinto por comunidades de igual nivel de desarrollo.

En adición a lo que hasta aquí se ha presentado resumidamente, cuando se termine el ordenamiento exhaustivo de la muestra por especies y variedades, se obtendrá un cuadro bastante exacto de la distribución espacial de las mismas en los tiempos —determinados ya o determinables— en que fueron utilizados por el hombre como alimento, lo que podrá probar, entre otras cosas, algunos cambios en el medio ambiente ocurridos en los últimos milenios, tales como variaciones en el nivel del mar y todo lo que de ello se deriva.

Otras posibilidades informativas del procedimiento *Correlación de Valores de Consumo* continúan hoy en estudio, por lo que se pronostica que en breve podamos co-

Tabla 1. Ejemplo de la aplicación del procedimiento para los materiales de una cala
CUEVA DE LA PINTURA. CALA No. 1

No.	Capa (m)	Caza	Índice "C"	Pesca	Índice "P"	Rec. Terrest.	Índice "R"	Rec. Marina	Índice "M"	Capt. Crust.	Índice "T"	Capt. Quel.	Índice "Q"	Modelo Subs.
1	0,00-0,10	104	0,3488	66	10,036	45	0,0554	4399	0,7417	2073	18,884	23	0,4673	TPMQQR
2	0,10-0,20	165	0,5534	99	15,053	44	0,0541	4850	0,8178	3710	33,797	13	0,2641	TPMCQR
3	0,20-0,30	87	0,2918	95	14,445	43	0,0529	3604	0,6077	2540	23,139	26	0,5282	TPMQQR
4	0,30-0,40	99	0,332	94	14,293	76	0,0935	3050	0,5143	1532	13,956	10	0,2032	PTMCQR
5	0,40-0,50	198	0,6641	265	40,294	40	0,0492	2844	0,4795	3971	36,175	42	0,8533	PTQCMR
7	0,60-0,70	169	0,5668	424	64,471	98	0,1206	2341	0,3947	3153	28,723	12	0,2438	PTCMQR
8	0,70-0,80	123	0,4125	164	24,937	17	0,0209	4903	0,8267	3368	30,682	5	0,1016	TPMCQR
9	0,80-0,90	77	0,2583	192	29,194	30	0,0369	5866	0,9891	3692	33,633	5	0,1016	TPMCQR
10	0,90-1,00	31	0,104	86	13,077	6	0,0074	2461	0,4149	3006	27,384	3	0,0609	TPMCQR
11	1,00-1,10	123	0,4125	139	21,136	83	0,1021	6252	10,541	6657	60,643	6	0,1219	TPMCQR
12	1,10-1,20	129	0,4327	212	32,236	65	0,08	4964	0,837	3659	33,333	6	0,1219	TPMCQR
13	1,20-1,30	112	0,3757	100	15,205	18	0,0221	3335	0,5623	1251	11,396	18	0,3657	PTMCQR
14	1,30-1,40	189	0,6339	74	11,252	3	0,0037	3239	0,5461	2590	23,594	52	10,565	TPQCMR
15	1,40-1,50	127	0,426	195	29,651	30	0,0369	3678	0,6201	6002	54,677	4	0,0813	TPMCQR
16	1,50-1,60	103	0,3455	333	50,634	29	0,0357	3031	0,5111	4449	40,529	13	0,2641	PTMCQR
17	1,60-1,70	59	0,1979	103	15,662	25	0,0308	1951	0,329	676	0,6158	9	0,1828	PTMCQR
18	1,70-1,80	61	0,2046	104	15,814	27	0,0332	1951	0,329	679	0,6185	8	0,1625	PTMCQR
TOTAL	18 capas	2218	74,392	3150	478,971	712	0,8762	66008	111,296	57541	524,183	292	59,324	TPMCQR

Tabla 2. Resumen del procedimiento para obtener modelos subsistenciales típicos por sitio

No.	Localidad	Caza	Índice "C"	Pesca	Índice "P"	Rec. Terrest.	Índice "R"	Rec. Marina	Índice "M"	Capt. Crust.	Índice "T"	Capt. Quel.
1	Cueva de La Pintura											
2	Cueva del Dagame	3357	112.595	4887	743.089	1777	21.867	117031	197.326	96214	876.484	616
3	Loma de Caracoles	2726	91.431	330	50.178	245	0.3015	1074	0.1811	11772	10.724	62
4	Cueva de La Ceiba	1868	62.653	225	34.212	59	0.0726	47089	79.397	6349	57.838	114
5	Aguas Muertas	1181	39.611	1334	20.284	2290	2.818	30907	52.112	27415	249.743	55
6	Caleta del Resguardo	246	0.8251	26	0.3953	116	0.1427	4108	0.6926	65	0.0592	7
7	El Itabo de Peñalver	410	13.752	61	0.9275	782	0.9623	40615	68.481	649	0.5912	81
8	Cueva de Camila	2491	83.549	453	68.881	92	0.1132	143766	242.403	1144	10.422	220
9	Cayo Redondo	4061	136.207	2	0.0304	1222	15.037	72	0.0121	2002	18.238	34
10	Cueva del Perico	534	17.911	417	63.407	134	0.1649	444008	748.641	111	0.1011	2282
11	Cueva del Arriero	2358	79.088	293	44.552	354	0.4356	14035	23.664	1247	1.136	53
12	Cueva de Piedra Alta	1562	5.239	26	0.3953	56	0.0689	182	0.0307	1375	12.526	36
13	Finca San José	836	2.804	290	44.096	16442	202.327	9947	16.772	6686	60.908	15
14	El Retiro	13491	452.492	1684	256.059	0	0	585	0.0986	0	0	3369
15	Cueva de La Lechuza	658	2.207	76	11.556	0	0	59910	101.014	82	0.0747	620
	Total (154 capas)	10136	339.964	24	0.3649	101578	1.249.971	23	0.0039	13939	126.981	16

municar nuevos resultados en el conocimiento del vínculo entre el modo de vida antiguo y la Naturaleza en el extremo occidental de las Antillas.

Bibliografía

- ALONSO, E. (1995), *Fundamentos para la Historia del Guanahatabey de Cuba*, Editorial Academia, La Habana.
- ALONSO, E. (1998), “El Mediterráneo Americano: ¿Barretera o vía de comunicación?”. *Ponencia al XV Congreso Nacional de Historia*, Sancti Spiritus.
- ALONSO, E. (2001), “Sociedad antigua y Naturaleza en Guanahacabibes: Recursos alimentarios y sistema de asentamiento”. *Ponencia al Forum de Ciencia y Técnica CITMA*, Pinar del Río
- ALONSO, E.; C. DÍAZ y C. ROSA [en prensa], *Pinar del Río: Fundamentos naturales y socioeconómicos de una Región Histórica*. Grupo de Arqueología, Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales ECOVIDA-CITMA, Pinar del Río.
- BINFORD, L. R. (1991), *En busca del pasado*, Editorial Crítica, Barcelona.
- BUNGE, M. (1972), *La investigación científica*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- DACAL, R. y M. PINO (1968), “Excavaciones en Cueva de Enrique, Guanahacabibes”. *Serie Pinar del Río*, 16.
- GARCÍA CASTAÑEDA, J. (1938), “Pinar del Río. Exploraciones Arqueológicas”, *Revista de Arqueología y Etnología*. Año I, 2: 62-73.
- GUARCH, J. M. (1987), *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- HARRINGTON, M. R. (1935), *Cuba antes de Colón*, Cultural, S. A. (col. “Libros Cubanos”, vol. XXXIII), La Habana.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA (1994), *La Colonia*. Editora Política, La Habana.
- KABO, V. (1980), “La naturaleza y la sociedad primitiva”, *Ciencias Sociales*, 2 (40): 216-226.
- LEYVA, G. y G. BAENA (2002), *Guanahacabibes. Donde se guarda el sol de Cuba*, Editorial Academia, La Habana.
- LUMBRERAS, L. G. (1984), *La arqueología como ciencia social*, Casa de Las Américas, col. “Investigaciones”, La Habana.
- MEGGERS, B. y C. EVANS [s.f.], “Aspectos arqueológicos de las tierras bajas de Suramérica y las Antillas”, *Cuadernos del CENDIA*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, vol. CCLVIII, 4.
- ORTIZ, F. (1936), *Historia de la Arqueología Indocubana*. Cultural, S. A. (col. “Libros Cubanos”, vol. XXXIII), La Habana.
- OSGOOD, C. (1942), *The Ciboney culture of Cayo Redondo, Cuba*, Yale Publications and Anthropology, No. 35, New Haven.
- PICHARDO, F. (1945), *Caverna, costa y meseta*. Jesús Montero, ed., La Habana.
- PINO, M. (1970), “Excavaciones en Cueva Funche, Guanahacabibes, Pinar del Río, 3ra parte”, *Serie Espeleológica y Carsológica*, 12.
- ROUSE, I. (1992), *The Taínos. Rise and decline of the people who greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven.
- TABÍO, E. (1951), *Culturas más primitivas de Cuba precolombina*. Contribución del Grupo Guamá, 18, La Habana.
- TABÍO, E. (1988), *Introducción a la arqueología de las Antillas*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- TABÍO, E. y E. REY (1979), *Prehistoria de Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- VELOZ MAGGIOLO, M. (1976), *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*, Editorial Taller, Santo Domingo, 2 tomos.

Recibido: 29 de enero de 2010.

Aceptado: 28 de abril de 2010.

Reporte inicial de las investigaciones arqueológicas en el tercer claustro del antiguo convento de Santa Clara de Asís

Darwin Antonio ARDUENGO GARCÍA y Alejandro CRUZ PÉREZ

Grupo de Arqueología, Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, Cuba.

Resumen:

Este trabajo propone una nueva lectura del tercer claustro del edificio del antiguo convento de Santa Clara de Asís de la Habana Vieja, sede del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM). Los antecedentes de los que se parte críticamente son la importante investigación publicada por el historiador Pedro Herrera (2006), así como los reportes de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en las áreas del edificio durante unos cincuenta años. Durante los últimos cinco años las investigaciones fundamentales realizadas por el grupo de arqueología del CENCREM en lo tocante al proyecto investigativo general del convento han estado dedicadas a las instalaciones hidráulicas del primer claustro y a los cambios constructivos del tercer claustro. Como consecuencia de las investigaciones en el tercer claustro se ha identificado una capilla no reportada en la bibliografía o en fuentes documentales.

Palabras clave: arqueología, convento, capilla, transformaciones.

Abstract:

This paper proposes a new vision of the history of the building of the ancient convent of Saint Claire of Assisi in Habana Vieja, seat of the National Center for Conservation, Restoration and Museology (CENCREM). Even when we count on the book about the history of the convent and the religious order written by Pedro Herrera (2006) and the reports of archeological excavations that took place between 1959 and 2000, is the foundation of the Group of archeology of CENCREM in 2000 the beginning of projects aim to the understanding of the construction periods and changes of the building among other objectives. The information obtained until the present moment has enhanced the knowledge about the history of the building in a more accurate way than historiography alone could. This paper deals with the identification process of an unknown chapel in the third cloister of the building.

Key words: archaeology, convent, chapel, transformations.

Introducción

El antiguo Convento de Santa Clara de Asís en La Habana Vieja está ubicado en la manzana que delimitan las calles Luz, Sol, Habana y Cuba. El proceso constructivo del inmueble conventual abarca un periodo de tiempo que empieza el primero de

noviembre de 1638, ocasión en que se colocó la piedra fundacional y llega hasta el siglo XX, cuando en el año 1908 las monjas ordenan la construcción de un corredor de dos niveles a todo lo largo de la crujía que separa el primero del segundo claustro por áreas de este último. A lo largo de estos casi trescientos años de ocupación del convento las religiosas estuvieron obligadas a realizar

numerosas transformaciones y continuas reparaciones, así como a mantener la actualización de los avances tecnológicos de la vida cotidiana en la ciudad, en la medida en que iban ocurriendo. Por esta razón, el edificio cuenta con áreas, como el segundo claustro, donde existen algunas de las construcciones más antiguas de la ciudad, pertenecientes al siglo XVII; el resultado de tan prolongada utilización es un muestrario inigualado de técnicas, materiales, detalles y soluciones constructivas durante el período colonial, lo que bastaría, además de sus techos, para hacerlo digno de profundo estudio.

Luego de la salida de la orden religiosa del edificio en 1922 hacia un nuevo convento en el barrio de Lawton, más adecuado a sus exigencias, el antiguo inmueble pasó a ser propiedad del estado cubano, situación que se mantiene al presente, habiendo recibido varios usos (y desusos) que han afectado parcialmente la imagen que conservaba hasta esa fecha, imagen que ha sido el paradigma del largo proceso de restauración que se llevó a cabo en el mismo desde los años 80 del siglo pasado, fundamentalmente en los dos primeros claustros.

El primer usufructuario fue la Secretaría de Obras Públicas a partir de 1925 y hasta 1959, fecha en que se trasladó (ya Ministerio de la Construcción) para otra edificación en la Plaza de la Revolución. Luego de esta fecha se sucedieron como ocupantes: el Ministerio de Bienestar Social (hasta 1961), los Talleres y Almacenes Nacionales de Servicios de Teatros (TANST), así como otras dependencias del Consejo Nacional de Cultura (más tarde Ministerio de Cultura) que se mantuvieron ocupando diferentes áreas del inmueble hasta 1981 (Herrera 2006:188-189). Desde 1985 es la sede del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM), institución fundada en 1980.

La investigación arqueológica en el antiguo convento

Como ocurre con prácticamente todas las edificaciones del período colonial habanero, y especialmente con las más

tempranas, el registro histórico no es siempre abundante ni preciso en la información que nos ofrece, lo que concede valor extraordinario a la información que contiene el registro arqueológico. Lamentablemente, las excavaciones realizadas en áreas del convento entre los años 1959 y el 2000, fecha en que se crea el grupo de arqueología del CENCREM, no produjeron, generalmente, información relevante a los efectos de comprender las etapas y cambios constructivos del edificio. No obstante, hemos partido justamente de la revisión concienzuda de toda la información de las excavaciones que se conserva en el centro y han sido de ayuda indiscutida en la orientación de nuestra investigación (Arduengo y Domínguez 2009).

En el plano historiográfico ha sido vital la investigación desarrollada durante años por el acucioso historiador Pedro Herrera, publicada en 2006 bajo los auspicios del CENCREM, fundamentalmente por el volumen de documentación que aporta. Partiendo de esto y dada la profundidad del trabajo de Herrera hemos empleado en no pocos casos aseveraciones suyas como hipótesis de trabajo. Además, se ha desarrollado por nuestra parte una investigación en las fuentes documentales disponibles, con el fin de elaborar una base de datos con todos los documentos relativos a la historia del convento y la orden religiosa.

Como parte de la estrategia de manejo y gestión del edificio en general, elaborada a partir del año 2004, se le ha dado un nuevo impulso a las investigaciones arqueológicas, toda vez que los datos aportables por la misma son trascendentes para la adecuación de los intereses generales de restauración y conservación del inmueble.

En el proceso investigativo de la evolución del edificio conventual hemos partido de una hipótesis de trabajo que se fundamenta en un grupo de características observables del registro arqueológico:

El primer claustro sufrió una transformación radical a finales del siglo XVIII o principios del XIX que cambió por completo la imagen inicial del mismo, en correspondencia con el estilo al uso en el siglo XVII en La Habana: pies derechos en las galerías de planta baja y alta (como toda-

vía se observa en los claustros segundo y tercero), a diferencia de la presentación actual que consiste en pies derechos en planta alta y columnas y arcos de piedra en planta baja, característico de los claustros conventuales habaneros del siglo XVIII en adelante. El claustro inicial era de menores dimensiones que el actual, de tal manera que el aljibe se encontraba en el centro del mismo, lo que resulta identificable por la posición de los dos colectores-filtros de aguas de lluvia que se encuentran a un costado de la galería este. Esta transformación del claustro principal afectó al resto del edificio conventual (Arduengo y Pérez 2009).

Basta una simple ojeada a la fisonomía actual del convento, en especial al primer claustro, para apreciar toda una serie de transformaciones constructivas que fueron variando su imagen. Si se tiene en cuenta las reglas de clausura vigentes en el interior de estos muros en el periodo conventual, se entenderá lo extremadamente complejo que debió ser realizar cualquier labor de reparación o transformación, toda vez que ello implicaba el desplazamiento de las monjas hacia otros lugares del convento y por consiguiente la adecuación de otras áreas para sus necesidades cotidianas. Esto implicó una duplicación, al menos transitoria, de áreas de actividad que hoy, a partir de los resultados de la investigación, comienza a distinguirse en toda su magnitud.

Importante ha sido en el desarrollo de nuestra investigación el plano del edificio levantado en 1924 por el Ministerio de Obras Públicas (fig. 1) donde se aprecian todos los detalles del edificio al ser abandonado por las clarisas y, como se verá en lo adelante, muchos de estos datos han sido orientadores de la investigación arqueológica, integrados con la prospección detenida del mismo.

La investigación arqueológica en el tercer claustro

Durante los últimos cinco años las investigaciones fundamentales realizadas por el grupo de arqueología del CENCREM han estado dedicadas a:

- Las instalaciones hidráulicas del primer claustro.
- Los cambios constructivos del tercer claustro.

El tercer claustro es el área donde menor incidencia han tenido los trabajos arqueológicos anteriores por lo que el estudio de este espacio ha sido considerado de especial relevancia. Los resultados obtenidos hasta el presente han corroborado con creces esta opinión. Señalemos que aunque no existe claridad del fechado de su construcción, esta debe haber ocurrido con posterioridad a 1733 (Herrera 2006:105).

Las investigaciones arqueológicas han transcurrido de momento solamente en la crujía norte del antiguo claustro (fig. 2) y los resultados más trascendentes, en los cuales nos concentraremos, se han realizado en el local AB 11-13, el primero que corre de este a oeste. También se intervino en el local AB 14-15, donde se localizó un vano tapiado (fig. 3) y dos niveles de piso de ocupación asociados con diferentes capas pictóricas, el de mayor profundidad, conectado directamente con el vano a 0,59 metros debajo del piso de ocupación actual.

El local AB 11-13 es un espacio de 5,60 metros de ancho por 21 metros de largo, orientado en el eje este-oeste, al que se accede desde el patio por un vano de dos metros de amplitud con derrame hacia el interior ubicado en el extremo este del muro B. Este vano consta de un arco rebajado en el exterior y dintel de madera en el interior. Otros cuatro vanos de puerta se distribuyen en este muro, alternándose a continuación del anterior uno simplemente adintelado y otro con su arco rebajado, finalizando otros dos adintelados, compartiendo similares medidas los cinco. En el muro A 11-13 se localizan cinco vanos de ventanas que fueron construidas a comienzos del siglo XX y en el muro 11 A-B, se encuentra otro vano de puerta de igual fechado; todos se encuentran tapiados en la actualidad.

Comoquiera que este local fue utilizado por los diferentes usufructuarios del edificio en función de talleres y almacenes, el piso de ocupación actual está definido por una gruesa capa de hormigón, cubierta en un 50% con losas hidráulicas en el eje este-oeste.

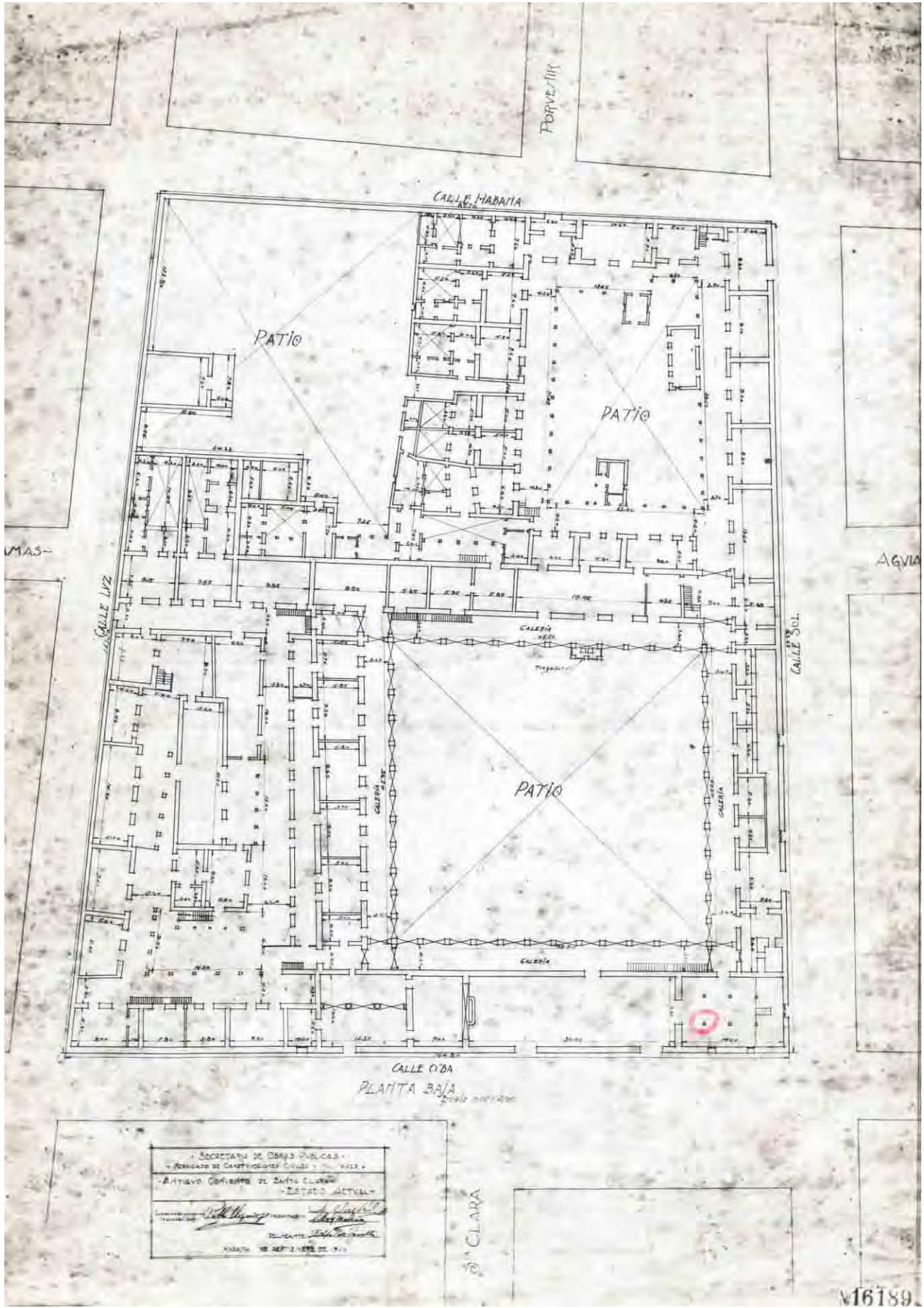


FIG. 1. Plano del antiguo convento de Santa Clara de Asís levantado en 1924 por la Secretaría de Obras Públicas

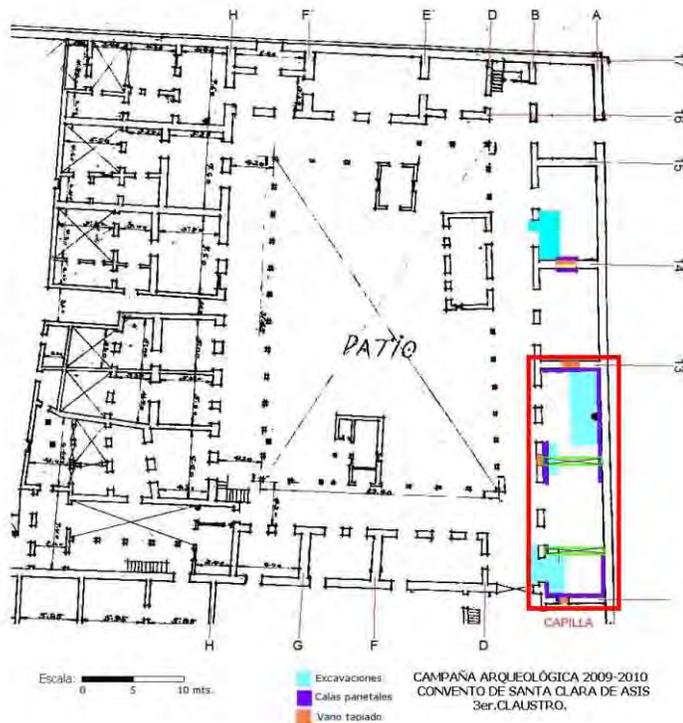


FIG. 2. Plano del III claustro con las áreas investigadas por el Grupo de Arqueología del CENCREM en los años 2009-2010. (Se tomó de base el plano de 1924)



FIG. 3. Vano tapiado en el local AB 13-14

Este espacio está diferenciado de todos los demás locales del edificio por la presencia de dos arcos rebajados que se apoyan en ménsulas estilo Plaza Vieja (fig. 4). Estos arcos aparecen decorados con motivos florales de color azul, realizados al fresco. En primera instancia, la presencia de los dos arcos en este local nos sugirió la posibilidad de que estuviéramos en presencia de un espacio utilizado con fines religiosos o ceremoniales, lo cual orientó el proceso de excavaciones, que fueron realmente precisas.

Un segundo elemento que reforzaba la hipótesis del posible uso de este local con fines religiosos, fue la presencia, en una de las rafas de roca caliza del muro A del mismo, de huellas de un púlpito (fig. 5). Esta excavación parietal la realizamos muy puntualmente basados en la lectura del plano de 1924 de Obras Públicas, en la zona en que aparece una estructura semicircular representada, sin que entonces pudiéramos identificarla claramente. Detalle relevante es que para la fecha de este levantamiento todavía esta estructura estaba íntegra.

Con estos dos elementos hipotéticos pensamos que nuestro próximo paso debía ser la localización del retablo de esta posible capilla por lo que nos dirigimos directamente al muro 13, que lo cierra. En este muro se encontró un faltante importante en el tapial, retirado cuidadosamente con la intención de empotrar en el mismo algún mueble o estructura de tamaño considerable. Este faltante había sido tapiado en los años 80 o 90 del siglo pasado con una pared de ladrillos y revestimiento a la altura del tapial del muro. Asociado a este vano, se localizan varias fognaduras (además de las huellas de las agujas del molde del tapial) que sugieren fuertemente la posibilidad de haber servido para el anclaje de la estructura o mueble ubicado en esta zona, en nuestra opinión, el retablo (fig. 8).

Las excavaciones parietales consecuentes pusieron en evidencia que el extremo sur del segundo arco, situado al oeste del local, está insertado, cortándolo, en un antiguo dintel de madera de lo que fue un vano de puerta (fig. 6), estando su arranque en el material de fábrica que lo tapia, lo que nos demuestra una clara secuencia constructiva: puerta-tapiado-arcos. Este vano, tapiado por la adecuación del local a otros fines, tiene una diferencia negativa en altura con los otros vanos presentes en este local de un metro. A su vez, existe una relación entre la altura de este vano tapiado y los demás que se encuentran en esta crujía, en el propio muro B, conectando los diferentes locales con el patio, así como el vano que unió en algún momento los locales AB 14-15 y el AB 13-14, lo que nos refiere a un período inicial de la construcción de esta crujía.



FIG. 4. Vista del local AB 11-13 desde el extremo oeste, donde se aprecian los dos arcos que lo distinguen

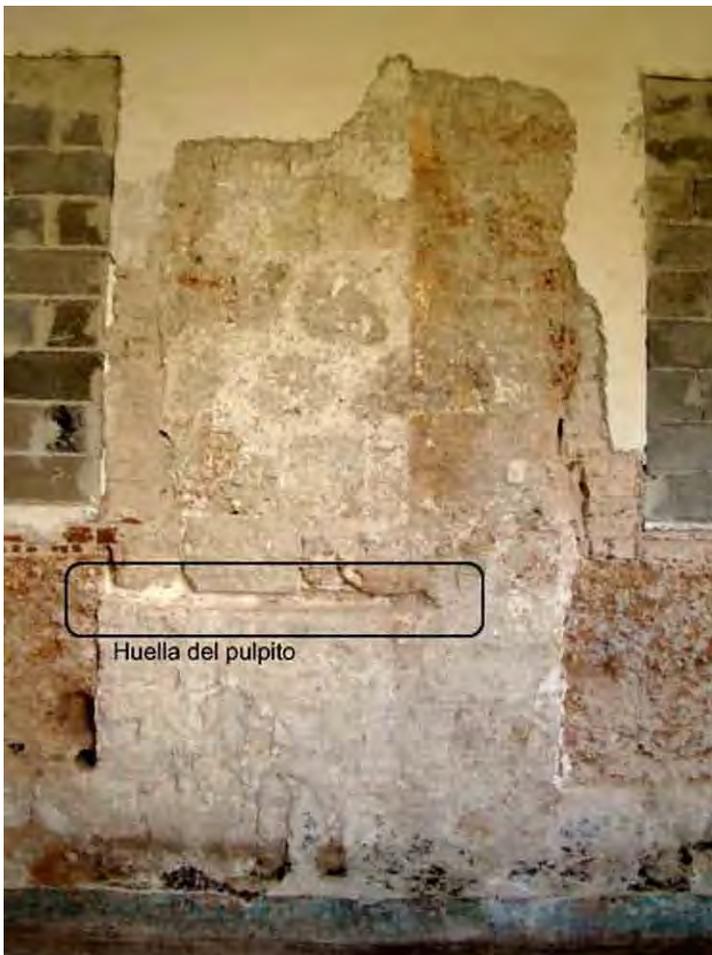


FIG. 5. Huellas del púlpito en el muro A

Desde el muro este, a la entrada del local, se localizó un nivel de embaldosado de lozas isleñas (fig. 7), proporcional a la altura que indican las ménsulas, piso existente hasta la zona del segundo arco, a continuación del cual se lo-



FIG. 6. Vista del arranque del arco oeste donde se aprecia el vano tapiado y el dintel cortado



FIG. 7. Vista desde la galería del umbral de madera y del piso de losas isleñas a través del vano de acceso al local AB 11-13

calizó otro de enlucido de cal (fig. 8). Ambos materiales (lozas isleñas y enlucido de cal) marcan un nivel de piso de ocupación al que se asoció un rodapié de pintura azul. En el extremo oeste del local y conectado a su vez con el extre-



FIG. 8. Vista del local desde el muro 11. Nótese el nivel de piso de ocupación de enlucido de cal y la huella en el tapial del retablo, así como el rodapié de pintura azul



FIG. 9. Pinturas Murales en el vano tapiado por Obras Públicas del muro 11

mo superior del rodapié se encontraron restos de fibra textil gruesa, indicio de la presencia de una moqueta. La lectura del registro arqueológico nos permitió sustentar la hipótesis de que esta zona, donde se ubicaba el presbiterio de la

capilla (sobre el suelo de enlucido de cal) estaba cubierta con un entablado (para elevar la zona del altar sobre los fieles), a su vez protegido y adornado por una moqueta.

Añadamos que se localizó, casi íntegro, el umbral de madera dura de la puerta de acceso, adecuadamente conservado tras retirarlo de su posición. Asimismo se descubrieron los restos de un vano tapiado en el extremo sur del muro 11 (fig. 9), profundamente alterado por sucesivas transformaciones constructivas, donde se conservan restos de decoraciones murales. Este vano aparece abierto todavía en el plano de 1924 de Obras Públicas por lo que resulta evidente que fue tapiado a continuación de esta fecha, de lo que dan fe además los materiales empleados para hacerlo, en los que participa el cemento Portland.

Conclusiones

Una primera aproximación a los resultados obtenidos, fundamentalmente durante los trabajos en el local AB 11-13, nos da la posibilidad de establecer una secuencia constructiva:

- El vano tapiado en el muro B aparece asociado con la altura de todos los vanos ubicados en esta crujía del tercer claustro, excepción hecha de los cinco descritos en este mismo local en el propio muro; conectado con este vano se halla el nivel de piso de ocupación de enlucido de cal y el rodapié de pintura azul, período anterior a la transformación del local.
- Los arcos, los vanos adintelados y con arcos rebajados en el muro B, el vano tapiado en la actualidad en el muro 11, así como la huella del retablo y del púlpito significan el último momento de ocupación conventual, momento en que se puso el piso de losas isleñas en el resto del local.

Las evidencias encontradas nos permiten afirmar que estamos en presencia de una capilla, orientada de este a oeste, para uso exclusivo de la comunidad religiosa del convento, sometida a una clausura severa.

Este hallazgo resulta importante, toda vez que no existe documentación alguna de una segunda iglesia o capilla en el convento de las clarisas. Sin embargo, ya hemos señalado la pobreza de la información que el registro histórico ha puesto a nuestro alcance. La hipótesis inicial planteada de que el primer claustro sufrió transformaciones radicales se vincula con la necesidad de la comunidad religiosa de asistir a los servicios religiosos (acto alrededor del cual giraba la vida monástica) y aun cuando la iglesia permaneciera abierta a la población citadina durante la realización de los trabajos, el acceso a la misma por la comunidad religiosa estaría realmente imposibilitado por la magnitud de las labores a realizar y el movimiento de operarios dentro de esta zona del edificio aledaña a la iglesia. Una solución para este problema era transformar en iglesia un área asequible para la realización de los rituales establecidos, alejada de las labores constructivas y esta que describimos en el desarrollo del trabajo consideramos que fue la escogida.

El fechado de estos momentos de cambios constructivos, tanto del primer claustro como del local AB 11-13, sin embargo, no ha podido ser establecido con solidez. Herrera (2006:137) piensa que fue en ocasión del paso del huracán del año 1846 que se realizaron las reformas constructivas del primer claustro del edificio, aunque las considera de menores proporciones de las que implica nuestra hipó-

tesis. La continuación de los trabajos nos permitirá establecer un fechado más certero. De cualquier manera, el hecho de que el púlpito todavía aparezca representado en el plano de Obras Públicas del año 1924 nos sugiere que esta capilla se mantuvo en uso hasta que la ocupación de las clarisas terminó en 1922 o que al menos respetaron la integridad de la misma.

Bibliografía

- ARDUENGO GARCÍA, D. A. y L. DOMÍNGUEZ (2009), *Resumen de las investigaciones arqueológicas en el antiguo Convento de Santa Clara de Asís en La Habana Vieja (1959-2000)*, CENCREM, La Habana. Inédito.
- ARDUENGO GARCÍA, D. A. y A. CRUZ PÉREZ (2009), "Una nueva lectura del antiguo convento de Santa Clara de Asís desde la arqueología y la historiografía". *CD-ROM Memorias II Seminario Internacional: Legado y Diversidad. Arquitectura y Urbanismo*, La Habana.
- HERRERA LÓPEZ, P. A. (2006), *El Convento de Santa Clara de la Habana Vieja*, CENCREM, La Habana.

Recibido: 19 de octubre de 2010.

Aceptado: 5 de noviembre de 2010.

José Álvarez Conde: un arqueólogo naturalista, en el centenario de su natalicio

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA
Cuba Arqueológica, Cuba.

Resumen

El desarrollo de la arqueología cubana en la primera mitad del siglo XX estuvo acompañado de distinguidas figuras que hicieron importantes aportes a esta ciencia. Entre estos investigadores, José Álvarez Conde constituyó un ejemplo de naturalista y arqueólogo de incansable laboriosidad, que no solamente exploró gran parte del territorio nacional, sino que también publicó una vasta obra literaria y científica donde supo rendir homenaje a sus predecesores, convirtiéndose en un historiador destacado de las ciencias en Cuba. Se rescata aquí parte de la biografía de un arqueólogo que quedó en el olvido y que esperamos comenzar a redescubrir.

Palabras clave: arqueología, ciencias naturales, Cuba.

Abstract

The development of Cuban archaeology during the first half of the XX Century included distinguished figures that made important contributions to that science. Among these investigators, José Álvarez Conde was an example of an archaeologist of untired labor, who not only explored a great part of the national territory, but also published a vast literary and scientific corpus wherein he did homage to his predecessors, making of himself an outstanding historian of sciences in Cuba. Part of the biography of this archaeologist who was forgotten is rescued here, and we hope he begins to be rediscovered.

Key words: archaeology, natural sciences, Cuba.

Las décadas del cuarenta y cincuenta del siglo XX fueron de un intenso desarrollo para la arqueología cubana, donde comenzaba a destacarse el trabajo institucional de la Comisión Nacional de Arqueología (1937), acompañada de un excepcional conjunto de investigadores de significativa trayectoria dedicados a estas labores. Esto se vio materializado en la inclusión, por vez primera, de la protección del patrimonio histórico nacional en la Constitución de 1940 y en la creación de un reglamento para las exploraciones arqueológicas en la isla, ya que desde la década del veinte había surgido la preocupación por el caudal de materiales precolombinos que salían del país, como consecuencia de las expediciones extranjeras y, especialmente, por la ausencia de un corpus legislativo que lo impidiera.

Es en esta década de 1940 cuando se conocen las primeras publicaciones referentes a la arqueología precolombina que realiza el profesor e incansable explorador de la campaña cubana José Álvarez Conde. Nacido en la ciudad de Santa Clara, antigua provincia de Las Villas, el 23 de octubre de 1910, se graduó de perito y tasador de tierras en 1934 en el Instituto de Segunda Enseñanza de esa urbe. En el mismo año es nombrado profesor supernumerario de la cátedra de Historia Natural, Biología y Cosmología del Instituto Provincial de Santa Clara, donde llega a desarrollarse como profesor titular y jefe de la cátedra de Ciencias Naturales.

Álvarez Conde le dedicó a la docencia gran parte de su vida, impartiendo clases, conferencias y enriqueciendo los libros de textos para las escuelas de carácter didáctico con

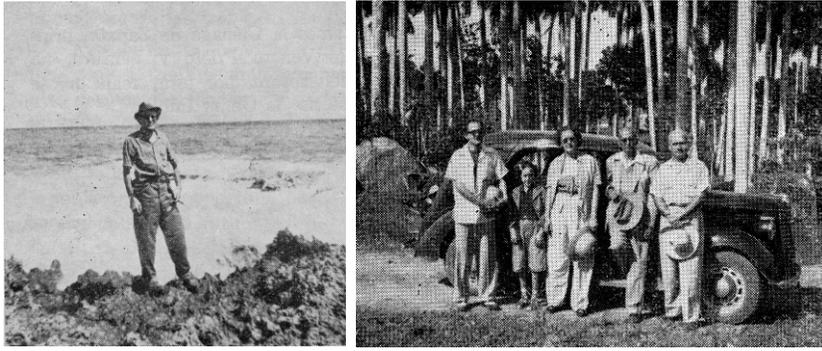


FIG. 1 (izquierda). José Álvarez Conde en la costanera de Playa Girón, Ciénaga de Zapata, en 1960. **FIG. 2 (derecha).** José Álvarez Conde junto a su hija Rudbeckia, su esposa Manuela Núñez Arias y los doctores Felipe Pichardo Moya y Carlos García Robiou en el Nazareno, camino a Fomento en 1948 (Álvarez Conde 1961)

obras dedicadas a la biología, mineralogía, zoología, botánica y agricultura. Pero además, organizaba sistemáticamente excursiones de estudio a las regiones naturales del centro del país, especialmente en la antigua provincia de Las Villas y Matanzas.

Su pasión por la ciencia lo llevó a desarrollar un sinnúmero de expediciones por casi todo el territorio nacional, desde la entonces provincia de Oriente, pasando por el sur de Camagüey, hasta Pinar del Río. En el ínterin conoció a destacadas figuras de la arqueología cubana y los intelectuales más importantes del momento, como fueron Felipe Pichardo Moya (1892-1957), Carlos García Robiou (1900-1960), José María Chacón y Calvo (1892-1969), Carlos de la Torre y Huerta (1858-1950), Juan Tomás Roig (1877-1971), Salvador Massip (1891-1978), Agustín Acosta (1886-1976), entre otros. De muchos de ellos disfrutó de una amistad muy cercana, compartió exploraciones e intercambió sus inquietudes. Su acercamiento a la arqueología parece haber llegado del vínculo que estableció con la cátedra de Antropología de América de la Universidad de La Habana cuando era dirigida por el destacado arqueólogo Dr. Carlos García Robiou. En muchas de sus exploraciones precisamente estuvo acompañado de tan distinguido investigador.

Las exploraciones que realizó Álvarez Conde en la Ciénaga de Zapata y la divulgación en la prensa nacional de sus hallazgos e interpretaciones llamaron la atención de otro de los arqueólogos más importantes de la primera mitad del siglo XX cubano, Felipe Pichardo Moya. La anécdota de cómo se conocieron y de la gran amistad que entablaron desde entonces, Álvarez Conde la narra con prosa ligera en el homenaje que le hace a su amigo con motivo de su fallecimiento en un artículo que publica en el último número de la revis-

ta de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (Álvarez Conde 1961).

José Álvarez Conde, que fuera discípulo del sabio cubano don Carlos de la Torre y Huerta al cursar su cátedra de biología en la Universidad de La Habana, se graduó de doctor en pedagogía, especializándose en Ciencias Naturales. Para ello tenía que hacer los viajes desde Santa Clara, donde había sido designado para explicar una cátedra de Ciencias Naturales, hasta La Habana, “para concurrir a la Universidad y verificar pruebas de exámenes de la carrera” (Álvarez Conde 1958:13).

No obstante, apenas graduado de Bachiller en Letras y Ciencias se había consagrado a los estudios de la naturaleza y además trabajaba como profesor privado, lo que llevó a que Carlos de la Torre lo considerara un autodidacta. Su dedicación a la profesión y su constante superación lo acercaron íntimamente al sabio cubano, lo que lo impulsó un año después de su fallecimiento en 1950 a escribir una documentada biografía de su maestro que le trajo muchas palabras de augurio de los más destacados intelectuales de la época como José María Chacón y Calvo, Medardo Vitier, Emeterio Santovenia, Félix Lizaso, entre otros. Para el primer centenario del natalicio de Carlos de la Torre, se hizo una segunda edición ampliada del libro, que al decir de Chacón en sus “Breves palabras de aplauso” que lo prologaron: “recoge nuevos y preciosos documentos que harán de este libro sobre Don Carlos una fuente de consulta obligada de todos los estudiosos de la cultura cubana” (Chacón 1958: XIII-XIV).

Álvarez Conde, elegido presidente de la Comisión para Recopilar y Redactar la Historia Natural de Cuba, “historiador ilustre de las Ciencias Naturales en Cuba”, “infatigable investigador” —como lo llamaba Chacón—, en menos de dos

años entregó a la imprenta cuatro volúmenes de la Historia de las Ciencias Naturales. Según Chacón (1958:XIII): “vol. I; Historia de la Arqueología en Cuba; vol. II: Historia de la Geología, de la Mineralogía y de la Paleontología en Cuba; vol. III: Historia de la Botánica en Cuba; vol. IV: Historia de la Zoología en Cuba”, aunque el primer volumen finalmente se tituló: *Arqueología indocubana* (1956), con prólogo de Carlos García Robiou, quien expresa de la obra de su “distinguido, entusiasta y activo compañero”:

“Nos sentimos verdaderamente orgullosos por la realización de esta obra tan completa e importante, publicada por el doctor José Álvarez Conde, la cual viene a llenar un vacío en nuestra literatura científica, orgullo que consideramos legítimo, al apreciar en este caso los valiosos frutos que han producido las semillas que sembramos en nuestros alumnos, especialmente demostrados por este discípulo de ayer y compañero de hoy, que ha recogido tan fértilmente nuestra orientación de cátedra y seminario, con una obra que ha de ser fundamental en la bibliografía de nuestra patria” (García Robiou 1956:11).

En sus primeras publicaciones se observa la dedicación de sus esfuerzos por el conocimiento, ya fuera en sus investigaciones arqueológicas o naturalistas. En 1948, al publicar sus exploraciones en la región sur de La Villas en la obra *Guamuhaya*, expresa: “sé que el camino de la investigación es el único que nos conduce a la verdad, por eso, estoy dedicando mis actividades de hombre joven y mis entusiasmos a esa búsqueda de un mejor conocer de mi Patria” (Álvarez Conde 1948:11-12).

Este interés por la ciencia lo llevó a vincularse con varias asociaciones, entre las que resaltan la Sociedad de Historia Natural Felipe Poey, se la que fue socio titular y dirigió la sección de Extensión Cultural; la Sociedad Botánica de Cuba, la Sociedad Botánica de Francia, la American Geophysical Union de Washington, la Sociedad Espeleológica de Cuba y la Sociedad de Escritores y Artistas de América. Además, fue miembro titular y tesorero de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, institución



FIG. 3. El doctor José Álvarez Conde en el puerto de Caibarién, Las Villas, en 1951 (Álvarez Conde 1961)

que reunió a las figuras más importantes de la arqueología cubana durante la primera mitad del siglo XX, hasta su desaparición en 1962. También perteneció a la Academia de la Historia de Cuba y a la Comisión para la redacción de la Historia Natural de Cuba, cargo que ocupó su maestro Carlos de la Torre hasta su muerte.

Pero a pesar de tan fructífera carrera y dedicación, José Álvarez Conde terminó sus días en el olvido, acompañado como en todas sus exploraciones de su querida esposa Manuela Núñez Arias y de su hija Rudbeckia Álvarez Núñez, viviendo en la ciudad de Matanzas, gastando sus últimos ahorros para que transcribieran sus manuscritos que aún permanecen inéditos, entre los cuales se encuentra *Antropología general*, que menciona en su bio-bibliografía que incluye en uno de los capítulos de su *Arqueología indocubana* dedicado a los investigadores que han dedicado sus esfuerzos al estudio de la arqueología en Cuba, de lo que dijera Robiou (1956:10): “es la recopilación más minuciosa y completa que se ha publicado hasta la fecha”.

En los años noventa, algunos miembros del Comité Espeleológico de Matanzas, de la Sociedad Espeleológica de Cuba, le hicieron un merecido homenaje a quien fuera uno de sus miembros y entonces intentaron recuperar su obra, aunque la iniciativa no se concretó. En aquella ocasión, su hija Rudbeckia, junto a su madre, habían sufrido ya la visita de alguien que decía querer recuperar la memoria del arqueólogo, personaje anónimo que maliciosamente se llevó parte de su legado para sumirlo en el olvido, aún más.

José Álvarez Conde, condecorado con el grado de Oficial en la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes, merece una investigación digna de tan ilustre figura de la historia de las ciencias en Cuba, quien se encargó precisamente de rescatar la obra de destacados investigadores como Carlos de la Torre o Felipe Pichardo Moya y que, paradójicamente, ha tenido que esperar al centenario de su natalicio para recibir la misma gratitud. Sirva este como un prelude al reconocimiento que se merece por derecho propio y que intentaremos materializar con la publicación de su obra inédita.

Condecoraciones

Oficial en la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes.

Primera Medalla de Oro de la ciudad de Santa Clara, 1942.

Medalla de Bronce en el año del Centenario de la Bandera.

Bibliografía selectiva

La obra publicada de José Álvarez Conde es extensísima. A continuación se relacionan algunas de ellas, especialmente las vinculadas con la ciencia arqueológica, pero es de destacar los numerosos artículos que aparecieron en diarios, en revistas científicas, culturales y literarias, donde trató temas arqueológicos, históricos, de las ciencias naturales, pedagógicos y económicos.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1945), *La Laguna del Tesoro. Dos excursiones científicas a la Ciénaga de Zapata, costa sur de la Provincia de Las Villas*, Folleto, 47 p., Imprenta Monte e Indio, La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1946), *El salto del Hanabanilla*, Folleto, 19 p., Gobierno Provincial de las Villas, Dpto. de Cultura, Santa Clara, Las Villas.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1946), "Exploración arqueológica en la Ciénaga Oriental de Zapata", *Memorias de la*

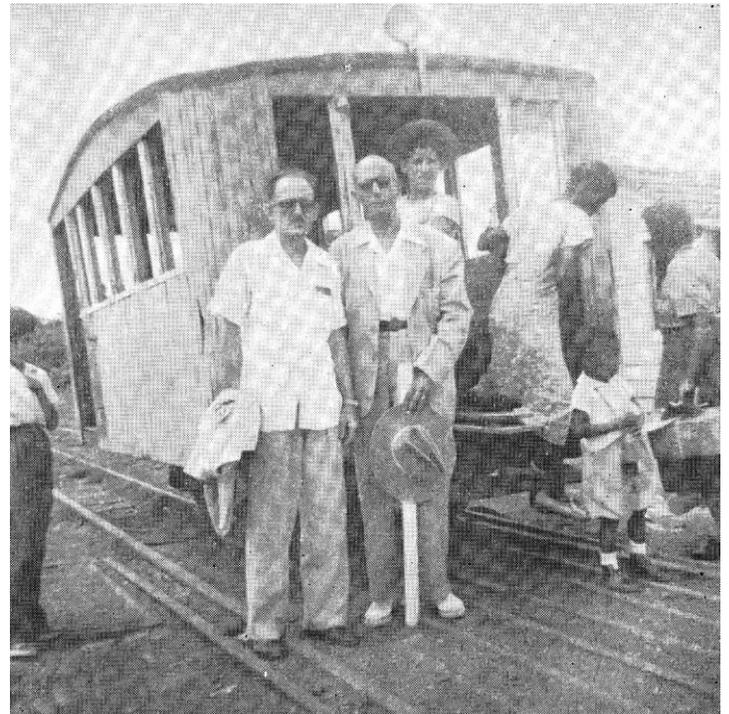


FIG. 4. Los doctores José Álvarez Conde y Felipe Pichardo Moya en el carro de línea que los trasladó a Carahatas en 1948 (Álvarez Conde 1961)

Sociedad Cubana de Historia Natural "Felipe Poey", no. 2, vol. 18, pp. 189-192, Imprenta "El Siglo XX", La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1948), *Guamuahaya. Exploraciones en la región sur de la provincia de las Villas (Cienfuegos, Trinidad, Sancti Spiritus)*, 103 p., Ed. Lex, La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1949), "Fomento: nuevo centro de hallazgos arqueológicos indígenas", *Trimestre*, no. 2, vol. 3. pp. 1-20, La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1951), *Carlos de la Torre: su vida y su obra*, 233 p., Ed. "El Siglo XX", La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1951), *Los perezosos cubanos. Sus relaciones con el indio*, 16 p., Imprenta La Milagrosa, La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1951), "Marta Abreu, El Naturalista y Villacara", *Magazine Social* 4 (abril 1951).

ÁLVAREZ CONDE, J. (1952), *Las cavernas funerarias de Cayo La Aguada*, 34 p., Imprenta "El Siglo XX" Muñiz Hnos y Cía, La Habana.

ÁLVAREZ CONDE, J. (1952), *Flora de Cuba*. La Habana, Imp. Universitaria.

- ÁLVAREZ CONDE, J. (1952), “Caibarién, Centro Pesquero de Langostas y Cangrejos Moros”. *Revista Carteles*, 27 de enero de 1952.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1952), *Néstor Ponce de León*, Siglo XX, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1953), “Prólogo”, *Poema del centenario*, Agustín Acosta. Santa Clara.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1953), “Exploraciones ecológicas por el Occidente de Cuba”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, no. 2, vol. 21, pp. 195-210, Imprenta “El Siglo XX”, Universidad de la Habana, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1954), “Huesos marcados en la isla de Cuba”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, no. 22, pp. 383-388, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1955), “Una carta inédita del Dr. Carlos de la Torre sobre el caracol pintado”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 22(2): 97-109, 4 pls.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1956), *Arqueología indocubana*, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, Imprenta “Ucar García s.a.”, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1957), *Historia de la Geología, Mineralogía y Paleontología en Cuba*, 248 p., Junta Nacional de Arqueología y Etnología, Ed. Lex, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1958), *Historia de la Botánica en Cuba*, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, Ed. Lex, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1958), *Historia de la Zoología en Cuba*, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1958), *Don Carlos: Vida de un Naturalista*. Editorial Lex, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1959), “En el Paraíso de los Caracoles. La colección de M. L. Jaume”. *Arte y Medicina* 59: 29-34.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1960), “El arte precolombino en Cuba”, *Revista de Arqueología y Etnología*, no. 1: 105-128, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, Cuba, cuarta época, junio.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1961), “Felipe Pichardo Moya: Su vida y su obra”, *Revista de Arqueología y Etnología*, no. único, quinta época, pp. 83-93, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1961), *Historia de la Geografía de Cuba*, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1961), *Revisión Indoarqueológica de la provincia de Las Villas*, Ed. Roger A. Queralt, Artes Gráficas, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.

Referencias

- ÁLVAREZ CONDE, J. (1948), *Guamuahaya. Exploraciones en la región sur de la provincia de las Villas (Cienfuegos, Trinidad, Sancti Spiritus)*, Ed. Lex, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1958), *Don Carlos: Vida de un Naturalista*. Editorial Lex, La Habana.
- ÁLVAREZ CONDE, J. (1961), “Felipe Pichardo Moya: Su vida y su obra”, *Revista de Arqueología y Etnología*, no. único, quinta época: 83-93, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.
- CHACÓN Y CALVO, J. M. (1958), “Breves palabras de aplausos”, *Don Carlos: vida de un naturalista*, J. Álvarez Conde. Editorial Lex, La Habana.
- GARCÍA ROBIUO, C. (1956), “Prólogo”, *Arqueología indocubana*, J. Álvarez Conde. Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.

Recibido: 21 de noviembre de 2010.

Aprobado: 3 de diciembre de 2010.

José María Cruxent

(1911-2011)

**HOMENAJE
en su centenario**



Cruxent, el maestro humanista, el arqueólogo amigo

Jacqueline CLARAC DE BRICEÑO

Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez. Universidad de Los Andes (Venezuela)

Conocí al Profesor Cruxent en 1964, cuando yo estaba estudiando Antropología en la Universidad Central de Venezuela (UCV). El Profesor ya no estaba dando clase en la escuela de Sociología y Antropología (todavía no se habían separado estas dos carreras, cosa que se hizo mucho más tarde, en 1988), así que decidí ir a visitarlo a Pipe, donde había fundado el Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

Recordaré siempre el ambiente en el que me recibió. Debo decir que, aunque en esa época yo sólo era una estudiante, me hizo pasar en seguida y me atendió con mucha gentileza y sin prisa. Quiso que hablásemos en francés, lengua que él dominaba muy bien.

Recuerdo un gran espacio, que parecía más bien un salón que una oficina, pero un salón donde se podía conversar al mismo tiempo que estudiar y hacer reuniones de trabajo. Había grandes estantes de bibliotecas en las paredes llenos de libros, y, en todas las sillas, en el sofá, en el escritorio, en los estantes, encima de la biblioteca, sobre la alfombra, en todas partes había gatos, de todos los pelajes, colores y tamaños, que lo observaban muy atentamente a uno durante la visita.

Esto lo iba a recordar muchos años después, en 1987, cuando el Ministerio de Ciencias le otorgó el Premio Nacional de Ciencias y organizó para él un homenaje en la comunidad de Tara Tara, en el Estado Falcón. Fui desde Mérida a este homenaje con mi hijo Ricardo, adolescente, y con Antonio Niño, quien trabajaba en el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes conmigo y tenía una gran admiración y sentía un gran afecto por

Cruxent, pues éste había sido su profesor en múltiples seminarios cuando se realizó en el Estado Zulia el Proyecto de Rescate Arqueológico, organizado por CORPOZULIA, programa que dirigió durante seis años el arqueólogo argentino Muñoz Regueiro con la ayuda de su esposa Marta Tartusi. Dicho seminario recibía entonces la colaboración de otros arqueólogos del país y principalmente de Cruxent.

El Dr. Tulio Arends, entonces Ministro de Ciencias y Tecnología, había aceptado la sugerencia de Cruxent para que el homenaje que se proyectaba, no se llevara a cabo en Caracas como era costumbre, sino en el pueblito falconiano de Tara Tara. Dicho pueblo se estaba haciendo famoso por haber encontrado Cruxent restos paleontológicos en la zona y porque ya ideaba el futuro parque arqueológico-paleontológico de Taima Taima.

Tara Tara era el pueblito donde había elegido el profesor establecer su residencia, lo que ha sido desde entonces una gran ventaja para los habitantes del lugar, porque Cruxent se ocupó de mejorar el ambiente y todos los servicios de este pequeño pueblo, donde se ha conservado un recuerdo imborrable de él y de la amistad que tuvo con todos los habitantes del lugar, tanto colectiva como individualmente.

Era el profesor muy generoso, nunca olvidaba a sus amigos. Había conocido en París a Alex Lhermillier y Nelly Ginoux, antropólogos, que se hicieron muy amigos de él, de modo que, cuando los esposos Lhermillier que estaban investigando a los indígenas Yu'pas de la Sierra de Perijá (gracias a un contrato que habían obtenido en la Universidad de Los Andes) se encontraron sin trabajo al no ser renovado su contrato, de modo que tenían que re-

gresar a Francia (a su gran pesar). Cruxent los invitó a ir a Tara Tara, donde les consiguió una casa. Quedaron los Lhermillier un año en el pueblo, de donde pudieron ir también a compartir varias veces con los Yu'Pas, grandes amigos de ellos, quienes los consideraban como parientes desde que esos antropólogos habían vivido dos años con ellos, aprendiendo su idioma, construyendo una casa como la de ellos, donde habitaban con su pequeña hija Nakassi (cuando hacían su tesis del doctorado en antropología), compartiendo todas las actividades de los Yu'Pas, de modo que éstos crearon un mito muy bonito, según el cual los Lhermillier eran descendientes de unos Yu'Pas que, hacía muchísimos años, habían migrado a Francia...

Todos estos recuerdos los podían compartir con Cruxent, que había conocido también a los Yu'Pas varios años antes. Les había interesado muy particularmente el conocimiento que tenía "el Profesor" de los "ti-yo-tio" de los Yu'Pas, esas cortezas de árbol sobre las cuales estos indígenas escribían mensajes utilizando un código común a todo el grupo. Es una lástima que hoy hayan perdido los Yu'Pas esta escritura, desde que sus hijos van a la escuela bilingüe. Los investigadores de la Universidad del Zulia que actualmente trabajan con los Yu'Pas podrían tal vez reconstruir dicho código con los individuos más mayores de esta etnia.

En Tara Tara vivieron entonces Alex y Nelly, compartiendo con los habitantes y aprendiendo ahí Alex la cerámica, lo que le iba a servir mucho luego, cuando regresó a Francia y que no pudo conseguir trabajo en ese país por haber quedado demasiado tiempo en Venezuela. En efecto, sobrevivió en Francia a partir de ese momento gracias a la cerámica aprendida en Tara Tara y a los recuerdos de los pesebres andinos. Creó un maravilloso pesebre muy complejo, con personajes de cerámica, vestidos a la usanza de los Andes de Mérida, Perú y Bolivia, colocó cascadas, caminos, puentes, pequeños autobuses, todo con movimiento. Esto gustó tanto a los franceses que el Ministerio de la Cultura lo invitó a llevar su pesebre por

varias ciudades de Francia en época de Navidad, con gran éxito.

Llegamos temprano a Tara Tara, así que pudimos conversar tranquilamente con Cruxent, en su casa de piso de arena: ahí algo nos interesó e impresionó, y causó la admiración de mi hijo adolescente, además del interés de la conversación y de la increíble gentileza y hospitalidad de Cruxent: Fue la gran cantidad de insectos y otros animalitos que vivían en total libertad en su casa, corrían por todas partes y se instalaban tranquilamente sobre los libros y los brazos de los asientos: arañas de todos los tamaños, lagartijas, grillos, mantis religiosas, además de los gatos. No mataba insectos ni animalitos de ningún tipo, consideraba que todos los seres tienen derecho a la vida. Su amor por la naturaleza era demasiado grande, tal vez escogió la arqueología como objetivo de vida para tener la excusa de pasar mucho tiempo en la naturaleza, por esto también tuvo interés por las etnias venezolanas, amazónicas y de la Sierra de Perijá, que vivían más cerca de ella que nosotros, la entendían mejor, la respetaban, como él...

En su casa había algunos de sus propios cuadros, hechos con toda clase de materiales, con redes de pescadores, con arena, con rocas desintegradas, con pintura, con cielo... Ya cuando lo había visitado en Pipe varios años antes, pertenecía al Techo de la Ballena en Caracas, y había participado en una exposición en Bruselas. Quería que sus pinturas fuesen a la vez estáticas y dinámicas, como la naturaleza. Lo entendí bien, por haber incursionado yo por la pintura a mi llegada a Venezuela en 1951: Estuve estudiando en la Escuela de Bellas Artes de Valencia, bajo la dirección del Profesor Braulio Salazar y de Mauro Mejías, con Rafael Pérez, con Montenegro y otros, luego estuve en el mismo tipo de escuela en Viena, Austria, pero ahí el academicismo era demasiado fuerte, ahogaba la creatividad, así que me fui más bien al taller de un pintor ya famoso en ese país, Arnulf Neuwirdt; yo no tenía dinero para pagarle, pero me ofreció un cambalache: Darle clases de francés y de español a su esposa a cambio de participar en su taller.



FIG. 1. José María Cruxent en la Península de Paraguaná. Estado Falcón.

La gente llegó poco a poco a Tara Tara para asistir al homenaje, gente de Coro, de La Vela, de Caracas, de Barquisimeto, y por supuesto de Tara Tara; llegó el Dr. Arends; yo esperaba volver a encontrar a los colegas del IVIC, quienes debían tanto al Profesor Cruxent, pero no: No vino nadie del IVIC ni de la Escuela de Antropología y Sociología, de la cual Cruxent había sido co-fundador en la década de los 50. La única antropóloga en asistir a este acto fui yo.

En 1998 preparamos en Mérida el Primer Congreso Nacional de Antropología, y decidimos hacerle un homenaje a Cruxent por todo lo que Venezuela le debe: Fundación del Departamento de Antropología del IVIC a petición del Dr. Marcel Roche, que lo estimaba mucho; fundación de las cátedras de Arqueología cuando co-fundó la Escuela de Sociología y Antropología, con —entre otros— la Dra. Adelaida de Díaz Ungría, de origen español como él y emigrada a América, como él también para escapar a la dictadura y persecuciones de Franco. “Padre

de la Arqueología Venezolana” como se le ha reconocido a menudo, sobre todo por haber dado a nuestro país la primera visión panorámica y cronológica de su arqueología, ya que investigó en todas partes, en Oriente, en la selva amazónica, en los Andes de Mérida y Trujillo, en Aragua, Carabobo, en Lara, en Barinas, en Zulia, en la Sierra de Perijá, en Falcón, etc. construyendo con su colega Irving Rouse su famoso modelo en cuatro etapas de la riqueza cerámica venezolana, estableciendo más de veinte estilos y series a lo largo de dichas etapas: el Paleoindio (todavía sin cerámica), el Mesoindio, el Neoindio y, después del contacto de los indígenas con los españoles, el Indohispano, términos que él inventó para distinguir la cronología americana de la europea, que hablaba de Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, a causa de las reales diferencias cronológicas y de contenido que él pudo establecer entre nuestros dos continentes. Este modelo iba a servir a varias generaciones de arqueólogos desde su primera publicación en español de *Arqueología Cronológica de Venezuela* en 1963 y todavía es una referencia, aunque se trabaja hoy también con otras categorías que las de estilo y serie.

Fue el primero en dar gran importancia a la época de los cazadores-recolectores en Venezuela, a la que se llamaba entonces “Prehistoria”, que logró fechar para el Estado Falcón en 14.920, 12.780 y 12.380 antes del presente, gracias a las puntas de piedra que encontró en el área de Muaco, en el Valle del Pedregal, en El Jobo, zonas hoy muy áridas del Estado Falcón, pero que presentaban anteriormente una vegetación frondosa que servía de alimento a los grandes animales del Pleistoceno: mastodontes, megaterios, gliptodontes y otros. Me dijo varias veces, cuando nos encontrábamos, que él “sabía” que el poblamiento de Venezuela había empezado por lo menos hacía 30.000 años...

Ya para la fecha de publicación de su libro *Arqueología Venezolana*, 1963, había logrado localizar en el Estado Falcón más de 45 sitios y recolectado unos 20.000 artefactos de piedra, los cuales constituyen sin duda una referencia para toda la arqueología americana, sur y nor-

te; y para nosotros en Mérida, ya que acabamos de conseguir también, en una zona hoy muy árida, en el Valle del Anís, cerca de Chiguará, un sitio paleontológico con paleofauna y paleoflora de esa época antigua, siendo para nosotros en Venezuela la principal referencia cronológica, zoológica y botánica (y tal vez cultural) los trabajos de Cruxent en Taima Taima, Muaco y El Jobo.

En 1998 le hicimos en Mérida un homenaje al Profesor Cruxent, que resultó demasiado pequeño conociendo la importancia de este personaje y gran amigo. Por esto nos contentamos mucho cuando, más tarde, Camilo Morón, tesista mío en la Maestría en Etnología (Mención Etnohistoria) y amigo también de Cruxent, además de

falconiano con un inmenso amor a su tierra, empezó a reunir firmas en la Universidad de Los Andes para darle a ese padre de la arqueología venezolana un “Doctorado Honoris Causa” por esta casa de estudios. En vista del conocimiento que teníamos todos de la importancia de este gran arqueólogo y humanista, nos pareció muy injusto que se invirtiera tanto tiempo en tener que buscar firmas para apoyar la petición, pensábamos que nos hubiésemos podido olvidar de tanta burocracia en un caso como éste, pero no fue posible e infelizmente se nos fue el profesor amigo antes de darle este título que tanto y más que nadie merecía...

Arqueología cronológica de Venezuela: un legado espiritual

Camilo MORÓN.

Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Venezuela.

“Las mismas formas y las mismas relaciones formales sirven para expresar una misma idea, sean cuales fueren el lugar y el período en que aparezcan, de tal suerte que una escultura africana o vikinga, un ídolo cicládico de piedra o una estatuilla nukuoro de madera proceden de la misma visión formal.”

Henry Moore.

“En Venezuela me abren las puertas, me abren el corazón. Aquí encuentro lo que vine a buscar, porque vine como un inmigrante español que huía de la dictadura de Franco. Por todo eso yo le prometí a Venezuela que le iba a dar su prehistoria, porque no la tenía, lo que había aquí sobre ese tópico era muy poco. Y cumplí.”

José María Cruxent.

“No creo en la ciencia de los sabios bestias.”

Víctor Hugo.

Resumen

La primera edición castellana de *Arqueología Cronológica en Venezuela* está fechada en 1961. La obra tiene dos fines principales: Primero, ofrecer un panorama de la arqueología venezolana. Segundo, presentar una detallada cronología de los yacimientos arqueológicos en Venezuela con objeto de conseguir una base sistemática que sirva para organizar e interpretar el material arqueológico. Esta cronología consiste en una serie de áreas y períodos: *Saladoide, Barrancoide, Dabajuroide, Tocuyanoide, Arauquinoide, Ocumaroide, Tierroide, Memoide y Valencioide*. Estas series están definidas por estilos cerámicos. Los autores —José María Cruxent e Irving Rouse— tratan la “totalidad de las costumbres referentes a la alfarería”, dando un carácter socio-cultural a la noción de estilo. Cruxent llamó *Complejo* a las primeras estaciones no cerámicas descritas por él en Venezuela, siendo pionero en las investigaciones del período Paleoindio en Venezuela y uno de los primeros en proponer la Teoría del Poblamiento Temprano en América.

Palabras clave: arqueología cronológica, estilos cerámicos, poblamiento temprano.

Abstract

The first Spanish edition of *Arqueología Cronológica en Venezuela* is dated to 1961. This work had two main goals: First, to offer a panorama of Venezuelan archaeology. Second, to present a detailed chronology of archaeological sites in Venezuela, in order to achieve a systematic base to organize and interpret the archaeological material. This chronology consists of a series of areas and periods: *Saladoide, Barrancoide, Dabajuroide, Tocuyanoide, Arauquinoide, Ocumaroide, Tierroid, Memoid and Valencioide*. These series are defined by ceramic styles. The authors, José María Cruxent and Irving Rouse, dealt with the “totality of customs relative to pottery”, ascribing a socio-cultural nature to the notion of style. Cruxent called *Complexes* the first non-ceramic stations described by him in Venezuela, becoming a pioneer in the investigations of the Paleo-Indian period in Venezuela and one of the first in proposing an Early Peopling Theory for the Americas.

Key words: chronological archaeology, ceramic styles, early peopling.

En Venezuela carecemos —es notable— de monumentos antiguos que capturen inmediatamente la imaginación del lego en Historia, Arqueología o Etnología. No se encontrará el edificio llamado El Caracol, de ingeniería maya, que se levanta en Chichén-Itzá; nada semeja las ruinas de la ciudad ceremonial de Palenque; en vano se buscará la fortaleza incaica de Machu Picchu; tampoco se podrá caminar por la Calzada de los Muertos teniendo como fondo las pirámides del Sol y de la Luna, en la ciudad arqueológica de Teotihuacan. Venezuela no fue Virreinato, ni fue nuestra riqueza colonial —de suyo crónicamente menguada— atractivo para grandes personeros del gobierno de las Indias que demandasen abigarradas construcciones barrocas. No partían de nuestras playas flotas cargadas de oro y joyas, por lo que no encontraremos, bajo el verde y el azul de nuestro mar, galeones semienterrados, preñados de tesoros. Ello hizo pensar a algunos espíritus desprevenidos que en Venezuela no había Arqueología o, en el mejor de los casos, nada que pudiese reclamar el estudio de quienes siguen este capítulo de las ciencias.

Incluso en aquel período heroico, que cabría llamar de los Anticuarios, —bajo la sombra afrancesada y semiletrada del Gral. Guzmán Blanco—, cuyo más acabado ejemplo es D. Aristides Rojas (1934) —autor de un temprano *Estudios Indígenas*, magníficamente inmortalizada la efigie del autor por los pinceles de Arturo Michelena y Antonio Herrera Toro—; decíamos que en aquel tiempo de anticuarios, una pieza arqueológica era evaluada por su belleza y por su estado de conservación: si la pieza estaba intacta y la decoración que la acompañaba resultaba evocadora y exótica, despertaba algún interés. Requena (1972) en su *Vestigios de la Atlántida*, obra sustentada en una de las primeras excavaciones arqueológicas documentadas en Venezuela, acusa la misma tendencia. A tal punto, que la pieza catalogada en su colección como N° 1 es una monumental vasija funeraria, donada por el Presidente Gral. Juan Vicente Gómez —Juan Bisonte, para sus enemigos, o más brevemente para los prisioneros políticos de

la Rotunda: el bagre—. Requena agradece en su obra cumplidamente al Gral. Gómez la autorización para las excavaciones arqueológicas realizadas en sus tierras en los alrededores del Lago de Valencia. Lo difícil hubiese sido excavar en tierras venezolanas que *no* fuesen de Gómez, entonces el mayor latifundista del país.

Con la llegada de las compañías petroleras —más señaladamente la *Creole Petroleum Corporation*—, esa situación cambia significativamente. Cuando Wendell C. Bennett, Alfred Kidder II, Cornelius Osgood —antropólogos norteamericanos invitados por Requena—, George D. Howard, Clifford Evans, Betty J. Meggers, y los geólogos Douglas Taylor, Edward S. Deevey, G. D. Jhonson, Wolf Petzall inicien sus investigaciones a partir de 1937, se comenzarán a echar los fundamentos de la arqueología científica en Venezuela, aunque de manera esporádica e inconexa. Cruxent comenzó sus estudios de campo en 1942, inmediatamente después de la partida de Osgood y Howard —su primera publicación científica data de 1944: *Espeleoarqueología*. Ella es el inicio de una faena de quince años de infatigables exploraciones científicas que coronará en *An Archeological Chronology of Venezuela*.

La primera edición castellana de *Arqueología Cronológica en Venezuela* está fechada en 1961, corrió a cargo de los mismos editores de la versión en lengua inglesa. Nosotros hemos consultado para este estudio la edición de 1982, ediciones de la Unidad Prehispánica de la Asociación “Juan Lovera”, Ernesto Armitano Editor, 2 volúmenes. Un incremento nada despreciable de 256 páginas desde la edición príncipe. Cruxent se sirvió para sus exploraciones de campo del “reciente y rápido desarrollo de la red de carreteras, que no sólo abrió nuevas regiones a la exploración sino que también produjo el descubrimiento de importantes yacimientos.”

En la elaboración de la *Arqueología Cronológica*, Cruxent contó con la estrecha colaboración de Irving Rouse, arqueólogo de la Universidad de Yale. La obra tiene dos fines principales: primero, ofrecer un panorama

de la arqueología venezolana; para ello se sirven no sólo de sus propias y numerosas investigaciones, acuden a la bibliografía conocida sobre el tema: realizan una completa encuesta científica.

En segundo lugar, elaboran una detallada cronología de los yacimientos arqueológicos en Venezuela, con el objeto de conseguir una base sistemática que sirva para organizar e interpretar el material arqueológico de acuerdo con ella. Esta cronología consiste en una serie de áreas y períodos: Saladoide, Barrancoide, Dabajuroide, Tocuyanoide, Arauquinoide, Ocumaroide, Tierroide, Memoide y Valencioide. Estas series están definidas por estilos cerámicos.

Cruxent y Rouse definen el *estilo* como “un conjunto de caracteres cerámicos aislados en un yacimiento típico o cabecero, conjunto que se repite en otros yacimientos. En el yacimiento cabecero y en las demás estaciones homogéneas, en las que el estilo no se presenta mezclado con otros, se incluyen todos los caracteres cerámicos de material, forma y ornamentación, reflejando así la totalidad de las costumbres referentes a la alfarería poseídas por un pueblo o grupo durante un período de su historia.” (Cruxent y Rouse 1982:22-23). Y más adelante precisan: “Estos estilos no deben ser confundidos con los *tipos* cerámicos de Kidder y de otros. Todo grupo social deberá poseer normalmente un estilo cerámico único durante un determinado período de tiempo, excepto en los períodos de transición entre estilos. Por otro lado, todo grupo usa generalmente varios tipos cerámicos, aun dentro del mismo estilo.” (Cruxent y Rouse 1982:22-23). Como se ve, los autores se refieren a la “totalidad de las costumbres referentes a la alfarería”, dando un carácter socio-cultural a su noción de estilo. Categoría originariamente tomada de la historia del arte. Cruxent llamó *Complejo* a las primeras estaciones no cerámicas descritas por él en Venezuela, en las cuales no es aplicable el concepto de estilo.

El hecho de que Cruxent y Rouse definieran sus unidades culturales solamente en términos de estilo cerámico no significa que ignorara el material no cerámico. Antes de

tratar cada estilo, describían los yacimientos y añadían luego una descripción de los “objetos asociados”. Al decidir sobre la cronología, emplearon, igualmente, tanto el material no cerámico como el de alfarería. Al tratar el complejo El Jobo, en el valle del río Pedregal, Estado Falcón, escriben: “La colección comprende más de 12.000 artefactos, procedente de unas 45 estaciones diferentes, situada en una zona de unos 45 kilómetros cuadrados. El complejo de El Jobo difiere de todos los demás hallazgos hechos anteriormente en la parte septentrional de América del Sur... Presentamos varios artefactos de muestra a unos cuantos especialistas norteamericanos como Marie Wormington, Mott Davies y Alex D. Krieger, quienes encontraron que la mayor semejanza se daba con las puntas líticas que se encuentran al lado del segundo mamuth de Santa Isabel de Iztapán, en el Valle de México, y con las puntas lanceoladas del período Paleoindio reciente de los Estados Unidos, por ejemplo, las de Lerma, en Texas. Las puntas de El Jobo parecen ser también análogas a las del complejo Ayampitín de la Argentina central y a las del Período III de Bird en la Patagonia, así como a las de Huacayo, del Perú.” (Cruxent y Rouse 1982:82-83). Alex D. Krieger cita las investigaciones de Cruxent en su clásico “Early Man in the New World” (1964), donde hace referencia a los hallazgos —polémicos entonces y aún al presente— de una punta *jobi* típica (tipológicamente análogas a las puntas de proyectil encontradas en el complejo El Jobo), de una raedera, gran cantidad de artefactos sencillos junto a los restos de un mastodonte y otros mamíferos pleistocénicos en el sitio de Muaco, Estado Falcón. En el negro cieno de Muaco se encontró un hueso fósil de mamífero que arrojó un fechado radiocarbonado de 16.375 ± 300 años. Royo y Gómez y Cruxent publicaron sus investigaciones en 1961. Krieger se entrevistó con Cruxent en 1962, quien ya venía publicando sobre Paleoindio desde 1956, en coautoría con Rouse: *Discovery of a Lithic Industry of PaleoIndian Type in Venezuela*.

Donde fueron hallados la punta de proyectil tipo complejo El Jobo con otras muestras de industrias lítica, junto



FIG. 1. Foto del pasaporte de José María Cruxent (1930) (junto no quiere decir, en lenguaje arqueológico, necesariamente asociado) a mamíferos representativos de la megafauna del Pleistoceno y el Holoceno, hoy se levanta el Museo *in situ* —tal y como lo soñara Cruxent— en el Parque Arqueológico y Paleontológico de Taima Taima.

En reconocimiento a los múltiples valores de la zona, el Estado Venezolano declaró a Taimataima Sitio de Interés Cultural, según Gaceta Oficial N° 38.206 de fecha 10 de junio de 2005, ampliando a 1.480 ha. la declaración anterior de 8 ha. que aparece en la Gaceta Oficial N° 35.923 de fecha 19 de marzo de 1996. La Brigada Patrimonial, integrada por niños y niñas en edad escolar, de las comunidades aledañas y comprendidas dentro de la perimetral del Parque, tienen por lema: “Cruxent con nosotros siempre vivirá”.

En sus estudios relativos al período Paleoindio, Cruxent incluso establece una serie de complejos: Manicuaroides, el nombre se deriva de las excavaciones realizadas por Cruxent en 1950 en la estación Manicuaire, en la península de Araya. El complejo apareció de nuevo en las excavaciones de 1953 en la estación de La Aduana, isla de Cubagua.



FIG. 2. José María Cruxent a su regreso de la Expedición del Orinoco

E. Romero colecta nueva información sobre el complejo al excavar una segunda trinchera en La Aduana en 1955 (Cruxent y Rouse 1982:97 *et passim*). El complejo es encontrado por tercera vez en las excavaciones realizadas en Punta Gorda, isla de Cubagua. Por último se reconoce su existencia a través de materiales aflorados que se hallaron en la península de Araya y en Macanao. “Esta serie se encuentra centrada en las islas que hay ante la costa oriental de Venezuela, extendiéndose por esta última, lo que le da un carácter eminentemente marítimo. Los artefactos principales hallados son las puntas de hueso, la gubia de concha y la piedra de dos puntas que fue quizás usada por honderos o destinada a ceremonias. La serie toma su nombre del complejo Manicuaire, en el cual aparece por primera vez la gubia de concha, aunque iniciamos su estudio en el complejo Cubagua, que es anterior, con lo cual seguimos el probable orden de desarrollo histórico” (Cruxent y Rouse



FIG. 3. José María Cruxent y el rey Leopoldo III en Panamá (abril 1954)



FIG. 4. Cruxent e indígena Yekuana

1982: 97 *et passim*). El complejo Manicuare tanto como el complejo Carúpano, que tienen su génesis en el *Período I* (7000-3000 años a.p.) se extendieron a la primera parte del *Período II* (3000-1600 años AP). El complejo Manicuare, produjo durante la segunda mitad del *Período II*, otro nuevo complejo denominado Punta Gorda. Otros complejos descritos en *Arqueología Cronológica de Venezuela* fueron Pedro García, El Peñón y El Conchero.

En las estaciones no cerámicas de Cuba y la Florida aparecen artefactos semejantes a los encontrados en las

estaciones de la serie Manicuaroide: gubias de concha. Pero, cuando fue publicada la edición castellana de *Arqueología*, no se habían encontrado otros análogos en ninguno de los seis complejos que se conocen en la zona intermedia. Por otro lado, la presencia de gubias modificadas en las Antillas Menores —encontradas en la superficie— indican la probabilidad de hallar complejos no cerámicos en las mismas que pudiesen ser eslabones en la cadena, “aunque —advierten cautamente los autores— sería prematuro afirmar que la serie Manicuaroide está relacionada con las ocupaciones no cerámicas de Cuba y Florida” (Cruxent y Rouse 1982:103).

Cruxent y Rouse agrupan en un solo complejo las estaciones de El Heneal, Iguanas e Indio Libre, situadas en el área arqueológica de Tucacas, en la costa oriental del Estado Falcón. En El Heneal Cruxent encontró 37 cantos rodados, o piedras pulidas por la acción del agua. La mayor de las piezas mostraba una serie de marcas en la cara superior que sugiere su uso como yunque lítico. Otras siete piezas pueden clasificarse como piedras martillo, porque poseen mellas y señales de golpes en los extremos de las caras y, en un caso, alrededor de todo el borde. Otra de las piedras parece haber sido usada en labores de molienda, ya que uno de sus bordes ha sido aplanado por el uso. Cuando Cruxent llegó a la zona en 1953, la mayor parte del conchero había sido destruida para ser empleada en la construcción de la carretera que va de Morón a Coro, quedaba solamente la base del montículo que tenía unos novecientos metros de diámetro. Sólo se conocen artefactos semejantes en el complejo precerámico de Cerro Mangote, en Panamá y en la posterior cultura cerámica de Monagrillo, además de los complejos venezolanos de cabo Blanco y Pedro García y del complejo precerámico Loiza, en Puerto Rico. El significado de estas semejanzas no ha sido aún determinado (Cruxent y Rouse 1982:104 *et passim*).

Yacimientos como El Heneal —un conchero costero prehispánico— son conocidos desde fecha temprana en la etnología venezolana. A estos concheros milenarios se

se refiere Lisandro Alvarado (1989) con el sonoro nombre de *Quioquenmodingos* en sus *Datos Etnográficos de Venezuela*. Ya Adolf Ernst los había descrito en una obra publicada en 1883. “En una de las islas Roques hemos visto un gran montón de conchas vacías y rotas de esta especie [la quigua, (*Turbo pica*)], cimentadas entre sí por arenas e incrustaciones de carbonato de cal. Aquel punto es sin duda un antiguo paradero de pescadores de siglos pasados, y que pertenece por consiguiente a la clase de monumentos prehistóricos que la antropología moderna designa con el nombre de quioquenmodingos”. Alvarado escribe en sus *Datos...*: “se hallan así mismo tales depósitos alrededor de los cementerios tumulares de algunas Tribus en torno al lago de Valencia. Son despojos de los banquetes funerarios rituales entre ellas, para cuya celebración cocían las carnes a inmediaciones del cementerio” (Alvarado 1989:125).



FIG. 5. José María Cruxent y Royo y Gómez

T. de Booy en sus *Notes on the Archeology of Margarita Island* (1916), describe un conchero encontrado en un punto hacia el oriente de esta isla nombrado Girigire. Las conchas identificadas pertenecían en su mayor parte *Mytilus achatinus*, una especie de almeja. La *Tibela mactroides* es mucho más rara; y en una proporción de 1% aparecen los géneros *Fissuroidea*, *Murex*, *Purpura*, *Fascio-*

laria, *Strombus*, *Cypradea*, *Lirona*, *Melongena*, *Chama*, *Cardium* (Alvarado 1989:234).

Las conchas colectadas en El Heneal fueron enviadas al laboratorio Geológico Central de la Creole Petroleum Corporation en Caracas para su análisis. El laboratorio informó que el material es de origen terrestre, y por lo tanto humano, datado del “Pleistoceno Superior o Reciente”. Se identificaron cuatro especies de conchas: *Donax variabilis*, *Tibela mactroides*, *Ostrea* sp. y *Neritina virginea*, todas las cuales existen en Venezuela; aunque *Ostrea* no puede conseguirse ya en la vecindad de El Heneal. También se envió material al National Museum, que identificó dos especies más de conchas: *Melongena melongena* y *Melampus coffeus*, así como cocodrilo (*Crocodylus* sp.) y algún ejemplar de tortuga terrestre (*Testudo denticulata*) (Cruxent y Rouse 1982:133).

Los fragmentos líticos encontrados en los complejos El Peñón y El Conchero sugieren la existencia de relaciones con el complejo Ortoire, en la isla Trinidad; con el complejo Alaka, en la Guayana Británica; con el complejo Pedro García ya mencionado y, posiblemente, con el complejo San Nicolás, hallado por Reichel-Dolmatoff en la Colombia septentrional, todos los cuales contienen artefactos semejantes.

En *Arqueología Cronológica*, Cruxent y Rouse elaboran una serie de seis períodos que les sirvieron para expresar la distribución cronológica de sus unidades culturales, y que ofrecemos a continuación:

Período Paleoindio	Antes del 7000	Antes del 6810 a.C.
Período I	7000 - 3000	Antes del 5050 a.C.
Período II	3000 - 1600	5050 - 1050 a.C.
Período III	1600 - 800	1050 A.C. - 350 d.C.
Período IV	800 - 450	350 - 1150 d.C.
Período V	450 en adelante	1500 d.C. en adelante.

El Paleoindio está representado únicamente por el complejo El Jobo. En el Período I se sitúan una serie de complejos arcaicos, no cerámicos, que incluye la primera parte de la serie *Manicuaroides*. Esta serie persiste en el Período II, que se define como la época de la aparición de la alfarería y la agricultura, o época Formativa del desarrollo cultural. Corresponden a este período las series ce-

rámicas más antiguas: las *Saladoide* y *Barrancoide* en el este, y la *Tocuyanoide*, al oeste. Las series *Araucinoide*, *Ocumaroide*, *Dabajuroide*, *Tierroide*, *Memoide* y *Valencioide* aparecen durante los Períodos III y IV, surgiendo como evolución de los tres estilos básicos del Período II. El Período V, por último, representa la época de la Colonia, en la que fueron declinando los diversos estilos, pero sus ecos perviven aún en la alfarería popular, como bien hiciese notar Cruxent (1988) en *Loza Popular Falconiana*.

En *Arqueología de Venezuela*, Cruxent y Rouse (1963) proponen para Venezuela la siguiente serie cronológica:

Paleoindio, subdivido en 1) Cacería Directa: de 18.000 a 24.000 años a.C. 2) Cacería Semidirecta: de 14.000 a 20.000 años a.C. 3) Cacería a Distancia: de 10.000 a 16.000 a.C.

Mesoindio o *Período I*: Esta época pudo durar unos 4.000 años, estimando su antigüedad entre 3.000 y 7.000 años. En Venezuela se dan cuatro sistemas de vida: a) Sobrevivientes del Paleindio, b) Pescadores y recolectores costeros, c) Recolectores de tierra adentro, d) Agricultores incipientes.

El *Neoindio* o *Período II*: *Conformativo* y *Formativo*: Comprendidos entre los 3.000 y 1.600 años antes del presente, varios grupos se ajustaron al cambio causado por la agricultura e iniciaron la transición de la vida nómada de recolectores naturales a la sedentaria de agricultores. El yacimiento arqueológico característico de este período es Rancho Peludo, el cual Cruxent supone es el más antiguo de la serie *Dabajuroide*. Por su antigüedad pertenece al Mesoindio, pero es incluido en los albores del Neoindio, durante el cual perdura y evoluciona. La datación más antigua que se posee para este período es de 4.630 ± 150 años.

Período III: *Clásico*: Los agricultores y alfareros de esta época ya ocupaban las mejores regiones, quedando algunos grupos arcaicos en las regiones marginales. Los ceramistas del *Clásico* tenían un gran dominio de los estilos, ya bien establecidos de su alfarería.

Período IV: *El Postclásico*: Se le atribuye de 800 a 450 años de antigüedad, equivale a un período protohistórico. A pesar de la gran difusión de grupos, la situación de la dicotomía agrícola prehistórica —semicultura / vegeticultura— no varió en cuanto a la difusión de la yuca amarga, que no logró penetrar en Falcón ni Lara (su límite conocido es Sabana de Parra, en Yaracuy), ni tramontar los Andes. En cambio, el maíz se difundió rápidamente por casi toda Venezuela; sólo en el sur encontró mayores dificultades para su adopción; entre ellas, la acidez del suelo. Durante el *Postclásico*, el Occidente y la parte del Centro, así como el pie de monte de los Andes alcanzan su mayor desarrollo artístico.

Período V: *Indohispano*: a la llegada de los españoles, los pueblos conquistados se modifican tan violentamente que resulta difícil tener una idea exacta de su aspecto en el siglo XVI.

Cada región sometida a los europeos reaccionó de manera diferente. Las civilizaciones desaparecieron, quedando algunos grupos diseminados y marginados. La mayólica hispana la impone el conquistador, la importa y la elabora en el Nuevo Mundo. Asociados con la mayólica hispana, en Venezuela, se encuentran ejemplares procedentes de Alemania, Holanda, Inglaterra, Francia, Italia, Portugal, del Lejano oriente y de México. La presencia de alfarería indígena entre la mayólica, contribuye a esclarecer el estilo de un determinado grupo indígena, conocido a través de los cronistas (Cruxent y Rouse 1963:72).

La moderna etnografía venezolana ha adoptado una seriación cronológica algo más sencilla: *Período Paleoindio*: 15.000 a 5.000 a.C.: de la piedra a la flecha. *Período Mesoindio*: 5000 a 1000 a.C.: Recolectores del Agua y de la Tierra. *Período Neoindio*: 1.000 a 1500 d.C.: Culturas de la Yuca y el Maíz. *Período Indohispano*: 1.500 a.C hasta el presente. La virtud de esta propuesta es su claridad, aunque no comprende los desarrollos regionales. Apuntemos asimismo que esta periodización fue originalmente propuesta por Cruxent y Rouse (1963), y luego aceptada por la comunidad científica venezolana.

En *Arqueología Venezolana*, Cruxent y Rouse señalan que más que de una dicotomía en la arqueología venezolana —cultivo del maíz/cultivo de la yuca— deberíamos reconocer una tricotomía, tomando en cuenta el cultivo de la papa en el sector alto de los Andes, que corresponde al Sistema Andino. Según los informes botánicos dados a Cruxent por Henri Pittier, el cultivo del maíz (*Zea mays L.*) es occidental, el de la yuca (*Manihot utilissima Pohl*) oriental y sureño y el de la papa (*Solanum tuberosum L.*) de las alturas de los Andes, lo cual concuerda perfectamente con los datos aportados por la arqueología. (Cruxent y Rouse 1963:39 *et passim*).

Veinticinco son las fechas absolutas indicadas en la *Arqueología Cronológica* obtenidas del análisis de radiocarbono por los laboratorios de las Universidades de Yale y Michigan, cotejadas con diversas correlaciones, lo que permitió la conversión de los Períodos según podemos ver en las tablas 1 y 2.

Los autores acompañan estas tablas con una advertencia que habla a las claras del espíritu antidogmático y de apertura con que fue concebida *Arqueología Cronológica de Venezuela*: “No pretendemos —escriben los autores— puedan considerarse como definitivos los Períodos propuestos, ni sus valores absolutos, pero tenemos la impresión de haber establecido una sólida base sobre la cual pueden construir los futuros arqueólogos” (Cruxent y Rouse 1982:43). En tal medida se cumplido este aserto,

que es impensable escribir sobre arqueología en Venezuela sin citar o aludir (así sea cuestionándola) a aquella *Arqueología Cronológica* publicada originalmente en 1958. Tal el mérito de los clásicos. Los autores no sólo presentaron sus investigaciones, “sino también el conjunto de datos reunidos por sus colegas y predecesores”, generosamente reconocieron su deuda con todos aquellos que han desempeñado un papel activo o han colaborado directa o indirectamente al progreso de la arqueología venezolana.

Quijote de la Ciencia y de los Orígenes, Cruxent advierte en *Arte Prehispánico de Venezuela* (1971): “Hasta hace poco —escribe— tan sólo se apreciaba el arte de las grandes civilizaciones clásicas del Viejo Mundo y de las Altas Culturas de América, situadas entre México y Bolivia, alineadas de norte a sur. A las formas arcaicas de Arte Prehispánico de Venezuela no se les concedía ningún valor; incluso en los medios intelectuales existía un total rechazo, debido a la inexistencia de un arte monumental.” Y pese a algunas señales alentadoras, puntualiza: “En nuestros textos escolares aún no se incluye la documentación arqueológica de los quince o veinte mil años últimos”.

Espíritu de contradicción, superación y síntesis fue el de J. M. Cruxent: buscó y encontró Ciencia y Belleza donde otros, antes y después de él, no han sabido verlas. “Podemos asegurar que en la compleja arqueología venezolana, en muchos casos un modesto tiesto o una simple

Tabla 1: Conversión de los Períodos Relativos en Cronología Absoluta

Períodos	Fechas según la acumulación residual	Fechas glotocronológicas	Fechas basadas en los análisis de radiocarbono	
			Fechas calendáricas	Fechas a partir del momento actual
V	1500 d.C. en adelante	1500 d.C. en adelante	1500 d.C. en adelante	0 - 450 a.C.
IV	1437-1500 d.C.	1350-1500 d.C.	1150-1500 d.C.	450-800
III	1193-1437 d.C.	750-1350 d.C.	350-1150 d.C.	800-1600
II	929-1193 d.C.	150-750 d.C.	1050 a.C.-350 d.C.	1600-3000
I	849-929 d.C.	50-150 d.C.	5050 a.C.-1050	3000-7000

concha trabajada nos han dado más entusiasmo, satisfacción y conocimiento que un bellissimo ídolo de azabache. A base de excavaciones de tumbas en busca de una bella arqueología, no hubiésemos logrado nuestro propósito de iniciadores de facilitar a la nueva camada de arqueólogos una documentación que será aprovechada, ampliada y modificada a la luz de los nuevos descubrimientos a base de arduo, inteligente y generoso trabajo, condiciones indispensables para una labor científica” (Cruxent 1971:72).

Destacando esta relación dual ciencia-arte en la vida y en la obra de Cruxent, escribe Sofía Imber en el prólogo al *Catálogo de la Exposición Homenaje a Cruxent. Siglo XXI: Hombre, Cultura y Desafíos* (1992), realizada en Santa Ana de Coro en enero de 1992 —fue en esta Exposición donde tuvimos nuestra primera experiencia sensorial ante la obra plástica de Cruxent—: “La personalidad, obra y huella de José María Cruxent en el campo del arte y la ciencia han sido de trazo muy fuerte y eso nos motivó a realizar,

desde el mismo momento de la fundación del Museo de Arte de Coro, una exposición que reflejara una visión integral del trabajo de este creador, pintor, arqueólogo, explorador y antropólogo que tantos aportes ha ofrecido a Venezuela desde esa tierra falconiana.

Conocí a Cruxent cuando pintaba lienzos de corte informalista, muy vitales y, sobre todo, de gran riesgo en la experimentación con los materiales, incorporando elementos no tradicionales de la pintura. Pintaba con la tierra, con pedazos de tejidos indígenas que adquirirían, a la vez, un carácter estético y simbólico. Más que cuadros, eran restos, huellas arcaicas, gestos presentidos en otros tiempos... Más tarde elaboró las cajas paracinéti­cas en las cuales se combinaba la expresión de su pintura con los efectos de la luz y el movimiento propio del arte cinético.

“En el área de la arqueología y la antropología, su figura es más que reconocida internacionalmente como el hombre

Tabla 2. Fechas de Radiocarbono Obtenidas para Comprobación de las Conseguidas Primeramente

Número de la muestra	Yacimiento	Complejo o Estilo	Período		Fecha del C-14 (en años des de el momento presente)
			Primitivo	Revisado	
Y-299	Río Caribe	El Morro	V	V	290 ± 70
Y-454	Mirinday	Mirinday	IV	IV	580 ± 50
Y-298	El Morro	El Morro	IV	IV	715 ± 70
Y-300	El Mayal 1	Chuare	III	III	1355 ± 80
Y-499-2	Los Barrancos	Los Barrancos	III	III	1370 ± 90
Y-297	El Mayal 2	El Mayal	II	II	1795 ± 80
Y-457	Cerro Machado	Cerro Machado	II	II	1930 ± 70
M-257	Tocuyano	Tocuyano	II	II	2180 ± 300
Y-456	Pedro García	Pedro García	IV	II	2450 ± 90
Y-294	Saladero	Barrancas	III	II	2800 ± 150
Y-316	Saladero	Barrancas	III	II	2820 ± 80
Y-296g	La Aduana I	Manicuare	I	I	3050 ± 80
Y-455	El Heneal	El Heneal	I	I	3400 ± 120
Y-295	La Aduana I	Manicuare	I	I	3570 ± 130
Y-497	Punta Gorda	Cubagua	I	I	4150 ± 80
Y-458d	Cerro Mangote	Cerro Mangote	I	I	6810 ± 100

que devolvió a América su memoria arqueológica; como el hombre que llegó hasta las más antiguas y remotas huellas de la condición humana: a los primeros objetos creados por el hombre, millones de años antes de ser inventados por otros como ‘hombre americano’; a los huesos de nuestro Continente, al primer rastro (¿tal vez dibujo?) que ese hombre, con objetos por él fabricados y extraídos de las piedras, talló sobre un hueso de animal al utilizar su carne como alimento; a los fragmentos de cerámicas pre-hispánicas e hispanas. En cierto sentido, Cruxent utiliza la materia pictórica como forma de recuperar esas huellas que, por momentos, el progreso tecnológico ha borrado.

“Aun cuando, desde 1973, dejó de figurar en el panorama oficial de exposiciones de arte, nunca dejó de pensar y experimentar como artista y por ello quisimos enfocar esta muestra, no sólo como una simple exhibición de lo que comúnmente llamamos ‘obras de arte’, sino del conjunto de objetos que en su reto por llegar a nuestras raíces, nos dio a conocer. Los huesos de mastodonte, la industria lítica, la cerámica o las matéricas pinturas de Cruxent, visto en forma aislada, no significan más que huesos, tierra o materia pictórica. Pero al ser leídos como conjunto de la vida de un hombre que se dedicó al hombre mismo, se convierten en creación que simboliza el paso del hombre por el Arte y la Historia” (Imber 1992:27).

Al trazar la senda de los vasos comunicantes, como si de los nervios de un animal mítico se tratase, en la exploración científica y la labor artística de Cruxent, escribe María Luz Cárdenas (1992:71), la vista puesta en aquella exposición de 1992: “Entre la ciencia, la investigación y el arte no hay una demarcación rígida de fronteras. En la aventura tampoco, y esta es la exposición de una aventura, o mejor, de un aventurero: es una exposición de restos, historias fragmentadas, pinturas, gestos, cajas luminosas que generan la ilusión de movimiento, pedazos de tierras tejidos por el hombre. Es una exposición que se inicia con los primeros huesos del continente (ese que, infinitos años más tarde, fue inventado como ‘América’) y que

atraviesa la creación artística. El hilo conductor es ‘el alma de los objetos’. El alma y el instinto de quien supo ir tras sus propias huellas. Reconocerlas (‘cualquier cosa que cae en mis manos’, dice, ‘si no tiene alma, no me interesa’).

“Arqueólogo, pintor, mundano, expedicionario, escritor, autodidacta, profesor, mujeriego, leyenda viviente, oteador, antropólogo, artista. ‘Trota Patria, trota bosque, trota ríos y trota selva’ lo definió con acierto don Alfredo Boulton. Y es que en la vida y en la obra de José María Cruxent se entrelazan demasiadas coordenadas existenciales y profesionales, como para resumirlas en una sola calificación. A las puertas del siglo XXI, es un hombre que asume el desafío de la cultura desde sus entrañas y raíces: ir al alma, regresar a ella.

“Aun cuando el nacimiento data del año once del Novecientos, su paso no cruza precisamente los caminos de este siglo. ‘Nací en 1911’, dijo alguna vez, ‘símbolo de la gente que va a pie, concuerda con mi personalidad, porque soy un andariego’. Y con ello apunta justamente a la carretera, y no a los ‘primeros Ángeles’ —la máquina, la velocidad—, a quienes dos años antes, en 1909, gloriosamente alababa Filippo Tommaso Marinetti en su Manifiesto Futurista. ‘No mirar atrás’ es el mandato del mundo moderno; declarar una belleza: la belleza de la velocidad. Mientras se aclamaba abiertamente como postulado que el tiempo y el espacio habían muerto ayer y se niega el pasado para iniciar el siglo XX. Cruxent regresa a la memoria, a la tierra, a los primeros gestos y dibujos del hombre que habitó los siglos. Es una manera, como tantas otras válidas, de abrir la vía al siglo XXI” (Cárdenas 1992:80).

Al revisar las páginas de *Arqueología Cronológica de Venezuela*, lo primero que reclama la atención es su espíritu de sistema. Quince años de investigación —de campo y de biblioteca— están allí presentados de una manera clara, metódica, didáctica. La prehistoria venezolana tiene en esta obra plena dimensión geográfica. Cuando se aprecian en detalle las ilustraciones del tomo II, salta a la vista

—con una mezcla de temor, pasmo y maravilla— es que se trata de fragmentos; que en otro tiempo se hubiesen considerado “basura arqueológica”. Escasamente se encontrará una vasija intacta, una figura antropomorfa intocada. Apenas puede considerarse material museable. Fragmentos de cerámica, trozos de alfarería ornamentadas, perfiles de bordes, “tiestos pintados”, artefactos de hueso y concha, artefactos líticos, puntas de proyectil, restos humanos, tal es el inventario que conforma *Arqueología Cronológica de Venezuela*.

Con estos fragmentos, con estos trozos de rompecabezas hechos de creación, espacio y tiempo, Cruxent y Rouse erigieron un monumento perdurable a la ciencia (ambos) y a su amor por Venezuela (Cruxent).

Un ansia semejante, una interrogación semejante, una búsqueda semejante, una legitimación semejante a la experimentada por la materia en *Arqueología Cronológica de Venezuela* la encontramos en las obras de visceral informalismo de Cruxent: “La pintura de Cruxent —destaca Cárdenas— es materia y gesto que pretende escapar a toda definición técnica y estética. ‘Ella es el medio del que se sirve una fuerza impetuosa para revelar lo desconocido de una realidad cotidiana’, dice el artista, manifestando igualmente la ‘imposibilidad de realizar consciente, intencional y previamente pensada, una obra, que, por el contrario, debería surgir de un total desprendimiento de consideraciones ideológicas, ya sean morales o prácticas.’ La materia se rebela y entrelaza con su actividad expedicionaria y arqueológica. Nunca ha permitido separar la esfera estética de la científica. Cuando desentraña de la tierra las piezas que estuvieron perdidas, desentraña igualmente el propio arte de su informalismo” (Cárdenas 1992:90 *et passim*).

Frank Popper señaló que “el espíritu de aventura ligado a sus actividades puede ser, quizás, considerado como el factor catalizador al fondo de un problema, que sobrepasa en cierto modo al artista. Si se quieren establecer divisiones cerradas entre las actividades científicas y artísticas, chocaremos siempre contra las fuertes personalidades

que, participando de las investigaciones supra-individuales, con profunda sinceridad y con la misma conciencia de su ser no-conformista se abocan a expresiones globales. Para Cruxent, el arte debe ser una modesta microbiografía de sí mismo y de su tiempo (y su tiempo es el tiempo de la historia antes de la historia). Es cierto: él lo dice: la vida no puede ser dividida, ‘todo está relacionado. La arqueología es la experiencia, y el arte es la posibilidad de la experiencia’. Ciencia y Arte son aventura —aventura física, intelectual, estética— y es eso lo único que para él cuenta al asegurar validez a su obra” (Cárdenas 1992:98).

De la capacidad privilegiada de observación y relación —¿acaso convendría hablar de visión?— de Cruxent sirvan para ilustrarla estos testimonios: Según palabras de Alberta Zucchi (1978:XIII *et passim*), antropóloga alumna, “un gran observador y un hombre fundamentalmente de campo; un hombre de olfato, de percepción, de conexión. Pudiendo haber visto un objeto veinte años antes, quién sabe en qué lugar, puede conectarlo con algo que acaba de ver en estos momentos; y tiene el don, al mismo tiempo, de extraer de allí una nueva interpretación que sirva modernamente para algo”, don de encuentro, de hallazgo, de conexión. Desde la infancia, bordeó Cruxent los límites de lo apenas expresable, sigiloso acercamiento a la magia, recolección de conocimientos de imposible clasificación, distantes de la rutina, una creencia personal en la alquimia y lo oculto. La semblanza que de él ofrece el Dr. Marcel Roche (1978:1) es clara en ese sentido: “...su intensa curiosidad, su actividad febril y su tendencia a no aceptar ningún dato y ninguna teoría por dados. En efecto, la originalidad es lo que caracteriza a Cruxent: no pertenece a ningún dogma ni a ninguna escuela.” El que llegó hasta los huesos del Continente supo en la niñez que la radiestesia —adivinación de símbolos y encuentros bajo tierra— era una de las vías para obtener verdades. Su carrera profesional y vida han estado, escribe Zucchi (1978:XIV): “marcadas por la constante búsqueda de nuevos caminos y enfoques novedosos para encarar los retos de la investigación y del conocimiento, y para cuestionar



FIG. 6. Cruxent en Taima-Taima

—a veces solitariamente— conclusiones que otros, con mentes menos críticas, aceptaban fácilmente”.

Desde las puntas de proyectil del complejo El Jobo, correspondientes al *Paleoindio*, 15.000 años AP, hasta detalles arquitectónicos de las ruinas de Nueva Cádiz, en el ensueño colonial y asesino que fue Cubagua, “ciudad relativamente grande, con dos iglesias y otros edificios públicos, así como lugares de habitación tanto para españoles como para los indios que fueron traídos a Cubagua para trabajar en la pesquería de perlas” (Cruxent y Rouse, 1958:454), se describen científicamente en la *Arqueología*; que, con la desaparición física de Cruxent, se erige en legado espiritual para Venezuela.

Dan fe de lo aquí dicho, estas palabras que leemos en el prólogo de la edición de 1958: “Los autores quieren hacer presente el especial testimonio de su agradecimiento muy sincero y profundo a todos los hombres de Venezuela adentro, cuyas informaciones y guías para los descubrimientos fueron en todo momento de alto valor en relación con estos trabajos. Bajo el sol ardiente o la lluvia tropical, sometidos al ataque de miríadas de mosquitos y otros insectos, respirando el áspero polvo y la ceniza de las trincheras en el esfuerzo de las excavaciones, estos admirables y sufridos obreros de los campos y villas venezolanos, han compartido con nosotros, codo a codo, innumerables trabajos y fatigas, sobre los cuatro puntos cardinales de Venezuela, en pos del remoto pasado de América. Para ellos todo el mérito de

los éxitos que hemos obtenido en las incontables exploraciones realizadas durante quince años.” (Cruxent y Rouse 1958:17). Acaso Rouse hubiese compartido el espíritu de estas líneas, pero el nervio es exclusivamente de Cruxent. En *Arqueología Cronológica de Venezuela* (1958), *Arqueología Venezolana* (1963), *Apuntes sobre Arqueología Venezolana* (1972), *Ceramología. Notas* (1980), *Loza Popular Falconiana* (1988), y en tantas obras más debidas al pulso, la pasión, la erudición de J. M. Cruxent late el mismo espíritu como un cordón que las ata: un profundo sentido de pueblo. Quien alguna vez haya estado en Taratara, en la piel ardiente de esa tierra falconiana, sabe de qué hablamos. Cruxent amó entrañablemente ese pueblo y a su gente —como etnólogo, como arqueólogo, como artista, como vecino— y, es evidente al visitante que se tome un momento para recorrer sus calles y conocer su gente, que ese pueblo aún le evoca sobre el fondo de un paisaje que reúne geografía y pensamiento. Como el español Goya, como el venezolano Aquiles Nazoa, el viajero, el andariego J. M. Cruxent supo ver al pueblo como se merece y, particularmente, al pueblo venezolano: de frente.

Bibliografía

- ALVARADO, L. (1989), *Obras Completas*. Tomo II, Fundación La Casa de Bello, Caracas.
- CÁRDENAS, M. L. (1992), *Homenaje a Cruxent. Siglo XXI: El Hombre, Cultura y Desafíos*. Museo de Arte Coro, Coro.
- CRUXENT, J. M. (1944), “Espeleoarqueología”, *Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle*, Caracas, Tomo IV, N° 11: 3-14.
- CRUXENT, J. M. (1972), *Arte Prehispánico de Venezuela*. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas.
- CRUXENT, J. M. e I. ROUSE (1956), “Discovery of a Lithic Industry of Paleo-Indian Type in Venezuela”, *American Antiquity*, 22, N° 2: 172-179.
- CRUXENT, J. M. e I. ROUSE (1958), *An Archeological Chronology of Venezuela*, Panamerican Union, Science Monographs, Washington D.C.

- CRUXENT, J. M. e I. ROUSE (1963), *Arqueología de Venezuela*. Edición española a cargo del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas de la versión original en inglés publicada por Yale University Press, New Haven y Londres.
- CRUXENT, J. M. e I. ROUSE (1982), *Arqueología Cronológica de Venezuela*. Volumen I, Ernesto Armitano Editor, Caracas.
- CRUXENT, J. M.; E. DURÁN y N. MATHEUS (1988), *Loza Popular Falconiana*. Armitano Editor, Caracas.
- IMBER, S. (1992), *Homenaje a Cruxent. Siglo XXI: El Hombre, Cultura y Desafíos*. Museo de Arte Coro, Coro.
- KRIEGER, A. D. (1974), *El hombre Primitivo en América*, Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.

Recibido: 20 de febrero de 2010.

Aprobado: 28 de abril de 2010.

José María Cruxent y el alma de los objetos. Un acercamiento a la arqueología de la Cuenca Tacarigüense

Leonardo PÁEZ

Sociedad para el Estudio de las Manifestaciones Rupestres de Venezuela, Venezuela.

Resumen

El siguiente estudio se circunscribe a las investigaciones realizadas por José María Cruxent en la cuenca del lago de Valencia. De manera sucinta se mencionan los resultados de sus estudios, incluyendo algunas consideraciones, propias y ajenas, emanadas de su pionera labor. Insigne precursor en la investigación arqueológica y antropológica del país, sus aportes para la comprensión de los procesos formativos de las sociedades aborígenes mantienen plena vigencia y son de obligada consulta para los que, como él, desean emprender con fervor el estudio del tiempo prehispánico venezolano.

Palabras clave: Lago de Valencia, Cruxent, arqueología.

Como muchos otros especialistas, Cruxent inicia sus actividades de investigación arqueológica en el territorio de la Cuenca del lago de Valencia. Antes de él, a finales del siglo XIX y principios del XX, precursores de la talla de Arístides Rojas, Vicente Marcano, Adolfo Ernst, Alfredo Jhan, Luis Oramas, entre otros, inician las exploraciones y publicaciones sobre la materia (Rojas 1907 [1878]; Ernst 1987; Cruxent y Rouse 1982 [1958]; A. Antczak y M. Antczak 2006). Pero es en la década de los años 30 del pasado siglo cuando se inicia un exacerbado interés por el tema arqueológico de la cuenca del lago. Las excavaciones realizadas en 1930 por el profesor Mario del Castillo en la

Abstract

The following study is circumscribed to the investigations carried out by José María Cruxent in the basin of Valencia Lake. The results of his studies are mentioned succinctly, including some considerations of our own and of others, arising from his pioneering work. A notable precursor of archaeological and anthropological work in the country, his contributions for the understanding of formative processes of aboriginal societies are still valid and are an inescapable reference for those who wish, as he did, to embark with fervor on the study of Venezuelan pre-Hispanic times.

Key words: Valencia Lake, Cruxent, archaeology.

zona nororiental del lago, bajo la dirección de Rafael Requena, pusieron al descubierto numerosos restos arqueológicos que sirvieron de asiento y estimulación para que el gobierno de la época invitara a los arqueólogos estadounidenses Wendell Bennett, Cornelius Osgood y Alfred Kidder, a profundizar las investigaciones, haciendo excavaciones en la zona durante la década de los 30 y principios de los 40 (Cruxent y Rouse 1982).

En 1942, a sólo tres años de llegar al país, Cruxent realiza una serie de excavaciones en el sector Camburito, cerca del poblado de Palo Negro, al este del lago, donde logra extraer cuatro urnas funerarias (A. Antczak y M. Antczak 2006). Allí comienza su prolífica carrera que lo



FIG. 1. José María Cruxent en trabajo de campo. Cortesía: Alvira Mercader

catapulta al lugar de honor que hoy ocupa en el parnaso de la arqueología venezolana y americana. Según el documental *José María Cruxent un investigador* (2008) comienza a relacionarse con conocidos investigadores del área, presentando sus hallazgos e intercambiando experiencias. Participa en trabajos de campo en compañía de especialistas, donde demuestra sus dotes, ímpetu, temple y fortaleza (Tv UNEFM 2008).

De esta manera, en 1945, a seis años de su arribo, es nombrado director del Museo de Ciencias de Caracas, cargo que le permite apuntalar su trabajo investigativo y ampliar su radio de acción a todo el país (Cruxent y Rouse 1982). Un año después tiene la oportunidad de regresar al territorio lacustre, esta vez con integrantes de la Comisión de Arqueología de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, encargado de guiar los trabajos de excavación en la zona de Tocarón, al sureste del lago, donde actividades humanas ponían en riesgo de destrucción restos arqueológicos prehispánicos (A. Antczak y M. Antczak 2006). Los resultados arrojaron gran cantidad de objetos rescatados, a la vez de similares deducciones en la estratigrafía presentadas por Osgood en los estudios del sitio (A. Antczak y M. Antczak 2006).

En 1947 publica un estudio sobre un hallazgo casual hecho en el valle del río Vigirima, al noroeste del lago, donado al Museo de Ciencias Naturales. El descubrimiento, consistente en un cráneo humano contenido dentro de dos vasijas, lo considera “atípico” en la zona, y “...pone por delante la posibilidad de la presencia de un nuevo complejo cultural en la región del lago de Valencia...” (Cruxent 1947:2).

El informe presenta una descripción sólo de las vasijas, pues el cráneo no conformó parte de la donación por estar “incompleto y fracturado” (Cruxent 1947:1). El trabajo incluye medidas métricas, diseños y colores presentes, formas, apéndices, dibujo a mano alzada y, dentro de las consideraciones, la opinión de que “...existe en la región del Lago de Valencia mucho material por descubrir y que un reconocimiento a fondo de la zona de Vigirima y Guacara podrán dar algunas sorpresas...” (Cruxent 1947:2). Incluye a su vez el comentario del hallazgo “hace tiempo” en las bocas de la quebrada de Tacagua y en el lago de Valencia, de cráneos humanos entre dos vasijas, refiriendo del primero similitudes en la pintura polícroma de uno de los recipientes, sin presentar más datos. Se presume que la referida quebrada sea la misma que desagua en el mar Caribe a la altura de Catia La Mar, en el estado Vargas.

El reporte de este descubrimiento, a orillas del río Vigirimita, efectuado fortuitamente mientras se extraía arena en uno de sus márgenes, hace suponer la existencia en el área de otros objetos de interés arqueológico. Sin embargo, la explotación minera desarrollada desde hace décadas en esos predios posiblemente haya barrido con la

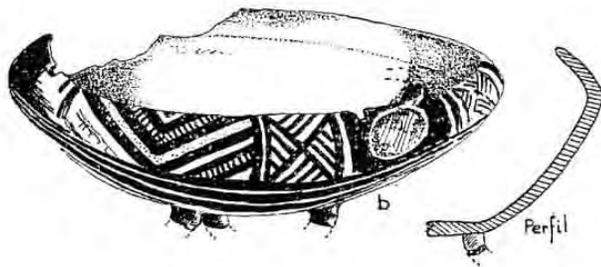
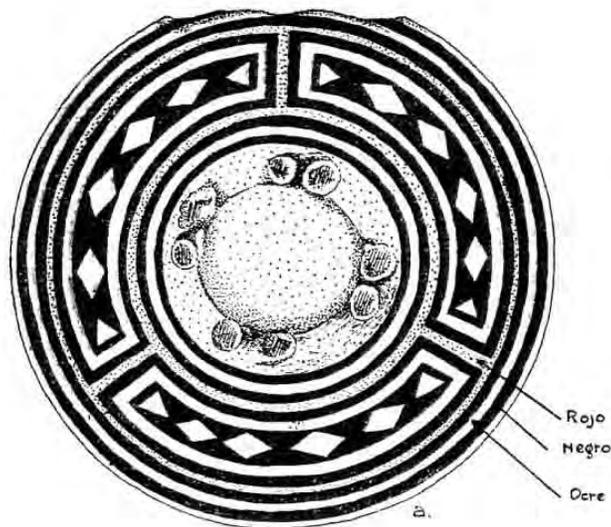


FIG. 2. Detalle de las vasijas del río Vigirimita. Fuente: Hallazgo de vasijas funerarias en el río Vigirimita

mayoría de los vestigios, perdiéndose de esa manera los aportes que hubieran arrojado en la reconstrucción del pasado prehispánico de la región.

En 1948 nuevamente Cruxent hace presencia en la cuenca Tacarigüense, realizando un trabajo de campo en el poblado de Mariara, al norte del lago, en compañía de colegas de la Comisión de Antropología de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle. Allí examinaron “una gran



FIG. 3. Piedra de los Pilonos. Cauce del río Mariara, zona nororiental del lago de Valencia. Foto: Leonardo Páez

laja de piedra con una serie de profundas concavidades artificiales”, aseverando estos autores “...que probablemente [las concavidades] servían para moler granos y otras sustancias como sal marina, colorantes y semillas...” (A. Antczak y M. Antczak 2006:426). De seguro que Cruxent y sus colegas describen a la famosa “Piedra de los Pilonos”, ubicada en el cauce del río Mariara, a escasos metros de la plaza Bolívar de la localidad homónima.

Es probable que el hallazgo del río Vigirimita, aunado a los trabajos de Luis Oramas (1939) que sacan a la palestra la existencia de un importante conjunto de petroglifos y alineamientos pétreos, haya generado el interés del Precursor por arremeter cabalmente prospecciones en la zona. Es así como en 1952 presenta algunas notas y dibujos sobre los alineamientos pétreos de los sitios de Vigirima y “Cerro Pintado” (Painted Hill, en el original en inglés), incluyendo los “litoglifos”, así denominados por él. En sus observaciones, ubica la longitud total de las cuatro construcciones pétreas de “Cerro Pintado” en un aproximado de 42, 142, 59 y 28 metros, sin señalar datos sobre su ubicación; y de 234,5 metros para el alineamiento de Vigirima, con una “diferencia de nivel entre la llanura y la colina de unos 66 metros”, en su traducción al español (Cruxent 1952:293). Se infiere que este dato corresponde a la diferencia de altura sobre el nivel del mar, entre su inicio, en la “llanura”, y su final, en la “colina”.

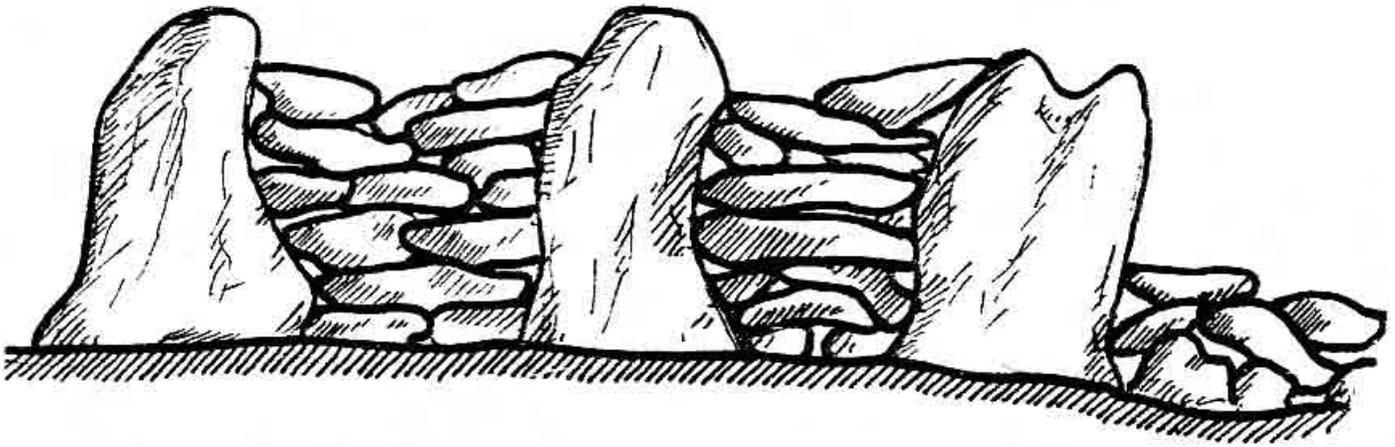


FIG. 4. Detalle de los alineamientos pétreos de Vigirima. Fuente: *Notes on venezuelan archeology*

Asimismo advierte algunas muescas en el alineamiento de 28 metros de “Cerro Pintado”, pudiendo relacionarse con la cuarta hilera pétreo descrita por Oramas (1959 [1939]), correspondiente al estribo montañoso del complejo arqueológico, conocido en la actualidad como Piedra Pintada, de la cual escribe éste: “...encuétrase una explanada natural (...) partiendo de aquí una hilera de monolitos largos y planos (...) alineados a sesenta metros (...) el extremo superior tiene un corte o escotadura en forma de media luna...” (Oramas 1959:219-220). En nuestros días esta construcción se encuentra derruida, hallándose sólo a ras de tierra tres monolitos muescados en uno de sus extremos. Oramas aporta datos que plantean la posibilidad del uso de estos monumentos megalíticos en la observancia de los fenómenos de la bóveda celeste: “...puede ser que por el extremo de la escotadura, a todo lo largo, se mantuviera una viga recta, para de este modo, con la sombra del sol que se arrojara, poder determinar el cómputo del tiempo, o los solsticios...” (Oramas 1959:222). Al respecto, concluye Cruxent que mientras no se hagan excavaciones que permitan estudiar los restos arqueológicos subyacentes en la vecindad inmediata a las construcciones, no es posible concluir el origen y propósito de los “litoglifos y paredes del Cerro Pintado y Vigirima”, asentando la existencia de dos sitios prometedores en los barrancos de la quebrada Cucharonal (Cruxent 1952:294).

No obstante, descarta la posibilidad de haberse realizado las construcciones pétreas con fines militares o limítro-

fes, señalando la creencia de los lugareños (aún mantenida) que son “trincheras españolas” (Cruxent 1952:293). La opinión generalizada es que los alineamientos de piedra fueron construidos, en especial el de Vigirima, por los soldados patriotas durante las escaramuzas de la nombrada Batalla de Vigirima, acción bélica de la Guerra de Independencia. Pero, ésta nunca se libró en la parte baja de Vigirima, como lo señala el Diccionario de Historia de Venezuela de la Fundación Polar (1988), del que se recogen algunos datos: “...El 23 de noviembre [1813], en la mañana, coronaron [las tropas realistas] las alturas de Vigirima. Sólo hasta allí llegó aquella ofensiva, porque entre el comandante realista y sus objetivos se interpuso el general de división José Félix Ribas...”. Para completar el desacierto, en 1958 la municipalidad guacareña erigió un pequeño obelisco trunco al lado del alineamiento, donde todos los años por el mes de noviembre se realizan actos en honor a la citada gesta independentista. Cabe mencionar, sin embargo, que esta equivocación ciertamente ha contribuido a la parcial conservación de la construcción, rodeada ya por sitios de habitación que han iniciado su lapidación y degradación.

Para el año 1955 Cruxent es invitado a examinar los trabajos de remoción de tierra en la construcción de la fábrica de industrias Palmolive, en el sector Michelena de la actual ciudad de Valencia, al oeste del Lago, donde aparecieron una serie de artefactos líticos a una profundidad de dos metros (Cruxent y Rouse 1982). Aunque la



FIG. 5. Monolito caído en la parte alta del estribo montañoso de Piedra Pintada. Foto: Leonardo Páez

mayoría de los objetos permanecieron en manos de quienes los encontraron, Cruxent pudo prender una muestra representativa de todos los tipos encontrados, siendo éstos la mitad de una piedra de moler, dos manos de morteros, dos hachas y un hacha lítica (Cruxent y Rouse, 1982). Con la información de las capas estratigráficas descritas por él, Sanoja y Vargas (1999), basándose en los contextos arqueológicos de Las Varas, Manicuaire y Pedro García, de la región noreste de Venezuela, especulan sobre el fechamiento de este yacimiento, ubicándolo entre el 1.600 y 600 años antes de Cristo. Según estos autores, las evidencias hacen suponer que ya para este temprano período, en la Cuenca del Lago existían posibles campamentos de recolectores-cazadores en proceso de tribalización, es decir, con poblados semi-permanentes e incipientes prácticas agrícolas, en clara asociación con los que denominan modo de vida III, característico del sitio de Las Varas (Sanoja y Vargas 1999).



FIG. 6. Monumento en conmemoración a la Batalla de Vigirima. En segundo plano, el alineamiento pétreo. Foto: Leonardo Páez

Las excavaciones arqueológicas, extensivas y sistemáticas, llevadas a cabo en el área lacustre del Lago por Bennett, Kidder y Osgood, hacen fijar la mirada de Cruxent hacia otras regiones, a manera de poder ampliar los resultados y conclusiones de estos estudios (A. Antczak y M. Antczak 2006). Es así como en 1945 realiza excavaciones, en compañía de Antonio Requena y Walter Dupouy, en la desembocadura del río Aguas Calientes, en la población de El Palito, área costera del estado Carabobo (Cruxent y Rouse 1982). Basándose en la publicación hecha por Kidder (1944) sobre los trabajos realizados en el sitio de Los tamarindos, en la Península La Cabrera y el análisis de la colección de los objetos obtenidos de la excavación de ese sitio que reposa en la Universidad de Harvard, Cruxent, en compañía de Rouse (Cruxent y Rouse 1982), realizan comparaciones estilísticas entre la alfarería de La Cabrera y El Palito con el estilo Barrancas del bajo Orinoco, concluyendo que poseen estrechas semejanzas, asociando ambos estilos con la Serie Barrancoide, con una cronología perteneciente a la parte tardía del período II (1.050 a.C.-350 d.C.). Estas aseveraciones son suscritas por Sanoja y Vargas (1992 [1974]; 1999) cuando plantean las influencias barrancoides en la aparición de la alfarería y la agricultura en la costa central de Venezuela, haciendo referencias a las formas de organización social de estos grupos, el ceremonialismo asocia-

do al consumo de tabaco en pipas de barro, a las aldeas palafíticas a orillas del lago, con una cronología entre 260 y 290 d.C. Estos enfoques, iniciados por Cruxent y Rouse hace más de cincuenta años, incluyendo los asociados con el estilo Valencia y otros no abordados aquí por razones de espacio, mantienen plena vigencia y actualidad, suscritos por los más conspicuos autores.

Continuando sus investigaciones, en el año 1960 Cruxent presenta una descripción, codificación y clasificación de los grabados de la “Piedra de los Delgaditos”, ubicada en la fila Los Apios, en las montañas de Vigirima. Según sus aseveraciones los petrosímbolos se encuentran tallados en un afloramiento rocoso de dos metros por tres de alto, en perfecta posición vertical, orientados al sureste y a una altura de mil m.s.n.m. Al parecer el trabajo de campo efectuado fue producto de la información de baqueanos, pues apunta la localización en el área de otros “litoglifos” que por lo irregular del relieve y la densa vegetación no pudieron ubicarse. A pesar de que realiza una

codificación de cuarenta símbolos, hace una clasificación a cuarenta y tres, añadiendo interpretaciones a cada una de ellas. El trabajo incluye tres imágenes, una de ellas mostrada al inverso, observándose ya el desprendimiento o descascarillado de parte de la superficie rocosa que fracturó varios de los diseños, y posiblemente causó la desaparición de otros. De igual manera las imágenes muestran un diseño antropomorfo en forma de impronta de mano, actualmente desaparecido producto igualmente del desprendimiento de una porción del soporte rocoso. Ambas fracturas parecieran ser fruto de la degradación originada por la meteorización física, resultado de los cambios de temperatura producidos por los incendios forestales.

Entre las clasificaciones e interpretaciones, Cruxent utiliza algunos términos hoy día inusuales, como “artimorfo”, “geomorfo”, “organomorfa”, “puntimorfa”, “oculomorfa”, “androposopa”, entre otras. A su vez destaca su interpretación de la grafía conocida como “la huella del jaguar”, muy extendida en la región centro-norte venezo-



Pl. 65. Artefactos, Complejo Michelena.

FIG. 7. Artefactos líticos del Complejo Michelena. Fuente: *Arqueología Cronológica de Venezuela*

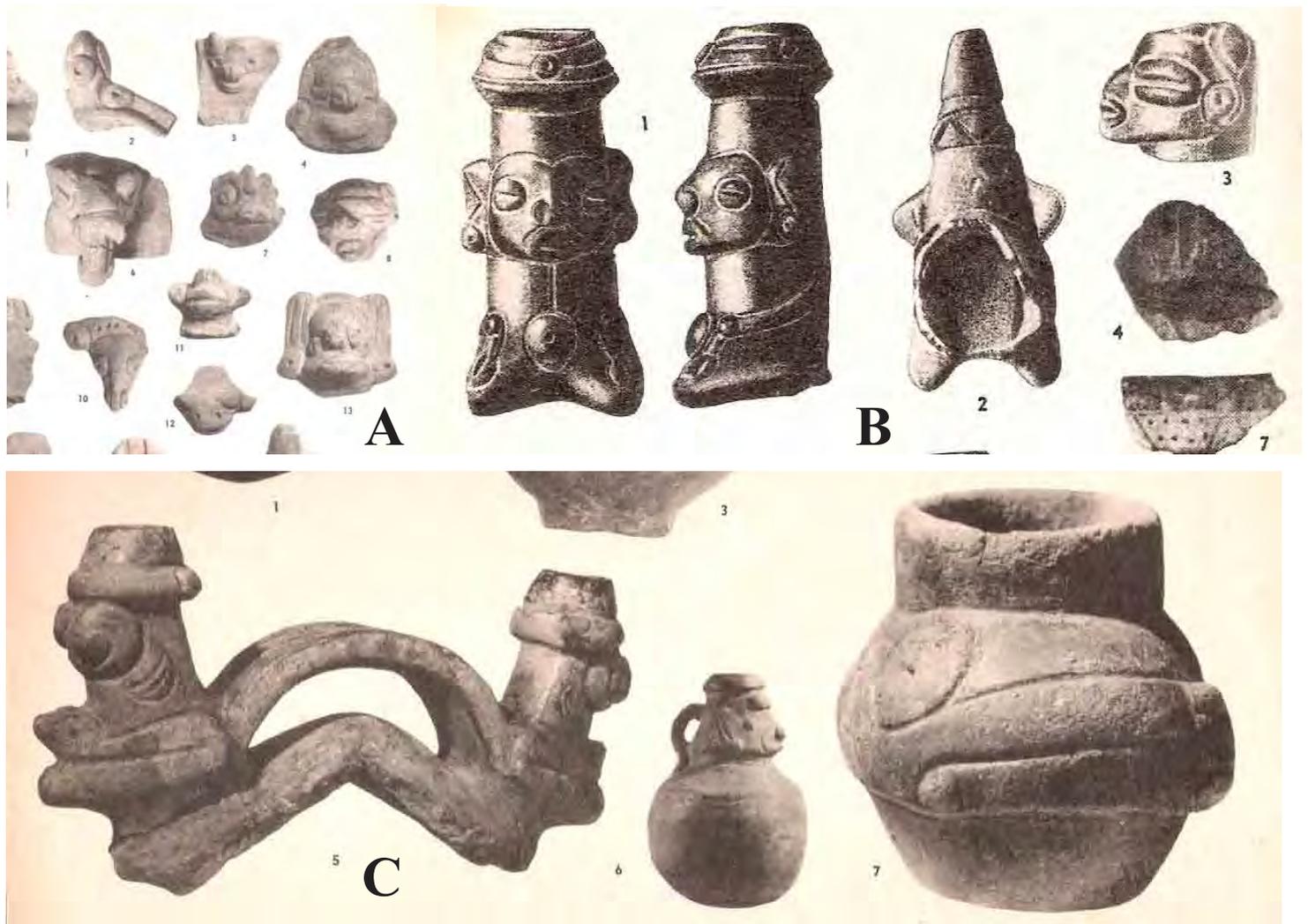


FIG. 8. A. Estilo El Palito. B. Estilo La Cabrera. C. Estilo Barrancas. Fuente: *Arqueología Cronológica de Venezuela*

lana y otras zonas del país, definiéndola como una representación asteromorfa, en concordancia a lo establecido por Idler (2007) luego de desechar éste la interpretación dactilar fêlida fundamentándose en los estudios de los mitos colectados entre los grupos caribes de la región ori-quense y a los trabajos del explorador Theodor Koch Grümberg (1924), quien, luego de su estadía entre las etnias Taulipang y Arekuna, de filiación lingüística Caribe, representó por primera vez a las Pléyades como un círculo central envuelto de nueve círculos menores.

Y, para finalizar el análisis de esta obra de Cruxent, el autor, en una visión prospectiva, refiere que “...solamente poco a poco se irán conociendo todos estos documentos arqueológicos, que en un futuro serán útiles para el mejor conocimiento de la historia de nuestros orígenes

remotos...” (Cruxent, 1960: 21). De aquí se desprenden varias reflexiones: Por una parte, la sapiencia del Precursor en reconocer el trabajo de investigación como una labor acumulativa, en donde el tiempo y el aporte de hombres que como él vibran con “el alma de los objetos”, van “poco a poco” desentrañando las incógnitas y colocando el conocimiento al alcance de todos. Y por otra, el valor que le otorga a las Manifestaciones Rupestres como objetos arqueológicos de significativa importancia para el conocimiento de la historia de la Nación, pudiendo su estudio contribuir al esclarecimiento de los procesos iniciales que intervinieron en la formación de la venezolanidad.

De acuerdo a esta visión, resulta incongruente el estado de ignominia en que se encuentran las manifestacio-



FIG. 9. Piedra de los Delgaditos. Fuente: Litoglifos de la Piedra de los Delgaditos en la fila de Los Apios, Vigirima, Carabobo

nes rupestres del país, haciéndose imperativo realizar acciones que redunden en su defensa, rescate y conservación. Acosta Saignes (1956) advierte, hace más de cincuenta años, la tarea urgente de realizar publicaciones de registros sistemáticos fidedignos, la elaboración de comparaciones, clasificaciones, y el análisis de relaciones entre zonas contiguas y otras de América. Todo lo anterior, hoy día, está por hacerse. Con el esfuerzo de muchos especialistas en la materia, se ha avanzado en el conocimiento de las manifestaciones rupestres del valle de Vigirima. Tiempo y aportes de hombres, como lo asevera Cruxent, arrojan un inventario de 19 yacimientos con cientos de rocas y grafías que aún están a la espera de registro, clasificación, análisis, inventario y demás tanteos que permitan su comprensión.

En fin, adentrarse en el estudio de la arqueología de la Cuenca del lago de Valencia es referirse a José María Cruxent. Quedan por fuera otros temas desarrollados por el autor en su paso por esta geografía. Sin embargo, en todo lo anterior está reflejado su espíritu fecundo y

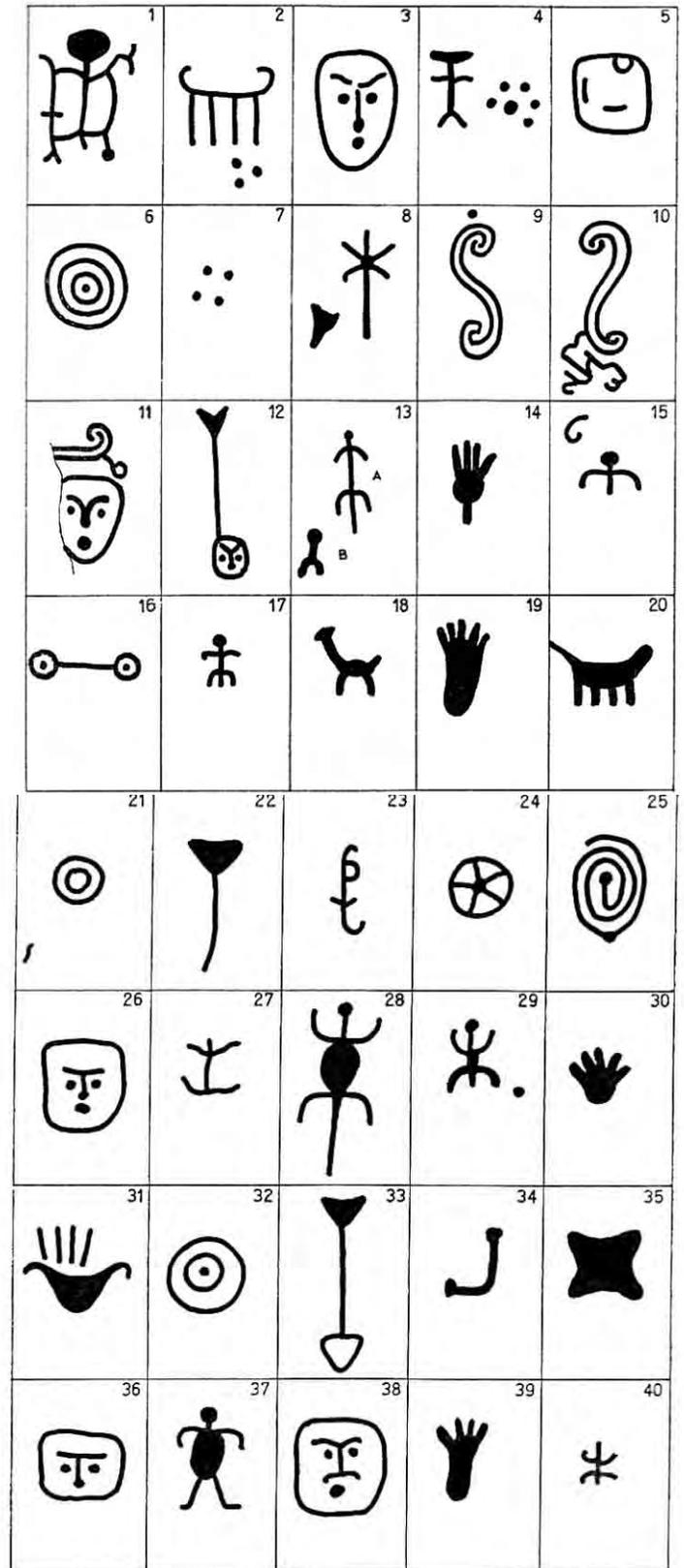


FIG. 10. Codificación de las grafías de la Piedra de los Delgaditos. Fuente: Litoglifos de la Piedra de los Delgaditos en la fila de Los Apios, Vigirima, Carabobo

servicial, el legado que servirá de base a los estudios por venir. Su amplia trayectoria como investigador, docente y científico, sus aportes en el estudio del tiempo prehis-

pánico venezolano, su ímpetu en la formación de instituciones de carácter científico, entre otras contribuciones, nos hablan de un ser excepcional que ha dejado su huella indeleble en el mundo de la arqueología y la antropología de nuestro país.

Referencias

ACOSTA SAIGNES, M. (1956). *Introducción a un análisis de los petroglifos venezolanos de B. Tavera Acosta*. Caracas, Venezuela.

ANTCZAK, A. Y M. ANTCZAK (2006). *Los ídolos de las islas prometidas. Arqueología prehispánica del archipiélago de los roques*. Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, Venezuela.

ERNST, A. (1987). *Obras completas*. Tomo VI. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela.

CRUXENT, J. M. (1947). “Hallazgo de vasijas funerarias en el río Vigirimita (Guacara. Edo. Carabobo)”. *Separata de Acta Venezolana*, tomo III, julio 1947-junio 1948. Caracas, Venezuela.

CRUXENT, J. M. (1952). “Notes on venezuelan archeology”. *29º Congreso Internacional de Americanismo*, Vol. III. Universidad de Chicago, EE.UU.

CRUXENT, J. M. (1960). “Litoglifos de la Piedra de los Delgaditos en la fila de Los Apios, Vigirima, Carabobo”. *Boletín Informativo* n° 1, octubre. Departamento de Antropología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

CRUXENT, J. M. (1982). *Arqueología cronológica de Venezuela* Vol. I. Ernesto Armitano Editor. Caracas, Venezuela.

IDLER, O. (2007). “La simbología pleyádica en los glifos carabobeños”. Ponencia presentada en el *III Congreso Suramericano de Historia*. Universidad de los Andes, Mérida.

ORAMAS, L. (1959). “Prehistoria y arqueología de Venezuela”. *Boletín de la Sociedad de Ciencias Naturales*. Tomo 20, n° 93. Reproducción del artículo aparecido en las Actas de la Primera Sesión del 27º Congreso Internacional de Americanismo, México. 1939. Págs. 277 a 302.

ROJAS, A. (1878). “Estudios indígenas”. En: Rojas, A. (1907). *Obras escogidas*. Garnier Hermanos, Libreros Editores. París, Francia.

SANOJA, M. y I. VARGAS (1992). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3ª Edición. Monte Ávila Editores. Caracas, Venezuela.

SANOJA, M. y I. VARGAS (1999). *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.* Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela. Caracas, Venezuela.

TV UNEFM (2008). *José María Cruxent un investigador*. Documental dirigido por Nicole Richard y producido por Francisco Yegres. <http://www.youtube.com/watch?v=ESEqc1598E8> (Consultado el 22 de diciembre de 2009).

Recibido: 20 de febrero de 2010.

Aceptado: 28 de abril de 2010.

Semblanza de J. M. Cruxent*

Marcel ROCHE

Curador, División de Etnología, Museo Nacional de Estados Unidos

Debido a los efectos de la Guerra Civil Española, llega José María Cruxent al país a principios de los años 40, pobre, sin relaciones, sin diplomas universitarios. En 1976, es considerado en el mundo como uno de los máximos expertos en su campo. Esto lo obtuvo por medio de su talento innato —yo diría casi su genio— su voluntad de triunfar, su afán de estudio y su dedicación a la investigación.

No soy ni arqueólogo ni antropólogo, pero me ha tocado estar asociado en el campo con Cruxent, en varias expediciones conjuntas organizadas para estudiar aspectos bio-médicos de los indios venezolanos. Desde el inicio, en 1959, cuando colaboramos por vez primera, me llamó la atención su intensa curiosidad, su actividad febril y su tendencia a no aceptar ningún dato y ninguna teoría por dados. En efecto, la originalidad es lo que caracteriza a Cruxent: no pertenece a ningún dogma ni a ninguna escuela.

En el campo, se puede ver cómo Cruxent observa y estudia al indio, con el fin de desarrollar una arqueología viviente. Los instrumentos y los tiestos se convierten entonces, ya no en cosas muertas que sólo se describen sistemáticamente, sino en herramientas cuyo uso él sabe resucitar, en instrumentos productos de una actividad humana.

En el aspecto físico, Cruxent es una persona de enorme temple y fortaleza: en sus expediciones, ha podido vivir en las peores condiciones por largo tiempo, sin inmutarse. Tiene a la vez un candor y una agudeza de espíritu que lo hacen enormemente atractivo. Como todo hombre original, con un dejo de genio, es polémico, pero su ho-

nestidad intelectual es absoluta y muchas veces comprobada. Por ello, y a pesar de ser en gran parte autodidacta, ha podido realizar una carrera brillante en las ciencias de la Arqueología y la Antropología.

Ambiente solitario, difícil y casi hostil imperaba en la Venezuela que conoció Cruxent en sus inicios en la Ciencia. Sin embargo, siempre recibió aliento por parte de algunas personas al comienzo, en especial de Walter Dupouy y de Antonio Requena. Después de pasar algún tiempo como profesor de dibujo, ganando duramente la vida, Cruxent comienza, casi sin medios, a hacer sus investigaciones, y su primera publicación es de 1944, un estudio sobre la Cueva Guaicaipuro y sobre la Espeleoarqueología, que publica en la *Revista Nacional de Cultura* y en la *Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle*, respectivamente. De allí en adelante no para nunca. Publica todos los años en revistas especializadas y también en la prensa diaria los resultados de su investigación. Penetra a fondo en el ámbito venezolano y pronto no hay rincón del país que él no conozca y donde no haya hecho investigación original. De 1959 es su primer artículo en revista internacional, en *American Antiquity* específicamente. Hasta 1959, momento en que culmina su publicación en el libro ya clásico, escrito por Irving Rouse, sobre *Una Cronología Arqueológica de Venezuela*, no pasa año sin que algún artículo de Cruxent aparezca en revistas como *American Antiquity*, aunque al mismo tiempo siguiera publicando abundantemente en revistas locales.

Precozmente se interesó Cruxent por la docencia. Ya en 1953 era fundador y profesor de la Cátedra de Arqueo-

* El texto del Dr. Roche fue escrito con motivo de conferírsele al Prof. Cruxent la distinción de Investigador Emérito del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas el 11 febrero de 1976. Publicado originalmente en: *Unidad y Variedad. Ensayos en Homenaje a José María Cruxent*. Ed. Alberta Zucchi & Erika Wagner. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Avanzados. Departamento de Antropología. Caracas, 1978. Cortesía Archivo del Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Nota del Coordinador.

logía en la Escuela de Antropología y Sociología de la Universidad Central de Venezuela. Cuando en 1959, conocí a Cruxent, me pareció la persona ideal para iniciar y formar un Departamento de Antropología en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC). No me interesaban los diplomas ni los papeles. Me atraía el hecho que Cruxent era una persona original, que publicaba y estaba interesado en la formación de jóvenes; también pensé que su tendencia a utilizar métodos químicos y físicos en la Arqueología lo llevaría a establecer nexos con otros departamentos en el IVIC. Ambas ideas se han visto respaldadas por los hechos. Cruxent ha fundado y formado el Departamento de Antropología, insistiendo siempre para que sus miembros tuvieran lo que él por circunstancias no pudo tener: un adiestramiento formal superior en su campo. En esto manifestó Cruxent una obvia generosidad. También se formaron los nexos con los Departamentos de Física y de Química. Gabriel Chuchani colaboró con Cruxent para realizar determinaciones de fósforo y flúor, y luego ambos colaboraron para formar, bajo la dirección de Murray Tamers, el primer Laboratorio de Radio-Carbono en Latinoamérica, el cual, lamentablemente, ya no existe. Más tarde, Cruxent se asoció con Jesús Eduardo Vaz para realizar estudios de termoluminiscencia en mayólica, lo cual ha sido un aporte novedoso e interesante en la materia.

Las contribuciones de Cruxent al conocimiento han sido múltiples, pero, como la señala Alberta Zucchi, y lo hemos apuntado nosotros más arriba, su más valioso enfoque ha sido la relación entre el tiesto muerto y el hombre tribal vivo de hoy. Su otro aporte importante, con Irving Rouse, de la Universidad de Yale, ha sido el establecimiento racional de una Cronología Arqueología Regional. Sus estudios en Paleo-Arqueología son fundamentales, y citados mundialmente. Y ahora estamos en la espera del resultado de sus investigaciones sobre la mayólica de período hispano. Porque Cruxent, siempre joven y activo, sigue teniendo, en su edad madura, hijos físicos e intelectuales.

Hay un aspecto de Cruxent que no se debe dejar de lado, su actividad artística. Cruxent siempre ha dibujado y pintado y, en los principios de la década 60, fue uno de los adalides del Movimiento Informalista en el país. Detrás de todo ello, está en Cruxent una admiración por el surrealismo de André Breton y otros, una creencia en la Alquimia y lo Oculto, que, lejos de entorpecer su obra científica la enriquece. Y están esos gatos, criaturas sutiles y algo misteriosas, que siempre lo rodean.

Culturas aborígenes de Cuba*

José ÁLVAREZ CONDE (†)

Junta Nacional de Arqueología y Etnología, Cuba

Digitalización: Odlanyer Hernández de Lara

CULTURA GUANAHATABEY

Muy pocas son las referencias históricas de los indios más primitivos de la Isla de Cuba, y entre las cuales las principales son las citas del *Memorial* de Las Casas, al recomendar a la Corona la conservación de los indígenas; y la de la Carta enviada al Rey en 1514 por el Adelantado y Gobernador de Cuba, don Diego Velázquez de Cuéllar, la que en uno de sus párrafos dice lo siguiente:

“...de los guanahatabibes, que son los postreros indios della, y la vivienda destes guanahatabibes es a manera de salvajes, porque no tienen casas, ni asientos, ni pueblos, ni labranzas, ni comen otra cosa sino las carnes que toman por los montes y tortugas y pescados”.

Colón refiere que en su segundo viaje por la costa sur de la Isla encontró en el extremo occidental unos indios que hablaban una lengua distinta a la del resto de sus ocupantes.

En numerosas cavernas de la Isla se han encontrado restos de huesos muy antiguos, así como residuarios de alimentos de animales extinguidos, como los *Megalocnus*, y piezas toscas y rústicamente elaboradas en conchas y piedras. Los hallazgos de osamentas humanas de este grupo cultural a los largo de toda la ínsula, permiten señalar que fueron estos indios los ocupantes primeros de todo el territorio; y, así, podemos determinar localizaciones de los *Guanahatabeyes* en los siguientes lugares:

En la *provincia de Pinar del Río: Los Portales y Ceniza* en 1915, por el doctor Harrington; *La Grifa*, en 1939, por el doctor Pedro García Valdés y José García Castañeda; *Macurijes*, en 1941, por el doctor García Valdés y el *Pan de Guajaibón*, por la Sociedad Espeleológica de Cuba.

En la *provincia de La Habana: La Monja*, en 1946, por el doctor Fernando Royo.

En la *provincia de Matanzas: Guamajales*, en 1927, por Juan A. Cosculluela.

En la *provincia de Las Villas: Cueva de la Boca del Purial*, en 1888, por el doctor Luis Montané; *Cueva de la Jutía*, en 1949, por los doctores José Álvarez Conde, Manuela Núñez Arias, Felipe Pichardo Moya, Carlos García Robiou y la Srta. Rudbeckia Álvarez Núñez.

En la provincia de Camagüey: No se han encontrado hasta la fecha localizaciones de esta cultura.

En la *provincia de Oriente: La Boca de la Caleta, Dos y Tres de la Patana y Yumurí*, en 1915, por el doctor Harrington.

Los textos históricos muestran su existencia al occidente de la Isla al verificarse el Descubrimiento, pero por lo anteriormente expuesto se comprueba su distribución en toda la ínsula, llegando en casos a verificarse hallazgos en los cuales aparecen muy cerca de otras culturas más elevadas como los hallazgos de 1949 en *La Jutía*, y *La Manaca*, Fomento, Las Villas, correspondientes a las culturas Guanahatabeyes y Ciboneyes.

Los indios guanahatabeyes vivían en las cavernas, abrigos roqueros, no utilizando la piedra sino tal cual la

* El texto corresponde al segundo capítulo del libro del autor: *Revisión indoarqueológica de la provincia de Las Villas*. Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, 1961. Nota del Coordinador.

obtenían como cantos rodados, morteros formados en la cavidad de la roca, machacadores, martillos, etc.; sus vasijas eran de caracoles grandes, y en sus residuarios se han encontrado restos de jutías, pájaros, cangrejos, conchas de moluscos, *Megalocnus*, pudiendo considerarse que tenían una economía recolectora.

Suelen hallarse sus osamentas en los pisos de las cavernas, rotos, quemados y hasta pintados de rojo, como en *La Jutía*, en que se han localizado huesos marcados, existiendo posibilidades de la existencia de la antropofagia.

Por el estudio de sus huesos se ha podido determinar que eran de estatura media, cráneos pequeños, sin deformación artificial, trogloditas, nómadas o en pequeños grupos, desnudos y no hacían uso de la magia ni ceremonias religiosas, pues no se han localizado artefactos para su realización, aunque Montané en 1888, explica los hallazgos de la *Boca del Purial* en un enterrorio en el cual los cráneos estaban situados en un semicírculo sobre cenizas, estando los huesos largos en forma de X, más concéntricas las costillas, los huesos cortos y planos y en el centro los huesos de la pelvis —quizás el hallazgo único encontrado hasta la fecha en Cuba—, que hace suponer algún rito en esas disposiciones de sus osamentas.

La Gruta de la *Boca del Purial* está a unos 447 metros sobre el nivel del mar, situada en la falda del Pico Tuerto del Naranjal, estando la entrada al este. La gruta mide unos diez metros de altura a la entrada y cinco de ancho, lo cual se reduce hacia el interior.

Realizadas las excavaciones resultó que a media vara de profundidad en toda la extensión, apareció una capa de piedra estalagmítica, de naturaleza idéntica a la de las rocas de la gruta, apareciendo las osamentas sobre cenizas, las cuales se deshacían en pedazos al contacto con el aire.

Se obtuvieron cuatro cráneos completos y numerosos huesos, estando en la disposición señalada anteriormente.

Sobre la existencia de estos indios *Guanahatabeyes* en las otras Antillas, podemos informar que no han sido localizados; sólo Fewkes refiere citas de la posible existen-

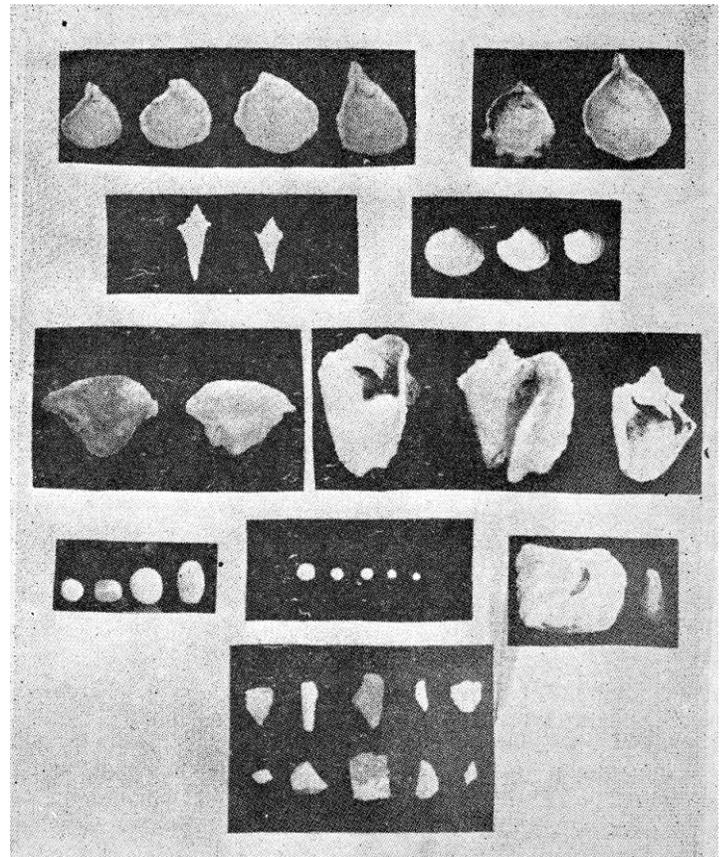


FIG. 1. Composición fotográfica de los objetos del Complejo I (Guanahatabey)

cia de un indio arcaico cavernario en Puerto Rico, estimándola como común a todas las Antillas en épocas remotas, pero no ofrece bases arqueológicas para explicarlas. Además, Krieger cita la existencia de un indio arcaico en las *Cuevas de Samaná*, que estima puede tener relaciones con los *Guanahatabeyes*.

Pero hay un hecho cierto, que es el que debía estudiarse, cual es la existencia en residuarios de la Florida (E. U. A.) de algunas semejanzas con los de Cuba, siendo necesario hacer verdaderas investigaciones arqueológicas para determinar las posibles relaciones que puedan haber existido con los indios *Timakuanos*. Especialmente, qué relaciones tienen las *gubias de caracol* de Cuba con las halladas en esta parte del territorio norteamericano, elemento del ajuar *guanahatabey* que pasó a las culturas *Ciboney* y *Taina* como transculturación, el cual es un instrumento fundamental en la existencia de estos primeros pobladores de la Isla de Cuba.

CULTURA CIBONEY

Los indios *Ciboneyes* son los habitantes naturales de la Isla de Cuba según refiere el Padre Las Casas en el *Memorial* y la *Historia de las Indias*. En esta última obra refiere lo siguiente:

“Toda la mas de la gente de que estaba poblada aquella isla, era pasada y natural desta isla Española, puesto que la más antigua y natural de aquella isla era como la de los Lucayos... gente buenísima... y llamábanse en su lengua ciboneyes, la penúltima sílaba luenga y los desta, por grado o por fuerza, se apoderaron de aquella isla y gentes dellas y los tenían como suficientes suyos”.

Eran los Ciboneyes gentes pacíficas, de vida costera, sometidos a la servidumbre por los indios Taínos, procedentes de La Española, que ocuparon gradualmente las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas.

Las características principales son las del uso de implementos de piedra tallada, no pulida, con la cual fabricaban artefactos como majadores, morteros, martillos, bolas líticas, pedernales o astillas de sílex; con presencia, en casos, de cerámica rústica y grosera, como la determinada en el asiento Ciboney de *La Manaca*, en Fomento, Las Villas, realizada por los doctores José Álvarez Conde y Manuela Núñez Arias y la Srta. Rudbeckia Álvarez Núñez, en 1948.

Otra de las características de lo *Ciboneyes* eran sus enterramientos que pueden considerarse como típicos; así, puede apreciarse en el de *Guayabo Blanco*, en la Ciénaga de Zapata, cuyo estudio fue realizado por el ingeniero José A. Cosculluela en 1913, que en la parte oriental de dicha ciénaga localizó un *Mound funeral*, en el cual observó capas artificiales intencionalmente superpuestas realizadas por el indio, con estratificaciones bien definidas y con la colocación de las osamentas bien orientadas. Los cadáveres de los hombres, mujeres y niños orientados del mismo modo, de oeste a este, con la cabeza situada al

oriente, unas veces colocados los cuerpos de lado y otras veces tendidos boca abajo, muy pocos boca arriba, pero todos situados sobre capas de caracoles.

La sepultura de *Guayabo Blanco* es colectiva, formando un túmulo con capas superpuestas de tierra negra, suelta, alternando con otras de caracoles llevados al lugar, donde además de las osamentas humanas había restos de animales y objetos de piedra.

A partir de la superficie —explica Cosculluela— estaban las capas colocadas del siguiente modo: 1) Capa de tierra vegetal de unos 30 centímetros. 2) Capa de caracoles sin restos de unos [sic] 25 centímetros. 3) Capa de tierra vegetal de unos 65 centímetros. 4) Capa de caracoles principalmente *Strombus*, de 25 centímetros. 5) Capa de caracoles, de huesos de animales y piedras de 25 centímetros. 6) Capa de caracoles con restos humanos.

El doctor Felipe Pichardo Moya señala muy acertadamente que desde 1836 ya se tenían noticias de la existencia de *Mound funerarios* en el sur de la provincia de Camagüey, los cuales fueron localizados en muchos lugares de dicha región a partir de 1932; citando como uno de los más importantes el de *Santanica*, por la presencia de *bolas de piedra*, o esferolitas, colocadas como ofrendas funerarias, así como hachas de piedras llamadas gladiolitos, que eran armas simbólicas, las cuales por primera vez ofrece el propio Pichardo Moya al conocimiento de los dedicados a estos estudios en nuestra patria, dando la denominación a los indios que habitaban en los lugares donde se han localizado estos *caneyes*, como correspondientes a una cultura distinta a la de los *Guanahatabeyes* y de los *Taínos*, y refiere al efecto las exploraciones verificadas por Rodríguez Ferrer, allá por el año 1847, luego las de H. W. Krieger y las del doctor Antonio Navarrete, en 1934, en *El Pesquero*, así como los hallazgos de Antonio R. Martínez, Felipe Pichardo Moya, José y Jerónimo Acosta, Bartolomé Selva León en las fincas *La Trinidad*, *El Caney*, *La Victoria*, *El Cenizo*, *Altamira*, *La Barrigona*, *Santanica*, *Maboa* y otros lugares de la provincia de Camagüey, entre los años 1932 y 1943.

Recientemente en otras regiones de Cuba ha sido determinada la presencia del *Ciboney*, pero no con hallazgos de *Mounds* o *Caneyes*, sino de residuarios, como en *Majibacoa* en Oriente, que fueron estudiados por Irving Rouse; en la costa norte de Camagüey, cerca de Morón, explorado por el Grupo Caonabo; en el asiento *La Manaca*, estudiado por los doctores José Álvarez Conde y Manuela Núñez Arias, el cual fue confirmado posteriormente por los doctores Pichardo Moya y García Robiou, en 1948. Hay otras investigaciones realizadas por Pedro García Valdés en la provincia de Pinar del Río en *Ceja del Negro*, en 1938; *Cayo Redondo*, excavado por el antropólogo norteamericano Osgood, en 1941, y *Malpotón*, explorado por Harrington en 1919.

Los Ciboneyes vivían en las costas, ciénagas, desembocaduras de los ríos, lagunas, etc., no habiendo sido determinado hasta la fecha cuáles eran sus viviendas, pero en los residuarios se han encontrado objetos fabricados de piedra sin pulir —como se ha citado anteriormente—, además de algunos objetos de madera como bastones, tazas y flechas, y se han localizado también yacimientos de esta cultura en los cuales se aprecia la existencia de una cerámica muy rústica y primitiva, lo cual se ha señalado como uno de los más notables apreciados en la exploración del asiento *La Manaca*, en Fomento, Las Villas.

Por el estudio de sus osamentas se comprueba que los cráneos son pequeños, sin deformación, con cuerpos pequeños, de 1.50 a 1.55 metros y quizás más fuertes esqueléticamente que los Guanahatabeyes; estando bien formados, de pies chicos y piel cobriza.

Se supone que, por preferir la vida costera, sus viviendas sean palafitos y al efecto se han estudiado algunas referencias realizadas por Las Casas y otros historiadores que citan su existencia en Jatibonico del Sur, Malpotón, Laguna del Tesoro, etc.

El doctor Pichardo Moya, uno de los que más han estudiado los *caneyes del sur de Camagüey*, dice en su obra *Cuba Precolombina*, que los Ciboneyes debían ha-

ber conocido alguna clase de canoa o piragua, aunque no existen pruebas arqueológicas para ratificarlo, pues eran sin duda pescadores y recolectores de moluscos, abundando en sus residuarios restos de tortugas y flamencos, y que andaban desnudos, pintándose el cuerpo con ocre y usando adornos de huesos y piedra como pinjantes.

Sobre la vida espiritual de los *Ciboneyes* se puede considerar que era animista, mágica, creyendo en la supervivencia, aplicando ritos en sus enterrorios o caneyes, lo cual parece deducirse de la presencia de bolas líticas y de gladiolitos, ya que no se puede determinar con qué finalidad las colocaban en sus caneyes.

Los Ciboneyes procedían de un tronco aruaco, sudamericano, ya que en estudios de residuarios de las Guayanas, Orinoco y Río Negro de Venezuela, se han localizado en sus ajuares elementos idénticos a los de los yacimientos Ciboneyes de Cuba, estudios que han sido ratificados por las exploraciones de Osgood y Howard, en 1942, en regiones venezolanas, en donde han recolectado material lítico idéntico al de la Isla de Cuba.

Los *Aruacos Ciboneyes* eran una de las oleadas que fueron ocupando gradualmente las Antillas Menores y Mayores, los que posteriormente fueron desplazados por otra oleada de indios Taínos procedentes de Haití, en el caso de la Isla de Cuba.

Uno de los elementos más usados por los indios Guanahatabeyes y Coboneyes, y luego por los Taínos, fueron los caracoles, que son abundantes ahora como entonces, principalmente un enorme caracol que la ciencia llama *Strombus* y que el vulgo denomina *Guamo*. Desprovisto del caracol del molusco que guarda en su seno, aplicaban aquél en diversos instrumentos primitivos, tanto quitando al caracol su espiral central, con lo que quedaban convertidos en *vasijas* para extraer el agua potable de las casimbas, como otras veces cortando la espira y fabricando con ésta unos *picos de mano* empleados probablemente para cavar la tierra, horadar otros caracoles, etc.; también de la espira central construían una cuchara o raspador llamada gubia, con un bisel en su borde superior, y que ha provoca-

do múltiples opiniones sobre su uso. Los caracoles pequeños los usaban en confecciones de collares, pendientes y amuletos.

El Padre Las Casas señala muy acertadamente que el Taíno de Haití pasó a la Isla de Cuba:

“...según entonces creíamos, no había 50 años que los desta isla (Haití) hobiese pasado a aquella isla (Cuba)”.

Desplazaron de este modo a los Ciboneyes a los que sojuzgaron y esclavizaron, dando así paso a la cultura que denominamos Taína y que es la que van a encontrar los descubridores en 1492, como predominante en la Isla de Cuba.

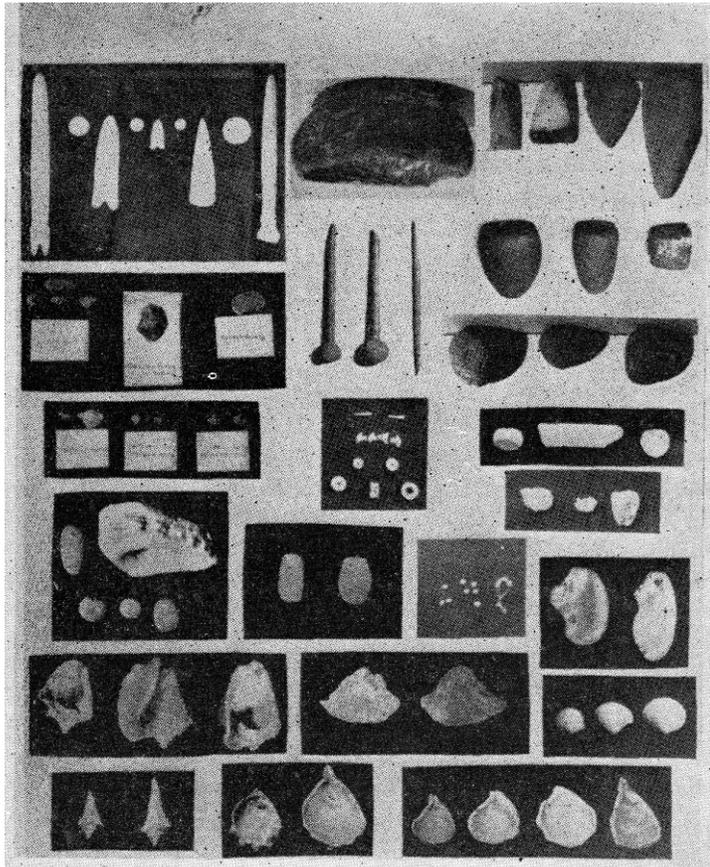


FIG. 2. Composición fotográfica de los objetos del Complejo II (Ciboney)

CULTURA TAÍNA

Los *Tainos* son los pobladores de Cuba procedentes de los aruacos de la parte norte de la América del Sur, que llegaron a las Antillas Mayores ocupando las islas de

Puerto Rico, La Española (Santo Domingo y Haití) y posteriormente y poco antes de la llegada de los descubridores —como se ha dicho— emigraron de Haití a la Isla de Cuba, por lo cual es muy corto el período de tiempo que media entre la llegada de estos aborígenes neolíticos haitianos y la extinción de dicha raza, que puede haber llegado a Cuba unos doscientos años antes que se realizara la conquista de nuestra ínsula. Esto nos hace suponer que no alcanzaron en su desarrollo cultural un grado igual al de las islas de Puerto Rico y La Española.

Eran los Taínos de estatura mediana, un poco rechonchos, de frente ancha, con cráneo ligeramente braquicéfalo deformado artificialmente como el tipo tabular oblicuo, ejecutando dicha deformación en la infancia mediante la aplicación de unos artefactos fronto-occipitales, fisonomía mongoloide, leptorrinos o de nariz saliente, cabellos negros, gruesos, lacios, cuerpo lampiño, el color de la piel cobrizo, la cual pintaban de negro o rojo con la jagua, la bija y el ocre. Tenían además una constitución física débil y la dentadura buena, poco dados a los placeres sexuales y muy impresionables, siendo hospitalarios, pacíficos y humildes.

Colón hace en su diario la siguiente descripción de los Taínos:

“Los indo-antillanos crían los cabellos no crespos, salvo corredíos; y gruesos, como seda de caballos... y los ojos muy fermosos y unos pocos detrás, que tienen largos, todos de buena estatura. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hechas... ellos son del color de los canarios, ni negros ni blancos”.

Sus viviendas estaban constituidas por bohíos y caneeyes, unos de forma cuadrada y otros circulares, que servían para ser habitados por unos [sic] veinte personas, localizados en mesetas y valles fértiles y cerca del agua potable.

Las principales ocupaciones eran la caza, la pesca y la agricultura y especialmente el cultivo de la yuca, el tabaco, algodón, buniato [sic], maíz, ñame, malanga, ají, cala-

baza y frijoles. En estas labores agrícolas la mujer desempeñaba un principal, papel pues debemos señalar que la organización indígena era matriarcal.

Se alimentaban, además, de frutas (piña, mamey, guanábana, corajo, anón, coco, mamoncillo y guayaba), raíces, carnes de jutía, curiel, y tortugas, peces, mariscos, aves y perros mudos.

En su medicina casera aplicaban el coco, la yerba mora, sasafrás, guao y el jobo.

Trabajaban la piedra y la pulían, fabricando hachas petaloideas, majadores, morteros, machacadores, así como dujos o asientos de madera y cocían el barro para hacer cazuelas, ollas y botellas, que presentaban con asas zoomorfas y antropomorfas.

Entre sus adornos principales estaban los confeccionados con conchas de caracoles y pendientes de huesos y las mujeres casadas usaban unas faldas cortas llamadas *naguas*, siendo la desnudez habitual, de acuerdo con el clima tropical.

La cohoba o cobija consistía en aspirar el polvo del tabaco por la nariz.

Se religión era el behiquismo, ceminismo y culto de los antepasados, por lo cual puede decirse que era animista y totémica.

La pesca la verificaban en canoas y cayucos de madera con remos, utilizando el *pez pega* o *guaicán*, o las redes, que llevaban sumergidores.

Sus tejidos eran de algodón.

El juego de batos o pelota y los areítos tenían lugar en el batey. El juego de batos se jugaba en os bandos de veinte o más personas, no permitiendo tocar la bola más que con los hombros y las nalgas, hasta que se cometían faltas para ser anotadas en el bando contrario. Se ha considerado este juego como un simbolismo agrícola y sexual. Los *areítos* eran los bailes y cantos de los taínos, que reunidos en el batey y acompañados de tambores constituían actos recreativos.

La adaptación del taíno fue, al igual que los habitantes de las otras islas, a la vida insular, por lo cual debemos

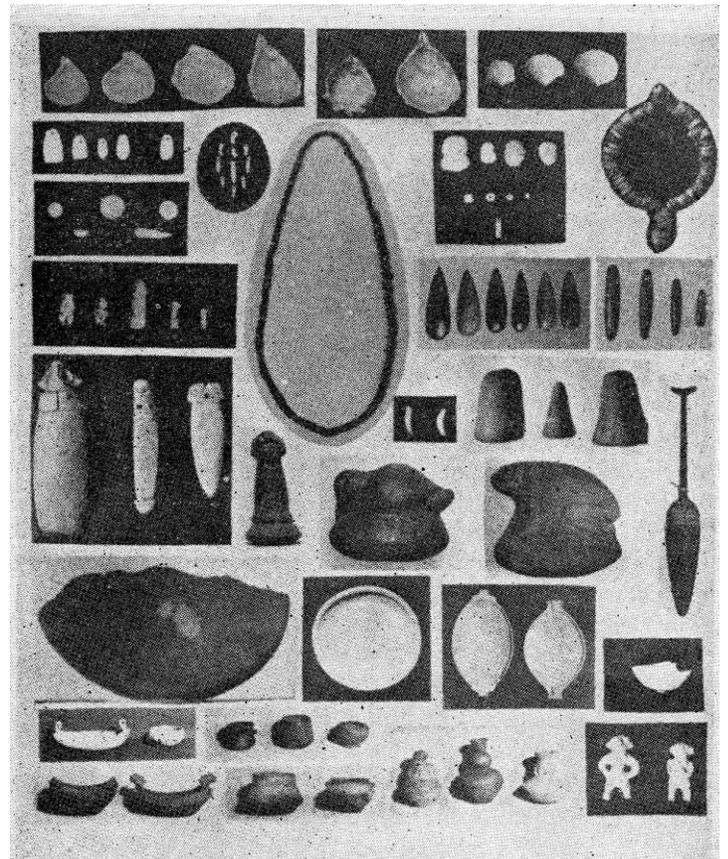


FIG. 3. Composición fotográfica de los objetos del Complejo III (Taíno)

considerar una diferenciación muy acentuada tipológicamente con los aborígenes continentales, como producto del medio de localización.

El culto de los antepasados y la existencia del *Behique* (médico, profeta, hechicero y sacerdote) fueron ritos muy destacados en esta raza, que ofrecía sus areítos, cantos y música como expresiones emocionales que pueden estimarse pobres, tal cual era su vida y su constitución física.

Entre los elementos característicos de su ajuar tenemos el hacha petaloide y la cazuela de barro; esto último supone la existencia de la alfarería, que guarda una semejanza con la cerámica de Haití, llamada *Meillac* y *Carrier* por Rouse. Además de mostrar majadores, bruñidores, objetos de hueso, idolillos, amuletos, etc., los cuales han sido hallados en las exploraciones de asientos pertenecientes a este grado cultural, principalmente en la provincia de Oriente.

En su organización social tenían distintos grados o estratos sociales como Caciques, Nitaínos, Baquías, Na-

borías, correspondiendo a los *Ciboneyes* este último, o sea los agricultores.

El principal alimento lo obtenían de la yuca, de la que fabricaban el casabe.

Entre las enfermedades que consideraban como obra de los males espíritus, estaba la sífilis, que era endémica, la cual curaban con la planta llamada *guayacán*.

Sus costumbres funerarias eran enterrar los cadáveres en determinados lugares o lometones, formando montículos y colocando los muertos en posición flexionada, es decir con las extremidades situadas tal como se coloca el feto en el vientre de la madre, con los cráneos mirando hacia el este, aunque en algunos casos dejaban al aire libre el cadáver y después se verificada [sic] la descomposición enterraban las osamentas. Practicaban el culto a los muertos.

El profesor de la Universidad de La Habana doctor Carlos García Robiou dice al referirse al culto de los muertos lo siguiente:

“La creencia en el más allá era intuitiva e inherente al entendimiento humano y cuando se relaciona con la vida y la muerte, correspondía a toda la humanidad primitiva”.

Por eso el culto de los muertos subsistió entre los indios, que enterraban los cadáveres acompañándolos de su ajuar, comidas, bebidas y objetos especiales para esos ritos religiosos que eran como ofrendas, aunque de modo más elemental que en las otras Antillas Mayores.

La distribución de los Taínos en la Isla de Cuba era la siguiente:

Provincia de Oriente: Banes, Puerto Padre, Maisí, Bayamo, Holguín, Manzanillo y Santiago de Cuba.

Provincia de Camagüey: Guáimaro, Ciego de Ávila, Morón y costa sur.

Provincia de Las Villas: Cienfuegos y cayo La Aguada, al noreste de Caibarién.

En las restantes provincias existen algunos lugares donde se han determinado hallazgos de artefactos perte-

necientes a esta cultura, pero es necesario hacer mayores investigaciones al efecto. Debemos señalar que en la provincia de Pinar del Río existió un centro agrícola en *Guaniguanico*, posiblemente fundado por traslado de algunos pobladores a ese lugar, procedentes de la parte oriental de la Isla de Cuba.

En el año 1950 se efectuó en La Habana la reunión en Mesa Redonda de los Arqueólogos del Caribe, convocada por la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, siendo presentada una moción por el Grupo “Guamá”, en la que trataba de llegar a un acuerdo sobre la denominación de los grupos culturales aborígenes que existieron en la Isla de Cuba, los que clasificaron en Complejos Culturales I, II y III.

En la citada reunión se nombró una Comisión, formada por el antropólogo norteamericano, especializado en estudios indológicos en la región del Caribe, doctor Irving Rouse, profesor de la Universidad de Yale, y el doctor René Herrera Fritot, del Grupo “Guamá”, y profesor de la Universidad de La Habana, para que redactaran una ponencia sobre las características de cada complejo, no obstante muchos arqueólogos de Cuba y del extranjero siguen usando las denominaciones de Guanahatabeyes, Ciboneyes y Taínos y así lo reconoce el doctor Oswaldo Morales Patiño, cuando dice:

“Desde luego, no se trata de una imposición puesto que fue producto de un debate libre y amplio en el que se pronunciaron y estuvieron presentes todos los criterios”.

“Posiblemente algunos de los allí presentes han seguido manteniendo y empleando las denominaciones que antes usaban, con lo cual no está reñido el acuerdo con el que intervinieron, pero sin haber expresado en esa ocasión su inconformidad, acatando la decisión de la mayoría, que resultó unánime, puede estimarse una falta de sportmanship el no utilizar los nombres aprobados si no resultara que con ello se mantiene el enredo y la anarquía puesto que se hace preciso para entendernos, el mantenerse muy al tanto de cómo entiende cada autor la distribución de las culturas

o pueblos. La agrupación en “complejos” es sencillamente un sistema común de denominación y un medio de facilitar el entendimiento y de permitir las comparaciones”.

Vamos a ofrecer una relación de los objetos arqueológicos y características de los asentamientos de pueblos, que corresponden a cada Complejo, y unas composiciones fotográficas, confeccionadas por el doctor Oswaldo Morales Patiño para facilitar el conocimiento de este nuevo ordenamiento.

COMPLEJO I:

- a) *Objetos de concha*: Gubias, cucharas, picos de mano, raspador de concha, plato triangular, recipiente de grandes caracoles ahuecados y cuentas discoidales rústicas recortadas.
- b) *Objetos de piedra*: Guijarros naturales sin retoques utilizados según su forma original como percutores, desbastadores, majadores y picos; lascas de sílex sin retoques adicionales y relativamente poco abundantes.
- c) Estaciones o asentamientos no muy grandes y aislados.

Véase la composición fotográfica de los objetos del Complejo I.

COMPLEJO II.

- a) *Objetos de conchas*: Gubias, cucharas, picos de mano, plato triangular, recipientes de grandes caracoles ahuecados, martillo de concha, gubia de dedo y microcuentas. Estos instrumentos son idénticos a los del Complejo I pero aparecen en menor proporción.
- b) *Objetos de piedra*: Morteros, manos de mortero, principalmente de basalto rojo, majadores principalmente de basalto rojo, percutores principalmente de basalto rojo, piedras tintóreas, morteros planos o lajas para moler colorantes, piedras moledoras o lajas para moler los colorantes, lascas de sílex, cuchillas, raspadores, punzones, puntas de flechas de lá-

minas sencillas, esferas de piedra muy regulares, dagas líticas y colgantes pectorales líticos laminares.

- c) *Objetos de madera*: Bastones ceremoniales y recipientes de madera.
- d) *Objetos de hueso*: Agujas de espinas de peces, cuentas de dientes y collares de vértebras de tiburones.

Realizaban la talla con simetría pero sin representaciones antropomorfas y sólo en raras ocasiones geométricas sencillas.

Véase la composición fotográfica de los objetos del Complejo II.

COMPLEJO III.

- a) *Objetos de conchas*: Gubias, cucharas, raspadores, pendientes y cuentas de olivas, pendientes laminares con siluetas antropomorfas estilizadas, microcuentas, idolillos pendientes, dentadura de ídolos, ojos de ídolos y espátulas vómicas.
- b) *Objetos de piedra*: Hachas petaloideas, que son abundantes, buril o estilía, percutor, pulidor discoidal, majadores simples, pendientes antropomorfos, cuentas y pendientes cilíndricos, pulidor poliédrico, sumergidores planos con escotaduras y lascas de sílex.
- c) *Objetos de hueso*: Pendientes de colmillos y espátulas vómicas.
- d) *Objetos de madera*: Ídolos, canoas, remos, macanas y palos aguzados.
- e) *Objetos de barro*: Burén, plato, bandeja, escudilla, cazuela, olla, jarra, botella, idolillo de barro, ornamentación predominantemente incisa con asas sobresalientes.

Este complejo se caracteriza por abundante alfarería y talla perfecta de los materiales duros, aplicando la ornamentación adicional con representaciones antropomorfas, zoomorfas y fetomorfas. Otros asentamientos de los pueblos se localizan en mesetas altas, conociendo la agricultura y elaborando las fibras vegetales. Aplicaban la deformación craneal de tipo tabular oblicua.

Exploraciones en Cienfuegos permiten la localización de sitios arqueológicos aborígenes

Marcos E. RODRÍGUEZ MATAMOROS* y Léster PUNTONET TOLEDO**

*Universidad “Carlos Rafael Rodríguez” de Cienfuegos. ** Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Cienfuegos, Cuba.

En días recientes se practicaron exploraciones en la zona de Yaguaramas, término municipal de Abreus, al oeste de la bahía de Jagua, en las que participaron el eficiente colaborador Camilo del Valle Reyes y el licenciado Léster Puntonet, como responsable de este trabajo de campo. El mismo se preparó a partir de informaciones aportadas por el referido colaborador, quien dijo haber localizado un área con evidencias arqueológicas aborígenes en un sitio ubicado en la margen izquierda del río Alcalde Mayor, el que conjuntamente con el Yaguaramas y el Hanábana, constituyen las corrientes fluviales más importantes de esa zona próxima a la costanera norte-oriental de la Ciénaga de Zapata.

Esa región es significativamente abundante en topónimos aborígenes, siendo el más conspicuo el de Yaguaramas, hoy un poblado de cierta importancia, que según la tradición popular conserva el nombre de la antigua aldea taína fundada por el cacique jamaiquino de igual nombre, el que de acuerdo con la leyenda recogida por Juan A. Cosculluela (1961 [1918]), con anuencia de los caciques de Jagua, Hanábana y Cubanacán, se asentó con su pueblo en esa zona, luego de haber completado el periplo en canoas desde el extremo más occidental de Jamaica hasta las costas de Jagua, donde desembarcó. De haber sido hechos reales los que inspiraron esta leyenda, los mismos tuvieron lugar algunos años antes de la llegada de los conquistadores españoles, es decir, durante el siglo XV de nuestra era, por lo que no es extraño que haya permanecido viva en la memoria histórica de la zona. Otros topó-



FIG. 1. Vista parcial del residuario Alcalde Mayor

nimos en la región de indiscutible procedencia aborígen son Matún, Sinú, Juraguá y el ya mencionado Hanábana.

De la misma manera, hasta hace relativamente poco tiempo los lugareños conservaban en la memoria el nombre de Anaconte, como el de uno de los caciques residentes en aquella zona. Así lo recogió Cosculluela en sus notas de campo, de boca de Epifanio Díaz, entonces natu-



FIG. 2. Perforador

ral residente de aquellos aislados parajes, quien conservando las características raciales de los indocubanos, se autotitulaba descendiente del referido cacique.

Es por tales razones, entre otras, que no fuera extraño el reporte de nuestro colaborador, por lo cual se preparó el trabajo de campo cuyos objetivos fundamentales eran comprobar la existencia real de este sitio arqueológico, apreciar el estado de conservación del mismo, ubicarlo cartográficamente, calcular sus dimensiones teniendo en cuenta las evidencias arqueológicas superficiales apreciables a simple vista y su dispersión, así como coleccionar algunas de éstas como muestras representativas de este sitio. Estos objetivos se cumplieron en la misma jornada de trabajo.

Se verificó la presencia de este residuario, el cual como la gran mayoría de los ya localizados en esta provincia, no se encuentra en estado virginal, ya que los terrenos en que se encuentra fueron hace años y durante décadas dedicados a la producción agrícola. Hoy constituyen potreros. Otro detalle observado y verificado es que durante las grandes crecidas del río Alcalde Mayor, las aguas de



FIG. 3. Punta desviada

éste invaden el sitio, causando erosión con la consecuente alteración de las capas superficiales. No obstante es posible apreciar la elevación del terreno o montículo ocasionada por la gran acumulación de basura arqueológica.

Este nuevo sitio que se incorpora al censo arqueológico de nuestra provincia, la región central y de Cuba, ha sido denominado Alcalde Mayor 1, ya que se pudo apreciar la existencia de otros residuarios en la misma riberia del río y a algunos centenares de metros, así como uno ubicado en la margen opuesta, los que están por ser visitados.

En cuanto a las evidencias coleccionadas éstas consisten en cierto número de piezas de piedra tallada, entre las cuales se han podido identificar algunas herramientas como perforadores, puntas, raspadores con muescas y otras. A pesar de que la muestra es exigua como para caracterizar la industria, podemos decir que el ejemplar de mayores dimensiones de la misma es una lámina corta que mide 6 cm de largo por 3 cm de ancho, por lo que podemos describirla preliminarmente como una indus-

tria de pequeñas a medianas dimensiones. Hay una punta de sílex de tipo desviada que mide 3,7 cm de largo por 1,8 cm de ancho. Hay también un bello perforador en núcleo que mide 3,1 cm de alto por 3,7 cm de ancho por 1,9 cm de espesor.

También fue hallada una gubia de concha completa cuyas dimensiones son 6,2 cm de largo por 5,3 cm de ancho en la pala y 1,8 cm de profundidad en el arco de la misma.

Hay también tres fragmentos de recipientes de cerámica que denotan una buena hechura y cocción, cuyos grosores van desde 1 cm hasta 0,8 cm. Estos fragmentos no se corresponde con los bordes de los recipientes originales, así es que constituyen más bien partes de los fondos o respaldos. Estas evidencias, aunque escasas, pudieran indicar que se trató de una comunidad indígena conocedora de la tecnología alfarera, aunque todavía es muy pronto y aventurado emitir criterios sólidos al respecto. Las exploraciones que se practicarán en los meses del próximo período seco y fresco, permitirán hacer colectas de superficie más representativas y entonces podrá informarse con mayor rigor científico acerca de las características tecnopológicas de estos materiales y una caracterización socio-cultural más certera de la comunidad aborigen que nos dejó estas evidencias materiales.

Fue recuperado además un fragmento de hemimandíbula humana de apariencia muy antigua dado el avanzado grado de mineralización que se observa en la misma. Conserva parte de un premolar, pero no hay vestigios de los alveolos en los que debieron estar engastados los molares, por lo cual tiene aspecto de haber pertenecido a un individuo de avanzada edad o bien a uno que perdió tempranamente sus molares.

Referencias

COSCULLUELA, J. A. (1965), *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*. Comisión Cubana de la UNESCO, La Habana.



FIG. 4. Gubia de concha



FIG. 5. Fragmento de mandíbula humana. Vista lateral

II Taller de Arqueología Aborigen y Colonial: Museo de Sitio Asentamiento Fundacional de la Villa de Sancti Spíritus. Principales resultados

Orlando ÁLVAREZ DE LA PAZ*, Luís OLMO JAS**, Roger ARRAZCAETA DELGADO*** y Alfredo RANKIN SANTANDER****

*Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Sancti Spíritus. ** Grupo Samá de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana. *Investigador independiente, Cuba.

Durante los días 5 al 8 de abril de 2010, arqueólogos espirituanos del Centro Provincial de Patrimonio Cultural, el Departamento de Arqueología de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Trinidad y el Valle de los Ingenios, el Museo General Municipal de La Sierpe y el grupo Samá de la Sociedad Espeleológica de Cuba, desarrollaron el *II Taller de Arqueología Aborigen y Colonial: Museo de Sitio Asentamiento Fundacional de la Villa de Sancti Spíritus*.

El taller tuvo como objetivo principal realizar prospecciones y excavaciones arqueológicas en la estación Tuinicú 5, descubierta el 5 de junio de 2009, oportunidad en que se recogieron materiales de la primera mitad del siglo XVI relacionados con el proceso de contacto indohispánico, la colonización española y la época en que se produjo la fundación de la villa de Sancti Spíritus.

El sitio de contacto indohispánico es el segundo descubierto en Sancti Spíritus, después del localizado por Sanzo y colaboradores (1991), en Loma de Tomás, en la localidad de Pueblo Viejo.

El residuario se encuentra enclavado en la margen oeste del río Tuinicú, próximo a la desembocadura del arroyo de La Botella, conocido en 1867 como El Fraile, dentro de la cuenca de inundación de la presa Zaza. Por esta razón, toda esta zona ha permanecido sumergida bajo las aguas del embalse, desde 1992 y durante 19 años.



FIG. 1. Estación arqueológica Tuinicú 5. Campamento base

Los especialistas tenían ante sí una carrera contra el tiempo, pues se trataba de acopiar el mayor volumen de información y de materiales que permitieran identificar su patrón de asentamiento.

La primera dificultad con la que se enfrentaron fue poder determinar con certeza el lugar donde habían sido recogidas las evidencias en la exploración del 5 de junio de 2009, pues la geografía del lugar se había ido transformando sustancialmente en la medida en que las aguas fueron descendiendo hasta quedar por debajo de la cota de los 20 o 30 metros de altitud sobre el nivel del mar, creciendo una densa población arbustiva compuesta en lo fundamental por la especie conocida por el nombre vulgar de Weyler.

En una visita previa, el 23 de marzo de 2010, cuyo propósito constituía en acondicionar el terreno para el futuro desarrollo del taller, se exploró meticulosamente una estrecha franja de terreno a lo largo de la ribera oeste del río Tuinicú, de donde las aguas se habían retirado recientemente y por consiguiente el área estaba desprovista de vegetación, logrando determinar con exactitud un sector donde afloraban, entre otras cosas, fragmentos de botijuela de principios del siglo XVI que coincidían con el lugar indicado en el croquis realizado en la exploración del 5 de junio de 2009.

En este sitio, como en otros del país, los fragmentos de botijuela han constituido el elemento más abundante y en este caso el derrotero para la localización en el terreno de basurales de contacto indohispánico del siglo XVI.

Partiendo de este sector se tuvo que desmontar dentro del tupido Weyler sendas trochas orientadas, la primera partiendo del lugar donde apareció la concentración de botijuelas de este a oeste y la segunda de norte a sur, conformando una extensa cruz de coordenadas, donde con posterioridad serían ubicadas las calas exploratorias; partiendo del punto origen donde estas se cortan.

Los cateos exploratorios indicaron una abundante concentración de piezas europeas y aborígenes hacia el este del punto origen de la cruz de coordenadas. La basura arqueológica se concentraba a pocos metros de la barranca del río Tuinicú, lugar escogido para realizar las excavaciones. Hacia el sur, las calas aportaron elementos correspondientes a períodos ocupacionales asentados posteriormente en el lugar, probablemente de los siglos XVIII y XIX, disminuyendo los aborígenes; razón por la cual el asentamiento se considera como multicomponente.

Para las excavaciones se empleó el método de *cruz de coordenadas* propuesto por el arqueólogo cubano José Manuel Guarch Delmonte (1987) y la *Matriz de Harris* (Harris 1991).

La estratigrafía del yacimiento la componen cinco unidades. La primera formada por una vegetación arbustiva, seguida de un estrato herbáceo, debajo del cual se acumu-

la un manto de hojarasca y otros detritus; el cual cubre una capa de arena, conchas fluviales, cantos rodados y residuos de arrastre o deposición, donde pueden conseguirse algunas piezas. Le sigue una interface muy fértil compuesta por materiales arqueológicos europeos y aborígenes que se sitúan sobre o a poca profundidad dentro de un quinto nivel constituido por un suelo loam (arcillo-arenoso) profundo y pobre en evidencias.

Con las excavaciones se consiguió coleccionar un apreciable número de fragmentos de botijuelas sin vidriar, usadas para contener granos y otros productos sólidos y en menor cantidad vidriadas para el almacenamiento de líquidos como aceites, vinos y agua.

Se validó la presencia aborígen al acopiarse un porcentaje elevado de fragmentos de cerámica, pertenecientes a bordes y otras partes de los ceramios; así como dos porciones de asas de tetón comunes en la alfarería de grupos ceramistas agricultores. También fue frecuente la piedra tallada.

Entre las cerámicas menos abundantes estuvo la mayólica, casi toda representada por la *Columbia plain* con vidriado blanco. Se recogieron además, fragmentos de cerámica ordinaria de vidriado de plomo, tipo *Verde Morisco*, de España, con un rango de datación de la producción entre 1490-1550. Las superficies de estos ceramios pueden estar cubiertas con el vidriado color verde esmeralda o la externa en verde esmeralda y la interna de tono blanco como en este caso. Las formas más conocidas son las de albarello, botella, escudilla, cantimplora y porta vela, o sea, formas utilitarias de cocina y para el servicio de la mesa. Este tipo de cerámica deriva de la tradición alfarera medieval hispano-musulmana (Arrazcaeta 2010). También se hallaron fragmentos de metal ferroso entre ellos un clavo de herrar.

Otro elemento se agrega a la lista y tiene que ver con la presencia *in situ* de restos óseos y molares de cerdo, especie que desde los primeros momentos de la conquista se introdujo en Cuba como parte esencial de su dieta y que constituye una referencia cronológica al primer cuarto del XVI.



FIG. 2. Registro, catalogación y embalaje de las evidencias, sitio Tuinicú 5. De izquierda a derecha los arqueólogos Yuseivis López Jiménez y Orlando Álvarez de la Paz



FIG. 3. Vasija de cerámica localizada en el sitio Las Bocas, elaborada por el método del acordelado



FIG. 4. Fragmento de clavo de herrero, in situ (siglo XVI)



FIG. 5. Fragmentos de vasijas de cerámica con la depresión en el fondo, semejante al encontrado en el cerámico de Las Bocas. Sitio Tuinicú 5



FIG. 6. Detalle de la vasija hallada en Las Bocas donde se observa la aplicación de una depresión en su fondo



FIG. 7. Distribución espacial de las evidencias, sitio Tuinicú 5

Llama poderosamente la atención no haber encontrado restos óseos de jutía (*Capromys* sp.), jicoteas (*Pseudemys* sp.) y de otras especies habituales en la dieta aborígen, aspecto que pudiera señalarnos un desarraigo de las actividades subsistenciales tradicionales de los indocubanos, provocada por una adaptación forzada por las nuevas circunstancias impuestas por la colonización española en Cuba.

Esto pudiera explicar también la ausencia de evidencias vinculadas a una de las industrias más representativas de las comunidades aborígenes agricultoras ceramistas de la región de Sancti Spíritus: la piedra tallada en volúmenes pulidos, de la cual son muy populares las hachas petaloides y toda una gama de arqueolitos que tienen que ver o se derivan de su proceso constructivo, utilización y reutilización de partes de éstas. Los aborígenes de Tuinicú 5 parecen haber sido despojados ya de esta indumentaria milenaria.

Las excavaciones revelaron además, un enigmático detalle en la manufactura de la cerámica; consistente en provocar una depresión cóncava en el fondo de las vasijas, aplicadas desde la superficie exterior del fondo y hacia el interior del tiesto. En opinión de los especialistas, pudiera tratarse de un caso particular de transculturación indohispánica con dos vertientes de interpretación, o bien el aborígen trató de reproducir en su cerámica las características del fondo de las vasijas de mayólica hispanas o la manera de manufacturar la cerámica por la técnica del acordelado —propia del aborígen— fue asimilada por el europeo a la hora de modelar las formas y características tradicionales de sus vasijas, utilizando para ello el barro preparado a la manera aborígen.

Mención aparte merece la exploración del día ocho a la desembocadura de la Tercera Cañada, situada río abajo —en la ribera oeste del río Tuinicú— a 1500 m del sitio Tuinicú 5. En el lugar conocido como Las Bocas se colectaron algunos fragmentos de botijuela y una herradura del siglo XVI, así como fragmentos de cerámica aborígen, una punta de hacha petaloides, un sumergidor de red, per-

cutores, majadores, desbastadores y piedra tallada, convirtiéndose en la tercera localidad de contacto indohispánico encontrada en esta zona.

En una posterior expedición a Las Bocas, se ubicaron y excavaron 30 calas exploratorias siguiendo la misma metodología aplicada en el sitio Tuinicú 5, a lo largo de la ribera oeste de la Tercera Cañada y en parte del río Tuinicú, momento en que no es posible definir un núcleo habitacional como el de Tuinicú 5. No obstante, se recuperó otro reducido e importante muestrario aborígen, resultando el tramo de unos 100 m de la margen oeste de la Tercera Cañada hasta su desembocadura en el Tuinicú, el de mayor número de útiles.

En extremo valioso resultó la colecta en el lugar de un ceramio fragmentado que conservaba todas sus partes, con similar depresión en el fondo de la vasija al encontrado en Tuinicú 5. Hasta ese momento el número de evidencias con esta característica se reducía a dos piezas. Lo referido constituye, de hecho, una nueva particularidad que modifica las formas tradicionales de la cerámica, no descrita en la literatura arqueológica de Cuba, que se reporta por primera vez en el sitio Las Bocas, en la región arqueológica de Sancti Spíritus.

La cuantificación del material arqueológico colectado en la superficie en Tuinicú 5 ha posibilitado identificar cuatro nuevos fragmentos de fondo con similares características.

En esta visita también se exploró la ribera oeste desde la Tercera Cañada hasta la desembocadura del río Tuinicú y de aquí, por la misma margen del río Zaza, hasta la desembocadura del río Yayabo, oportunidad en que se registran dos nuevos solares arqueológicos con cronologías del siglo XVI. El primero de ellos con mayólica *Columbia plain* y botijuela a unos 250 m de la desembocadura del Tuinicú y el otro al salir de la desembocadura de este río y entrar en la margen oeste del río Zaza, con cerámica aborígen y botijuelas.

Por su parte, en la exploración del 13 de mayo de 2010, se descubre otra estación con botijuela en la margen este

del río Zaza, próxima a la desembocadura del Tuinicú, cercana a la encontrada en el área 2 del asentamiento Zaza 5; donde se ubicaron dos fragmentos de mayólica.

El día 25 del mismo mes y año, otras dos localidades son identificadas en la ribera este de la desembocadura del río Yayabo, donde se colectan botijuelas y cerámica aborígen.

Hasta mayo de 2010 y tras el eficiente cumplimiento del plan de prospecciones y excavaciones, aprobado como parte del proyecto *Museo de Sitio. Asentamiento Fundacional de la Villa de Sancti Spíritus*, se han descubierto más de 100 estaciones de colecta aborígenes, coloniales o multicomponentes, explorándose más de 90 km en la cuenca de inundación de la presa Zaza, de cinco que existían antes de comenzar la puesta en marcha del proyecto el 16 de febrero de 2009.

Estos yacimientos relacionados con la época de la conquista española se distribuyen en una zona enmarcada a partir del sitio Tuinicú 5, concentrándose desde Las Bocas, pero principalmente entre las desembocaduras de los ríos Tuinicú y el Yayabo.

A pesar de que algunos historiadores ubican el lugar de fundación de la villa entre el arroyo La Botella (El Fraile) y el de Puente Palo (Pueblo Viejo) —en la margen derecha del Tuinicú— en un lugar donde existía un asentamiento de indios o próximo a este; cuya zona coincide

con la mayor concentración de estaciones arqueológicas con exponentes del siglo XVI, halladas durante la ejecución del presente proyecto, sin embargo, no se ha podido ubicar ningún yacimiento aborígen en el que se haga evidente este contacto o convivencia con el colonizador.

Esta situación, unida a las características de los emplazamientos y del ajuar colectado en ellos, no es concluyente como para plantear que la fundación de la villa ocurrió en esta zona. Hasta tanto no se concluya la exploración integral de toda el área y el correspondiente estudio de los materiales en ellos colectados, no se podrán emitir nuevas consideraciones al respecto.

Referencias

- ARRAZCAETA DELGADO, R. (2010), Apuntes sobre la cerámica del sitio de contacto y transculturación indohispánica Tuinicú 5, Sancti Spíritus, Cuba, inédito.
- GUARCH, J. M. (1987), *Arqueología de Cuba: métodos y sistemas*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- HARRIS, E. C. (1991), *Principios de estratigrafía arqueológica*. Editorial Crítica, Barcelona.
- SANZO RODRÍGUEZ, J.; U. LAZO RODRÍGUEZ y F. BISMARCK GONZÁLEZ (1991), *Pueblo Viejo. Sitio de contacto cultural del siglo XVI*, 35 p., inédito.

Ordenar y nombrar el pasado aborigen en páginas de la Revista Catauro

Ulises M. GONZÁLEZ HERRERA

Departamento de Arqueología, Instituto Cubano de Antropología, Cuba.

Recientemente ha sido publicado el No. 20 de *Catauro, Revista Cubana de Antropología*, gracias a la ardua y sistemática labor divulgativa de la Fundación Fernando Ortiz, que en esta ocasión ha incluido entre sus 220 páginas un espacio para reflexionar sobre tópicos específicos en materia de arqueología aborigen. Luego de una breve, pero necesaria introducción a cargo del etnólogo y Presidente de la Fundación Fernando Ortiz, Miguel Barnet, se inicia la sección *Contrapunteos* con las discusiones e intercambios académicos suscitados durante el desarrollo del taller titulado, *Propuesta de periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba*, que tuvo lugar en octubre del 2008 en la Biblioteca Ruben Martínez Villena de Ciudad de La Habana.

Complementan el debate referido los artículos, *Cultura e identidad en la sociedad tribal prehispánica de Cuba. El problema de los estudios de reconstrucción etnohistórica*, de González Herrera, y *Metodología, nomenclatura y teoría en torno a los antiguos pobladores del archipiélago cubano*, de Moreira de Lima. El primero como un acercamiento al análisis crítico de las fuentes históricas que han servido como referentes en nuestra historiografía para el abordaje de los conceptos de cultura e identidad, y el segundo como oposición evaluadora del marco teórico empleado en la propuesta de periodización que constituyó el eje de los debates en el taller. Ambos de crucial importancia para entender los derroteros teóricos por los que atraviesa la ciencia arqueológica en nuestro país.

Prosigue la sección *Imaginario* con un merecido homenaje al destacado escritor, editor, dibujante y pintor

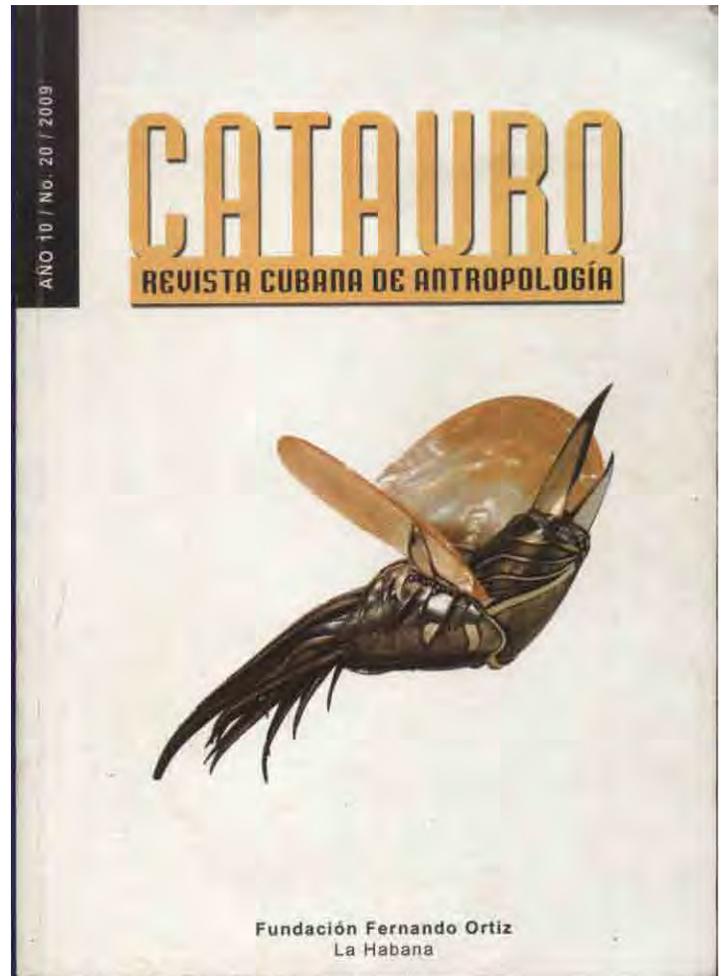


FIG. 1. Portada del número 20 de la revista *Catauro*

Samuel Feijó, donde se incluyen valoraciones de su obra y una selección de textos del propio autor. Para beneficio de la comunidad de arqueólogos antillanos se reeditan dos documentos imprescindibles para el estudio de nuestras sociedades prístinas, exponentes de enfoques teóricos divergentes entre si, pero sin dudas, como antecedentes investigativos de obligada consulta: *Reunión en Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe* (1951) y *Nueva estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*,

de José M. Guarch del Monte (1990). Cierra este espacio con las palabras pronunciadas por el geógrafo Antonio Núñez Jiménez en abril de 1969, con motivo de un sentido homenaje ante la desaparición física del eminente etnólogo Fernando Ortiz Fernández.

Dando continuidad a estas páginas, pero ya en la sección, *Desde L y 27*, los lectores podrán documentarse con disímiles noticias relacionadas con el quehacer investigativo en el campo de las ciencias sociales; premios, presentaciones de números anteriores de la revista, libros de reciente publicación, entre otras novedades. Completa este número la sección, *Ex Libris*, con las acostumbradas notas críticas a obras recientemente publicadas.

La importancia de los debates científicos reflejados en este número, en torno a los problemas de orden teórico tratados en el taller, amerita que nos detengamos a exponer algunas consideraciones generales sobre el tópico, que a nuestro entender pudiesen ampliar la información para los especialistas y lectores en general. Ante todo es importante destacar que el intento de ordenar el panorama arqueológico aborígen de Cuba cuenta hasta la fecha con más de diez propuestas a lo largo de la historia de las investigaciones arqueológicas. La heterogeneidad de posiciones teóricas y el alcance científico propio del momento histórico en que se han diseñado los esquemas ha complejizado las terminologías, afectando a la esfera docente e investigativa. El propósito de llegar a un consenso entre la comunidad de arqueólogos cubanos para la discusión de estos problemas se reanudó, luego de varios años de silencio, con la VII Conferencia Internacional de Antropología 2004, organizada por el entonces Centro de Antropología, y luego con el 1er. Taller Nacional Problemas Contemporáneos de la Arqueología en Cuba, organizado por el grupo de Arqueología del Centro de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM) en septiembre de 2005.

Posteriormente se retomó el tema en la 14 Jornada de Arqueología de Holguín, en octubre del 2006 y en la VIII Conferencia Internacional de Antropología, organizada

por el Instituto Cubano de Antropología, en noviembre del mismo año. En las sesiones de esta última resurgió el acuerdo, ya reclamado con anterioridad en los referidos eventos del 2004 y 2005, de crear un grupo de trabajo investigativo que de forma sistemática trabajara en la formulación de un esquema que reflejara la totalidad social y económica de las sociedades en estudio, y buscara nuevos referentes empíricos y teóricos para el trabajo con la categoría “cultura”, entre otros aspectos.

Desafortunadamente dicha convocatoria no tuvo el alcance esperado y solo se volvieron a tocar aristas del tema en el II Seminario Internacional de Arqueología, organizado por el Gabinete de Arqueología, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, en septiembre de 2007. Para enero de 2006 un colectivo de investigadores del Instituto Cubano de Antropología había asumido la tarea de redactar la obra, *Los aborígenes en la Historia de Cuba*, estudio que sistematizó la historia antigua y las etapas tempranas del coloniaje hispano en la isla con un enfoque histórico sustentado en más de 40 años de investigación arqueológica.

El texto tenía entre sus objetivos fundamentales apoyar la enseñanza superior, dotando a educandos y educadores con un material que actualizara los datos arqueológicos disponibles y permitiera la comprensión de los cambios económico-sociales esenciales en el devenir histórico de los antiguos pobladores. En el marco de este proyecto se decidió trabajar con una nueva propuesta de periodización para la historia aborígen del archipiélago, teniendo en consideración que una anterior división en etapas económicas y subsiguientes fases con sus respectivos desarrollos (Guarch 1990) no permitía, desde nuestra óptica, una visión más amplia de la totalidad socioeconómica estudiada y reflejada en el registro arqueológico.

De esta forma se diseñó una primera aproximación al esquema en cuestión, que no pretendió convertirse en documento rector para la actividad investigativa en el país. El mero carácter instrumental de la nueva propuesta tampoco avizoró el alcance de discusiones de mayor en-

verdad, como había sucedido con la Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe en 1950. Nuestro esfuerzo sí abogó por el replanteamiento de aspectos teóricos medulares, que a nuestro entender, contribuyó a abrir las puertas a enfoques teóricos un tanto divergentes en nuestra historiografía, en cuanto al análisis y empleo de las categorías del materialismo histórico en función de la reconstrucción etnohistórica que nos convoca. En tal sentido pensamos que es un acercamiento a las propuestas de la Arqueología Social Latinoamericana, aún cuando muy certeramente Torres (2009) argumentara incongruencias en el empleo de las categorías asumidas en nuestro esquema.

Considerando que la obra pugnaba por constituirse en un documento fundamental de apoyo a los estudios superiores del país, se decidió exponer el marco teórico-conceptual de la misma en el seno de la comunidad de arqueólogos nacionales, con el objetivo de obtener una mayor valoración del esquema por parte de los investigadores que aún no lo conocían. Surgió así la idea conjunta de la Fundación Fernando Ortiz y el Instituto Cubano de Antropología de convocar a un taller para retomar una vez más los debates en torno a problemas de clasificación y ordenamiento cronológico de nuestras comunidades aborígenes.

Asistieron a este debate importantes figuras de las ciencias sociales del país, que contribuyeron a prestigiar el taller con sus valoraciones sobre el tema en cuestión. El lector podrá encontrar en las páginas de la revista tituladas, *Otras intervenciones*, la gran heterogeneidad de posiciones teóricas con relación al tema de las nomenclaturas. Algunos criterios abogaron por continuar empleando “etiquetas” de construcción contemporánea, en tanto permiten el entendimiento con el historicismo cultural, posición fuertemente entronizada durante décadas en nuestras investigaciones arqueológicas, o porque sencillamente cambiar las denominaciones entrañaría complejizar los esquemas históricos ya establecidos, especialmente para el sistema educacional cubano. Otros investigadores (Godo

y Torres, *loc cit.*) con análisis orientados a las propuestas de la Arqueología Social Latinoamericana enfatizaron en la necesidad de reevaluar detenidamente la categoría “cultura”, adecuándola a la especificidad de nuestro registro arqueológico.

Esperamos que el espacio de debates reflejado en las páginas de este nuevo número abra otras aristas de análisis teóricos a la comunidad científica del país. Firmes en este propósito, confiamos en que las futuras reuniones, cuya orientación debe enfocarse en las premisas de criticar y proponer, cuenten con una adecuada sistematicidad y mayor representación de especialistas del resto de las provincias de la nación, ya que solo de esta manera se podrán aunar verdaderos esfuerzos encaminados al ordenamiento del panorama arqueológico aborigen en nuestra historia. Debemos agradecer una vez más a la Fundación Fernando Ortiz por brindar generosamente tan importante publicación en aras de divulgar las investigaciones sobre nuestras raíces históricas.

Bibliografía referenciada

- ALONSO, E. M., G. IZQUIERDO, y U. M. GONZÁLEZ (2009): “La nueva propuesta”. *Catauro. Revista Cubana de Antropología*. Año 10, no. 20: 8-13. Fundación Fernando Ortiz.
- ALONSO, E. M., G. IZQUIERDO, M. PINO, U. M. GONZÁLEZ, R. VARCÁRCEL, G. HERNÁNDEZ y E. BLANCO (2008): *Los aborígenes en la historia de Cuba*. Instituto Cubano de Antropología (Inédito), La Habana.
- COLECTIVO DE AUTORES (1951): *Reunión en Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe. Actas y trabajos*. Publicación de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología de Cuba.
- GUARCH, J. M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Colección de la Ciudad, Holguín, Cuba.
- TORRES ETAYO, D. (2009): “Otras intervenciones”, *Catauro. Revista Cubana de Antropología*. Año 10, no. 20: 43-47. Fundación Fernando Ortiz.

Reseña del libro *El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno**

Eduard ALEXANDRENKOV

Instituto de Etnología y Antropología, Academia de Ciencias de Rusia, Rusia.

El libro reseñado presenta una exposición de objetos indígenas de las Antillas, correlacionados con el texto de Ramón Pané, y está dedicado a la memoria del investigador cubano José Juan Arrom (1910-2007) “pionero en el estudio del arte precolombino del Caribe y gran conocedor de la obra de fray Ramón Pané” (p. 18). Hay palabras introductorias del Ministro de Cultura de España, del alcalde de Barcelona y del Presidente de la Fundación Caixa Galicia, los cuales subrayan, justamente, la importancia de la obra de Pané y del propio libro. Los artículos investigativos son los siguientes: “El Descubrimiento: Cristóbal Colón y el segundo viaje a las Indias” de J.P. Barbier-Mueller (pp. 22-33); “Fray Ramón Pané, primicia de América” de J. Aymar i Ragolta (pp.34-55); “La Española a la llegada de Ramón Pané” de C. Varela y J. Gil (pp. 56-71); “Tiempos difíciles: Fray Ramón Pané en la Española, 1494-1498” de J. R. Oliver (pp. 72-95); “El universo material y espiritual de los taínos” del mismo autor (pp. 136-201); “Colecciones españolas del Caribe, viajes científicos e inicio de la arqueología en las Antillas (siglos XVIII y XIX)” de P. Cabello Carro (pp. 202-221) y “Colecciones caribeñas: culturas curiosas y culturas de curiosidades” de C. McEwan (pp. 222-245). Una parte importante del libro son excelentes láminas en colores (pp. 97-135) y no menos magníficas ilustraciones de varios géneros diseminadas por el libro. Hay también un “Catálogo de obra” ilustrado (pp. 247-261), texto de la relación de Pané (pp. 262-275), glosario de palabras indígenas (pp. 276-277) y bibliografía (p. 277-285).

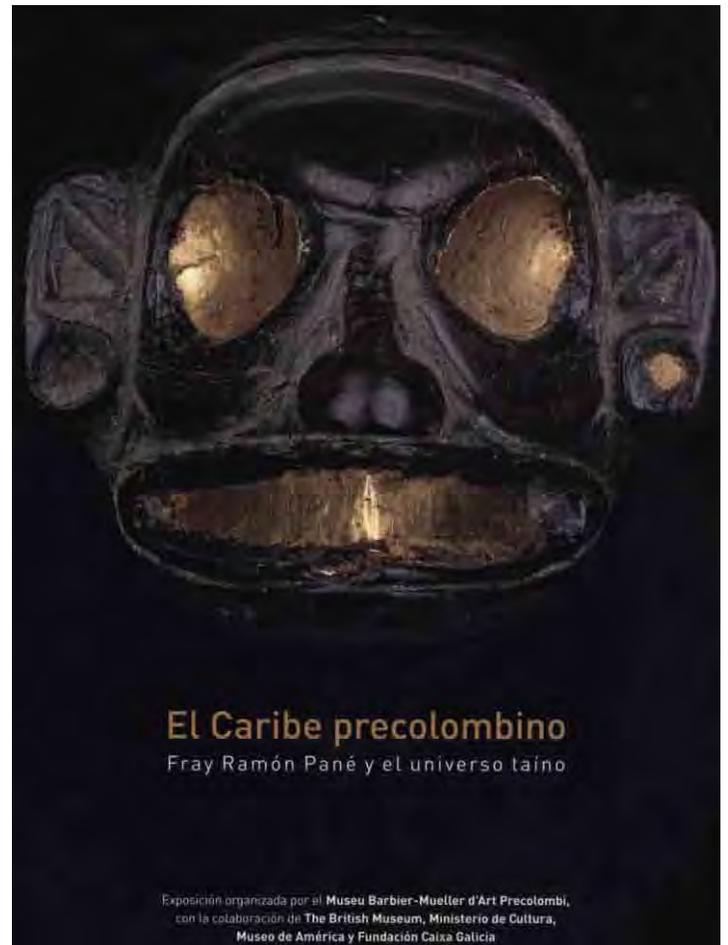


FIG. 1. Portada del libro *El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno*

Como se ve, en el libro se tocan aspectos muy variados tanto de la vida del ermitaño como del mundo indígena que él vio en La Española. Voy a tratar algunos de ellos que más llamaron mi atención.

El tema principal del libro, Pané y el mundo indígena, se desarrolla mayormente en dos artículos de Oliver. El artículo de P. Cabello Carro describe la formación de las colecciones aborígenes antillanas en España; una buena

* Estoy muy agradecido a la arqueóloga española María Isabel Martínez Navarrete por el obsequio de este libro.

parte del texto está dedicada a los trabajos de M. Rodríguez Ferrer en Cuba. C. McEwan analiza varias listas de objetos indígenas en documentos españoles del siglo XVI así como la formación de la colección antillana del Museo Británico.

Oliver, como varios otros investigadores, es partidario de que la mayoría de los materiales Pané los recogió estando en tierra de un cacique de Haití (La Española), Guarionex, desde abril de 1495 a fines de 1497 o principios de 1498. Escribe con razón que “la cultura tradicionalmente conocida como taína” no correspondía a un solo “pueblo taíno”, sino que “existía una pluralidad de sociedades”. Pero inesperadamente afirma que los portadores de esta cultura que no constituían un pueblo taíno, “estaban continuamente negociando y redefiniendo su tainidad, es decir la forma de identificarse a sí mismo y a los demás” (pp. 145-146). Al tiempo de aparecer los europeos en las Antillas, los habitantes de las islas mayores no tenían una autoconciencia común, juzgando por varios factores, entre ellos la ausencia de una autodenominación común. La palabra “taíno” para nombrar a la mayoría de los habitantes de La Española en tiempos de Colón es una denominación muy convencional y, diría, arbitraria. No conozco ningún documento que mencione esta palabra como nombre de un grupo de personas cual pudiera ser considerado como una etnia.

Oliver afirma que los cambios importantes en las culturas del Caribe entre 500 y 900 d.C. dieron lugar al surgimiento de las sociedades estratificadas en Antillas Mayores (p. 149). Aclara el desarrollo, relacionado con estos cambios, de los centros ceremoniales y divisa en estos últimos dos tradiciones: una, más temprana en sus orígenes, la de Islas Vírgenes, Puerto Rico y parte sur-oriental de La Española, y otra en el resto de esta última (sus portadores son llamados tainos “clásicos”, por Oliver). En la primera área las ceremonias se efectuaban en los espacios marcados por imágenes de las deidades (cemí) hechos en monolitos, en la otra, con espacios extensos para los ritos —no se levantaban los monolitos— y los

participantes de los ritos centraban su atención en el cacique que portaba o sostenía, piensa Oliver, los cemíes (pp. 157-158).

Oliver analiza los objetos de piedra muy discutidos en la arqueología antillana, tales como trigonolitos, cabezas de tipo macorí y anillos (o collares). Sigue la tradición de relacionar los hallazgos arqueológicos de los cráneos humanos (y de sus imitaciones en piedra) con la veneración de los antepasados (p. 161). Mas hay que tener en cuenta que se guardaban también los huesos de los descendientes, como en el caso del hijo de Yaya, según Pané, y las cabezas de los enemigos, como se sabe de la literatura etnográfica.

Me pareció interesante el intento permanente de Oliver de revelar la natura doble de imágenes aborígenes, una evidente y otra encubierta (p. 164 y otros). En la parte denominada “Animismo y multinaturalismo. Personas e íconos” Oliver expone su punto de vista sobre el arte aborígen, que es reflejo de la visión del mundo, donde, afirma Oliver, no existía la dicotomía entre la naturaleza y la cultura (p. 167). Una de las características del arte indígena, según Oliver, es que las relaciones entre diferentes partes del objeto presentado se establecen como pares de los elementos opuestos (p. 168). Oliver expone varios ejemplos que certifican su afirmación.

En base al estudio de una figurilla que sirvió de conjugación de tres partes del instrumento para inhalar el polvo alucinógeno, Oliver argumenta la inversión de esta sustancia en el pensamiento mítico aborígen (se “come” por el ano y se excreta por la cabeza o por los pies). La inversión semejante la encuentra Oliver en el rito de purificación por medio del vómito, donde “el “excremento divino” será el alimento para el alma y el espíritu humanos” (pp. 181-182).

Oliver investiga las relaciones entre los caciques y sus deidades y las caracteriza como “tensas”. Analiza varios objetos indígenas que él genéricamente califica como ídolos. Empieza por trigonolitos, siendo partidario de la opinión que sus orígenes “están relacionados con las

nociones del paisaje sagrado: las isla volcánicas vistas en el horizonte por los remeros de las canoas...” (p. 186). Da su interpretación de las figuras de madera de Jamaica que se encuentran en el Museo Británico: “el solemne Señor-espíritu-pájaro”, “el hombre alto”, el hombre bajo”, “el esposo-pájaro y la esposa-tortuga”. Las relaciona con el texto de Pané y encuentra paralelos con personajes de los mitos indígenas de América del Sur (pp.190-193). Otro grupo de objetos descritos por Oliver, aros líticos y piedras acodadas, son definidos como los más difíciles para su interpretación en todo el Caribe, porque son muy pocos encontrados en los contextos arqueológicos precisos (p. 194). Oliver convence que “el aro lítico compuesto con el trigonolito es uno de los objetos iconográficamente más complejos del Caribe” (p. 195). De una amplia lista de funciones de estos objetos supuestas por sus antecesores, Oliver se inclina a que fueron emblemas de los caciques (p. 196).

Desde mi punto de vista, en algunas consideraciones de Oliver se presentan opiniones que provienen de sus ideas generales sobre tal o cual materia y que no tienen confirmación directa en los escritos de Pané. Claro, se puede suponer algo basándose en el material arqueológico y datos etnográficos. Expresando tal o cual idea Oliver con frecuencia cita a sus trabajos, donde, puede ser, se hayan desenvuelto las pruebas. Pero hace falta que en este mismo lugar también se quede claro todo y de esa manera las dudas no surjan al lector.

Según Oliver, los aborígenes antillanos ponían el oro o guanines en lugares de “importancia simbólica” (que unen el interior encubierto con el mundo visible). Ese oro puede considerarse “el medio que permite acceder al mundo sobrenatural, siempre un mundo de oscuridad”. De acuerdo con Oliver, lo negro es ausencia del color y simboliza el mundo de los espíritus y antepasados (pp. 172-173). Se pueden presentar varias objeciones a tal afirmación. Primera, nada de eso hay en el texto de Pané. Mas: muchas sociedades amazónicas, de donde a fin de cuentas provenían los agricultores antillanos, no dividían

el mundo que los rodeaba en natural y sobrenatural. Se sabe también que en muchas sociedades aborígenes se pensó que los muertos “merecidos” vivían en lugares buenos, parecidos a los de la tierra.

Afirma Oliver que, según la relación de Pané, “los tainos asociaban la sangre y el agua con el principio femenino de fecundidad, mientras que el líquido seminal masculino estaba representado por los huesos”. Se refiere a uno de sus trabajos y a los capítulos 8 y 9 de la “Relación” de Pané (p. 173, nota 56). En el texto indicado de Pané no hay nada directamente expuesto, parecido a esta afirmación. Si sobre el agua y los huesos se puede conjeturar algo, la palabra “sangre” ni se menciona en estos capítulos.

En el análisis del rito de la cohoba se afirma, que “las cuevas, casas y receptáculos de carcasa dura, como la fruta de higüero... o los caparazones de las hicoteas o tortugas de agua dulce, eran concebidos por los tainos como úteros cósmicos” (p. 180) Nada de eso hay en el texto de Pané y sí en la literatura etnográfica sobre otros indígenas.

En el catalogo de láminas se afirma que los murciélagos representan, en los mitos tainos, el alma de los muertos (opía) (p. 250, Nº 12). En el texto de Pané no lo hay.

En el texto de Oliver aparecen algunos descuidos inexplicables. Escribe Oliver que uno de los cemíes, Opiyelguobirán, “se encargaba de que al amanecer las almas de los muertos que vagaban por el bosque volvieran a Coabay o Coabey”, la isla en la que los espíritus de los muertos vivían...”. No hay tal función del cemí nombrado en el texto de Pané. Y en cuanto a “la isla”, el texto de Pané dice: “se encuentra a un lado de la isla, que se llama Soraya” (“la isla” en este caso La Española) (p. 183-184; p. 267). Citando a Pané, Oliver incluye la palabra “líderes”, siendo “principales” en el texto de Pané (p. 89, 274). Dice que el gemelo mayor (de los cuatro hermanos míticos) inhaló el polvo (p. 165), y Pané no escribe eso.

Unas observaciones menores. Me sorprendió “concha de crustáceos” como la materia prima usada por aboríge-

nes (pp. 175, 180, 227, 240). En el libro se expone un objeto que representa un ave agarrando la cabeza humana y que se define como “colgante” (p. 147, fig. 9b en p.149; un objeto parecido en la fig. 10, p. 241, N. 16 en p. 251). Pero, en una parte la figura tiene un corte, que hace suponer que se fijaba a algo sólido por unos hilos (cordel-les?). ¿No podía ser un gancho de lanzadardos? (Figueredo 2010).

Es útil y bastante amplia la lista bibliográfica. Lamentablemente, hay una infracción de secuencia en ella en las páginas 282-283 y en 284; no aparecen algunos trabajos, presentes en las notas.

En tan interesante edición evidentemente falta un artículo sobre los problemas de la reconstrucción de los nombres propios indígenas conservados por Pané. Estos, al par de los objetos arqueológicos, merecen un estudio escrupuloso. Las interpretaciones de J. J. Arrom, quien no fue especialista en lenguas arahuacas, no siempre son aceptables, aunque se han convertido casi en un modelo.

Para tal análisis es imprescindible un conocedor moderno de lenguas arahuacas.

Referencias:

FIGUEREDO, A. E. (2010), “Nota ilustrada sobre los ganchos de tiradera en la arqueología de Cuba”. *Cuba Arqueológica*, Año III, num. 1: 36-43.

El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno. Editores: José R. Oliver [editor principal], Colin McEvan, Anna Casas Gilberga. Exposición organizada por el Museu Barbier-Mueller d'Art Precolombí, con la colaboración de The British Museum, Ministerio de Cultura, Museo de América y Fundación Caixa Galicia. Ministerio de Cultura. Comgrafic S.A. [Barcelona], 2008.

Consumación de sueños, derecho de soñar.

Reseña del libro *Arqueología en Bacuranao I*

Pedro Luis HERNÁNDEZ PÉREZ

Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, Cuba.

(...) este esfuerzo de locos, un día fue fruto de ese sueño,
pues ahora a seguir soñando.
Jorge Garcell Domínguez (13/2/2010)*

Cuando nació el grupo Camoa de espeleoarqueología, por los remotos años de 1972, 1973, un niño delgado, ágil y despierto, con apenas unos 10 u 11 años, se incorporaba a aquellos primeros “locos soñadores”, sin conciencia aún del alcance de sus pasos, que se dejaron arrastrar por los sueños de Sergio Hernández Orta, quijote de genio y estatura, andarín y explorador, quien penetraba en el conocimiento de las espeluncas del municipio San José de las Lajas, provincia La Habana, más allá de las archifamosas cuevas de Cotilla, el Cura y del Indio, que eran las tres más famosas cavidades estudiadas en la década de los años de 1940 en la localidad.

En la medida que el niño crecía, aparecían lugares fantásticos como: García Robiou, Nazareno, Castillo Ceibón, Managuaco, Meseta Roja, El Cheche, Escaleras de Jaruco, Santa Bárbara, Maspotón, Moralitos, entre otros espacios de la geografía de San José de las Lajas. Junto con las exploraciones, las fantasías de antaño se fueron convirtiendo en realidades al comenzar a encontrar la huella de sus ancestros y desde ese momento la arqueología marcó su destino.

Por ello, *Arqueología en Bacuranao I. Nuevas propuestas de categorías funerarias para las comunidades no ceramistas de Cuba*, es la consumación de quimeras que le dan derecho al Máster en Arqueología, Jorge Fernando Garcell Domínguez a seguir soñando y confieso que a mi también.

Este libro tuvo que sufrir la adecuación necesaria a la capacidad instalada que tienen las editoriales provincia-

les, que por disponibilidad de recursos e insumos limitan el tamaño de los libros y obligan a los autores a realizar forzados resúmenes de obras más voluminosas.

Por ello este libro, como buen amigo, permite en apenas 143 páginas, divididas en dos capítulos, escritos con poder de síntesis, abordar un primer momento, con acucioso cuerpo de categorías, sustentados en profundo análisis y largas y encontradas reflexiones, consigo mismo y con varios colegas, que hacen de este título, muy personal, un resultado colectivo, mérito de la labor de su autor, el cual está muy lejos del abuso y sectarismo del conocimiento, el cual muchas veces acompaña a ciertos escritores, encumbrados en su propia órbita, quienes por momentos, a veces demasiados prolongados, olvidan el camino por el cual han transitado y se consideran dueños absolutos del conocimiento o la verdad.

Los tiempos modernos, imponen una relación cada vez más social y cada resultado apenas es un acercamiento al tema que se aborda; por ello, cualquiera que sea el fruto de la investigación, es un nuevo aporte, como es el caso de Garcell, quien cumple con la máxima de pagar la educación recibida, con sabio magisterio.

Por ello la revisión bibliográfica de 70 títulos, síntesis de la realidad, abarcan un período de 70 años (valga la recurrencia), de estudios arqueo-histórico-sico-sociológico-filosóficos, desde el legendario Mark Harrington, pasando por todos los estudiosos del tema nacional y foráneo, incluyendo a uno de sus maestro, el Dr. Gabino

* Dedicatoria en el libro *Arqueología en Bacuranao I*, al autor de esta reseña.

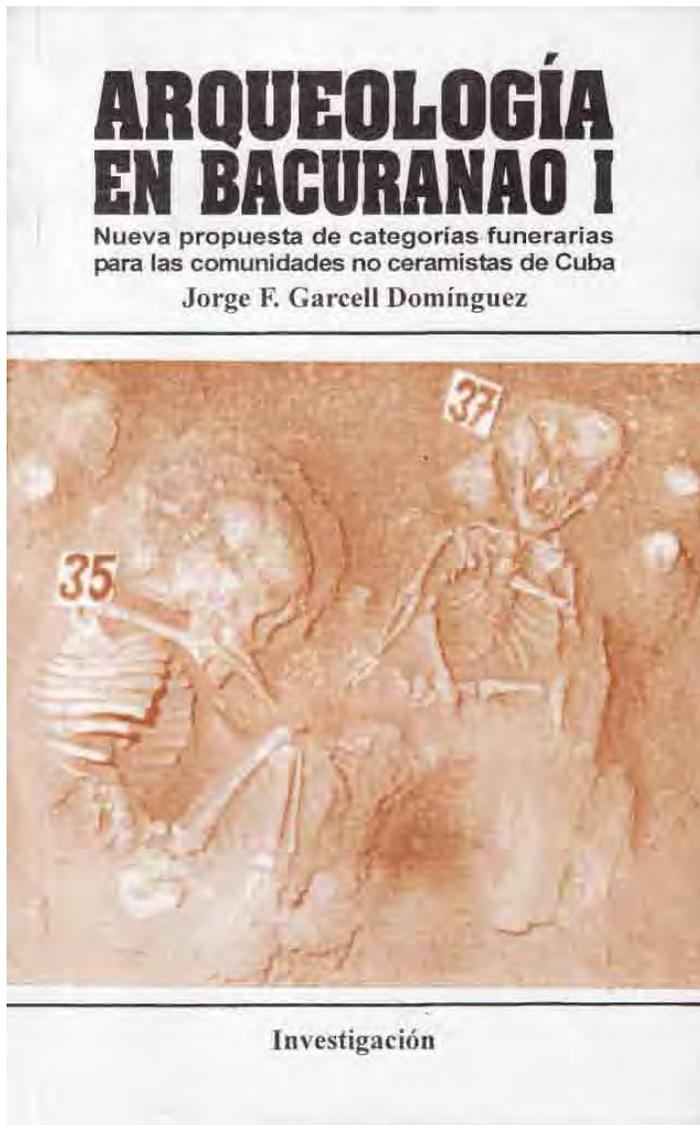


FIG. 1. Portada del libro *Arqueología en Bacuranao I*

La Rosa Corzo, quien ha sido en los últimos años, uno de los más acuciosos investigadores del tema y del cual revisó todo lo que ha sido publicado al respecto, e incluso mucho de lo inédito. Esto permite afirmar que la interpretación teórica del autor es aportativa en continuidad de los estudios y resultados que le precedieron.

Es necesario referir, que la arqueología cubana estaba falta de un refresco en la conceptualización de las categorías relativas a las prácticas funerarias de nuestros primeros ancestros. El estudio detallado de las páginas de esta entrega, permite observar que la revisión acuciosa precedente le permitió hacer un correcto uso de las categorías que fueron avaladas por otros autores (11 de las 19 recogidas en el libro y aporta 8 nuevas propuestas), con todas

ellas esboza, en un primer intento sus resultados, adecuados a las condiciones singulares del contexto, en el cual se desenvuelve la investigación *in situ*.

Por ello, es razonable que el concepto “categoría”, sugiere ser uno de los diferentes elementos de clasificación que suelen emplearse en las ciencias, según el diccionario RAE en su última versión. Mientras para la lógica aristotélica, representa cada una de las diez nociones abstractas y generales, es decir, la sustancia, la cantidad, la cualidad, la relación, la acción, la pasión, el lugar, el tiempo, la situación y el hábito; por su parte para la crítica de Kant, “categoría” es cada una de las formas del entendimiento, es decir, la cantidad, la cualidad, la relación y la modalidad; finalmente para los sistemas panteísticos, representa cada uno de los conceptos puros o nociones *a priori* con valor trascendental, al par lógico y ontológicos, que puede ser sujeto de análisis y perfeccionamiento, como todo en la ciencia. Garcell es el primer esmerado investigador, consciente de la pequeñez del hombre, ante la majestuosidad de la información acumulada hasta hoy, la cual apenas es un átomo en la percepción, espacio-tiempo, del existente en el universo.

Esto, lejos de demeritar al libro, lo pondera aún más y lo convierte en una puerta abierta, por la cual todos pasaremos en la eterna búsqueda de la verdad. Es por ello que Garcell acaba de regalarnos uno de sus más ansiados sueños que ahora pasa a ser nuestro.

En el segundo capítulo, recoge y evalúa con frescura del pensamiento más moderno y visión de futuro, las prácticas funerarias de los aborígenes estudiados en el sitio Bacuranao I. Este estudio de caso sirve de base al perfeccionamiento del aparato conceptual establecido hasta hoy, de donde bebe ávidamente e intenta realizar propuestas, con la seguridad del conocimiento acumulado en más de 35 años de trabajos de campo y luego de consolidar las enseñanzas de ese grande de la Antropología Física que era el inolvidable Dr. Manuel Rivero de la Calle.

Garcell demuestra la meticulosidad en el trabajo de excavación, mucho más si partimos de la base que fue esta

la primera gran experiencia personal a la cual se enfrentó y se creció, ya que las acciones precedentes, siempre fueron muy inferiores en volumen y complejidad a este trabajo, que sin duda, es uno de los mayores realizados en un cementerio aborígen en caverna, de ahí el mérito. La profesionalidad de Garcell es incuestionable, los resultados ameritan el esfuerzo realizado y permiten vaticinar, nuevos y más complejos empeños, los cuales aportarán infinitos conocimientos resultados del talento y el nivel arqueológico alcanzado por la constancia y el empeño del autor.

En la historia, etnografía y arqueología de Cuba, incluso del Caribe, muchas veces no existen argumentos que justifiquen criterios, a los cuales llegan investigadores, que luego de profundas reflexiones y trabajos de campo, proponen importantes juicios, en un mundo don-

de la palabra puede ser más o menos trascendente, según la casta del galgo. Por ello felicito a Garcell, por el valor y la seguridad con que expone sus criterios y conclusiones; si así no hubiese sido, muchos de los grandes aportes de la arqueología hoy no existirían, porque si la verdad sólo le está otorgada a los sabios, entonces la arqueología aún permanecería en el paleolítico, de ahí que la juventud es el relevo permanente y en ella se acumula la capacidad del desarrollo en cualquier campo, mucho más, cuando se aprovecha el conocimiento acumulado, como es este caso, donde con desenfado el autor, propone nuevos retos y solo el tiempo le dará la razón.

Por ello salve Garcell, esperamos por la consumación de tus nuevos sueños.

¡Que así sea!

La Habana bajo el reinado de los Austria

Fernando PADILLA GONZÁLEZ

Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Cuba.

El surgimiento de la primitiva Habana hacia 1514, en Yabuena, a las márgenes del río Hondo en la costa sur de la isla, respondía a los declarados objetivos estratégicos de ser un punto de partida en la expansión y colonización de los territorios de la Nueva España, Cartagena de indias, Portobelo y el Perú. Un nuevo emplazamiento, de marcado carácter efímero, motivó el desplazamiento de la villa a la boca de La Chorrera, para dar paso a fines de 1519 a su definitivo asentamiento en torno al Puerto de Carenas.

Un documento hallado en el Archivo de Protocolos de Sevilla, fechado en 8 de marzo de 1506, revela que el conocimiento de la existencia y explotación de las bondades de la bahía habanera anteceden al bojeo de Cuba, efectuado entre 1509 y 1510 por el hidalgo Sebastián de Ocampo, a quien se le atribuye el bautizo como Puerto de Carenas. Lo cierto es que en 1503, Juan de Rinede, maestre de la nao Nuestra Señora de los Remedios, fondeo su bajel en esta rada, acción que hubieron de repetir otras embarcaciones antes de zarpar, en azarosos viajes, hacia Castilla.

La villa de San Cristóbal de La Habana no solo era beneficiada por el amparo que brindaba su puerto a los bajeles de Su Majestad, pues al adentrarse en su vasto territorio, comprendido entre el cabo de San Antonio y la región de Las Villas, donde limitaba con las de Trinidad y Sancti Spiritus. Sus condiciones naturales de amplias sabanas permitían la crianza de ganado vacuno, a la vez que las áreas boscosas proveían de maderas preciosas para la carpintería de complementación de las obras de cantería y, en especial, ola construcción naval, que alcanzaría su cumbre con el Real Arsenal de La Habana, el más productivo de la Corona española.

A partir de este momento, la villa, experimentará un rápido crecimiento respaldado por el ir y venir de las naos. La consolidación del comercio colonial tendrá a La Habana como puente entre un Nuevo Mundo abundante en riquezas y una España que veía como sus arcas se vaciaban con prontitud en sustento de las campanas militares de los Austria.

La dinastía de los Habsburgo, conocida como la Casa de Austria, ocupó el trono de la monarquía hispánica durante los siglos XVI y XVII. Los Reyes Católicos (Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla) se beneficiaron con el reparto del Nuevo Mundo realizado por el papa Alejandro VI Borgia. La adjudicación a España y Portugal de las tierras “descubiertas” por el almirante Cristóbal Colón propició el descontento de Francisco I de Francia, quien represalia comenzó a otorgar patentes de corso a cuanto navegante estuviese dispuesto a hostigar las embarcaciones y

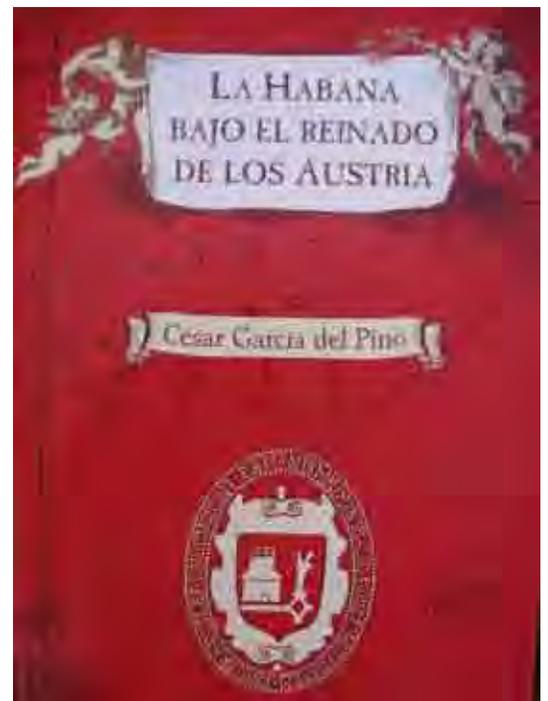


FIG. 1. Portada del libro *La Habana bajo el reinado de los Austria*

asentamientos españoles en territorio americano, inicio de un amplio periplo de contiendas militares entre ambas naciones.

A la muerte de Isabel la Católica le sucede en trono de Castilla Juana la Loca, al tiempo que Fernando continúa reinando en Aragón y las regiones de Sicilia, Cerdeña y Nápoles. Una serie de alianzas matrimoniales se desarrollan con los casamientos de Catalina de Aragón y Enrique VII de Inglaterra, y al a muerte de este, con Enrique VIII. Juana contrae nupcias en 1496 con Felipe I, el Hermoso, heredero del emperador de Austria, a su vez Juan, hermano de Juana, se casa con Margarita, hermana de Felipe. De este complejo entramado Carlos, nacido en 1500 fruto de la unión entre Juana y Felipe, hereda un vasto imperio integrado por el reino de Castilla, vía materna; el de Aragón junto a los subordinados italianos de su abuelo Fernando y las posesiones europeas de su otro abuelo el emperador Maximiliano I de Austria. El joven heredero de las Casas de Austria, Borgoña, Aragón y Castilla es coronado rey de España en 1516 y tres años después es nombrado Emperador de Austria, con los nombres de Carlos I de España y Carlos V de Austria.

La Habana bajo el reinado de los Austria, una de las más recientes propuestas de Ediciones Boloña de la Oficina del Historiador, es el resultado de las exhaustivas jornadas de consulta de legajos e investigación en el Archivo General de Indias por parte de César García del Pino. En la presente obra, la Casa de Austria, es tomada tan solo como un referente histórico que acota un período de dos siglos de interrelaciones entre España y el Nuevo Mundo, al tiempo que el autor prefiere no adentrarse en las complejidades historiográficas de la Europa de la época al tornar la mirada, exclusivamente, hacia el proceso de génesis, formación y consolidación de la villa de San Cristóbal de La Habana.

César García del Pino (1921) se ha desempeñado como diplomático, filósofo, arqueólogo e historiador. Ha cumplido diversas funciones en la Biblioteca Nacional José Martí, CARISUB y actualmente labora como asesor

en el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Maestro en Ciencias Arqueológicas ha realizado notables investigaciones publicadas en Cuba y otras naciones. En su trayectoria profesional ha recibido numerosos reconocimientos, entre los que sobresalen: la Distinción de la Cultura Nacional, la Réplica del Macheite del Generalísimo Máximo Gómez, los premios, Nacional Ramiro Guerra; de la Crítica; Nacional de Historia y la Orden Félix Varela de Primer Grado.

La Habana bajo el reinado de los Austria se nutre de testimonios, cartas, disposiciones reales y otros documentos imprescindibles para el estudio y sistematización de la historia colonial de los siglos XVI y XVII. Las primeras páginas transitan por un breve acercamiento geográfico al archipiélago cubano. La obra se complementa, además, con la reproducción de un documento que recoge una relación de precios de mercancías, un índice onomástico y un glosario de términos.

En el primer capítulo se aborda el crecimiento poblacional, que en torno a la rada fue vertiginoso, estimándose para 1532 la presencia de 250 vecinos, a los que debía añadirse —apunta García del Pino— los no contabilizados moradores y habitantes. La distinción reside en la legislación castellana que otorgaba a los primeros los beneficios del derecho al voto y a la obtención de tres mercedes de tierra: un solar para residencia, una estancia de manufacturas y una tercera destinada al desarrollo de ganado vacuno y porcino. Sin embargo la categoría otorgada por el Cabildo no solo significaba privilegios, pues los vecinos contraían obligaciones para con la defensa de la villa, así como las reiteradas contribuciones económicas en bien de la comunidad.

A continuación un extenso capítulo nos acerca a la situación en los mares adyacentes a la isla y sus consecuencias para el comercio y defensa de la villa de San Cristóbal de La Habana. Como novedad García del Pino, a la luz de antiguos documentos, establece los orígenes de la Carrera de Indias. España pronto se vio obligada a implementar el sistema de flotas ante la oleada de patent-

tes de corso otorgadas por Francisco I de Francia. El autor refiere que en la temprana fecha de 1507 arribó a Sevilla una embarcación procedente de los puertos dominicanos, escoltada por dos carabelas mandadas por Juan de la Cosa, sin embargo García del Pino recuerda que no fue la primera, pues aunque no lo recoge el Libro de Registros de la Casa de Contratación, iniciado en 1504, con anterioridad a esta fecha navegó la de treinta velas del comendador Francisco de Bobadilla, destruida por el huracán del 30 de junio de 1502 en el Canal de la Mancha, a la que se debe añadir la dirigida por Juan de Rinede.

Una agudización en el hostigamiento de corsarios y piratas propició una mayor organización de la Carrera de Indias, dividiéndola en dos flotas: la de Tierra Firme y la de Nueva España. Cada flota —nos refiere García del Pino— estaba compuesta por embarcaciones mercantes escoltadas por galeones artillados. En el titulado Capitana viajaba el general al mando, que a su vez tenía como segundo al almirante, cuyo galeón era conocido como Almiranta. Precisamente en estos dos bajeles se concentraba el grueso de las riquezas en tornaviaje, custodiadas por los Maestres de la Plata. Para mayor seguridad se llevaba a bordo un regimiento de infantería, conocidos como tercio de galeones, subordinados a un gobernador nombrado por el propio rey. La embarcación del gobernador era la tercera en importancia y era llamada gobierno.

El intenso trasiego portuario —afirma el autor— hizo de San Cristóbal de La Habana un importante centro de interacción comercial, aparejado de un crecimiento poblacional y de la traza urbana, motivo por el cual Felipe II, por Real Cedula de 20 de diciembre de 1592, le concedió el título de ciudad. Las inversiones en la producción azucarera y la disposición de extensas áreas para su cultivo fueron considerables. En 1602 se embarcaron 4432,5 arrobas de azúcar, cifra que no refleja la cantidad no declarada con el objetivo de evadir el 15% de derechos a pagar en Sevilla y el 10% de alcabala por su venta. En menos de una centuria La Habana había pasado de ser un

punto de referencia naval a ser uno de los emporios de interconexión de las Indias.

La Habana bajo el reinado de los Austria dedica un amplio estudio, en la aspiración de su autor, al esclarecimiento de las realidades históricas ocultas tras la piratería, el corso y las organizaciones dedicadas al contrabando, durante años manejadas por algunos investigadores como una misma problemática. Sin embargo las distinciones son obligadas, pues los corsarios respondían a los intereses de las potencias europeas de hostigar a las naciones enemigas en perjuicio de su comercio; por su parte la piratería, y específicamente la cofradía de los Hermanos de la Costa (coutume de la côte), actuaban bajo los requerimientos personales en su afán de enriquecimiento; y por último los dedicados al contrabando, única salida que tenían los propios residentes en las colonias españolas ante el recio monopolio comercial establecido por la corona. En este sentido García del Pino cita una frase martiana que reza: «Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quienes los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia». En el caso de Cuba, afirma el autor, el contrabando descansaba, principalmente, en el comercio de cueros, dada la multiplicación del ganado en las satisfactorias condiciones del clima, la abundancia de pastos y aguadas.

Otros aspectos tratados en la obra que contribuyeron a la evolución de San Cristóbal de La Habana, son los dedicados a la construcción naval en su rada, con la figura de Menéndez de Avilés, actividad que con el tiempo alcanzaría gran desarrollo con el Real Arsenal de La Habana. A su vez el asedio marítimo constante, de manera legal o ilícita, por parte de Francia, Inglaterra y Holanda, supuso, con el arribo del maestro de campo Juan de Tejeda en compañía del ingeniero militar Batista Antonelli, el inicio de las obras de las fortalezas de San Salva-

dor de la Punta y los Tres Reyes Magos del Morro, pues la Real Fuerza poco podía hacer ante la constante y cada vez mas serias pretensiones inglesas.

No todo en La Habana se circunscribía al comercio-contrabando y la defensa de la plaza, apunta García del Pino, la cultura también tenia su espacio entre los vecinos habaneros. Documentos de embarque recogen cantidades considerables de entrada a la villa de cartillas que prueban la enseñanza de la lectura, así también libros de *La Celestina*, sobre Carlo Magno, secretos de la naturaleza; oratorios de Fray Luís de Granada, entre otros. En cambio los gustos estéticos se inclinaban por la pintura flamenca al tiempo que se contrataban los servicios de músicos y maestros para el disfrute y aprendizaje de este arte.

De la autoría de César García del Pino, *La Habana bajo el reinado de los Austria*, con edición de Teresa Li y diseño de Iván Acosta, fue presentado por el especialista principal del Museo Castillo de la Real Fuerza, Jorge Echeverría en el stand de la Oficina del Historiador en el marco de la XVIII Feria Internacional del Libro de La Habana en la Fortaleza de San Carlos de Cabaña. Desde ya, los amantes de la historia esperamos un nuevo volumen dedicado a La Habana, pues como apunta García del Pino, con el inicio del siglo XVIII se producía la muerte de Carlos II, el 30 de noviembre de 1700, al tiempo que ocurría un cambio dinástico en España con importantes repercusiones para Cuba, la Casa de Austria era sustituida por la Casa Borbón, pero esa es otra historia, que al amparo de la esperanza, aguardaremos impacientes.

DE LOS AUTORES

Alejandro Cruz Pérez. Técnico en Conservación-Restauración. Miembro del grupo de arqueología del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, Cuba. E-mail: arqueologia@cencrem.cult.cu

Alfredo Pérez Carratalá. Lic. en Ciencias Históricas. Investigador agregado y profesor auxiliar. Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, Cuba. E-mail: alfredopc@uclv.edu.cu

Alfredo Rankin Santander. MSc. en Arqueología. Investigador independiente, Cuba. E-mail: alrankin@restauro.co.cu

Camilo Morón. Máster en Ciencias Históricas. Investigador del Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Venezuela. E-mail: camilomoron@yahoo.es

Darwin A. Arduengo García. MSc. en Arqueología. Departamento de Arqueología, Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, Cuba. E-mail: arqueologia@cencrem.cult.cu

Divaldo A. Gutiérrez Calvache. Ing. Obras Subterráneas, Máster en Administración, Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre, Instituto Cubano de Antropología. E-mail: divaldogc@yahoo.es

Eduard G. Alexandrenkov. Instituto de Etnología y Antropología, Academia de Ciencias de Rusia, Rusia. E-mail: ed_alex@mail.ru

Enrique M. Alonso Alonso. Dr. en Ciencias Históricas. Investigador del Instituto Cubano de Antropología, Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

Gerardo Izquierdo Díaz. Lic. en Historia del Arte. Investigador auxiliar. Vicedirector científico del Instituto Cubano de Antropología, Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

Jacqueline Clarac de Briceño. Dra. en Antropología. Directora del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez. Universidad de Los Andes, Venezuela. E-mail: clarack@ula.ve

José Álvarez Conde (†). Dr. en Pedagogía, en la especialidad de Ciencias Naturales. Destacado arqueólogo y naturalista cubano.

José B. González Tendero. Dibujante Técnico, Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre, Instituto Cubano de Antropología, Cuba. E-mail: pepeplaya@yahoo.es

Juan Cuza Huart (†). Investigador independiente, Cuba.

Leonardo Páez. Lic. Sociedad para el Estudio de las Manifestaciones Rupestres de Venezuela, Venezuela. E-mail: leopaezorama@gmail.com

Léster D. Puntonet Toledo. Lic. en Estudios Socioculturales. Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Cienfuegos, Cuba. E-mail: marcos@azurina.cult.cu

Luís Olmo Jas. Grupo Samá de la Sociedad Espeleológica de Cuba, Cuba. E-mail: lolmojas@gmail.com

Marcel Roche (†). Ex-Director del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Venezuela.

Marcos E. Rodríguez Matamoros. Lic. Área de Investigaciones Arqueológicas. Centro de Estudios Socioculturales. Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas. Universidad de Cienfuegos Carlos Rafael Rodríguez, Cuba. E-mail: marcos@azurina.cult.cu

Odlanyer Hernández de Lara. Coordinador de Cuba Arqueológica. E-mail: odlanyer@cubaarqueologica.org

Orlando Álvarez de la Paz. Ing. en Sanidad Vegetal. Especialista del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Sancti Spiritus, Cuba. E-mail: silvia@hero.cult.cu

Pedro Luis Hernández Pérez. Investigador independiente. Sociedad Espeleológica de Cuba, Cuba. E-mail: plh_espeleo@yahoo.es

Rasco Fernández Ortega. Ingeniero Industrial, Máster en Antropología Socio-Cultural, Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre. Instituto Cubano de Antropología. E-mail: itibacahubaba@yahoo.com.ar

Roger Arrazcaeta Delgado. Museólogo. Especialista en Arqueología Histórica. Director del Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana, Cuba. E-mail: roger@arq.patrimonio.ohc.cu

Ulises M. González Herrera. Lic. en Historia. Investigador agregado del Instituto Cubano de Antropología, Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

NORMAS EDITORIALES

La presente publicación digital tiene como objetivo la divulgación del desarrollo de la ciencia arqueológica en Cuba y el Caribe, con una sección dedicada a América Latina que publicará un artículo por número. La misma tiene una periodicidad bianual y publica trabajos originales de arqueología en general y patrimonio que traten el tema en la región. Serán aceptados artículos de la región circuncaribeña que traten la temática aborigen en relación con el área antillana y de toda América Latina referente a la arqueología histórica y el patrimonio.

Los textos serán sometidos a revisión por pares en la modalidad de doble ciego, por lo que se garantiza el anonimato de ambas partes (autores y evaluadores). El Comité Editorial elige a los evaluadores pertinentes, reservándose la revista el derecho de admisión. Los originales serán enviados únicamente en formato digital al correo electrónico de la revista con copia al Coordinador. Una vez recibidos el artículo, el autor recibirá un acuse de recibo y será informado del resultado de la evaluación que dictaminará si el artículo es 1) Publicable sin modificaciones, 2) Publicable con modificaciones, o 3) No publicable. En el segundo caso le serán remitidas las modificaciones recomendadas y en el tercer caso, la justificación de la decisión.

Para el mejor procesamiento de la información, se solicita a los autores ajustarse a las normas establecidas a continuación.

La revista recibe textos en español e inglés (en el último caso se publican en español). La extensión máxima es de veinte (20) cuartillas para los artículos y cuatro (4) para las reseñas de libros y las noticias. Excepcionalmente, la revista podrá admitir artículos más extensos si hay razones que lo justifiquen. Se presentarán con los siguientes ajustes: formato Word; hoja tipo -A4; interlineado 1,5; fuente Times New Roman 12; texto justificado y un espacio antes y después de los subtítulos.

Se requieren los siguientes datos de los autores: nombre/s y apellido/s, grado, institución, país y correo electrónico.

Los artículos deben estar precedidos de un resumen de no más de 150 palabras. El título (Mayúsculas/minúsculas) debe estar centrado, los subtítulos en negrita y subtítulos secundarios en cursiva.

Los artículos deben estar organizados como sigue:

Título

Autores

Resumen (en español e inglés)

Palabras clave (en español e inglés)

Texto (introducción, desarrollo, conclusiones)

Agradecimientos

Notas

Bibliografía

Las imágenes, tablas, etcétera, deben enviarse en archivos separados .JPG, numeradas (Figura 1; Tabla 1). Los pies explicativos irán al final del artículo correspondiente. La revista se reserva el derecho de ajustar la cantidad de figuras de acuerdo con las posibilidades de edición.

Las referencias bibliográficas en el texto se expondrán de la siguiente manera: un autor Domínguez (1984:35) o (Domínguez 1984:35); dos autores: Arrazcaeta y Quevedo (2007:198) o (Arrazcaeta y Quevedo 2007:198); tres o más autores: Calvera et al. (2007:90) o (Calvera et al. 2007:90). Cuando las citas no son textuales, no es necesario incluir el número de página. En la bibliografía no se omite ninguno de los autores. Cuando son dos o más citas dentro del mismo paréntesis se organizan cronológicamente y se separan con punto y coma.

Las notas se insertarán manualmente con números consecutivos en superíndice y el texto correspondiente estará ubicado bajo el subtítulo Notas antes de la Bibliografía. No utilizar el comando "Insertar nota" de Windows.

La bibliografía debe estar organizada alfabética y cronológicamente.

Libros:

Guarch, J. M. (1978), *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Capítulo de libro:

Domínguez, L. (2005), "Historical archaeology in Cuba", L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa Corzo (eds.), *Dialogues in Cuban Archaeology*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

NORMAS EDITORIALES

Revista:

La Rosa, G. (2007), "Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia". *Gabinete de Arqueología*, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16. OHCH, Ciudad de La Habana.

Tesis:

Rangel, R. (2002), *Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané*, tesis doctoral,

Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Los textos deben remitirse a:

Cuba Arqueológica

revista@cubaarqueologica.org

oh_delara@yahoo.es

EDITORIAL RULES

The present digital publication has as its objective the dissemination of the development of archaeological science in Cuba and the Caribbean, with a section dedicated to Latin America where one article shall be published in each issue. The same has a biannual frequency and publishes original works of archaeology and heritage in general dealing with the topic in the region. Articles on the Circum-Caribbean region that deal with aboriginal topics with relation of the Antillean area and of all Latin America referring to historical archaeology and heritage will be accepted.

Texts shall be submitted for review by peers in the double-blind modality, whereby its anonymity for both parties (authors and reviewers) is guaranteed. The Editorial Committee chooses the pertinent reviewers, the magazine reserving the right of admission. The originals shall be sent solely in digital format to the magazine's electronic mail address, with a copy to the Coordinator. Once the article is received, the author shall receive a confirmation of receipt and will be informed of the result of the evaluation which shall determine if the article is 1) Publishable without changes, 2) Publishable with changes, or 3) Not publishable. In the second case, the recommended changes shall be sent to the author, and in the third case, the justification of the decision not to publish.

For better processing of information, we request that authors adjust to the editorial rules established below.

This magazine receives texts in Spanish and English (in the latter case, publication is in Spanish). The maximum length is

twenty (20) typewritten pages for articles and four (4) for book reviews and news items. Exceptionally, the magazine may admit longer articles if there are reasons to justify it. Articles shall be submitted adjusted as follows: Word format; sheet type -A4; 1.5 spaces between lines; font Times New Roman 12; justified text and one space before and after the subtitles.

The following data are requested from the authors: first and last names, degree, institution, country and e-mail address.

Articles must be preceded by an abstract of no more than 150 words. The title (capital/small letters) must be centered, the subtitles in boldface, and secondary subtitles in italic.

Articles must be organized as follows:

Title

Authors

Abstract (in Spanish and English)

Key words (in Spanish and English)

Text (introduction, body, conclusions)

Acknowledgments

Notes

Bibliography

The pictures, tables, etc., must be sent in separate .JPG numbered files (Figura 1; Table 1). Footnotes shall go at the end of the articles. The magazine reserves the right to adjust the amount of figures in accordance with editorial needs.

Bibliographic references in the text shall be set forth as follows: an author Domínguez (1984:35) or (Domínguez 1984:35); two authors: Arrascaeta y Quevedo (2007:198) or

EDITORIAL RULES

(Arrazcaeta y Quevedo 2007:198); three or more authors: Calvera et al. (2007:90) or (Calvera et al. 2007:90). When the citations are not textual, it is not necessary to include the page number. None of the authors is omitted in the bibliography. When two or more citations are within the same parentheses, they are to be organized chronologically and separated by a semicolon.

The notes shall be inserted manually with consecutive numbers at the end and in the text itself shall be located under the subtitle Notes, before the Bibliography. Do not utilize the Windows "Insert Notes" command.

The bibliography must be organized in alphabetical and chronological order.

Books:

Guarch, J. M. (1978), *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Book chapter:

Domínguez, L. (2005), "Historical archaeology in Cuba", L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa

Corzo (eds.), *Dialogues in Cuban Archaeology*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Magazine:

La Rosa, G. (2007), "Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia". *Gabinete de Arqueología*, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16. OHCH, Ciudad de La Habana.

Thesis:

Rangel, R. (2002), *Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané*, tesis doctoral, Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Send texts to:

Cuba Arqueológica
revista@cubaarqueologica.org
oh_delara@yahoo.es

Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología
de Cuba y el Caribe



www.cubaarqueologica.org